

¡Que me detengan!



Mariah Evans



love me detengah!



Mariah Evans

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: ¡Que me detengan!

©Mariah Evans, 2019.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

Esta novela está dedicada a todos los lectores que ahora la sostenéis en vuestras manos. Muchas gracias por darle una oportunidad.

El único propósito de esta novela es distraeros del asfixiante calor de estos veraniegos meses y que paséis un rato divertido. Espero conseguirlo. ¡Viva el verano!

Mariah

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[Agradecimientos](#)



1

Dejó la maleta en el suelo y resopló mientras la propietaria del piso que había alquilado para esos meses se situaba frente al portal.

San Juan de Alicante era un pueblo costero en la provincia de Alicante situado a una media hora en coche de la ciudad.

En un principio iba a viajar a Tenerife, un viaje que llevaba esperando con ansia todo un año, pero, tras lo ocurrido, no había tenido más remedio que cancelarlo y buscarse un lugar tranquilo donde relajarse y olvidarse de todo.

Su amiga Amaia le había propuesto ir a San Juan de Alicante. Estaba muy cerca de donde vivía y, al menos, le permitiría disfrutar de un cambio de aires. Además, Amaia vivía allí, así que podría hacerle compañía siempre que lo necesitase, salir a comer con ella, cenar, ir a tomar una copa... Necesitaba desconectar de forma urgente.

Aquel último mes había sido de locos y la causa principal de aquella locura y ansiedad era Sergio.

Cinco años de relación tirados a la basura en una sola noche, aún sentía

cómo el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y la respiración se le aceleraba ante los recuerdos.

Sergio había sido su pareja formal, de hecho, sus planes de futuro pasaban por comprarse un piso el siguiente año. Con dos salarios, ella trabajando como farmacéutica y él como gestor en la gestoría de su padre, podían permitírselo sin problema.

Todo había cambiado hacía tres semanas, cuando en una de sus salidas nocturnas con sus amigos lo había pillado in fraganti besuqueándose con aquella... piiiiiiiiiiiiii.

Suspiró y sonrió a la propietaria.

—Vamos, te enseñaré el piso —dijo abriendo la puerta del portal.

Amaia, su amiga, le había insistido en que fuese a su piso, que no había problema, pero por mucha confianza que tuviesen prefería alquilar uno y gozar de más libertad e intimidad.

—Es el tercero primera —indicó la mujer mientras se dirigía al ascensor—. ¿Puedes? —preguntó refiriéndose a la maleta.

—Sí, sí, gracias —respondió Vanessa—. Puedo sola, he desayunado bien —bromeó.

—Eso está muy bien —contestó risueña la propietaria—. Es un bloque tranquilo, no tendrás ningún problema —explicó mientras pulsaba el botón de la tercera planta y Vanessa sonreía tímidamente. La mujer era agradable y risueña. Debía de rondar los cincuenta años. Su cabello rubio recogido en un moño alto contrastaba con su piel morena fruto de pasar largas horas en la playa—. Tienes un supermercado al lado y la zona de bares —continuó—. Además, la playa ya has visto que está aquí mismo.

—Sí, está muy bien ubicado —contestó ella.

Había tenido suerte. Normalmente, conseguir un piso en tan buena zona a aquellas alturas del verano era complicado.

Abrió la puerta del ascensor y ante ella apareció un pequeño rellano. Las zonas comunes se veían antiguas, incluso la pintura se veía un poco desconchada. El rellano era bastante pequeño y, tal y como le había informado en la llamada de hacía diez días, solo eran dos vecinos por planta.

La mujer abrió la puerta y entró al piso mientras Vanessa se peleaba con su maleta de ruedas para salvar el umbral de la puerta.

El piso era muy sencillo, pero tenía todo lo que necesitaba. Nada más entrar disponía de un comedor-cocina dividido por una barra. La cocina estaba equipada con todo lo necesario: nevera, microondas, vitrocerámica,

horno... y al final de la alargada y estrecha cocina había una lavadora. El comedor constaba de un sofá que prácticamente hacía tres metros de largo, una mesa cuadrada en el centro con cuatro sillas y un mueble donde reposaban una cadena de música bastante anticuada y una pequeña televisión de pantalla plana.

La mujer se adelantó y cerró la ventana.

—He venido antes y he abierto para que se ventile —explicó.

Se giró sonriente y fue hacia una de las dos puertas que tenía el comedor. La abrió y entró en la habitación. La habitación estaba bien, un armario empotrado y una enorme cama de matrimonio en la que podría dormir a pierna suelta.

La segunda puerta conducía a un pequeño aseo muy limpio.

—Tienes unas cuantas toallas...

—Ah, he traído las mías de casa —contestó Vanessa rápidamente.

—Chica previsoras —dijo la propietaria mientras salía del aseo—. En el armario —Señaló hacia los cajones que había bajo el lavamanos—, encontrarás jabones y papel higiénico. Cuando se agoten deberás ir a comprar, pero como te he dicho antes —apuntó divertida—, tienes un supermercado aquí al lado.

—Perfecto —contestó agradecida por el detalle.

La mujer fue hacia la mesa y le enseñó un mando.

—Este es para el aire acondicionado. También hace de calefacción, aunque dudo que lo necesites a no ser que quieras montar una sauna. —Colocó su bolso sobre la mesa y extrajo de él unos documentos—. Te dejo la factura conforme que está pagado para todo el mes de agosto —aclaró dándole el documento—. Aquí pone mi número de teléfono personal, cualquier cosa que necesites, llámame. Por cierto —comentó rápidamente, dando un respingo como si se acordase en aquel momento, y yendo directa hacia la cocina. Abrió el armario de debajo del fregadero y señaló—, los anteriores inquilinos nos atascaron la tubería. Mi marido la ha arreglado y no debería dar problemas, pero si ves que gotea avísanos.

—Claro —contestó—. Ningún problema.

—De acuerdo —comentó la mujer—. Bienvenida, espero que disfrutes de tu estancia.

—Muchas gracias, estoy segura —contestó hacia a la mujer que se dirigía a la puerta. —Por cierto, ¿vienes sola? —preguntó ya desde el rellano.

—Sí, tengo una amiga que vive aquí. Me invitó a su casa pero prefiero no

molestar —confesó.

—Siempre es mejor tener intimidad —Le dio la razón la mujer mientras abría la puerta del ascensor—. Bueno Vanessa, pues cualquier cosa nos llamas. Si no, nos vemos...

—El día treinta y uno —acabó ella la frase.

—Exacto —La señaló—. Que vaya muy bien. ¡Disfruta!

—Muchas gracias —Se despidió de ella.

Cerró la puerta y se giró para ver el piso mientras exhalaba un largo suspiro.

Jamás había hecho algo así. Nunca se había marchado sola de vacaciones, siempre había ido con Sergio, pero aquello se había acabado.

Fue hacia su maleta y la arrastró hasta la habitación.

Si al menos él hubiese tenido el valor suficiente como para contarle lo que ocurría y no tener que descubrirlo por ella misma...

Ya llevaba tiempo sospechándolo. Sergio trabajaba con su padre en la gestoría especializada en cambios de nombre de vehículo, muy conocida en Alicante por su eficacia. Por esa misma razón, tenían un convenio laboral con la Facultad de Económicas y siempre aceptaban a algún alumno del último curso de esa carrera o de Dirección de Empresas para realizar las prácticas.

La primera vez que la había visto no le había gustado. ¿Qué chica iba a trabajar en una gestoría con una falda que parecía un cinturón? No le había parecido una pieza de ropa adecuada. Ainhoa, la estudiante en prácticas, era una chica dicharachera, demasiado para su gusto. Con una larga melena rubia rizada y unos enormes ojos azules era una chica realmente bonita, pese a que no llegaba al metro sesenta y siempre estaba dispuesta a pasearse por la oficina moviendo sus caderas. Concretamente, se paseaba por delante de la puerta de Sergio, su pareja desde hacía cinco años.

Lo primero que había llamado su atención era que Sergio recibiese llamadas de ella en su teléfono personal, según Sergio, para resolver dudas que tenía con el temario y la preparación de los exámenes finales. Su alarma se había disparado cuando aquella chica se había apuntado a su grupo de amigos y había salido varias veces con ellos. En un principio no le hubiese importado, pero Ainhoa se acercaba demasiado a Sergio, incluso a Amaia, su mejor amiga y prima de Sergio, le había llamado la atención aquella actitud.

Lo más impactante había sido descubrirlos hacía tres semanas en la discoteca, besándose. Aquella imagen no se la sacaría nunca de la cabeza. Sergio la mantenía retenida contra la pared mientras ella se abrazaba a él.

Ni siquiera pudo articular palabra. Se había quedado en estado de shock durante unos minutos hasta que, justamente, un empujón la había sacado de su aturdimiento. Lo peor de todo había sido cuando Amaia se había puesto a su lado observando lo que ella miraba.

—Oh, oh —Había murmurado.

—¿Oh? ¿Oh? —respondió Vanessa agitada—. El muy...

No había dicho nada más. Había salido de la discoteca, montado en su coche y se había dirigido a su piso.

Sergio la había llamado repetidas veces pero ella no había contestado. Los siguientes días dedujo que Amaia le debía haber explicado a su primo lo ocurrido y las llamadas habían cesado durante algunos días. Después había vuelto a insistir.

La única vez que le cogió el teléfono fue para decirle que su relación había acabado, que había cancelado el viaje a Tenerife y que si quería que se fuese con aquella pitufa.

No le dio ni derecho a réplica. Nada. ¿Qué iba a explicarle? ¿Que se había caído sobre la boca de la estudiante en prácticas? ¿Qué iba demasiado bebido y no sabía lo que hacía? Ya se conocía todas aquellas excusas y no estaba dispuesta a tolerarlas. La relación había acabado por completo para ella, aunque Sergio seguía llamándola de vez en cuando, intentando entablar conversación.

Aquellos recuerdos le dieron la fuerza necesaria para subir la maleta a la cama de un solo empujón. La abrió y comenzó a sacar la ropa.

Al menos, Amaia estaba de su parte. La conocía desde la Facultad de Farmacia, habían ido juntas a cada una de las clases y ella misma era la que le había presentado a su primo.

—Maldito sea —susurró mientras cogía la ropa y la soltaba sobre la cama.

No pensaba quedarse en casa, así que Amaia le había propuesto que, para cambiar de aires y divertirse, lo mejor sería que se fuese con ella. Realmente, si lo que quería era olvidarse de Sergio, lo mejor sería no estar con su prima, así que había decidido cogerse un piso para ella sola. Podría hacer lo que le apeteciese y tener más intimidad.

Sacó el neceser de la maleta cuando el sonido de su móvil inundó el comedor. Fue hacia la mesa donde había depositado el bolso y rebuscó en el interior.

—Amaia —dijo llevándose el teléfono al oído—. Hola —respondió con

voz más alegre.

—Eh, hola —saludó Amaia—. ¿Ya te has instalado?

—He llegado hace diez minutos —contestó—. He cogido tráfico para venir y he tardado cuarenta y cinco minutos.

—Ya te dije que tenías que salir más pronto —Le recordó—. La gente se viene a la playa y se lía cada atasco...

—Ya, pero había quedado con la propietaria a las doce —explicó mientras iba al aseo.

—¿Qué tal el piso?

—Pues genial, igual que en las fotos. Ya te lo enseñaré —comentó. Aunque se sentía desubicada con su nueva situación era cierto que estaba ilusionada con aquella experiencia. Aquellas vacaciones iban a ser un buen sustituto de Tenerife, sabía que no era lo mismo, pero al menos no se quedaría encerrada en su piso de Alicante llorando las penas. Un cambio de aires le iba a ir genial.

—Podrías haber venido a mi piso —insistió Amaia.

—Ya te lo dije, necesito intimidad.

Amaia suspiró.

—Bueno pues, ¿quieres que te pase a buscar dentro de un rato y vamos a comer por ahí? Podríamos comer una paella.

—Estupendo —dijo mirando su reloj de muñeca que marcaba las doce y media del mediodía—. ¿Quedamos a la una y media? Así tengo tiempo de acabar de instalarme.

—Perfecto.

—Por cierto... —comentó mientras abría el neceser y colocaba el cepillo de dientes y la pasta en un vaso que había sobre un armarito—. No le has dicho nada a Sergio de dónde estoy, ¿verdad?

—No, nada. Ya te lo dije, esto es secreto, entre tú y yo —comentó risueña. Hubo unos segundos de silencio y finalmente Amaia volvió a la carga—. Te paso a recoger en una hora y vamos a comer, ¿vale?

—De acuerdo, ¡nos vemos en un rato!

Amaia la había pasado a recoger por el piso y, tras un largo abrazo como si hiciese meses que no se veían, caminaron en dirección al paseo marítimo, ubicado a pocos minutos del piso que Vanessa había alquilado. Tras tomar una cerveza en una terraza se habían dirigido a un restaurante a comer una buena paella valenciana. Rondaban las dos y media de la tarde cuando las dos

amigas ya estaban compartiendo la excelente paella y hablaban animadamente.

—Mi primo es un cerdo —rugió Amaia mientras rellenaba el vaso de sangría de Vanessa—. Si lo llego a saber no te lo presento. —Colocó la copa frente al plato de paella.

Vanessa chasqueó la lengua.

—Tampoco es eso. —Luego la señaló—. De todo se aprende.

—¿Y qué aprendes aquí? —preguntó exasperada.

Aquella pregunta cogió de improviso a Vanessa.

—¿A no fiarme de las niñas que van con minifalda?

Amaia puso las manos sobre la mesa en actitud divertida, haciendo que su cabello rubio cayese hacia un lado.

—Eso es lo que tienes que comprarte tú. Una buena minifalda. Una bien cortita...

—Pzzzzzz...

—Siempre con pantalones... Así no ligarás nunca.

—Voy más cómoda —respondió mientras daba otro sorbo a su copa.

—Ahora estás libre, de vuelta al mercado. Tienes que hacerte valer...

Aquel comentario se llevó un soplido por parte de Vanessa.

—No me apetece nada. Aún es muy reciente —dijo removiendo los granos de arroz en el plato.

—Eh, eh... ya hace casi un mes y es verano —exclamó—. Estás en San Juan de Alicante, en un piso para ti sola...

—¿Y? —preguntó sin comprender, o más bien sin querer hacerlo.

—Lo primero que vamos a hacer es ir de compras...

—Ah, no —La cortó rápidamente con la mano—. Ni hablar.

—¿Cómo que ni hablar? Hay que renovar ese vestuario que tienes —La señaló haciendo que Vanessa la mirase intrigada, sin duda, queriendo animarla.

Cogió la copa y dio otro sorbo.

—Mi vestuario está muy bien.

—Necesitas un par de faldas y vestidos —insistió.

—¿Para qué? —preguntó agitada.

—Pues... para salir de fiesta —respondió como si fuese obvio. Vanessa negó—. Mira, ahora cuando acabemos la comida vamos a ir a la tienda donde suelo ir yo —La iba a interrumpir, pero ella aceleró el tono—. Necesitas un par de vestidos, unas faldas y unos cuantos tops. ¡Vamos a divertirnos, Vanessa! —Vanessa siguió negando con su cabeza, lo que hizo que Amaia

entornase su mirada hacia ella—. ¿Qué pasa? ¿Solo puede divertirse mi primo? —Casi escupió cuando preguntó.

—Joder —Se quejó Vanessa—. Eso ha sido un golpe duro —La reprendió.

—Va, va... es para que entres en razón —reaccionó Amaia al ver que su amiga se quedaba pensativa. Estaba claro que aún tenía que hacerse a la idea de que había dejado la relación—. Eres una chica joven, guapa e inteligente. Lo que necesitas es que te suban la autoestima.

Ahí tenía toda la razón. La primera semana había sido muy dura. Que su pareja, con la que llevaba cinco años y con la que iba a comprarse un piso, la dejase por una chica un par de años más joven y totalmente diferente a ella le había dolido. Ella era todo lo contrario. Castaña, pelo liso y ojos marrón verdoso, aunque un poco más alta que aquella rubia de ojos azules con la que su expareja le había puesto los cuernos.

Tras esa primera semana había pasado a la fase del enfado. Puede que ella tuviese razón, que tuviese que disfrutar de su soltería, pero lo cierto era que ella jamás había sido así. La única vida que conocía era la de estar en pareja.

—¿Y para eso necesito una minifalda? —Se burló.

Amaia se encogió de hombros con una sonrisa.

—Tenemos todo el mes por delante. Dame una noche.

—¿Que te dé una noche? —preguntó asombrada.

—Una noche —repitió—. Si no te gusta o no te sientes cómoda tienes el resto del mes para ir como quieras, para ponerte tus tejanos y tu top ajustado. —Ella suspiró y miró a su amiga—. Venga, Vanessa, ¿porfiiii? —suplicó divertida.

Aunque aquella idea no acababa de gustarle puede que ella tuviese razón y, de todas formas, estaba ahí para divertirse y para olvidar a su ex.

—Está bien, una noche.

—Hoy —Se apresuró a decir.

—¿Hoy? —preguntó sorprendida—. Es martes.

—Sí, es verdad —respondió pensativa—. Como yo también estoy de vacaciones no sé ni en qué día vivo. De acuerdo —continuó animada—, el sábado. La zona de La Seda se pone a reventar.

—No sé para qué te dejo escoger día —resopló ella.

—Será divertido —continuó con una gran sonrisa—. Te voy a transformar.

—No quiero ir como todas esas niñas que van...

—No —La cortó ella—. De eso nada. —Luego se separó de la mesa y miró debajo, dejando a su amiga desorientada—. Te has depilado, ¿verdad?

—Pues claro que me he depilado —reaccionó molesta.

—Perfecto. Pues hoy de compras y, por cierto, hemos quedado esta noche para tomar unas copas con unos amigos en...

—¿Hemos quedado? —preguntó tras pestañear varias veces.

—Claro, ya te lo dije. Conmigo no te vas a aburrir —dijo cogiendo su copa—. Parece mentira, como si no me conocieses. —Y dio un sorbo a su copa engullendo el resto de sangría que le quedaba y haciendo que Vanessa la mirase fijamente.

—Tienes razón, no sé para qué te pregunto según qué cosas.

—Vamos —dijo ella limpiándose los labios con la servilleta de tela—, son buenos chicos. Roberto y Sonia son pareja, muy majos, ya verás. Te vas a reír mucho con ellos, y también viene el hermano de Sonia, Toni.

—Qué bien.

—Son buena gente.

—No digo lo contrario —puntualizó rápidamente.

—Sonia iba conmigo al colegio, la conozco desde que tenía siete años.

—Ya —comentó dejando el tenedor sobre la mesa, luego escudriñó a su amiga con la mirada—. Así que una pareja y su hermano —aclaró—. ¿Y sales mucho con ellos?

Amaia se encogió de hombros.

—Casi siempre.

Vanessa la miró fijamente, estudiando sus gestos.

—Salís la pareja, y luego tú y el hermano de ella. ¿Vais también como pareja? —La provocó divertida—. No quiero ir de aguantavelas.

—Eh, eh —cortó ella—. No te voy a negar que Toni es muy guapetón. Tú misma lo verás... pero no, no tengo nada con él. Normalmente salgo con Sonia, pero hoy se apuntan ellos dos también.

—Ya —reaccionó Vanessa no muy convencida.

Amaia miró su plato y luego el de su amiga.

—¿Has acabado ya? —Vanessa asintió—. ¿Quieres café? —Negó—. Vale —dijo levantando la mano—. ¿Me trae la cuenta cuando pueda, por favor? —preguntó al camarero que pasaba por el lado.



2

Habían pasado gran parte de la tarde de compras. Por suerte, su amiga había seleccionado unos vestidos de su gusto y unas cuantas faldas por encima de la rodilla.

Depositó las compras sobre la cama y las observó. Un vestido azul cuyas mangas comenzaban en los hombros y uno negro de un solo y grueso tirante. Las faldas eran una tejana y otra de color negro, bastante más corta de lo que estaba acostumbrada a llevar, pero tras verse en el probador de la tienda se había convencido de que no le quedaba nada mal.

Miró el reloj y fue directa al aseo para maquillarse. En cinco minutos Amaia le haría una pérdida a su móvil y debería bajar, pues la pasarían a buscar en coche.

Se había puesto unos piratas blancos y un top color rojo que destacaba su cintura.

Fue al comedor y cogió su bolso asegurándose de que llevaba el monedero y un pequeño neceser donde había incluido una barra de labios y un

lápiz de ojos.

En ese momento escuchó cómo la puerta del piso de enfrente se cerraba. Al momento se escucharon los pasos en el interior de la vivienda contigua, aunque le llamo la atención una risa femenina.

Dio un paso hacia delante observando fijamente la pared que la separaba del piso vecino, pues unos zapatos de tacón corrían de un lado otro, como si bailasen.

—Cuidado que te puedes caer —comentó una voz masculina y, acto seguido, las risas femeninas fueron en aumento.

—¿Y... y ahoggga qhuée? —preguntó ella.

Vanessa resopló.

—Menudo pedal lleva —dijo girándose hacia la mesa volcando toda su atención en el bolso. Extrajo el monedero y miró el interior: su documentación, cincuenta euros, tarjeta de crédito...

—Creo que ya lo sabes, Silvia —respondió la voz masculina con una clara insinuación.

Vanessa puso los ojos en blanco.

—Pues claro que lo sabe. Hasta yo lo sé —murmuró ella mientras introducía de nuevo el monedero en el bolso.

Segundos después escuchó un golpe contra la pared y se giró hacia atrás. ¿Serían capaces? Se habían estrellado contra la pared. No podía verlos, pero estaba claro por el sonido que se estaban restregando contra ella. Unos segundos después los gemidos resonaron en toda la planta.

—Pero ¿esto qué es? —murmuró Vanessa—. ¿Acaso las paredes son de papel? —Abrió los ojos al máximo cuando los gritos de ella subieron de tono. —Madre mía... —susurró abochornada—. Menuda gritona...

—Ohhhh... síiiii —gritó la muchacha mientras los golpes en la pared comenzaban a tener un ritmo uniforme.

Se quedó en estado de shock durante unos segundos. ¿De verdad estaba ocurriendo lo que estaba ocurriendo? Fue ladeando su cabeza hacia un lado a medida que los golpes eran cada vez más seguidos, totalmente impresionada. ¿Estaban contra la pared de su dormitorio?

—¡No pareeeeeeeesss! —gritó la chica—. ¡Ahhhhhh!

Sí, sin duda.

Sintió vergüenza ajena al escuchar los gritos.

—Qué exagerada. No puede ser para tanto —comentó molesta por el concierto mientras colocaba el bolso en su hombro.

Mejor irse de allí lo antes posible, prefería esperar en la calle a Amaia antes que escuchar todo aquello. ¿Cómo podía ser tan escandalosa? Y, por otro lado, ¿por qué él no le tapaba la boca? ¿Tan desvergonzado era que le daba igual que ella gimiese de aquella manera?

Estaba escuchando otro gemido cuando cerró la puerta tras de sí. Desde el descansillo, aunque no con tanta claridad, se seguían escuchando los gritos de placer.

—Menudo espectáculo está montando la loca —susurró mientras se dirigía a las escaleras.

Cuando llegó al portal y abrió la puerta el golpe de calor la dejó noqueada momentáneamente. Pese a que eran casi las diez y media de la noche el bochorno era insoportable y pegajoso, más aún comparado con el contraste del piso donde había puesto el aire acondicionado aquella última hora.

No pudo evitar echar la vista hacia arriba, hacia la tercera planta. Por suerte, tenían las ventanas cerradas y desde allí no se escuchaba nada. Esperaba que no hubiese menores en aquel edificio porque, sin duda, aquella pareja los despertaría con sus gemidos.

Se pasó la mano por la frente. Menuda bienvenida al vecindario... Como fuese así cada día...

El pitido de un claxon le hizo girarse. Cuando el coche se detuvo reconoció a su amiga Amaia en el asiento del copiloto.

—Eh, ¿ya estás aquí? —preguntó con el móvil en la mano—. Iba a hacerte la perdida ahora.

—Sí, he bajado para no haceros esperar —mintió.

Amaia bajó del vehículo dándole un breve abrazo.

—¿No ibas a ponerte una falda o un vestido? —susurró contra su oído.

—Quedamos en el sábado, ¿recuerdas? —enfaticó con una fingida sonrisa.

Amaia la obsequió con una ceja enarcada y luego se giró hacia sus amigos que salían del coche.

—Te presento. Ellos son Sonia y Roberto —explicó hacia la pareja que salía de la parte de atrás del vehículo.

Sonia fue la primera en acercarse para darle dos besos.

—Hola, encantada.

—Igualmente —respondió Vanessa.

Roberto se presentó de igual forma. Parecían simpáticos.

—Y él es Toni —dijo Amaia señalando al chico que conducía.

—Hola —dijo él colocándose frente a ella.

—Hola —respondió Vanessa mientras le daba dos besos.

Amaia estaba realmente feliz.

Tal y como le había dicho su amiga, Toni era un chico muy atractivo. Cabello rubio y ojos claros, de un azul intenso, aunque un poco delgado para su gusto.

—¿Nos vamos? —preguntó Amaia colocándose al lado de la puerta del copiloto, luego miró a Roberto—. Siéntate delante y así cabemos mejor detrás. Nos pondremos las tres en el asiento trasero.

—Hecho —contestó Roberto mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

Sonia y Roberto hacían una bonita pareja. Habían sido muy agradables durante toda la noche, si bien llegadas las dos de la madrugada se habían arrinconado en un lado de la discoteca y hablaban entre ellos. Vanessa, sin embargo, no se había separado en toda la noche de Amaia y de Toni.

Toni resultó ser un chico divertido que se esforzaba por mantenerlas entretenidas a base de invitarlas a chupitos y bailar con las dos. Por primera vez desde hacía casi un mes había logrado reír sin recordar la infidelidad de su exnovio.

No le habían pasado desapercibidas las miradas entre Amaia y Toni. Puede que su amiga le hubiese dicho que no tenía nada con él, pero... solo era cuestión de tiempo. Podía mascarse la química entre ambos: las palabras, las sonrisas, cómo la cogía de la cintura para bailar con ella... estaba claro que ambos se gustaban, aunque parecía que ninguno se atrevía a dar el paso.

Toni depositó el chupito delante de ella con una gran sonrisa y le mostró el que tenía en la mano. Amaia permanecía a su lado sujetando el suyo, aunque con verdaderas ansias por tragarlo.

—¡Por unas buenas vacaciones! —brindó Toni alzando su pequeño vaso.

Las dos chicas le siguieron y luego los tres tragarón el chupito.

Notó cómo su garganta, incluso sus pulmones, se abrasaban. Depositó el chupito sobre la barra y comenzó a toser mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—La falta de costumbre, ¿eh? —bromeó Amaia mientras su amiga tosía y Toni golpeaba suavemente su espalda.

—Qué delicada —bromeó el chico mientras ella recuperaba el aliento—. ¿Otro? —preguntó de inmediato.

Amaia asintió rápidamente y Vanessa negó. Colocó una mano en su pecho inspirando con fuerza, intentando recuperarse.

—Yo ya he tenido bastante —comentó sonriente—. Creo que voy a tener una resaca brutal.

—¿Qué? —gritó Amaia que no la había escuchado bien por lo elevado de la música.

Vanessa se acercó.

—¡Que mañana voy a tener resaca a este paso!

—¿Y qué? —preguntó ella con gran alegría—. No hay que trabajar, estamos de vacaciones —dijo alzando los dos brazos.

—Venga, va... —interrumpió Toni—. El último —gritó separándose de ellas y yendo directo hacia la zona donde estaban los camareros sirviendo copas.

—No, no... —dijo Vanessa, aunque estaba claro que Toni ya no la escuchaba, pues se alejaba sin mirar hacia atrás con un claro objetivo.

—Venga, va... hay que divertirse —comentó Amaia colocándose frente a ella.

Vanessa suspiró. La discoteca estaba a reventar para ser un martes por la noche, si bien tampoco era extraño: la mayoría de la gente que se encontraba allí eran extranjeros que iban a pasar unas semanas de vacaciones a esa zona en busca de bebida y fiesta. No quería ni imaginarse cómo sería el fin de semana.

—¡Eh! —gritó Vanessa llamando la atención de su amiga—, no me dijiste que Toni era tan majo.

Amaia sonrió.

—Sí te lo dije, te dije que era muy guapetón.

Vanessa chasqueó la lengua sin apartarse de su amiga, sin dejar de bailar.

—Creo que le gustas —admitió, lo que hizo que Amaia la mirase confundida.

—¡Qué va!

—No deja de mirarte —remarcó—. Además, se le nota.

—No digas tonterías —rio abochornada—. Solo somos amigos.

—Ya, ya —Le dio la razón como a los locos—. A ti también te gusta... —canturreó mientras se llevaba una mirada contrariada de su amiga—. No me mires así, te conozco demasiado bien como para no darme cuenta de cuándo un chico te interesa y... —dijo volviendo su mirada hacia Toni que en ese momento hablaba con el camarero—, él te interesa. Te interesa mucho.

Amaia apretó los labios sin saber qué decir, luego reaccionó, aunque demasiado tarde para convencer a su amiga.

—No, no... es solo un amigo con el que...

—No me vengas con tonterías —dijo Vanessa riendo, luego miró a la espalda de Amaia. Toni venía cargando con tres chupitos más—. Voy al lavabo —comentó al ver que él se acercaba.

—¿Ahora?

—Sí —respondió—. No tardo.

Sin esperar a que ella reaccionase y justo cuando Toni se colocaba a su lado se giró y caminó por la pista de baile rumbo a los aseos. No tenía necesidad de ir, pero entendía que Amaia también se merecía su momento a solas con Toni. Por mucho que su amiga lo negase estaba claro que le gustaba. Sonia y su pareja Roberto hacía más de una hora que se habían distanciado buscando su propia intimidad y, aunque estaba muy a gusto con ellos dos, no quería ser un lastre.

Fue al aseo y lo único que hizo fue retocarse en el espejo con la barra de labios y el lápiz de ojos, dejando que pasasen los minutos. Cuando salió se llevó unos cuantos empujones para atravesar el pasillo que llegaba hasta la pista de baile.

Resopló cuando miró la discoteca y los rayos de luz cruzaron por encima de ella.

Miró en dirección a la barra donde debían esperarle Amaia y Toni cuando una persona se interpuso en su camino tapándole la vista.

—Hola, ¿te has perdido? —bromeó un chico delante de ella. Vanessa elevó su mirada. El chico la observaba con una sonrisa en sus labios—. Lavabos —Señaló hacia atrás—. Pista de baile —Señaló hacia delante con humor.

—No, no... estoy buscando a mis amigos —aclaró acercándose un poco a él. En ese momento detectó el olor a colonia. Aquel chico se había echado por lo menos medio litro.

—¿Y los encuentras? —preguntó mirando hacia la pista de baile, colocándose a su lado como si fuese a ayudarla en la búsqueda.

Ella lo miró divertida y luego volvió su atención hacia la pista. Tras todas las personas que bailaban, Amaia se encontraba apoyada contra la barra con la mirada clavada en Toni que estaba frente a ella. Estaba claro que aquellos dos iban a acabar juntos.

—Sí —dijo a su acompañante señalando con un movimiento de cabeza

hacia delante—. Ahí están.

El chico puso las manos en los bolsillos.

—No te había visto antes por aquí —comentó girándose hacia ella.

—Es la primera vez que vengo —admitió, aunque luego le dio a su voz un tono más gracioso—. ¿Te conoces a todas las chicas que vienen?

El muchacho rio y negó.

—No, no... —Se encogió de hombros—, solo a las chicas guapas.

Vaya, vaya, ¿así era cómo se ligaba ahora? Vanessa sonrió de una forma tirante sin saber qué responder a aquellas palabras y miró en dirección a sus amigos que seguían conversando de una forma acaramelada.

—Soy Fede —dijo tendiendo una mano hacia ella, captando de nuevo su atención.

—¿Cómo? —gritó Vanessa.

Fede cogió su mano y la acercó para poder hablarle al oído.

—Soy Fede. Federico —aclaró mientras estrechaba su mano.

—Vanessa —Se presentó ella.

—¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó soltando su mano, aunque sin apartarse.

Parecía buen chico y la observaba expectante. De perdidos al río, era una chica joven y no iba a pasar nada por tomar una copa con él, a lo mejor hasta se hacían amigos.

—De acuerdo —comentó risueña.



3

Al final, la noche se había arreglado. Fede era un chico encantador. La había invitado a la primera y a la segunda copa, después Vanessa le había obligado a aceptar una tercera. Si antes ya se notaba perjudicada, ahora ya estaba en el momento en que debía pensar antes de hablar para no meter la pata.

—Así que farmacéutica —comentó él mientras daba un sorbo a su cubata.

—Sí, y de las bueeeeeenas —remarcó colocando un dedo en su pecho.

Él comenzó a reír ante esa respuesta.

—¿Qué significa eso?

—Mira, mira... —dijo poniéndose tiesa como un palo, con sus manos por delante—. A mí me viene una persona... —dijo alzando el dedo mostrándole el número uno—, una solo. Una personita...

—Una personita, sí —rió él.

—Y me dice... pueesshh mira... me duele aquí —Se señaló la barriga—, o aaaquí —Se señaló la cabeza—, o me pashaaa essshto...

—Ajá.

—Y yo... —Se señaló a sí misma—, sssholo yo...shé lo que debe tomaaarshe.

—Eres una superheroína —bromeó.

—Sí, esas hoy yo —Le dio la razón e hizo el signo de victoria con los dedos—, y la gente no she da cuenta... —pronunció más molesta.

—Yo sí que me he dado cuenta. Lo he detectado al momento —bromeó Fede.

—Porque tú también tienesh vishión... vishión... —Se quedó pensativa —, ¿nocturna?

Fede enarcó una ceja y comenzó a reír.

—¿Nocturna? Querrás decir de infrarrojos.

—Esho, esho... —comentó dándole la razón. Dio unos pasos hacia él y puso una mano en su hombro para guardar el equilibrio—. ¿Y tú?... ¿Qué shuperhéroe ereshh?

—Uhhmmm... —Se quedó pensativo mientras daba un sorbo—. Me gusta Batman.

—Batman eshtá guay... —Se acercó a él y puso voz grave—. ¡Shoy Batman! —gruñó.

Fede comenzó a reír.

—En realidad mi superpoder es otro... —Se acercó a ella—, pero es un secreto —bromeó.

—Dímelo, no she lo diré a nadie. De hecho, creo que mañana ya she me habrá olvidado... —balbuceó colocando la copa vacía sobre la barra—, menuda turca —rio.

—Soy enfermero.

Ella lo miró y enarcó una ceja.

—¿Estás enfermo? —preguntó alarmada.

—No, no... que soy enfermero —repitió—. También ayudo a las personitas... —continuó con la broma.

—Ohhhh... esh... esh... bonito —Pestañeó repetidas veces—. Eshas misshmas personitas son lash que me vienen a mí.

—Lo sé, lo sé... —Le dio la razón rápidamente.

—Qué coinshidenshia, ¿eh? —dijo asombrada.

Fede se apoyó en la borra con una sonrisa y miró el reloj.

—¿Y cuántos días vas a estar aquí?

Ella gesticuló en exceso.

—Toooooo el messs.

—¿Todo?

—Shí, vengo a olvidarme de mi ex —Luego miró la copa—. Esshtá vacía. —Se acercó a la barra y alzó el brazo—. ¡Camarerooooooww! ¡Vacía! Aquí —Señaló el vaso para que se lo llenasen—, taca, taca...

Fede fue tras ella y le bajó el brazo.

—¿Otra? Yo creo que por hoy ya está bien—dijo captando su atención—. Explícame eso de que te vienes a olvidar a tu ex.

—Mi ex esh malo. —Buscó con la mirada a Amaia y desencajó la mandíbula cuando la encontró unos metros por delante besándose con Toni—. ¡Y encima she está liando! —gritó señalándola. Fede la miró confundida—. Pero shi me había disho que... que no le gushhhhtaba —Se quejó a Fede.

Fede la cogió del brazo.

—Ya, pues parece que sí le gusta —remarcó.

—Ya she lo había dishho yo —contestó divertida.

—Eh, ¿y eso de tu ex? —intentó volver al tema que le interesaba.

—Puessshhh mira... —dijo apoyándose contra la barra, aunque resbaló y estuvo a punto de caer. Fede hizo ademán de cogerla pero rápidamente se colocó firme de nuevo—, atento —dijo alzando su mano—. Mi ex esh shu primo —Señaló a Amaia —, y Sergio...

—¿Sergio es tu ex?

—Shíííí... —susurró y le indicó con la mano que se acercase para susurrarle—. Puessh she ha liado con una sshica que hacía lash prácticash en shu empresa... pzzzzz...

—Vaya, menudo idiota.

—Shí, musshe —Le dio la razón—. Y ahora, Amaia que es shu prima y mi mejor amigaaaa... me dishe que me tengo que poner faldashh cortash y veshhtidos. —Aquel comentario hizo que Fede riese—, ¿tú creesh que shervirá?

Fede se acercó a ella y se encogió de hombros.

—Depende de lo que quieras conseguir —Y esta vez se acercó con la mirada clavada en sus labios.

Vanessa lo miró. Lo cierto era que la última hora el chico se había portado de forma ejemplar con ella, era divertido y agradable, pero... aquellos labios estaban cada vez más cerca.

—Uy, uy, uy... —dijo dando pasos hacia atrás, de forma que volvió a perder el equilibrio y Fede la sujetó del brazo y por la cintura.

—¿Adónde vas? —preguntó divertido—. A ver si te vas a hacer daño y me tengo que poner a realizar los primeros auxilios aquí.

Vanessa miró directamente a Amaia, aún sujeta por Fede. Se recompuso y volvió a guardar el equilibrio.

—No, no hashe falta... —reaccionó colocándose el top de forma correcta, pues se le había subido un poco—, de todash formash... yo me... me tengo que ir ya.

—¿Con tu amiga? —preguntó señalando hacia ella—. Creo que sigue entretenida.

Sí, tenía razón, Amaia estaba muy entretenida.

—Uhmhhh... —dijo soltándose de él—. Me... me tengo que ir.

—Oye, ¿te ha sentado mal algo de lo que haya...?

—No, no... —intentó calmarlo—, eresh muuuuuuy buen shico, pero... —Tragó saliva y suspiró—. Me tengo que ir.

Fede la cogió de la mano.

—Espera. Al menos... dame tu número. —Ella lo miró intrigada—. Vamos a hacer una cosa. Dame tu teléfono. —Vanessa chasqueó la lengua y abrió el bolso. Cogió el móvil y lo desbloqueó, pero Fede lo cogió de sus manos directamente—. Voy a apuntarte mi número de teléfono. —Tecleó y luego se lo entregó con una sonrisa—. Me gustaría que me llamasess alguna vez y poder invitarte a comer o a cenar.

Vanessa asintió tímida y guardó el teléfono en su bolsillo. Se quedó observándolo. Era un chico muy atractivo.

—Me he divertido musho. Grashias por las copas.

—Llámame —volvió a pedir Fede.

Ella asintió mientras apretaba los labios.

—De ac... de acuerdo.

Dio unos pasos atrás y se internó entre la gente rumbo a sus amigos. Cuando fijó la mirada en ellos, en ese instante, no se estaban besando.

Fue hacia allí y se apoyó en la barra mientras Amaia y Toni la miraban fijamente.

—¿Ya? —preguntó Vanessa con ironía haciendo que Amaia y Toni se ruborizasen—. Uhmhhh... ¿osh importa llevarme a casha? O cojo un tacshi...

—No, no, te llevamos —comentó Toni rápidamente.

Vanessa abrió los ojos lentamente, mientras la música inundaba toda la

habitación. Una música y un cantante muy conocidos le dieron los buenos días.

“Ya, ya me está gustando más de lo normal. Todos mis sentidos van pidiendo más. Esto hay que tomarlo sin ningún apuro. Despacito. Quiero respirar tu cuello despacito. Deja que te diga cosas al oído”.

—Ummmghhh... —ronroneó mientras se removía en la cama—. ¿Luis Fonsi? ¿En mi habitación? —murmuró sin ser consciente aún de lo que decía. Miró de un lado a otro, ubicándose. De acuerdo, piso de alquiler, noche de fiesta en San Juan de Alicante, mucho alcohol...

Cogió la almohada, la sacó de debajo de su cabeza y la colocó encima intentando amortiguar la música.

“Despacito. Quiero desnudarte a besos despacito. Firmo en las paredes de tu laberinto. Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito”.

—Ufffff.... —Tiró la almohada hacia el otro lado al ver que la música no se amortiguaba y abrió los ojos mirando al techo. La luz de un nuevo día entraba por la ventana.

“Quiero ver bailar tu pelo. Quiero ser tu ritmo. Que le enseñes a mi boca tus lugares favoritos (favoritos, favoritos baby)”.

¿De dónde venía aquella música? Se giró observando la pared de su habitación, allá donde se apoyaba el dosel de su cama.

“Déjame sobrepasar tus zonas de peligro hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido”.

—Esto no puede estar pasando —susurró mientras reptaba por el colchón hasta la mesita de noche y giraba el despertador. Eran las nueve de la mañana. —Noooooo —sollozó mientras la música seguía retumbando en la pared y ella hundía la cara en el colchón—. Despacito de buena mañana noooo —gimió. Luego se llevó la mano a la frente y se incorporó en la cama—. Dioooooossss —susurró mientras se apartaba el pelo de la cara—. Qué resacaaaaaaa. —Luego gruñó cuando el estribillo de la canción volvió a sonar—. Y esa música. —Cerró los ojos e intentó mantener el control de la cama que se movía de un lado a otro, como si se encontrase en un barco en alta mar.— Anclaje, Vanessa, anclaje... —susurró mientras se sentaba en un lado del colchón y estiraba la pierna tocando el suelo con el pie.

De aquella forma, al menos, era consciente de que realmente la cama no se movía.

—Despacitooooo —Escuchó una voz masculina cantando. Abrió los ojos al máximo al escuchar que aquella no era la voz de Luis Fonsi. Lo que le faltaba. Suspiró armándose de paciencia mientras escuchaba cómo su vecino

se metía en la ducha y entonaba la canción—. Quiero desnudarte a besos despaciiiito...

Se pasó la mano por la frente, agobiada, tentada de dar unos cuantos golpes en la pared para que al menos su vecino se callase. Resultaba que no solo era un picaflor, sino que además le gustaba cantar.

—Uufffff... —resopló. Jamás había tenido una resaca como aquella—. Necesito aire —gimió mientras intentaba ponerse en pie, aunque le costaba un poco mantener el equilibrio.

Caminó apoyándose en la pared y fue hacia la ventana. Comenzó a subir la persiana...

—Ahhh... nooooo... luuuuzz —La bajó de inmediato y suspiró.

Fue al comedor y buscó a ciegas el mando del aire acondicionado dando golpes sobre la mesa mientras la música no dejaba de sonar.

—Grrrrrrgrrr —Gruñó mientras seguía repasando los bordes de la mesa—. ¡Aquí! —exclamó al encontrarlo. Elevó el brazo y activo el aire acondicionado. Se colocó frente al aparato y dejó que el aire frío la envolviese, aun así, si cerraba los ojos sentía cómo perdía el equilibrio.

“Pasito a pasito, suave suavcito, nos vamos pegando poquito a poquito. Que le enseñes a mi boca tus lugares favoritos”—Sin duda, su vecino no era cantante.

—Dios mío, por favor... —imploró—, haz que acabe.

En ese momento la música cesó. Vanessa puso su espalda recta y se giró levemente hacia atrás observando a través de la puerta abierta la pared de su habitación.

—¿En serio? —Sollozó—. Graciaaasss —susurró mirando al techo, aunque de nuevo volvió su mirada hacia la pared y entornó sus ojos cuando escuchó una voz femenina.

—Entonces... ¿me llamarás? —Escuchó que decía la chica.

¿Esa era la chica que había gemido ayer contra la pared de su dormitorio? ¿No eran pareja?

—Sí, claro... —contestó la voz masculina, aunque sin mucha emoción—. Me tengo que ir al trabajo pero... ya te llamaré.

Vanessa enarcó una ceja sin apartar la mirada de la pared.

—Ya... seguro que sí —ironizó la chica, pues por el tono de voz de él no se le notaba muy emocionado.

“Menudo perla”, pensó Vanessa mientras volvía la mirada al frente para que el aire frío rozase su piel. Iba a cerrar los ojos para relajarse cuando

escuchó que la puerta de enfrente se abría. Se quedó observando hacia ella.

—Hasta la próxima —escuchó que decía el chico.

La reacción de Vanessa fue inmediata. Colocó un pie delante de otro y caminó los pocos metros que la separaban de la puerta. Se puso de puntillas y miró por la mirilla, pero justo en ese momento la puerta se cerró.

—Mierda —susurró ella. Había sentido curiosidad por ver a aquel muchacho. Pudo ver, sin embargo, a la chica que se dirigía al ascensor. No pudo ver sus rasgos al detalle, pues la mirilla estaba un poco sucia, pero pudo apreciar que era una chica bastante alta, delgada, con el cabello rizado y rubio. Vestía unos tejanos ajustados y un top de tirantes. Parecía joven, más o menos de su edad, así que seguramente su vecino también lo sería.

Chasqueó la lengua y se apoyó contra la puerta, suspiró y justo entonces comenzó la música otra vez.

Intentó calmarse, de todas formas no podía hacer otra cosa. Lo que necesitaba era una buena ducha y desayunar algo para que su estómago se aposentase.

Dicho y hecho, tras ducharse y desayunar notó cierta mejoría. Le seguía doliendo la cabeza, pero ya se encontraba mejor del estómago, lo que era todo un alivio.

Por suerte, su vecino había parado la música. De hecho, tras salir de la ducha no había escuchado nada, así que era posible que hubiese salido.

Se sentó en el sofá con el aire acondicionado a máxima potencia, sin atreverse todavía a subir del todo las persianas. Fue entonces cuando recordó que, el día anterior, un chico le había anotado su número de teléfono en la agenda del móvil.

—¿Cómo se llamaba? —Se preguntó a sí misma. Recordaba que era un chico majo, divertido y por los flashbacks que tenía diría que atractivo. Abrió la agenda del móvil y buscó hasta que encontró el nombre. Una sonrisa inundó su rostro—. Fede superhéroe —susurró.

Sí, estaba claro que era él, recordaba una conversación sin sentido sobre eso. Por Dios, ¿cómo podía afectarle tanto la bebida?

Iba a soltar el móvil a su lado y cerrar los ojos cuando vibró en su mano. Desbloqueó y miró el móvil. El mensaje era de Amaia.

Amaia: ¿Estás ya despierta?

Vanessa miró el reloj. Eran las diez y media.

Vanessa: Hace rato. Mi nuevo vecino me ha despertado con la música.

Amaia: Ups

¿Eso era lo único que iba a responderle?

Vanessa: Menuda resaca tengo. He tenido que hacer anclaje con el pie cuando me he despertado.

El mensaje de su amiga no tardó en aparecer en la pantalla.

Amaia: Jajajajaja.

Amaia: Es la falta de costumbre.

Amaia: Tranquila, tienes todo el mes para coger fondo.

Vanessa arrugó su frente.

Vanessa: ¿Fondo? ¿Estás loca? Nunca más.

Vanessa: Por cierto, ¿qué tal con Toni?

Esta vez Amaia sí tardó más en responder.

Amaia: Pensaba que ibas tan borracha que no te habías dado cuenta.

Vanessa abrió los ojos de forma exagerada.

Vanessa: ¿Cómo no iba a darme cuenta? Os vio casi toda la discoteca.

Amaia no respondía. ¿Quería que insistiese?

Vanessa: ¿Y bien?

Amaia: ¡Me encantaaaaaaaa!—Ahí estaba su amiga.

Vanessa: ¿No me dijiste ayer que solo era un amigo?

Amaia: Ya, pero porque no estaba segura de si yo le gustaba.

Vanessa resopló ante aquella respuesta.

Vanessa: Bueno, creo que eso ya ha quedado claro.

Amaia: Uhmhm. Aún tenemos que hablar. Cuando te dejamos en casa me llevó directamente a la mía.

Vanessa: ¿Hablar? Te metió la lengua hasta la garganta, creo que eso es suficiente.

Vanessa: Por cierto, ¿me trajisteis vosotros?

Amaia, en su cuarto, abrió los ojos al máximo.

Amaia: ¿No te acuerdas?

Vanessa: La noche me confunde —bromeó.

Amaia: Ya, la noche y todo el alcohol que te metiste entre pecho y espalda.

Amaia: Pues claro que te llevamos nosotros, de hecho, te acompañé hasta el piso.

Amaia: Pequeño pero acogedor.

Aquello la sorprendió.

Vanessa: ¿Subiste?

Amaia: Sí, menuda liaste para encontrar las llaves en tu bolso.

Amaia: Por cierto, llena la nevera.

En ese momento cayó en la cuenta. Lo único de lo que disponía era de las galletas y los cartones de leche que se había llevado de casa para que no caducasen. Iría a comprar ese mismo día sin falta.

Vanessa: Luego iré al supermercado, no está lejos del piso.

Vanessa: Cuando pueda mantenerme en pie sin tener que apoyarme en las paredes.

Amaia: Jajajaja

Vanessa: ¿Has quedado con Toni? —preguntó volviendo al tema principal.

Amaia: Me dijo de quedar para cenar.

Vanessa: ¡Qué guay!

Amaia: Le dije que no.

Vanessa: ¿Qué? ¿Por qué? —preguntó impresionada.

Amaia: La noche es para nosotras dos.

Aunque aquella respuesta le gustó le hizo sentir culpable.

Vanessa: Amaia, no voy a quedar esta noche, estoy hecha polvo.

Vanessa: Es más, creo que me lo voy a tomar de vacaciones hasta el sábado.

Amaia: ¿Qué?

Vanessa: Queda con Toni. Ayer me lo pasé muy bien, pero necesito recuperarme.

Amaia: Hoy es miércoles —remarcó su amiga.

Amaia. ¿No nos vamos a ver hasta el sábado?—Y lo acompañó de muchos emoticonos de caritas llorando.

Vanessa: Podemos quedar para comer o cenar, pero yo, hasta el sábado, me planto.

Amaia: El sábado de minifalda, ¿eh?

Vanessa suspiró. Amaia ya había bautizado al próximo sábado con ese nombre.

Vanessa: Sí, el sábado de minifalda —confirmó ella.

Amaia: ¿Y tú? También vi que hablabas mucho con un chico.

Vanessa: Ahhh... pero ¿tuviste tiempo para verme?—bromeó.

Amaia: Jajaja.

Amaia: Sí, y era muy mono el chico.

Vanessa: ¿Sí? Toda esa parte la recuerdo un poco nublada. Me dio su móvil.

Amaia reaccionó de inmediato.

Amaia: ¿Vas a llamarlo?

Vanessa: Noooooo.

Amaia: ¿Por qué no?

Vanessa: Pues porque no lo conozco de nada.

Amaia: Por eso mismo te ha dado el teléfono, para que lo conozcas.

Ahí Amaia tenía toda la razón.

Vanessa: No sé, ya veré.

Amaia: No seas tonta. Diviértete.

Amaia: Bueno, pues...

Amaia: ¿Quedamos para comer?

Vanessa resopló.

Vanessa: ¿En serio? ¿Qué parte de tengo resaca no entiendes? XD

Vanessa: Necesito descanso hoy.

Vanessa: Aprovecha para quedar con Toni y si quieres mañana quedamos para comer y me lo cuentas todo.

Amaia: ¿Seguro?

Vanessa: Claro que sí, necesito unas cuantas horas de sueño y recuperarme bien.

Vanessa: Aprovecha y mañana me pones al día.

Amaia tardó un poco en responder, como si dudase.

Amaia: Está bien. Pues mañana si quieres te paso a buscar por el piso a la una y media.

Vanessa: De acuerdo. Hasta mañana.

Amaia: Hasta mañana y descansa porque este sábado...—dejó la frase sin acabar.

Amaia: tantarantán (sonido de tambores)

Amaia: Va a ser memorable.

Vanessa: Miedo me das.

Le siguieron unos cuantos emoticonos mandando besos y abrazos, luego Vanessa depositó el móvil sobre el sofá.

Se alegraba por ella. Amaia solo había tenido una pareja estable, una relación de un año. Desde entonces, sabía que tenía amigos con ciertos privilegios, pero algo le decía que Toni sí le gustaba de verdad y, además, la forma en que Toni la miraba también le daba a entender algo así.

Parecía que iban a intercambiar roles. Amaia iniciaría una relación y ella sería la soltera.

Cerró los ojos y durante unos minutos se calmó. Lo mejor sería llenar la nevera y descansar durante el resto del día.

Podía ver alguna película o comprarse un libro para relajarse. Le habían hablado de uno romántico muy chulo.

Fue a la habitación y cogió la ropa que iba a ponerse tras la ducha.



4

Se quedó observando la nevera, repleta. Así daba gusto.

Cogió uno de los cucuruchos de vainilla que había comprado y retiró su envoltorio.

Había comido y descansado en el sofá hacía un par de horas. Ya se encontraba bien, pero por descontado no iba a volver a pasar por una resaca así. Con una ya tenía suficiente. El sábado, cuando volviese a salir de fiesta con Amaia, se había prohibido a sí misma tomar más de dos copas.

Observó el libro que se había comprado, una historia romántica. No es que fuese muy dada a leer ese tipo de novelas, a ella le gustaban más los thrillers y las aventuras, pero en aquel momento de su vida era lo que necesitaba: fantasear con un hombre a lomos de un caballo blanco que fuese a su rescate.

La resaca no le había permitido comenzar el libro, pero lo haría al día siguiente sin falta.

Fue hacia el sofá y se sentó mientras saboreaba el cucurucho. La película

estaba bien, una película de televisión que la mantenía entretenida sin mayores pretensiones.

Cogió su móvil y durante unos segundos se planteó si debía escribir un mensaje a Fede, el chico que había conocido la noche anterior en la discoteca.

Había sido encantador con ella, o eso era lo que recordaba. Lo único que la frenaba era aquella última mirada y cómo se había acercado. A su parecer, y si no tuvo la mente nublada por el alcohol, le pareció detectar la intención de besarla. ¿Estaría en lo cierto?

Aquel chico le había parecido atractivo desde un principio y, al menos, no había ido a degüello con ella, de hecho, el estado en que ella se encontraba le hubiese facilitado las cosas, si bien él decidió no pasarse de la raya. Aquella reacción le había gustado.

Miró el móvil debatiéndose entre enviarle un mensaje o no.

Buscó en la aplicación del *WhatsApp* a Fede. Sonrió cuando vio que tenía justamente la foto de un superhéroe, concretamente la de Iron Man.

—Menudo personaje —susurró.

Alguien que tenía la fotografía de perfil en el *WhatsApp* de Iron Man debía de ser buena persona.

Abrió el privado e iba a escribir un “*Hola*” cuando un golpe la alertó.

Miró el reloj. Las siete y media de la tarde. Su vecino el cantarín había regresado a casa.

Se quedó en silencio escuchando. Parecía que esta vez estaba solo, que no lo acompañaba ninguna chica.

Escuchó los pasos por el piso, se quedó observando la pared hasta que estos cesaron. Aquellas paredes eran de papel. Volvió a mirar su móvil.

—Hete aquí la cuestión —susurró dudosa—. ¿Le envió un mensaje o no?

Volvió a alzar la mirada hacia la pared cuando escuchó la voz masculina.

—Eh, ¿qué tal? —¿Estaba hablando con alguien? Supo que debía ser por teléfono cuando no recibió respuesta y él continuó hablando—. Que va, esta noche no. Mañana también curro.

Ella enarcó la ceja. ¿No tenía vacaciones?

—La tarde bien. Nada importante, cosas sin importancia —acabó diciendo.

Vanessa se levantó y caminó con cuidado hacia su dormitorio. La voz se escuchaba más fuerte allí.

—Pues estaría genial —comentó de nuevo—. Sí, mañana tengo turno de mañana y pasado también, así que tengo la tarde libre. Por mí perfecto.

¿La tarde libre? ¿Estaría hablando con alguno de sus ligues?

—De acuerdo, pues nada, pasaos mañana por mi piso, sin problema.

Miró la pared intentando analizar la ubicación de la voz. Seguramente, su habitación debía dar con el comedor de él y, al lado, tenía el aseo.

—Hasta mañana —comentó otra vez la voz masculina.

No hubo más palabras y escuchó de nuevo los pasos. Así que había quedado para el día siguiente... Barajó la idea de que fuese con la chica de aquella mañana.

“¿Y qué más te da?”, se preguntó a sí misma. Estaba demasiado aburrida, necesitaba distraerse de alguna forma. Observó el teléfono móvil en su mano, debatiéndose otra vez entre enviar o no el mensaje a Fede y, finalmente, salió de la habitación y lo depositó en la mesa. No, lo que menos necesitaba en aquel momento era una cita, aunque fuese entre amigos.

La música volvió a invadir el piso contiguo y, por lo tanto, el de ella.

—*Destaca cuando anda, va causando impresión. Cada día cuando levanta brilla como el sol...*

Reconoció la canción de inmediato, no dejaba de sonar por la radio: “*La Cintura*” de Álvaro Soler.

Ni siquiera se giró para observar la pared. Volvió a cerrar los ojos cargándose de paciencia. Ella solo quería calma. Si hubiese querido estar escuchando música o encuentros furtivos se hubiese alquilado un piso al lado de la discoteca, no allí.

De hecho, ahora que lo pensaba el piso había estado vacío hasta que ella llegó, quizá su nuevo vecino no supiese que había inquilinos.

Dio unos pasos rápidos golpeando el suelo. Si ella era capaz de escucharlo a él, él también podría escucharla a ella, quizá de ese modo consiguiese algo de calma.

—*Me acerco a ti, bailemos, juguemos... Acércate. Porque mi cintura, necesita tu ayuda. No lo tengo en las venas y no la puedo controlar...*

Vale, estaba claro que con la música no la escuchaba. Resopló y fue hacia el sofá. De nada servía enfurruñarse, prefería la música al concierto del día anterior por la noche.

Se tumbó en el sofá debajo del chorro del aire acondicionado y cogió el mando de la televisión.

Vanessa se recostó sobre la silla mientras sonreía a su amiga. La había pasado a buscar a la una y media del mediodía y a las dos comenzaban a

comer. Amaia la había llevado a una terraza cerca del piso donde habían pedido una ensalada para cada una. Ahora, tras un café, notaba que los ojos se le cerraban.

—Menuda morriña —susurró Vanessa mientras aguantaba un bostezo—. Así que, al final, Toni y tú estáis juntos... —Amaia sonrió de oreja a oreja, se la notaba muy feliz—. Me alegro un montón —confesó—. Hacéis muy buena pareja.

—Gracias —contestó mientras acababa su cortado—. La verdad, no las tenía todas conmigo...

—¿Que no las tenías todas contigo? —preguntó asombrada.

—Sí, ya sabes —Se removió en su asiento—. Hace mucho que nos conocemos y siempre hemos sido muy buenos amigos. No sabía cómo se tomaría lo que había pasado entre nosotros la noche anterior.

—Solo hace falta ver cómo te mira. Es normal tener ese miedo a no ser correspondido, pero vista vuestra relación desde fuera estaba muy claro. —Su amiga se encogió de hombros y sonrió—. ¡Fíjate! Hemos cambiado las tornas. Ahora tú tienes pareja y yo soy la soltera.

Amaia chasqueó la lengua mientras levantaba su mano para atraer la mirada del camarero.

—Ya encontrarás a alguien, ya verás —La animó—. Además, mejor sola que mal acompañada —dijo con determinación. Se quedó contemplándola con detenimiento y, esta vez, moduló su voz a un tono más suave—. ¿Te ha vuelto a llamar mi primo?

Vanessa negó.

—La última vez que hablé con él fue para decirle que la relación se había acabado, casi ni lo dejé hablar —acabó resignada.

Amaia se mordió el labio.

—Sé... sé que no es de mi incumbencia, no te enfades, por favor... —susurró Amaia, lo que hizo que Vanessa la mirase con suspicacia—, pero ¿por qué no le das la oportunidad de explicarse?

Vanessa se echó un poco encima de la mesa.

—¿Y qué tiene que explicarme? —ironizó—. ¿Que tropezó y cayó en la boca de la chica de prácticas? —Amaia chasqueó la lengua—. No, no... espera, mejor aún —continuó con la broma bastante indignada—, que se le había acabado el cubata, tenía sed y se bebió el que tenía ella en...

—Puaaajjj... ¡Vanessa! —La recriminó—. ¡No seas tan gráfica, joder!

—No pienso comerme las babas de otra... además, vete a saber qué más

hicieron juntos... —expuso Vanessa.

Amaia suspiró.

—Sí, lo sé, y tienes toda la razón, pero es que... me da tanta pena —comentó pasando su mano por encima de la mesa para rozar la suya—. Éramos primas —pronunció con nostalgia—. Pero sí, tienes razón, mi primo no se merece ni tan siquiera la oportunidad de explicarse. —El camarero llegó hasta ellas con una pequeña bandeja plateada donde llevaba la cuenta y la colocó encima de la mesa—. Tome, cóbreme —dijo Amaia extrayendo de su cartera la tarjeta de crédito.

—No, no... espera, invito yo.

—Ni hablar.

—Ya me invitaste a la paella —Le recordó Vanessa.

—¿Y qué? —contraatacó Amaia—. Cobre de aquí, por favor —ordenó al camarero.

El hombre cogió la tarjeta y se dirigió a la barra a por el datáfono.

—Hay... hay algo que debo contarte... —susurró Amaia.

Aquel tono de voz la puso en alerta.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

Acto seguido, el camarero llegó con el datafono y pulsó los botones. Vanessa y Amaia se quedaron calladas mientras el recibo se imprimía. El tono de voz que había empleado Amaia la había dejado nerviosa, así que nada más alejarse el camarero arremetió.

—¿Qué ocurre? —repitió.

Amaia carraspeó un poco, nerviosa, mientras guardaba la tarjeta de crédito en su monedero y abría el bolso para introducirlo.

—Primero prométeme que no te enfadaras...

Vanessa enarcó una ceja.

—No voy a prometerte eso.

Amaia resopló y miró hacia los lados, nerviosa, como si no se atreviese a confesar.

—Verás, es que... —Tragó saliva.

—Va, dime —La apremió con ansiedad.

—Sergio me ha llamado un par de veces...

Vanessa puso su espalda recta.

—¿Qué has hecho? —preguntó con voz queda.

Amaia volvió a chasquear la lengua y colocó el bolso en sus rodillas.

—Se me ha puesto a llorar... —Vanessa resopló—, que si te echaba

mucho de menos, que sabía que se había portado mal...

—¿Portado mal? —preguntó con ironía.

—Te estoy diciendo lo que me ha dicho —La cortó rápidamente—. Que en estas semanas que lleváis separados se ha dado cuenta de cuánto te quiere, que ha sido un tonto...

—Eso ya lo sé —bromeó Vanessa.

—Ya, bueno... —Tragó saliva de nuevo—, y me ha dicho que te había llamado varias veces más, pero que no le cogías el teléfono y estaba preocupado.

—¿Preocupado? —Esta vez enarcó una ceja hacia Amaia.

—Sí, así que... le dije que no se preocupase tanto, que estabas bien y que habíamos salido de fiesta el otro día...

Vanessa colocó la palma de la mano en su cara y la arrastró.

—¿Le dijiste que estoy en San Juan contigo? —preguntó desquiciada.

—No, no se lo dije textualmente, pero... —Hizo un gesto indeciso—, claro, supongo que lo dedujo al decirle que no se preocupase tanto, que yo me encargaba de ti y que nos íbamos a divertir —Vanessa resopló—. Lo siento —sollozó.

Vanessa suspiró.

—Lo que menos necesito es que venga en plan pesado.

Amaia apretó los labios.

—Bueno, pues... él estaba bastante preocupado. Se le notaba muy afectado...

—Más me afectó a mí verlo flirtear y besuquearse con la rubia.

—Ya... —dijo tímida—, pero, no sé... Al menos envíale un mensaje para decirle que estás bien y que no se preocupe más por ti. —Luego resopló—. Así dejará de darme el coñazo a mí también.

Vanessa suspiró y se dejó caer sobre la silla, derrotada.

Amaia tenía razón. El hecho de que Sergio fuese su primo y de que ella fuese su mejor amiga ocasionaba que él no dejase de preguntarle. No había intercambiado palabra alguna con él, nada, así que quizá un simple mensaje diciéndole que se había acabado todo, que lo encajase y que se hiciese a la idea los liberaría a los dos.

Era cierto el hecho de que no haber roto cara a cara los había dejado un poco desubicados, aunque sus palabras por teléfono habían sido muy claras al respecto. Ella lo había dado todo por él, había intentado ser buena pareja, y él se lo había agradecido de aquella forma.

Cierto que las primeras semanas la ira la había invadido, pero se había dado cuenta de que podía sobrevivir a una ruptura y eso le había dado fuerzas. Él, al contrario, debía acarrear con un sentimiento de culpa brutal.

—No sé... —dijo al final—, quizá le envíe un mensaje solo para decirle que estoy bien y que acepte la situación.

Amaia asintió no muy convencida.

—Supongo que será lo mejor.

—Pero ¿qué se piensa? —preguntó esta vez más alterada—. ¿Qué estoy deprimida?

—Pues yo que sé, pero ya le dije yo que estabas muy bien, así que...

—Estoy perfecta —confirmó.

—Por supuesto —Le dio la razón su amiga—. Si le envías un mensaje ya me dirás qué te dice.

Vanessa suspiró y asintió.

—Claro —contestó más calmada. Miró su reloj de muñeca que marcaba las cuatro en punto—. ¿No habías quedado con Toni a las cinco?

—Sí —contestó Amaia levantándose de la silla—. Tengo tiempo de sobra para arreglarme. —Cogió su bolso a la par que Vanessa y se dirigieron al paseo marítimo—. Menudo calor, ¿no?

—Demasiado. En cuanto llegue al piso me voy a poner el aire acondicionado y comenzaré un libro que me compre ayer —contestó ya con una sonrisa.

—¿Qué libro?

—Me he comprado uno romántico: “*El conjuro*” de Mariah Evans. —Vanessa se encogió de hombros—. Dicen que es muy divertido y romántico. Es lo que necesito ahora mismo.

Amaia se acercó a ella y le dio un pequeño codazo con gracia.

—Eh, ¿y tu amigo de la discoteca? Me dijiste que te había dado el móvil.

Vanessa se encogió de hombros.

—No le he escrito al final. Iba a escribirle ayer pero el vecino de al lado puso la música alta y me desconcentró.

Amaia se quedó paralizada.

—No había escuchado nunca una excusa tan mala —rio. Vanessa se encogió de hombros mientras seguía caminando—. Deberías escribirle.

—No sé...

—Aunque sea para tomar un café. No hace falta que vayas a comer o a cenar con él, pero creo que necesitas saber que mi primo Sergio no es el único

chico disponible.

Ella resopló.

—Ya veré. Por ahora quiero estar unos días tranquila, quiero tomarme las cosas con calma.

—Haces bien —Le dio la razón—, pero tampoco te duermas en los laureles.

—No voy a dormirme en los laureles —repitió ella—. Pero necesito mi tiempo de relax, de acostumbrarme a la nueva situación.

—Y a mí me parece genial, pero... —dijo pasando su brazo por encima de sus hombros para acercarla—, recuerda que eres una chica joven, atractiva...

—Amaaaaaia —enfaticó con paciencia.

—Y... ¡Que este sábado lo vamos a pasar genial! Por cierto, este sábado es para nosotras solas.

—Puedes decirle a Toni que se venga.

—No, no... he pensado, si te parece bien, mañana...

—Viernes —dijo rápidamente.

—Vamos a cenar todos por ahí, y el sábado le diré a Sonia si se apunta a la fiesta de chicas. El viernes a las ocho de la tarde en la puerta de tu piso. Cenita tranquila.

Vanessa sonrió.

—Me parece una idea estupenda, pero no lo hagas por mí.

—Eh, que a mí también me gusta divertirme por mucho que ahora tenga novio —Y acabó riendo.

—De acuerdo, pero yo este fin de semana no pienso beber...

—Una copilla... —interrumpió Amaia rápidamente.

—Tolero hasta dos. No pienso pillar una como la de ayer.

—De acuerdo. Dos copas —Se detuvo y tendió la mano hacia ella para estrechar las manos, como si llegasen a un acuerdo. Vanessa accedió—. Trato hecho.



5

Suspiró y depositó el libro sobre su pecho.

—¿Por qué no podré vivir yo una historia de estas? —Se preguntó a sí misma.

Había llegado al piso a las cuatro y media y había comenzado a leer. La lectura la había absorbido por completo hasta pasada una hora.

Se levantó, depositó el libro sobre la mesa y fue hacia la ventana. No tenía muy buenas vistas, pues por delante de ella otro edificio se elevaba más alto que el suyo, pero por el lado podían verse la playa y el mar.

Al día siguiente por la mañana iría a la playa para intentar coger un poco de bronceado. Luego comería y se echaría una siesta. Por la tarde seguiría leyendo un poco, total, al ser viernes no tenía nada mejor que hacer hasta la noche, que era cuando habían quedado para ir a cenar.

Se había traído un par de toallas de playa y unos bikinis, pero debía comprar crema o acabaría igual que una gamba.

Brincó cuando el móvil comenzó a vibrar sobre la mesa. Se acercó y vio

cómo la pantalla se iluminaba indicando que Sergio la llamaba.

Dio un paso atrás, dubitativa sobre si cogerlo o no. Por un lado, era la ocasión perfecta para aclararlo todo y decirle que la olvidase, pero, por otro, no tenía ganas de hablar con él. Las primeras semanas habían sido muy duras para ella y, quizá, volver a hablar con ella hundiría anímicamente. Ya hablarían cuando lo tuviese totalmente superado, cuando estuviese segura de no echarse a llorar.

Suspiró cuando el móvil dejó de vibrar.

—Capullo —susurró cogiendo el móvil entre sus manos y quitándole el sonido y la vibración al móvil.

No quería que nada interrumpiese aquella calma que sentía en ese momento. De hecho, solo llevaba tres días allí, pero notaba que el cambio de aires le estaba funcionando.

Escuchó unas voces en el rellano del edificio y cómo se cerraba la puerta del ascensor. La puerta de enfrente se abrió.

—La quedada del vecino —recordó.

Sí, algo aburrida estaba porque corrió de puntillas hasta la puerta situada a pocos metros de la mesa del comedor y se aupó para mirar por la mirilla.

Identificó la silueta de dos chicos morenos y luego cómo se abría la puerta de enfrente.

—Eh, ¿qué pasa tío? —comentó el que entraba primero.

—¿Qué traes ahí?

—Cerveza. No estamos en horario laboral —corroboró el otro entrando por la puerta.

Vanessa cerró un ojo para enfocar mejor.

—Apártate —susurró hacia el segundo chico que entraba por la puerta con ganas de ver a su vecino.

La puerta se cerró de inmediato.

—¡Jolín! —dijo mosqueada al no poder verlo.

Sentía curiosidad por verlo. Después de escucharlo con aquella chica, se estaba convirtiendo en un pasatiempo, aunque a veces fuese un vecino molesto.

Dio unos pasos hacia delante en dirección a su habitación para escuchar mejor.

—Vanessa, estás fatal —Se dijo a sí misma.

Encendió la luz de la habitación y se apoyó contra la pared.

—Ya sabes que tengo cervezas aquí —Y en ese momento reconoció la voz de su vecino de la de los otros dos.

—Por si acaso. Siempre te vaciamos la nevera —dijo uno de los amigos—. ¿Qué? ¿Cómo ha ido hoy? ¿Mucho curro?

—Bueno, ahora que comienzan las vacaciones ya sabes que siempre aumenta —dijo su vecino.

Bueno, de perdidos al río. Total, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Apagó la luz y se tumbó en la cama para escuchar la conversación, en la oscuridad, mirando hacia el techo.

—Por eso mismo me he cogido yo vacaciones ahora —reconoció la voz de uno de los amigos.

¿Eran compañeros de trabajo? Puede que tuviesen alguna empresa y fuesen socios, o que trabajase en algún bar de la zona, sabía que en esa época había demanda de camareros... comenzó a barajar opciones.

—¿Cuándo las coges tú?

—Hago la segunda quincena de agosto —Reconoció a su vecino.

—Pues ya te queda poco. Eh, ¿dónde tienes el abridor?

Vanessa miró hacia la pared.

—¿Dónde lo va a tener? —susurró ella—. En el cajón de la cocina.

—En el cajón de la cocina —Reconoció la voz de su vecino.

—¿Ves? —confirmó ella elevando los brazos.

—Bueno, bueno... —Escuchó que hablaba otro de sus amigos mientras arrastraban las sillas. Suponía que debían de estar sentados a la mesa o, al menos, alguno de ellos—, ¿cómo van las conquistas?

Vanessa sonrió ante aquella pregunta y se giró para mirar la pared, como si así pudiese escucharlos mejor. Aquello era más divertido de lo que esperaba.

—Ya sabes... —Reconoció la voz de su vecino—, como siempre.

—¿Has vuelto a ver a esa chica? ¿Cómo se llamaba? —preguntó su amigo.

Vanessa se sentó en la cama cruzando las piernas como un indio.

—Silvia, la de la pared se llamaba Silvia —susurró ella.

—¿Carmen? —preguntó su vecino, lo que hizo que ella pusiese su espalda recta—. No, no la he vuelto a ver. Ni ganas.

—Madre mía —susurró Vanessa—. Pero ¿este tío? ¿Con cuántas chicas ha salido?

—Estaba un poco loca... —comentó haciendo que ella desencajase la mandíbula. ¿Así era como hablaban los tíos cuando se juntaban con un par de cervezas?

—¿Esa es la que te dijo que quería presentarte a sus padres?

—La misma —rió su vecino—. Pero si solo había estado tres veces con ella y, además, solo se quedó una noche a dormir. Eh, ¿queréis algo de comer? —Pudo escuchar sus pasos por el piso—. Toma, pillla la bolsa de patatas —comentó.

—Eh, a ver si lanzas mejor, parece mentira —Se quejó un amigo—. Se habrán roto todas.

Seguro que se le habían caído al suelo.

—Eso te pasa por marrano —comentó ella en un susurro.

—Ahora he quedado un par de veces con una... ¿cómo se llamaba?

Los ojos de Vanessa iban a salirse de sus órbitas.

—Silvia tío, Silvia —protestó un poco más fuerte, bastante indignada, aunque al momento se tapó la boca al darse cuenta de que había subido el tono.

—Silvia —continuó él. Escuchó cómo arrastraba otra silla para sentarse.

—¿Y? —preguntó uno de sus amigos.

—Pffffff... No me interesa mucho.

Vanessa se llevó la mano a la cara en un acto reflejo.

—Menudo personaje —susurró.

—¿Y tú? ¿Qué tal vas con Julia? —preguntó su vecino.

—Bien —respondió su amigo.

—Ya llevas tres meses con ella, ¿no?

—Sí.

—Todo un logro —intervino el otro amigo.

—¿Qué quieres? —respondió el primero—. Me gusta de verdad.

—Se nos ha enamorado —bromeó el segundo amigo.

—Eh, ya sabéis que a mí me pasaba lo mismo que a vosotros, pero Julia... es diferente.

—Me alegro, de verdad. Te lo mereces, y parece buena chica —dijo la voz grave de su vecino. Aquella respuesta hizo medio sonreír a Vanessa, al menos se alegraba por su amigo—. Y así nos dejás más para el resto.

La sonrisa desapareció de inmediato.

—Será cerdo... —susurró—. ¿Este qué se ha creído?

Estuvo a punto de ponerse en pie sobre la cama y golpear un par de veces la pared, así, seguramente, se les caería la cara de vergüenza a esos tres.

—¿Y tú?

—Bueno, yo me he visto con una compañera un par de veces....

—¿Ah, sí? —preguntaron los dos a la vez.

—Raquel —informó.

—¿Estás liado con Raquel? —La voz de su vecino retumbo en las paredes—. Joder, esa chica está muy bien, pero no pensaba que fuese a liarse contigo...

—¿Y por qué no?

—La veo muy modosita —continuó su vecino.

Al momento una risa grave puso en alerta a Vanessa, se avecinaba una respuesta potente.

—Pues en la cama te aseguro que no lo es.

Vanessa dio un respingo y apretó los puños mientras se mordía la lengua.

—Serán gili... arrrrgggg —pronunció indignada.

Si seguían así se iba a poner enferma.

—¿Y te la has llevado ya al barquito? —preguntó uno de los amigos.

—No, aún no. Por cierto, a ver cuándo vamos —dijo el otro—.

Podríamos ir este fin de semana.

—Yo trabajo —comentó su vecino.

—Coño, es verdad —recordó su amigo—. ¿Tienes fin de semana de tarde o de noche?

—De tarde —contestó.

Aquel cambio de conversación hizo que las pulsaciones de su corazón se ralentizaran poco a poco. Decían de las tías, pero los tíos no se quedaban cortos cuando se juntaban.

—Bueno, pues cuando acabes el turno de tarde podemos ir. Aunque te aviso que me llevaré a Julia. Tú puedes traerte a Raquel. —Luego rio—. Es posible que invite a algunos compañeros y... compañeras —Y usó un tono más bravucón.

—Estoy abierto a todo, ya lo sabes.

—Pffffff —reaccionó Vanessa.

—El día que quieras nos montamos una buena noche allí —continuó su amigo—. Total, él y yo estamos de vacaciones, así que...

Vale, estaba claro que esos chicos se divertían a base de bien.

—Y sabes que hay unos cuantos camarotes para que...—continuó su amigo.

—Bah —Se quejó Vanessa—, paso. No quiero escuchar más.

Hizo un gesto hacia la pared como si espantase una mosca.

Si seguía oyendo una conversación tan cargada de testosterona iba a

aporrear la pared.

Salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado. Aunque sus voces se seguían escuchando levemente ya no le llegaban con tanta nitidez.

Si algo había sacado en claro de aquella conversación era que todos los hombres iban a lo que iban. Sin ir más lejos, su expareja, Sergio, era buen ejemplo de ello, o su vecino temporal o los dos amigos que habían ido a hacerle una visita.

Fue hasta el móvil y lo observó. Tenía otra llamada perdida de Sergio.

—Sí, claro, a lo mejor te llamo —ironizó mosqueada.

Después de escuchar aquella conversación estaba con los nervios a flor de piel.

Cogió los auriculares, se los puso y se sentó en el sofá de tres plazas con el libro. Al menos, entre esas páginas había más romanticismo.

Cerró los ojos dejando que el sol bañase su piel. Aquello debía repetirlo más a menudo aquel verano. Se había levantado a las siete y media de la mañana. Había escuchado a su vecino también por el piso, pero no le había prestado atención. Después de escuchar aquella conversación con sus amigos había decidido que si no quería acabar aporreando aquella pared debía dejar de espiarlo. Era divertido, sí, no lo iba a negar, pero la ponía de los nervios.

Había hecho una pequeña mochila con la toalla de playa, el libro, las gafas del sol y el monedero y, tras comprar una botella de agua y crema para el sol, se había ido a la playa.

A las once de la mañana el calor era asfixiante, así que, como no se fiaba de dejar las cosas solas en la arena, no había podido darse un baño. Había recogido todo y había vuelto a su piso.

Habían sido más de tres horas. Por suerte no solía quemarse y su piel había comenzado a tomar un tono bronceado que tras la ducha de agua fría se había intensificado. Debía decirle a Amaia de ir algún día a la playa, aunque sabía que a su amiga no le gustaba mucho la arena y, además, ahora, con el inicio de su relación con Toni era posible que quisiera pasar más tiempo con él. No iba a enfadarse si al final no podía estar tanto por ella como había dicho. No le importaba estar sola, estaba descubriendo que aquellos momentos de playa, de relax bajo el aire acondicionado leyendo e incluso ver una película sin que nadie la interrumpiese era más reconfortante de lo que imaginaba.

Tras comer y echar una siesta de un par de horas estaba como nueva.

Aunque le gustaba, la playa la dejaba agotada.

—Bueno —susurró mirando en su armario. Pasó unas cuantas perchas y se detuvo un segundo en los vestidos y en las minifaldas que había comprado. No sabía ni para qué había hecho caso a Amaia. Suponía que era parte del divertimento que estaba preparando para el sábado, pero eso sería al día siguiente. Cogió unos tejanos azul oscuro y un top rojo de palabra de honor y se vistió—. Mañana será otro día, pero hoy... cómoda.

Cogió sus chanclas de tacón negras con pequeños cristales incrustados y las dejó al lado de la puerta para ponérselas cuando saliese.

Tenía media hora para maquillarse y arreglarse el pelo, tiempo de sobra. Podría acostumbrarse sin problemas a ese tipo de vida, sin tener que dar explicaciones a nadie, sin llamadas para saber qué tal le iba el día a la otra persona...

Entró en el cuarto de baño justo cuando su móvil vibró informando de que le había llegado un mensaje. Conectó la plancha del pelo y se dirigió a la mesa para cogerlo.

Amaia: Me pasan a buscar en diez minutos y vamos para tu piso.

Amaia: Estaremos un poco antes de las ocho.

Vanessa sonrió mientras colocaba los dedos sobre los botones para contestar.

Vanessa: De acuerdo. Hazme perdida cuando estés llegando y bajo. Hasta ahora.

Miró el reloj de nuevo. Contaba con unos veinte minutos.

Fue hacia el aseo y comenzó a pasarse la plancha por el pelo dejándolo bien liso.

En esas, escuchó que la puerta del ascensor se abría y que una risa femenina inundaba todo el rellano. Vanessa se quedó quieta.

No sería capaz otra vez, ¿verdad?

Soltó la plancha del pelo con cuidado, salió del aseo y miró hacia la pared de la habitación.

—¿Otra vez? —preguntó mientras escuchaba cómo su vecino cerraba la puerta.

—Menuda fiera estás.... estás hecha —escuchó la voz de su vecino, aunque sus palabras eran amortiguadas seguramente por los labios de la chica que había llevado a su piso.

¿Sería la misma que la del otro día? ¿Silvia? ¿O la otra a la que había hecho referencia estando con sus amigos? ¿Carmen?

Escuchó un rugido femenino, como si hiciese una broma y la risa tonta de su vecino le confirmó que así era.

—Uh, uh... tranquila —dijo él mientras escuchaba pasos alocados por el piso.

Los tacones de la chica repiqueteaban por todo el suelo, pero seguramente se los quitó y los lanzó contra la pared porque se escucharon un par de golpes secos.

—Cuidado, que vas a sacarme un ojo —Se quejó la voz masculina.

Sí, estaba claro que aquella chica se estaba quitando la ropa como una loca y arrojándola por todo el piso de él. Pero ¿qué era aquello? ¿Un picadero?

—Yujuuuuuuu —escuchó que gritaba la chica.

Al momento se escucharon unos pasos rápidos, como si ella cogiese carrerilla. Poco después un golpe más fuerte se escuchó contra la pared de su dormitorio.

—Ahhhh —Se quejó él.

¿Había cogido carrerilla la chica y había saltado hacia él?

—¿Es que quieres que nos matemos? —preguntó él.

Vanessa enarcó una ceja. Esto no podía estar pasándole. Ella llevaba un mes sin una caricia ni un beso y su vecino, en cuatro días, era la segunda vez que llevaba una chica a su piso.

—Qué mal repartido está el mundo —sollozó Vanessa.

—¡Aquí! —gritó la chica tras la pared.

—No, aquí no, Estefanía. Se puede romper la mesa —Se quejó él.

Vanessa resopló. ¿Estefanía?

—¡Venga ya! —Se quejó ella.

Pero ¿qué tenía ese tío? Debía de ser muy atractivo pues parecía que las chicas hacían cola para estar con él.

Al momento los gemidos de ella comenzaron a invadir la estancia.

—¿Este tío es un pichabrava o qué? —preguntó para sí misma de malas formas. Fue hasta la habitación y cerró la puerta.

Si iba a ser así cada día, entre sus arrebatos pasionales, la música, sus cantos, las charlas con sus amigos... la propietaria de aquel piso la había engañado como a un chino. Aquello era de todo menos tranquilo.

Fue hacia el aseo y se observó. Tenía el pelo totalmente liso. Desconectó la plancha del pelo y comenzó a maquillarse sin prestar atención a los gritos y golpes que se escuchaban contra la pared.

¿Por qué no se iba a su habitación? ¿Por qué tenía siempre que hacerlo contra la pared?

—Ohhh... síiiii... Miguel.

Vanessa puso su espalda recta.

¿Miguel? ¿Aquel era el nombre de “pichabrava man”?

Los golpes fueron en aumento provocando que el pulso de Vanessa se disparase.

Se puso colorete, se pintó los ojos, los labios y guardó todo en el cajón del aseo.

Los golpes, lejos de cesar, cada vez eran más insoportables.

—Por Dios... —susurró desesperada—, necesito... necesito salir de aquí.

Corrió hacia la mesa, cogió el bolso, se aseguró rápidamente de que lo llevaba todo y salió del piso dando un sonoro portazo. Se contuvo de golpear la pared para reprenderle, pero necesitaba desahogarse de alguna forma y la puerta era lo que tenía más a mano.

En ese momento escuchó cómo los golpes cesaban. ¿Se había dado cuenta de que habían cerrado la puerta de enfrente?

Dio un respingo cuando escuchó unos pasos aproximarse hacia la puerta.

—Ah, mierda... —gimió corriendo hacia las escaleras.

Lo que le faltaba, que la pillase justo frente a su puerta.

Bajó todo lo rápido que pudo hasta la segunda planta cogiéndose a la barandilla para no caer, pues aquellas chanclas tenían un gran tacón. Justo cuando llegó a la primera planta escuchó cómo la puerta se abría. Se quedó completamente quieta.

—Eh, vuelve aquí —Escuchó que decía la chica.

Él tardó un poco en responder, como si se asegurase de que no había nadie allí.

Vanessa se mordió el labio sin moverse un ápice del escalón. En aquel edificio vivía más gente, aunque no hacían tanto ruido como él, así que lo más lógico era que pensase que podía ser la puerta de otro piso.

—Voy —Escuchó que pronunciaba Miguel.

Suspiró cuando escuchó que la puerta se cerraba y se llevó la mano al corazón intentando recuperar el aliento.

—Jolín —pronunció mientras bajaba los escalones más lenta esta vez.

Salió del portal a la calle, donde a esas horas aún era prácticamente de día, y decidió separarse del piso e ir al inicio de la calle. Necesitaba mover

las piernas, pues ahora mismo se encontraba muy nerviosa. No era justo que ella estuviese pasando por una ruptura, que llevase más de un mes sin una caricia o un abrazo y acabar justo al lado de un piso en que su inquilino no paraba de tener encuentros amorosos subidos de tono, tanto que hacía gritar a las chicas de forma exagerada.

—Están fingiendo seguro —comentó malhumorada mientras aceleraba el paso.

En ese momento su móvil sonó.

—Bien, lo que necesitaba —Miró de un lado a otro y en pocos segundos apareció el coche que Toni conducía. Alzó la mano rápidamente y se acercó a la carretera para alertarlos de que se encontraba allí.

La vieron enseguida porque Toni desplazó el vehículo a un lado para que los que iban detrás pudiesen pasar y puso las luces de emergencia.

Amaia salió del asiento del copiloto.

—Eh, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida— ¿No habíamos quedado en el piso?

Vanessa resopló.

—Es una larga historia —comentó aún malhumorada mientras se dirigía a la puerta de atrás. Abrió y saludó a Sonia y a Roberto que se mostraban muy sonrientes—. Hola.

—Hola, pasa, pasa —dijo Sonia echándose a un lado.

—Eh, chicos —intervino Amaia—, ¿queréis que me pase atrás? Roberto, ¿te pones delante?

—No te preocupes —comentó Sonia—, cabemos bien —dijo animando a Vanessa a que entrase.

Se sentó al lado de Sonia, cerró la puerta con un portazo y comenzó a hacer gestos contorsionistas para ponerse el cinturón.

—Mierda —Se quejó mientras levantaba el trasero para intentar ponerse el cinturón—, que no puedo.

Sonia la ayudó mientras Amaia se giraba desde delante para observarla al ver que daba tirones al cinturón. Vanessa parecía nerviosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmada.

Vanessa consiguió ponérselo y se sentó correctamente mientras Toni se incorporaba a la carretera.

—Lo que me pasa es que mi dichoso vecino no para de tirarse a todas las chicas de San Juan.

Amaia desencajó la mandíbula, Toni pisó un poco el freno del vehículo

deteniendo la marcha y Sonia y Roberto la miraron con los ojos muy abiertos.

—Y... y eso... —Amaia no salía de su aturdimiento—, y eso te molesta, entiendo, ¿no?

Vanessa la miró como si fuese obvio.

—¡Pues claro que me molesta! —Se quejó—. Vengo aquí para intentar olvidarme de tu primo, cuando llevo un mes... —pronunció totalmente alterada mientras elevaba su dedo índice para enfatizar sus palabras—, un mes entero sin una muestra de cariño...

—Ja ja —rió Roberto divertido por la reacción de Vanessa.

—Y el vecino que tengo enfrente pone la música a todas horas, se reúne con sus amigos y no para de hablar de si me he tirado a esta... a la otra... — Parecía que le habían dado cuerda—, y luego en cuatro días que llevo ahí ya se ha llevado al piso a dos. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que ese tío es una máquina —intervino Toni divertido mirándola por el retrovisor.

—Cállate —Amaia le dio una buena colleja.

—Significa que el cincuenta por ciento del tiempo que está en el piso se lo pasa con una tía...

—Buena estadística —dijo Roberto.

—Y el otro cincuenta por ciento se lo tira durmiendo, cantando o hablando con sus amigos.

—¿Y? —preguntó Amaia sin comprender aún el enfado de su amiga.

—Pues... —Se removió nerviosa en el asiento. Elevó los brazos hacia ella desesperada—, que porqué unos tanto y otros tan pocooo —sollozó.

Amaia tuvo que aguantarse la risa, pues su amiga había puesto cara de sufrimiento.

—Tienes que llamar al chico de la discoteca. Fede, ¿no? Decidido.

Toni volvió a intervenir.

—Ah, sí, parecía que le gustabas.

Vanessa miró hacia Toni.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No paraba de hablar contigo, se le veía bastante atento, o eso parecía. Te estuvo invitando a copas...

—Ahhh... pero ¿vosotros dos os disteis cuenta? —ironizó ella de forma traviesa.

Toni apretó los labios abochornado por la clara insinuación de ella. Amaia enarcó una ceja e ignoró el último comentario de su amiga.

—Tienes que llamarle —La animó otra vez—. No pasa nada por quedar a tomar algo y... si te gusta... pues ya sabes.

—Amaaaiaaaaa...

—Eh, que eres tú la que viene aquí quejándote de tu vecino, en plan desesperada—Se burló—. Yo te recuerdo las opciones que tienes. Estás de vacaciones y tienes un piso para ti sola. No seas tonta.

—Por Dios... —Se quejó, miró hacia la ventanilla y estuvo a punto de comenzar a golpearse contra ella. Nunca habría llegado a imaginar que aquello fuese a afectarla de aquella forma, pero, al menos, tenía a su amiga para poder desahogarse, aunque luego miró de reojo cómo Sonia y Roberto la miraban con una sonrisilla cohibida—. Perdón... —Se excusó de inmediato—, no pretendía...

—Eh, eh... —intervino Sonia—, que no pasa nada. Todos somos humanos...

—Claro —continuó Roberto para quitarle hierro al asunto.

En ese momento se dio cuenta de que todos la observaban con una sonrisa en sus labios, incluso Toni la miraba a través del retrovisor.

—Gracias... —Y tragó saliva esta vez más tímida—, gracias por vuestra comprensión —comentó sin saber qué otra cosa decir.

—Nada, esto con una botella de vino se arregla —dijo Toni desde delante.



6

Tras desahogarse con sus amigos había pasado una velada divertida. La cena había transcurrido tranquila y a la una de la madrugada ya estaba en el piso.

No había querido tomar el ascensor para que su vecino, Miguel, no escuchase ruido y había abierto la puerta lentamente.

Le había costado conciliar el sueño, quizá por los nervios de aquella tarde. Estaba claro que debía tomarse aquello con calma. Tal vez Amaia sí tuviese razón y le fuese bien quedar con Fede.

Aquel sábado se había levantado temprano y se había ido a la playa. Si lo pensaba fríamente, su vecino no tenía culpa alguna. Él hacía su vida y se divertía como la mayoría de los jóvenes, el problema era que ella había volcado toda su frustración en él.

Debía asumirlo, el problema era solo de ella. A ver si ahora cada vez que alguien se diese un beso o se hiciese una carantoña en público se iba a poner de mal humor.

Debía superarlo. Sí, era un incordio, pero debía tomarse las cosas con calma e intentar distraer su mente.

Se sentó sobre la toalla y se colocó bien las gafas de sol que se habían bajado un poco hasta el puente de su nariz. Paseó de nuevo los dedos sobre la pantalla del móvil.

¿Hacía caso a Amaia y enviaba un mensaje a Fede? ¿O haría el ridículo?

De todas formas, ella no vivía allí. Vivía en Alicante capital. Ciertamente estaba solo a veinte minutos en coche, pero si aquel muchacho no le contestaba, no la recordaba o al final la dejaba tirada tampoco pasaría nada. Seguramente no lo vería más.

—Vamos Vanessa... —Se animó a sí misma—, comienza tu camino. —Resopló insegura—. No pasa nada. Si no contesta perfecto... si contesta pues mejor aún. —Tragó saliva y se mordió el labio—. Solo será quedar para tomar algo... o cenar... ¡No! ¡Cenar no! Tomar algo, una cena es más formal —Se rectificó ella misma. Jamás se había puesto tan nerviosa. Nunca había tomado la iniciativa de aquella manera—. Me presento, le digo quién soy, le pregunto qué tal... y... a ver si contesta...

En ese momento miró de reojo a una pareja de personas mayores que la observaba. Debían de tener sus setenta años. La mujer llevaba un bañador de leopardo con un sombrero de paja y el hombre un bañador ajustado de color verde. Los dos se encontraban bajo la sombrilla que habían plantado a pocos metros de ella y la miraban con suspicacia.

Sonrió avergonzada hacia ellos.

—Vamos, envíale el mensaje... —comentó la mujer rápidamente, dejando a Vanessa sorprendida.

—Cállate, Encarna —La reprendió su marido—. Tú no sabes si la pobre chica...

—Ay, ¿qué vas a saber tú, Fernando? —Usó el mismo tono con su marido—. La pobre chica no sabe si enviarle el mensaje o no...

Si no estuviese ya sentada se hubiese caído de culo.

—¿Por qué tienes la manía de meterte en todo? —continuó reprendiéndola el marido.

La mujer se giró hacia ella.

—No le hagas caso... —dijo intentando captar la atención de Vanessa—, ¿es un mensaje para un chico? —preguntó con una sonrisa pilla.

El marido negó con cabeza, resopló y las obsequió con su perfil, queriendo desentenderse del comportamiento de su mujer.

—Uhhmm... —contestó Vanessa aturdida—, sí.

—¿Es un amigo o es un noviete?

El marido volvió a intervenir.

—Deja en paz a la pobre chica. De verdad, qué manía tienes de meterte en todo...

La mujer lo apartó levemente tocándole el hombro, sin perder el contacto visual con ella, esperando una respuesta.

—Un... un amigo...

—¿Y te gusta?

Bien, aquello era totalmente surrealista. ¿Quién era aquella mujer? Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había llegado aquella pareja allí y habían puesto la sombrilla.

—Uuhmmm... no sé —respondió cortada.

—Envíale el mensaje, no pierdes nada —comentó animada, de hecho, solo le faltaba ponerse a dar palmas—. Vamos, jovencita —continuó entusiasmada.

—No sé...

—Deja a la chica en paz —Volvió a intervenir Fernando.

—¿Quieres dejar de meterte, Fernando? —Le reprendió girándose hacia él.

—De meterme... ¿yo? —ironizó.

—La chiquilla lo está pasando mal... —La señaló—, está indecisa.

—Pues déjala que piense y que tome sus propias decisiones —Se quejó él. Vanessa miró de un lado a otro. ¿Aquello era una cámara oculta?—. Si no la dejas ni pensar...

—¿Tú que sabrás?

—Ay, Encarna... venga... —dijo el hombre poniéndose en pie—. Ya te ha dado otra insolación... vámonos.

—¿Ya? —preguntó la mujer.

—Sí, son las doce. En una hora tenemos a los nietos en casa.

La mujer protestó y se puso en pie mientras el marido cogía la sombrilla. Vanessa se quedó observándolos sin decir nada, totalmente pasmada. La mujer cogió las dos toallas de la arena y las colocó bajo su brazo.

Fernando comenzó a alejarse sin mediar palabra, pero la mujer dio unos pasos hacia Vanessa que la miró con curiosidad.

—No seas tonta... —La animó mientras daba unos golpecitos cariñosos en su cabeza. Vanessa enarcó una ceja—, seguro que está deseando que le

escribas y, si no es así, él se lo pierde.

Encarna, la entrometida, sonrió y se fue.

Vanessa vio cómo se alejaba mientras intentaba encajarse la mandíbula de nuevo. ¿Aquello había ocurrido de verdad? Se quedó unos segundos sin saber cómo reaccionar y miró de un lado a otro esperando que en cualquier momento un equipo de televisión fuese hacia ella informándola de que había sido víctima de una cámara oculta, pero no. Los niños seguían corriendo por la playa y haciendo castillos en la arena, la gente paseaba con calma, otros tomaban el sol relajados... Todo normal.

Se volvió y se quedó mirando hacia el horizonte. Todavía no daba crédito a lo sucedido.

Finalmente reaccionó y miró la pantalla del móvil.

—Qué narices... —susurró—, Encarna tiene razón.

Tecléo y, sin pensarlo más, envió el mensaje.

Vanessa: Hola Fede, no sé si te acuerdas de mí. Soy Vanessa.

Vanessa: ¿Qué tal todo?

Inspiró con fuerza intentando relajarse y guardó el móvil en su bolso. Notó que el corazón le latía con más fuerza. Quizá no debería haberle escrito.

Se puso el vestido encima del bikini, recogió sus cosas y comenzó a caminar por la arena. Necesitaba estar en movimiento, pues ahora mismo los nervios la consumían.

Llegaría a casa, se daría una ducha para quitarse la arena de la playa y...

Removió corriendo en el bolso cuando el móvil anunció mediante un pitido que había recibido un mensaje.

Lo desbloqueó de inmediato y leyó mientras una sonrisa se apoderaba de su rostro.

Fede superhéroe: Hola, Vanessa. Claro que me acuerdo de ti.

Fede superhéroe: Mi heroína favorita.

Fede superhéroe: Pensaba que no ibas a escribirme nunca.

No pudo evitar reír al leer ese mensaje, iba a contestar pero vio que Fede escribía otra vez.

Fede superhéroe: ¿Qué tal tus vacaciones de momento?

Cruzó la calle y tomó la esquina a la izquierda, caminando con paso acelerado.

Vanessa: De momento bien. He estado toda la mañana en la playa.

Fede superhéroe: Qué suerte la tuya

Fede superhéroe ¿Cuándo voy a poder invitarte a tomar algo o a

cenar?

Aquella pregunta tan rápida y directa la dejó aturdida, aunque estuvo encantada con ello. Amaia tenía razón, incluso la tal Encarna... Necesitaba divertirse. La ilusión se apoderó de ella. Sabía que aquello no era nada, pero era todo un logro para ella. Había roto una barrera que la mantenía atenazada y, ahí, comenzaba a disfrutar realmente de su soltería.

Titubeó un poco antes de enviar el siguiente mensaje, pero, al fin y al cabo, Fede parecía contento de que le escribiese.

Vanessa: Hoy he quedado con mis amigas, pero, si quieres, mañana podría quedar para tomar algo.

La respuesta de él fue inmediata.

Fede superhéroe: Por supuesto. ¿Podría ser por la tarde? Esta noche me toca trabajar. Me acostaré tarde.

Fede superhéroe: Mañana tengo el día libre.

Vanessa: Sin problema, cuando puedas.

Fede superhéroe: Perfecto. Ahora que tengo tu número ya puedo escribirte. Te aviso mañana.

Vanessa: Vale, hasta mañana.

Justo entró por la puerta de su piso, cerró, soltó el móvil sobre la mesa y dio un salto de alegría. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz, que no sentía aquella chispa de emoción.

Metió la toalla y el bikini en la lavadora y se fue directa a la ducha. Cada vez estaba más bronceada, y eso que solo había ido a la playa dos días.

Se dejó el pelo mojado y, cuando se hubo vestido, eran casi las dos de la tarde.

Fue a hacerse la comida cuando escuchó que su móvil vibraba de nuevo. Fue hacia él cuando el nombre de Sergio apareció en la pantalla.

—¿Otra vez? —preguntó con desprecio.

Dejó que el móvil sonase hasta que la llamada se cortó y, entonces, se sintió distinta. Era como si enviar aquel mensaje a Fede le hubiese hecho ser consciente de que seguía viva, de que aún tenía mucha vida por delante para disfrutar.

Comería algo ligero y luego se echaría unas horas de siesta para prepararse para la fiesta de aquella noche.

En ese momento, los pasos de su vecino por el piso le hicieron mirar hacia la pared. Ahora ya no le prestaba atención. Nada podía enturbiar la felicidad y la libertad que sentía. Tenía una cita.

Se había puesto el vestido blanco que destacaba mucho más con el bronceado de su piel, se había alisado el pelo y se había maquillado a conciencia. Estaba muy satisfecha con el resultado, aunque le era bastante incómodo y a cada dos pasos que daba se le bajaba un poco el vestido entallado.

—Para de hacer eso —dijo Amaia mientras le pasaba la consumición que se habían pedido en la discoteca.

—Es que... me es incómodo —comentó bajándose la falda de nuevo.

Amaia se había puesto un vestido color azul que destacaba sus ojos azules y Sonia un vestido naranja.

—Estás muy guapa —dijo Sonia—, así que deja de tocarte. El vestido no se te sube, es una manía tuya.

—Supongo —comentó encogiéndose de hombros.

Se apoyó contra el respaldo de la silla. Habían quedado pronto, a las nueve. Se habían dirigido al puerto marítimo y sentado en una de las terrazas. Allí comenzaba la noche. Más tarde, irían a la zona de la seda y se meterían en alguna discoteca.

—Bueno, entonces... —continuó Amaia entusiasmada—, ¿te ha respondido rápido?

Vanessa dio un sorbo a su refresco y asintió.

—Mucho. De hecho no había salido aún de la playa que ya tenía su respuesta en el móvil.

—Cuánto me alegro. Es lo que te conviene. Despejar la mente.

Sonia sonrió.

—Y más después de lo de ayer —rio Sonia.

Amaia le dio la razón y miró divertida a su amiga.

—Es verdad, al menos mañana podrás desahogarte un poco —bromeó.

—No digas tonterías —exclamó Vanessa—, vamos a quedar a tomar algo y ya está.

—Por ahí se empieza —comentó Sonia a la vez que Amaia le daba la razón.

—¿No sabes a qué hora quedarás?

—No —Vanessa chasqueó la lengua—. Trabaja por la noche y hasta mañana por la mañana no puede dormir. —Se encogió de hombros—. Me ha dicho que me avisará cuando pueda.

—Podríais ir a uno de los chiringuitos de la playa —dijo rápidamente Sonia—. Bueno, siempre que no sea muy pronto, sino os dará un golpe de

calor.

—Es enfermero, ¿no? —preguntó Amaia. Vanessa asintió—. No hay problema... ya la cuidaría bien —bromeó con la voz aterciopelada.

Vanessa puso los ojos en blanco.

—Solo he quedado con él para tomar algo. De hecho... —dijo cogiendo su refresco—, prefiero quedar por la tarde a tomar algo que no a cenar. Lo veo demasiado formal.

—Sea como sea es una cita —remarcó Sonia.

—Pues oye —interrumpió Amaia—, creo que es mejor que quedéis para cenar. Así luego, si se tercia...

—Deja de decir tonterías...

—No son tonterías. Tienes que mirar con perspectiva.

—¿Qué perspectiva? —preguntó Vanessa asombrada por lo que decía su amiga.

Amaia se encogió de hombros.

—Pues te lo repito: ayer ibas desesperada...

—Ayer lo que estaba era bastante mosqueada.

—Eh —dijo Sonia—, ¿y tu vecino? ¿La ha vuelto a liar?

Vanessa negó con la cabeza.

—No, hoy solo he escuchado sus pasos por la habitación. Nada más.

—Debe estar cansado el chaval —bromeó Sonia.

—Es para estarlo —Le dio la razón Vanessa.

Amaia dio un sorbo a su refresco y lo depositó sobre la mesa.

—Pues mira, yo quedaría con Fede por la noche e iría a cenar. Que al final ocurre algo, mejor, eso que te llevas, que no... —Luego sonrió con los dientes apretados—, siempre puedes llamar al timbre de tu vecino.

Vanessa casi se atragantó y tuvo que coger una servilleta para limpiarse la boca antes de que le gotease refresco en el vestido.

—¿Con ese tío? Ni hablar... no quiero verlo ni en pintura. Es un cerdo.

—Es un chico joven con las hormonas revolucionadas, sin compromiso —rectificó su amiga—. Y libre para hacer todo lo que le plazca, igual que tú.

—Es un escandaloso.

—Por lo que dijiste ayer son ellas las que gritan... —rio su amiga—, no él.

—A saber lo que les hace para que griten así —Se mofó Vanessa.

Sofía rio de lo lindo y dio unas palmadas.

—Yo me llevaría mañana a Fede al piso —dijo Sonia—, y le daría a tu

vecino de su propia medicina.

Vanessa negó con rotundidad.

—No, no quiero eso.

—Tienes que divertirte... —continuó Amaia.

—Hay muchas formas de divertirse, no hace falta que sea de ese modo.

—Pffff... qué tontorrón.

—Mira quién fue a hablar —Se burló Vanessa—, la de... “no sé si le gustaré, si él querrá algo serio conmigo”.

—No es lo mismo. Toni y yo hace muchos años que somos amigos —La señaló.

—En eso tiene toda la razón —confirmó Sonia—. Nosotras lo único que te decimos es que si quieres divertirte tienes todo el derecho a hacerlo.

—Eso ya lo sé.

—Pues ya está —comentó Amaia—, de todas formas, seguro que hoy te sale algún pretendiente más.

—Ya, por obra y gracia del vestido, ¿no?

—Sí —asintió Amaia con una gran sonrisa.

Vanessa dio un sorbo a su refresco y lo depositó sobre la mesa. A esa hora seguía haciendo calor, bochorno, si bien el sol ya comenzaba a esconderse por el horizonte y la brisa del mar que les llegaba las refrescaba. Estaba a gusto allí.

—¿Vamos a ir a la discoteca del otro día?

—No, hoy iremos al Copacabana —informó Amaia—. Está aquí cerca, a quince minutos andando. El sitio está genial, ya verás. De hecho... —dijo mirando su reloj de muñeca—, el local no se llena hasta un poco más tarde, pero luego es muy difícil conseguir bebida o un sitio para sentarse, así que si queréis podemos ir un poco antes.

—Por mí perfecto —reaccionó rápidamente Vanessa—, estas sandalias me están matando y preferiría tener un sitio donde sentarme cuando ya no pueda más.

—Por la zona hay bares, así que si queréis cuando nos acabemos el refresco vamos caminando y hacemos la ruta del bacalao... —acabó divertida—. Nos podemos tomar unos cuantos chupitos de camino a la discoteca.

—Pero ¿no has dicho que está a quince minutos andando?

—Por eso, vamos tranquilas —dijo con una gran sonrisa.

—Ufff... yo no voy a beber mucho esta noche, ¿eh? —advirtió.

—Lo que quedamos. Un par de copas... pero no se habló de chupitos.

—Viene a ser lo mismo.

—Verás...—comentó apoyándose en la mesa—, técnicamente no lo es. Un chupito es un vaso pequeño donde...

—Sé lo que es un chupito.

Amaia rio.

—Entonces sabrás que llevo razón.

Vanessa resopló.

—Chicas —intervino Sonia—, propongo una cosa —dijo con una amplia sonrisa—. Nos tomaremos tres chupitos. Cada una invita a una ronda y elige el chupito que debemos tomar.

—Oh, jojojo —rio con malicia Amaia—. Me apunto, me apunto.

Las miradas se centraron en Vanessa, esperando una respuesta por su parte.

—No quiero tener resaca mañana —comentó.

—No lavas a tener. El otro día te pasaste un montón... —Le recordó—. Nos tomamos los chupitos y si ves que no vas bien pues reducimos los cubatas de dos a uno, ¿de acuerdo? —propuso como si fuese un acuerdo.

Vanessa suspiró.

—Está bien.

—Perfecto, pues... —dijo Sonia levantándose—, a esta ronda invito yo —Y fue hacia la barra para pagar las consumiciones.

Amaia se puso en pie.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Vanessa asombrada.

—Claro, hay que llegar hasta Copacabana —reaccionó divertida—, y hay que tomar los chupitos con calma.

Vanessa dio un sorbo largo a su consumición y se levantó. Se puso el bolso en el hombro y se acercó a su amiga mientras volvía a colocarse el vestido correctamente.

—Que lo tienes bien... —insistió Amaia con paciencia.

—Ya, ya... es que... ¿no lo ves un poco corto? —Se miró a sí misma.

Amaia la miró de arriba abajo.

—No, lo veo perfecto —pronunció con contundencia—. Mañana, cuando quedes con Fede, ponte el otro, el azul, o la falda tejana.

—Ya veré.

—Eh —La señaló con el dedo mientras Sonia se acercaba—, ni se te ocurra ir a la cita con un pantalón largo.

—Ah, no, no... —intervino Sonia mientras se ponía el bolso en el

hombro que, aunque no había escuchado toda la conversación, sí había oído lo suficiente como para saber de qué iba el tema—, hay que enseñar pierna.

—¿Ves? —La señaló Amaia.

—Va a pensar que soy una buscona, una facilona.

Ambas enarcaron una ceja hacia ella.

—Vamos para allí, va —dijo Amaia mientras iniciaba el camino—. No va a pensar que eres una buscona. Quítate eso de la cabeza. Caray con mi primo... estaba un poco chapado a la antigua, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—A mí no es que me guste mucho llevar cosas cortas, no es solo cosa de tu primo. No voy cómoda, ya te lo he dicho muchas veces.

—Cuando te tomes un par de chupitos ya no te importará el vestido —rio Sonia.

—Ahí le has dado. Ya verás... —dijo Amaia cogiéndose a su brazo—. Esta noche va a ser memorable.

Se detuvieron ante el paso de cebra y cuando el semáforo se puso en verde cruzaron.

La calle tenía altos edificios, reconoció la calle que la llevaría hasta su piso alquilado, pero siguieron recto. Al final de la calle solo había pisos al lado izquierdo y, al otro lado, las vías del tren.

—Esto no está muy animado —comentó Vanessa.

—Espera que llegemos a la zona del Copacabana —dijo Amaia con felicidad—. Es toda esta calle recta —informó.

—Y ahí está nuestra primera parada —Señaló Sonia hacia un bar.

—¡A la primera ronda de chupitos invito yo! —dijo Amaia adelantándose apresuradamente a las otras dos.



7

—Te has pasado con este último, Sonia —dijo Amaia caminando con lentitud.

—Era el último —respondió haciendo el signo de la victoria.

Al final habían consumido los tres chupitos en el mismo bar, pues según Sonia era posible que no hubiese ningún bar más abierto hasta llegar a la zona de la discoteca.

Notaba que se reía con demasiada facilidad y tenía más calor de la cuenta.

Lo primero que haría cuando llegase sería pedirse un refresco sin alcohol y luego, dependiendo de cómo fuese la noche, ya se tomaría el cubata.

Lo cierto es que le daba la impresión de que a veces se iba de lado.

—Las diez y media —concretó Amaia colocándose a su lado—. Vamos a llegar a buena hora.

—Necesito sentarme —Se quejó Vanessa—. Estas malditas chanclas me están haciendo polvo los pies.

—¿No tienes una tirita? —preguntó Sonia.

—No. —Se detuvo y se miró los pies. En ese momento sintió un ligero mareo y tuvo que poner los brazos en cruz para mantener el equilibrio—. Me voy para un lado.

—Yujuuuuuu —exclamó Amaia elevando sus brazos hacia el cielo.

—No pienso volvérmelas a poner.

Amaia se cruzó de brazos analizando la situación.

—No estamos lejos de tu piso... si hace falta podemos ir a que te las cambies.

—Da igual —respondió ella volviendo a caminar—. No tengo otras chancas blancas que me combinen con el vestido y como vayamos lo que voy a ponerme son las deportivas.

—Ah, pues de eso nada —comentó Amaia colocando una mano en su espalda y acelerando el paso.

—No me empujes —Se quejó ella—, que aún me caigo.

La zona apenas estaba transitada. Era una zona residencial donde los edificios de cinco plantas se distribuían sobre la acera de la izquierda, por donde ellas caminaban y, a la derecha, había una valla que prohibía el acceso a las vías del tren.

—Vamos, que en diez minutos estamos y nos sentamos con una copa en la mano —La animó su amiga.

—Yo ahora no voy a beber nada de alcohol. Me pediré un refresco.

—Qué aburrida... —Se quejó Amaia.

—Ya me cuesta caminar —Se quejó ella esta vez.

—Y más que te va a costar luego cuando...

Las tres se detuvieron y miraron al frente.

—Eh, hola chicas... —pronunciaron dos chicos caminando directamente hacia ellas.

Vanessa los miró fijamente. Ambos vestían con tejanos y unas camisetas viejas. Esos chicos no iban a salir de fiesta, de hecho, no le gustaba nada la rapidez con que se dirigían en su dirección.

—¿Vais solas? —preguntó el otro chico.

Las tres dieron unos pasos hacia atrás.

—Esto no me da buena espina —susurró Sonia.

—Ni a mí —respondió Amaia que cogió el brazo de Vanessa y comenzó a tirar de ella para ir a la carretera, pero uno de los chicos captó sus intenciones y bajó de la acera rodeando el vehículo para cortarles el paso.

Las tres se replegaron y dieron más pasos hacia atrás.

—Es una zona residencial —Volvió a decir Amaia—. Si gritamos nos escucharán.

El chico que había bordeado el vehículo se colocó tras ellas para cortarles el paso.

El primero de ellos llegó hasta las tres muchachas colocándose frente a Vanessa. La miró de la cabeza a los pies y luego centró toda su atención en el bolso.

—¿Qué tal si me das el bolso?

Vanessa dio un paso atrás, pero chocó con la espalda de Sonia que permanecía vigilando al otro chico que se había acercado a ella por detrás.

Negó sin atreverse a decir nada.

—¿No? —preguntó el muchacho. Luego ladeó la cabeza—. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Si nos dais los bolsos os podréis ir tranquilamente.

Vanessa tragó saliva. No podía creer que estuviese sufriendo un atraco.

Acto seguido, el chico que estaba frente a ella sacó una navaja y la apuntó.

—Tú decides —pronunció con voz queda.

Vanessa cogió el bolso con las dos manos y lo tendió hacia delante.

—Toma, pero no nos hagas daño —suplicó.

—Tú —gritó el chico a Amaia—. Tu bolso.

Amaia negó.

—Dáselo —susurró Vanessa con voz temblorosa.

Amaia tragó saliva y finalmente se lo entregó.

—Ahora tú —Señaló a Sonia.

Ella no protestó, se lo entregó directamente.

—Ya está, ya los tenéis —susurró Vanessa cogiendo de la mano a Amaia—. Ahora nos vamos —Dio un paso hacia delante pero el chico le cortó el paso.

—Eh, eh, espera... que no hemos acabado —dijo esta vez con una sonrisa maliciosa.

En ese momento supo que aquello no había hecho más que comenzar, en el momento justo en que ambos atracadores se miraron sonrientes.

—No es lo que habíais dicho —protestó Vanessa.

—Ya, bueno... —dijo acercándose a Vanessa y colocando la navaja en su estómago. Vanessa soltó la mano de Amaia y alzó los dos brazos hacia arriba

mientras iba dando pasos hacia atrás, pues el delincuente la obligaba a retroceder haciendo presión con su navaja.

—Por favor... —suplicó mientras notaba cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Parad —sollozó Amaia.

El delincuente que mantenía el cuchillo hacia delante se giró hacia ellas dos.

—Un solo grito y le corto la garganta. —Se giró hacia su compañero que revisaba los bolsos—. ¿Qué llevan?

—No mucho —Se quejó—. Las carteras con algunos billetes. —Luego comenzó a arrojar cosas al suelo—. Pintalabios, colorete...

Vanessa tragó saliva sin bajar los brazos, mirando de soslayo a sus amigas que permanecían abrazadas a unos pocos metros de ella.

Luego volvió la vista la frente, al darse cuenta de que el chico que mantenía la navaja a la altura de su estómago la observaba de arriba abajo.

—¿No lleváis nada más encima? —pregunto hacia ellas. Las tres negaron rápidamente, al borde del llanto. —Revisa los monederos —ordenó y volvió su mirada hacia Vanessa—. Tú, ven conmigo —dijo cogiendo su brazo.

Una corriente eléctrica atravesó su espalda y se quedó en estado de shock mientras comenzaba a arrastrarla hacia el portal.

Solo el gemido de su amiga le hizo reaccionar.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó y golpeó su brazo intentando soltarse de él—. ¡No me toques!

—¡Déjala! —gritó Amaia dando unos pasos al frente, a lo que el otro delincuente sacó otra navaja apuntándolas y haciéndolas retroceder.

—Nooooo —sollozó Vanessa mientras la introducía en un portal. Comenzó a golpear su pecho con fuerza intentando alejarlo—. ¡No me toques!

El chico la sujetó por los dos brazos y estiró su pierna colocándola tras la de ella para empujarla y arrojarla al suelo.

El golpe fue excesivamente fuerte, ante todo, porque tenía las manos sujetas por aquel chico y se dio en la cabeza.

Notó cómo una gota de sangre resbalaba por su frente, aun así, se recuperó de inmediato y comenzó a golpear al delincuente que se situaba sobre ella.

Se soltó de una mano y fue directamente hacia su cara clavando las uñas.

—Ahhh... maldita zorra —gritó el delincuente que elevó su mano y golpeó con fuerza la mejilla de Vanessa.

No notó el dolor de la bofetada, era tal su estado de nervios que reaccionó de inmediato intentando soltarse de nuevo de sus manos.

—¡Ayuda! —gritó, pero el hombre tapó su boca de inmediato.

Pudo escuchar los gemidos de sus dos amigas y cómo el segundo atracador las arrastraba también hacia el portal. Aquello era una pesadilla.

No supo bien lo que ocurrió. Escuchó un frenazo y unos gritos.

—¡Policía! ¡Policía! —gritaron mientras se cerraban unas puertas.

—¡Al suelo! —Escuchó los gritos—. ¡Suéltelas! ¡Suéltelas!

Vanessa giró su rostro para ver cómo un agente cogía al atracador que mantenía retenidas a Sofía y a Amaia.

El otro no tardó en llegar más que un segundo. Aunque todo ocurría a cámara lenta sabía que sus movimientos debían de ser muy rápidos porque su agresor, que aún permanecía sobre ella, no tuvo tiempo de reaccionar cuando el agente llegó hasta él y lo apartó arrojándolo al suelo. Se colocó sobre él, situando una rodilla en su cuello, inmovilizándolo y sujetando sus dos manos por detrás.

Vanessa se quedó tirada en el suelo, sin poder reaccionar, totalmente paralizada.

—Señorita... —dijo el policía a su lado, manteniendo retenido al agresor y colocándole las esposas—. Señorita... —insistió mientras hacía fuerza para que el delincuente no se le escapase. Vanessa finalmente coincidió la mirada con él. No supo si era producto de la conmoción del golpe, pero en aquel momento le pareció el hombre más hermoso y atractivo que jamás hubiese visto. Tenía el cabello oscuro, revuelto. Su mirada, pese a que había oscuridad, parecía de un color ámbar. Tenía la mandíbula marcada—. ¿Se encuentra bien? —Vanessa tragó saliva y se llevó la mano a la frente palpando la sangre—. Tiene una herida, no se la toque —informó el agente. Cargó más peso contra el detenido, pues intentaba escapar moviéndose con agresividad—. ¡Quieto! —gritó echando todo su peso sobre él. Finalmente consiguió esposarlo entre los rugidos de rabia del retenido. Se puso en pie sujetando al hombre por los brazos—. Vamos, ¡arriba! —gritó levantando al delincuente—. ¿Qué pretendías, eh? —Le gritó arrastrándolo contra la pared, lo golpeó contra ella y comenzó a dar patadas con sus pies en los suyos—. Abre las piernas, ¡vamos! ¡Ábrelas! —gritó—. ¿Llevas algo en los bolsillos con lo que pueda cortarme? —preguntó reteniéndolo contra la pared.

—Vete a la mierda, pedazo de...

—¡Eh! —Le gritó el agente intensificando su presión contra la pared—.

¿Llevas algo o no?

El compañero del agente que estaba con ella mantenía también retenido al otro delincuente contra el coche que estaba aparcado al lado.

—Este no lleva nada. Limpio —dijo. Lo apartó del vehículo y lo llevó hacia el coche policial.

Vanessa observó, sin atreverse aún a moverse, cómo cacheaba al delincuente de forma minuciosa.

—Parece que está limpio —dijo a su compañero que se acercaba para ayudarlo—. Toma, llévatelo. —Aunque clavó su mirada en la hoja brillante de metal que permanecía a su lado—. ¡Aquí hay una navaja! —Avisó a su compañero para que la recogiese. Luego se giró hacia ella y se agachó a su lado—. Eh, eh... —dijo extrayendo una linterna—. ¿Se encuentra bien?

Vanessa tragó saliva mientras veía a su espalda a los delincuentes metidos en el coche. El segundo agente se acercó, cogió la navaja metiéndola en una bolsita y se acercó a sus dos amigas.

—La cabeza... —balbuceó—, me... me duele.

—Eh —dijo girándose hacia atrás—. Llama al SAMU. —Volvió su atención de nuevo hacia ella mientras iluminaba la pequeña herida que se había causado justo en el nacimiento del cabello en la frente. Sujetó su cabeza por la nuca, pues parecía aturdida—. ¿Cómo se llama?

Le costó un poco responder.

—Vanessa.

—De acuerdo, Vanessa —dijo depositando la linterna en el suelo—. Voy a ayudarle a que se incorpore para que esté más cómoda.

Ella asintió sin decir nada más mientras escuchaba al otro compañero pedir una ambulancia y refuerzos.

Tanto Amaia como Sofia hicieron ademán de acercarse, pero el agente las retuvo.

—Esperad, esperad... ella está atendida, no os preocupéis. ¿Qué ha ocurrido? ¿Había alguien más?

El agente que ayudaba a Vanessa se colocó frente a ella sujetándola por los hombros y apoyándola contra la pared del portal.

—¿Tiene alguna herida más?

Ella tragó saliva y se miró las manos y las piernas, luego negó mientras apretaba los labios intentando controlar el llanto. Aquel gesto llamó la atención del agente que puso una mano sobre su hombro intentando calmarla.

—Tranquila, los tenemos.

Ella asintió mientras notaba cómo sus ojos se humedecían todavía más.

—Gracias —sollozó.

—Dime, ¿qué ha ocurrido? ¿Eran solo esos dos? —preguntó esta vez tuteándola.

—Sí, solo esos dos. Nos... —dijo alzando la mirada. Aquel agente la miraba con intensidad—, nos acorralaron y nos amenazaron con unas navajas. Nos quitaron los bolsos y luego a mí me metieron aquí y... —No pudo acabar la frase.

El agente la miró y asintió. Luego se giró para observar.

—¿Esos bolsos son vuestros? —Ella asintió—. ¡Compi! —Llamó la atención de su compañero—. Los bolsos son de ellas, que los revisen a ver si se les ha podido caer algo. —Se giró hacia ella y volvió a poner una mano en su hombro intentando calmarla—. Tranquila —dijo acariciando su brazo e intentando reconfortarla—, la ambulancia ya viene hacia aquí. —Al tocarla notó cómo temblaba. Estaba seguro de que si la chica no se calmaba sufriría un ataque de ansiedad—. Eh, eh... respira tranquila, ¿tienes frío? —Ella negó. El agente se volvió hacia su compañero más nervioso—. ¿Viene ya la ambulancia?

—Están de camino, un par de minutos.

Se escuchó cómo llegaban más vehículos, en este caso, las luces de color azul iluminaron el interior del portal.

—¿Qué ha ocurrido? —Escuchó Vanessa que decía otro policía.

—Estaban atracando a estas chicas —contestó el que estaba al lado de Amaia y Sofia—. Los tenemos dentro del vehículo. Robo con violencia.

—¿Son dos víctimas?

—Hay una tercera, está dentro del portal. La habían metido ahí. Hemos llamado al SAMU y están de camino.

—¿Está bien? —preguntó el policía recién llegado acercándose. Aquel hombre tenía más edad que quien le atendía.

El agente que permanecía a su lado se giró hacia él.

—Está bien, aunque muy asustada. Tiene un golpe en la cabeza.

El recién llegado asintió y la observó unos segundos, luego se giró hacia su compañero.

—Nos los llevamos a comisaría, ¿de acuerdo?

El agente volvió a llamar la atención de Vanessa.

—¿Eres de aquí?

Vanessa giró su cabeza hacia él y negó.

—No, de Alicante capital. Estoy de vacaciones —explicó.

El agente la observaba fijamente.

—De acuerdo —pronunció sin apartar la mano de su hombro.

—Ya está aquí la ambulancia —informó el compañero.

Fue en ese momento cuando el vehículo policial con los dos detenidos abandonó la zona y en su lugar se posicionó la ambulancia.

—Ahora te mirarán la frente. —Se puso en pie a su lado—. ¿Puedes levantarte? —preguntó cogiéndola del brazo.

—Creo, creo que sí... —balbuceó.

—Vale, poco a poco —dijo sujetándola por el brazo—. Con cuidado. Tranquila que yo te sujeto.

Aunque las piernas le temblaban en exceso consiguió mantenerse firme y se fijó en que aquel agente era más alto de lo que había intuido en un primer momento.

—Aquí —informó elevando el tono en dirección a la ambulancia—. Vamos, Vanessa... —dijo dando unos pasos lentos para subir el escalón del portal.

Dos enfermeros habían llegado hasta sus amigas y las ayudaban a caminar hacia la ambulancia, aunque lo que no esperaba era que el enfermero que fuese hasta ella se quedase paralizado.

—Tiene una brecha en la frente y ha recibido múltiples golpes —informó el agente sin prestar atención al enfermero, solo asegurándose de que ella no cayese.

—Joder —susurró—. ¿Vanessa? —preguntó el enfermero sorprendido.

Ella elevó la mirada aún sujeta por el agente que la mantenía en pie.

Arrugó su frente y lo escudriñó con la mirada. Al principio no lo reconoció con el uniforme de enfermero, pero luego tragó saliva.

—¿Fede?

Fede pasó la mano con el algodón por la frente de ella.

—No necesita puntos —comentó con voz sosegada.

—¿Me quedará cicatriz?

Fede sonrió con ternura y negó.

—No, no creo. —Llevó su mano hasta su mejilla y la palpó—. La tienes un poco hinchada. —Fue hacia la nevera de la ambulancia, sacó una bolsa de frío y luego la aplicó a la mejilla de Vanessa.

Vanessa llevó su mano hasta la bolsa que él sujetaba.

—¿Puedes tú?

Vanessa asintió.

Fede se la quedó mirando preocupado y luego observó a Amaia y a Sonia que hablaban con los agentes explicando lo ocurrido. Tenía la puerta de la ambulancia abierta y escuchaba todo lo que las dos amigas relataban. Volvió toda su atención hacia Vanessa.

—Parece que te has llevado la peor parte —susurró cogiendo un poco de venda y colocándola sobre su frente. La sujetó con un poco de esparadrapo y se sentó frente a ella. No pudo evitar acariciar su mano—. ¿Estás bien?

Vanessa tragó saliva y suspiró.

—Sí, solo un poco asustada.

—Es normal. Puedo darte un relajante...

—No, no quiero. —Le sonrió de forma cordial—. Estoy bien, de verdad. Ya se me pasará.

Fede se quedó observándola. Era una chica realmente preciosa. Se había llevado una sorpresa al verla allí, pero verla en aquellas circunstancias le afectaba más de lo que habría imaginado.

No pudo evitar llevar su mano hasta la de ella y acariciarla intentando reconfortarla. Aquel contacto hizo que Vanessa elevase la mirada hacia él.

—Al final hemos tenido la cita antes de lo esperado... —bromeó Fede. Aquella afirmación hizo que ella sonriese—, aunque las circunstancias no son las más adecuadas...

—No, no lo son —Le dio ella la razón con una sonrisa triste.

El agente que la había atendido entró en la ambulancia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó a Fede.

—Mejor, más tranquila —dijo soltando su mano.

—Señorita, ¿está bien? —preguntó directamente hacia ella.

Vanessa llevó su mirada hacia aquel joven y entonces sí pudo apreciar que sus ojos eran color miel, casi dorados. Jamás había contemplado una mirada como aquella.

—Sí, estoy mejor —dijo soltándose de la mano de Fede con cierto disimulo.

El agente miró aquel gesto y asintió.

—De acuerdo —Le pasó su bolso—. Sus amigas dicen que lo tienen todo, pero debería confirmarlo usted también. —Ella lo colocó sobre sus rodillas—. Deberá ir al hospital a que la valoren y le emitan un parte de lesiones para poner una denuncia en comisaría.

Vanessa resopló y asintió. Aquella noche que iba a ser impresionante se había convertido en una pesadilla.

—Creo que está todo —susurró cerrando su bolso.

—Su amiga me ha dicho que ha avisado a su pareja para que venga a recogerlas —informó el agente.

Vanessa asintió.

—Muchas gracias por todo —comentó agradecida hacia el agente.

El agente volvió a poner una mano en su hombro y asintió con una sonrisa que hizo que su corazón se desbocase en su pecho.

—No hay de qué.

Se giró y salió de la ambulancia, aunque Vanessa no pudo evitar que su mirada viajase hasta su trasero y su ancha espalda. Desde luego, aquel uniforme negro le quedaba increíblemente bien.

—Si lo preferís... —intervino Fede atrayendo la mirada de ella—, podemos acercarnos nosotros con la ambulancia —Se ofreció.

—No, no, tranquilo —reaccionó ella—. Tú estás trabajando. Supongo que vendrá Toni o Roberto a buscarnos.

—De acuerdo. —Y de nuevo volvió a desplazar su mano hasta la de ella para acariciarla.

Vanessa tragó saliva mientras notaba los dedos de Fede acariciar la palma de su mano con cariño. Estuvo a punto de suspirar, pero Amaia los interrumpió. De nuevo volvió a soltarse de su mano.

—Toni me dice que está aquí.

Fede se puso en pie de inmediato y cogió la bolsa de hielo que ella sujetaba en su mejilla.

—Cuando llegues a casa ponte hielo diez minutos —Le recomendó—. E intenta no dormir de ese lado o puede que se te hinche más.

Vanessa se puso en pie y asintió.

—Muchas gracias por todo —comentó esta vez con una sonrisa.

Fede asintió y miró de reojo a Amaia, la cual se había apartado un poco para ver dónde se encontraba Toni.

—Escríbeme cuando pongas la denuncia y... cualquier cosa que necesites, ya sabes. —Luego le sonrió algo tímido—. Acabo mi jornada a las seis. —Se encogió de hombros—. A partir de esa hora estoy libre.

No supo si fueron aquellas palabras o el tono tan tierno con el que las había pronunciado, pero en aquel instante Vanessa sintió verdaderos deseos de abrazarle. Tuvo que contenerse cuando Amaia se acercó de nuevo.

—Está aquí ya. Vamos.

Fede bajó de la ambulancia y la ayudó a descender, aunque al mirar hacia un lado observó que aquel agente moreno se había acercado con intención de ayudarla, mas se había detenido al ver que el enfermero se hacía cargo.

—Dime algo luego —repitió Fede una vez más.

—Sí, luego te informo —susurró mientras se soltaba de su brazo—. Muchas gracias, Fede —Caminó y giró su cabeza hacia el agente que la observaba—. Muchas gracias, agente —repitió también hacia el policía que asintió sin más.



8

Acabó de teclear, leyó el atestado y le dio a imprimir. Cogió las hojas impresas y caminó por el pasillo de la comisaría hasta el despacho de su jefe.

—Ya está hecho —comentó entregandoselo a su superior.

El caporal asintió, lo cogió y miró su reloj de muñeca.

—Las doce de la noche —comentó chasqueando la lengua—. Vete a casa ya. —Asintió y se giró, pero, justo en ese momento, su superior le interrumpió el paso—. Agente —dijo haciendo que él se girase—. ¿Las víctimas han venido ya? ¿Se les ha tomado declaración?

—Aún no. Las he informado de que primero fuesen al hospital a solicitar el parte de lesiones. Supongo que en cuanto lo tengan vendrán para prestar declaración.

—De acuerdo. Buen trabajo —Lo felicitó—. Por cierto, recuerda que mañana tienes una citación para ir al juzgado a ratificarte. El atestado...

—Trescientos dos del dos mil diecisiete. Sí —confirmó—, lo tengo presente.

—Pues hasta mañana.

Alzó su mano para despedirse y fue directamente al vestuario. Se quitó el uniforme a toda prisa y, entonces, miró el móvil. Tenía varios mensajes. No lo había mirado hasta ese momento para concentrarse en el atestado policial. Su jornada laboral, según su cuadrante, acababa a las once de la noche. Normalmente, solía marcharse a su hora, pero en días puntuales cuando realizaba una detención a última hora siempre se retrasaba su hora de salida.

Con suerte, solo le quedaba el turno del día siguiente de tres de la tarde a once de la noche y dispondría de cuatro días de fiesta.

Colgó su uniforme y se vistió con los tejanos y la camiseta blanca holgada. Cogió la mochila y la puso en su hombro.

—Hasta mañana —dijo a varios de sus compañeros mientras se dirigía por el pasillo hacia el aparcamiento trasero de la comisaría.

Llevaba ocho años en el Cuerpo Nacional de Policía, siempre en la misma comisaría. Había pensado en hacer alguna oposición interna para ascender, pero a él le gustaba aquello, la acción. Fue hacia su vehículo, un Seat Ibiza de color negro, y se sentó en el asiento del conductor. Antes de encender el motor cogió de nuevo el móvil y abrió la aplicación para contestar a un mensaje.

Lo siento.

Me ha salido una actuación de última hora.

Salgo ahora de comisaría.

Estoy allí en veinte minutos.

Dejó el móvil y arrancó el vehículo.

Condujo deprisa todo el camino. Necesitaba llegar a casa y relajarse. Normalmente, en esas épocas de verano los robos con fuerza y hurtos se disparaban, pero la de aquella noche, sin duda, era una de las actuaciones más agresivas a las que había asistido.

Recordó a la pobre chica tendida sobre el suelo del portal, sin siquiera atreverse a pestañear. Si no hubiesen llegado a tiempo seguramente habrían abusado sexualmente de ella.

Podía intentar controlarse con un ladrón, incluso con un desacato a la autoridad, pero no con un violador... Había tenido que emplear todas sus fuerzas para no acabar golpeándolo.

Tomó el desvío a la derecha y siguió recto, pensativo.

Por suerte, mientras patrullaban la zona cercana a las discotecas, a lo lejos, habían visto cómo alguien introducía a una chica en un portal. La

situación les había parecido sospechosa desde un principio y confirmaron sus sospechas en cuanto vieron cómo otro hombre empujaba a dos chicas más hacia donde retenían a la primera.

No lo habían dudado ni un segundo. Su compañero había hecho derrapar el vehículo y habían salido disparados para ayudarlas y apresar a aquellos delincuentes.

Seguramente, al día siguiente, en el juicio rápido, les pondrían alguna medida cautelar. Por lo que había visto tenían varios antecedentes por robo con fuerza y otros tantos por hurtos, además de la reincidencia de dos años.

Estaba seguro de que el fiscal solicitaría la prisión provisional, él ya se había encargado de dejar bien redactado en el atestado la situación de abuso que había vivido una de las jóvenes, Vanessa. Solo esperaba que el juez dictaminase esa pena y no la redujese por una condena más benevolente como firmar en el juzgado cada quince días.

Tras diez minutos más llegó a su piso. Aparcó en el garaje subterráneo y salió a la calle por la misma puerta, con la mochila colgada de un hombro.

Caminó hacia el portal percatándose de que una chica lo esperaba. Se giró, se cruzó de brazos y sonrió con cierta malicia.

—Buenas noches, agente —pronunció la muchacha mientras se apoyaba contra la puerta del portal con un gesto un tanto sugerente.

—No hagas eso —Se quejó él mientras buscaba las llaves de su piso.

Se colocó al lado y abrió la puerta del portal dejándola pasar a ella primero.

—Llegas un poco tarde —comentó ella dirigiéndose al ascensor.

Entró tras ella y pulsó el botón a la tercera planta, luego se giró y le medio sonrió.

—Ya te lo he comentado: una actuación de última hora.

Ella se acercó y pasó sus manos por sus hombros hasta enroscarlas detrás de su nuca.

—¿Alguien ha sido malo? ¿Agente?

La miró directamente a los ojos y asintió con una leve e insinuante sonrisa.

—Alguien ha sido muy malo —confirmó él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con curiosidad.

Cuando el ascensor se detuvo salieron y abrió la puerta de su piso. La dejó pasar y cerró la puerta tras de sí.

—Un robo con violencia —No quiso dar más explicaciones.

Ella avanzó por el piso. Ya se lo conocía, no era la primera vez que iba allí. Depositó el bolso sobre la mesa del comedor mientras él se quitaba las deportivas.

—¿Y mañana también trabajas? —preguntó ella.

—Sí, turno de tarde, igual que hoy. Ah, y tengo que ir al juzgado a declarar por un antiguo caso —explicó mientras iba hacia la nevera. La abrió y sacó una cerveza—. ¿Quieres? —Le ofreció una. Ella asintió y se acercó a él cogiendo el botellín que le ofrecía—. ¿Quieres un vaso?

—No —susurró. Se puso de puntillas y besó sus labios con delicadeza, saboreándolos. Aquel hombre era uno de los más atractivos que había conocido. Él le correspondió al beso y la empujó levemente hacia la barra que separaba el comedor de la cocina.

Se separó de ella y sonrió.

—Si no te importa, voy a darme una ducha y estoy contigo en diez minutos.

Ella no se soltó.

—¿Diez minutos? —preguntó con ansiedad.

—Ni uno más —prometió él antes de darle otro beso—. A no ser que quieras ducharte conmigo —propuso él mientras se alejaba hacia el aseo.

Ella cogió el botellín de cerveza y dio un sorbo.

—Prefiero esperarte aquí.

Él sonrió mientras se quitaba la camiseta blanca y la arrojaba hacia el sofá, dejando todo su pecho al descubierto, lo que hizo que ella se recrease la vista.

—Como tú quieras —comentó entrando al aseo.

Acabó de desvestirse y se metió en la ducha. Dejó que el agua tibia recorriese toda su piel, relajándose.

Pocas veces le pasaba, pero cuando tenía una actuación como la de aquella noche se quedaba un poco tocado durante unas horas. Ciertamente con el paso de los años en el Cuerpo de Policía uno se acostumbraba, pero le costaba olvidar la imagen de aquella joven tendida en el suelo, asustada.

Pese a la herida y la compleja situación no pudo evitar fijarse en ella. Era realmente atractiva. Tenía un rostro dulce. Se quedó sorprendido cuando el enfermero del SAMU la había reconocido e incluso había visto cómo tomaba su mano en la ambulancia. En un principio había pensado que podía ser su pareja, pero luego había sido consciente de que no. Recordó sus palabras:

“—Al final hemos tenido la cita antes de lo esperado —había pronunciado el enfermero—. Aunque las circunstancias no son las más adecuadas...

—No, no lo son —había respondido ella”.

No le había quitado ojo de encima a aquella chica y, por eso mismo, tras escuchar aquellas palabras, sabía que ellos dos no eran pareja, aunque estaba claro que el enfermero del SAMU algo pretendía, solo hacía falta ver cómo la miraba.

Resopló y, cuando se aclaró el jabón de todo el cuerpo, salió de la ducha enrollándose una toalla en la cintura.

Cogió otra y se la pasó por el cabello oscuro, removiéndolo.

Al menos ella estaba bien, era lo único que importaba en aquellos casos.

Salió del aseo pasándose la toalla por la cara y casi se le cayó de las manos cuando echó la vista al frente.

—Hola —pronunció la muchacha apoyada contra la barra.

Se había quitado toda la ropa y permanecía totalmente desnuda. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola —respondió apartando ya de él todos los pensamientos. Arrojó la toalla con la que se secaba la cara al suelo y avanzó hacia ella.

—Creo que yo también estoy siendo mala—pronunció ella en un tono meloso.

Él fue hasta ella y se colocó enfrente. Apoyó los brazos en la barra que separaba el comedor de la cocina echándose sobre ella, colocándose frente a sus labios, a escasos centímetros.

—Ya sabes lo que hago yo con las personas malas —sonrió de forma lasciva.

—¿Sí? —preguntó ella pasando la mano por su pecho, aún un poco húmedo—. ¿Me lo enseñas, Miguel?

Él enarcó una ceja unos segundos y luego bajó directamente hacia sus labios. Se desató la toalla blanca que llevaba atada a la cintura dejándola caer y se agachó para cogerla a horcajadas, permitiendo que ella lo rodease con sus piernas. La apoyó contra la pared mientras se apartaba de sus labios y comenzaba a bajar por su cuello.

Cogió la copia de la denuncia que el agente le ofrecía y la guardó en su bolso.

El agente que le había tomado declaración miró con atención la pantalla

del ordenador y volvió a teclear.

—De acuerdo, el juicio rápido será mañana a las diez de la mañana, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—¿Tengo que ir?

—Sí. Es en el juzgado de guardia que está en la planta baja. Allí le tomarán declaración.

Ella resopló.

—¿Tengo que volver a explicar todo lo que ha ocurrido?

—Me temo que sí, señorita. Aunque normalmente el juez y el fiscal, incluso el abogado de oficio que le asignemos al agresor, le harán preguntas.

Ella parpadeó.

—Ellos... los delincuentes, ¿estarán ahí?

El agente se levantó y le pasó la hoja que acababa de imprimir con la citación para el juicio rápido del día siguiente.

—No se preocupe. No los verá. Estarán en los calabozos.

Vanessa suspiró y se puso en pie.

—De acuerdo. —Colgó el bolso en su hombro y siguió al agente por el pasillo.

Cuando abrió la puerta todos sus amigos esperaban allí. Tras tomarle declaración a Amaia y a Sonia le había tocado a ella. Al menos, ahora podía irse para casa y descansar.

—Hasta mañana, que descansen —comentó el agente despidiéndose de ellos.

—Gracias por todo —respondieron casi al unísono.

Amaia fue hacia ella y se abrazó a su amiga mientras caminaban hacia el exterior de la comisaría.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupada.

—Mosqueada —respondió ella. Miró su reloj y vio que marcaba casi la una de la madrugada. La primera hora tras el incidente había estado en shock, luego, tras su llegada al hospital y después de que elaborasen el parte de lesiones, había comenzado a reaccionar. Aquello era un desastre. ¿Podía ocurrirle algo más? Su novio le ponía los cuernos delante de ella, intentaba alejarse de todo ello y acababa en un piso con un vecino pichabrava que le estaba dando unas vacaciones complicadas...Y ahora esto—. ¿Por qué me tiene que pasar a mí todo? —Se quejó—. Esta iba a ser nuestra noche...

Amaia suspiró.

—A mí lo que me importa es que estés bien.

En ese momento Amaia abrazó a su amiga. Vanessa le devolvió el abrazo. Jamás había pasado tanto miedo, de hecho, había llegado a pensar que iba a morir. Solo cuando aquel agente apareció quitándole a aquel hombre de encima pudo tener una esperanza de salir viva de allí.

No pudo evitar recordar cuando había coincidido la mirada con él la primera vez, preguntándole cómo se encontraba.

Tragó saliva y se soltó de su amiga.

—Eh —dijo Amaia mientras seguían caminando hacia el coche de Toni—, ¿te quieres venir a dormir a casa?

—No, no... —reaccionó rápidamente—. Tranquila, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. De hecho, lo único que quiero es llegar al piso, ponerme el pijama y acostarme.

Amaia asintió.

Todos se subieron al coche y Toni arrancó.

Ya no estaba tan asustada como al principio, más bien se sentía indignada. Ya estaba cansada de aguantar: aguantar una infidelidad, aguantar un mes sin una muestra de cariño, aguantar un atraco e intento de violación...

Necesitaba llegar a su piso, refugiarse en su habitación y, si hacía falta, dar unos cuantos gritos para desahogarse.

De hecho, en ese momento, se encontraba enojada como jamás se había sentido en la vida. Había llegado a su límite. ¿Acaso ella no tenía derecho a ser feliz? ¿A divertirse?

No, ahora, encima, debía acudir al día siguiente a un juzgado a declarar sobre lo ocurrido. Resopló y sacó el móvil de su bolso intentando relajarse, intentando calmar su respiración.

Abrió la aplicación de *WhatsApp* y buscó el privado de Fede. Había sido encantador con ella. Al principio había sentido vergüenza por verse en aquella situación, pero luego se había tranquilizado. Contar con la compañía de Fede allí la había calmado.

Vanessa: Hola Fede. Primero, muchas gracias por todo.

Vanessa: Ya tengo el parte de lesiones y he puesto la denuncia.

Vanessa: Mañana tengo que ir al juzgado.

Vanessa: Un abrazo y, de verdad, muchas gracias por todo lo que has hecho por mí.

Le dio a enviar y guardó el móvil en su bolso. Estaba deseando quitarse

aquellas sandalias.

Toni detuvo el vehículo frente al portal de su casa.

—¿Seguro que no quieres venirte? —insistió Amaia desde el asiento trasero.

—No, tranquila, de verdad, prefiero quedarme aquí y descansar.

—Entonces, ¿te pasamos a recoger a las nueve para ir al juzgado?

—De acuerdo —dijo saliendo del vehículo—. Gracias por traerme, Toni.

—Eh, cualquier cosa que necesites ya sabes —respondió él.

Fue hacia la ventanilla delantera por donde Amaia extrajo su mano y se la sujetó.

—Tranquila, de verdad que estoy bien —insistió al ver que su amiga la miraba preocupada—. Si te soy sincera ahora mismo estoy más enfadada que asustada. Yo creo que ya he tenido suficiente gafe por una temporada.

Amaia le sonrió de forma triste.

—A partir de ahora solo cosas buenas —dijo Amaia más animada.

—Exacto. —Soltó su mano y dio unos pasos hacia atrás—. Buenas noches.

Toni aceleró un poco.

—Cualquier cosa avísanos, ¿vale? —Escuchó que decía Amaia mientras Vanessa abría la puerta del portal.

Fue directa hacia el ascensor y pulsó la tercera planta. Cuando se cerraron las puertas fue cuando por fin pudo dejar aflorar un poco de la indignación que sentía.

—Me cago en... —susurró de forma grave. Estuvo a punto de dar una patada al ascensor, pero se contuvo.

Entró directamente en el piso y esta vez cerró con cuidado, pues pese a la furia que sentía en aquel momento era consciente de que era muy tarde.

Depositó el bolso sobre la mesa y se quitó las sandalias.

—Joder —Volvió a susurrar mientras iba al aseo. Entró y se miró en el espejo. Fede le había puesto una gasa en la frente y luego en el hospital se la habían quitado para que la herida respirase. No era una herida muy grande, era pequeña. Por otro lado, tenía la mejilla un poco amoratada. Se pondría hielo diez minutos, tal y como le habían dicho en el hospital, y se iría a dormir.

Miró el reloj de muñeca. Era casi la una de la madrugada. Fue hacia su habitación para quitarse el vestido, abrió la puerta y se quedó totalmente petrificada bajo el umbral de la puerta.

¿En serio? ¿Podía ocurrirle algo más? Estaba llegando al límite y notaba

que iba a explotar en cualquier momento.

—He sido mala —Escuchó que decía una voz femenina—. Muy mala.

Vanessa convirtió sus manos en puños y miró fijamente la pared.

—¿Sí? —Escuchó la voz masculina.

—Sí —respondió aquella mujer entre gemidos.

Vanessa resopló.

—Por favor... —dijo sintiendo vergüenza ajena.

—Voy a tener que castigarte por ello —Escuchó que decía la voz masculina mientras se incrementaban los golpes en la pared.

Vanessa puso los ojos en blanco. Eso ya era demasiado. No sabía a qué jugaba Dios con su vida, si todo aquello era parte de un karma que debía pasar o si se trataba de un ajuste de cuentas de vidas pasadas, pero no lo soportó más.

Fue directa a la pared y la aporreó.

—¡Ehhhhhh! ¡Vosotros dos! —gritó. En ese mismo momento los golpes desde el otro lado de la pared cesaron—. ¡A ver si bajamos un poco el tono! ¡La gente quiere dormir!

Miguel se detuvo de inmediato, incluso la muchacha que se sujetaba a sus hombros se quedó tiesa como un palo. Miró la pared contrariado. ¿Qué estaba ocurriendo ahí?

Soltó a la chica con cuidado y se distanció un poco de la pared.

—¿Perdona? —preguntó él sin comprender nada.

—¡Ni perdona ni nada! —gritó ella—. ¡A dormir!

Miguel cogió la toalla del suelo y se cubrió enseguida, impresionado por la voz estridente que le llegaba desde el otro lado de la pared.

—¿Quién es esa loca? —preguntó la muchacha indignada ante la mirada sorprendida de Miguel, el cual respondió encogiéndose de hombros.

Vanessa resopló y dio un paso hacia la pared, envalentonada. El destino estaba siendo injusto con ella y no pensaba dejar pasar ni una más.

—¿Y quién eres tú? —gritó Vanessa elevando los brazos—. ¿Estefanía? —gritó.

En ese momento la compañera de Miguel lo miró elevando una ceja.

—No, no me llamo Estefanía —respondió la chica.

Miguel sonrió de forma nerviosa y señaló hacia la pared.

—No la conozco de nada —Se excusó rápidamente.

Vanessa arremetió otra vez.

—¿Carmen?

La mirada de la compañera de Miguel se entornó más hacia él.

—Tampoco —respondió la chica.

—¿Silvia? —insistió Vanessa cruzándose de brazos.

—Sí, Silvia —respondió ella con la mirada fija en Miguel que permanecía totalmente desubicado, sujetando la toalla en su cintura.

—Te aseguro que no la conozco de nada —insistió Miguel hacia Silvia, dando un paso en su dirección.

Silvia dio un paso atrás alejándose de su contacto.

—Pues ella parece que sí te conoce —rugió.

—No, no lo conozco —reaccionó Vanessa—, pero las paredes son muy delgadas y lo escucho todo. ¡Así que haced el favor de ser más discretos! No tengo porqué estar aguantando esto día sí y día también.

Silvia se giró y fue directamente hacia su ropa tirada por el suelo. Miguel se dio cuenta del enfado de ella.

—Eh, venga, Silvia... ¿vas a hacer caso a esa chica? Ni siquiera la conozco, no sé quién es...

—Ya, claro... —respondió ella vistiéndose—, pues se sabe el nombre de muchas chicas ¿no? Entre otros el mío.

—Dice nombres al azar —reaccionó él rápidamente.

—Ya, qué casualidad, ¿verdad? Los dice así a botepronto... —ironizó ella mientras pasaba el vestido por sus brazos y lo bajaba hasta la cintura.

Miguel resopló y miró con furia hacia la pared. Estaba claro que no iba a poder convencer a Silvia.

—¿Y tú quién eres? —gritó hacia la pared.

Vanessa se quitó el vestido blanco y cogió su camión.

—¡Soy tu vecina!

—¿Y desde cuándo tengo vecina? —gritó Miguel extendiendo los brazos hacia los lados.

—¡Desde hace cinco días! —Le devolvió el grito.

Silvia cogió su bolso y se dirigió hecha una furia hacia la puerta. Miguel reaccionó de inmediato.

—No, vamos, Silvia... —dijo intentando coger su mano, pero Silvia lo esquivó—, no te marches así.

—Que te aproveche con las otras —rugió hacia él.

—Vamos, tú y yo tampoco tenemos nada serio... —comentó mientras ella salía por la puerta y daba un portazo.

Miguel resopló. La hubiese seguido si no hubiese ido solo con una toalla

anudada a la cintura. Rugió y fue de nuevo hacia la pared, totalmente fuera de sí.

—¿Contenta?

Vanessa acabó de ponerse el camisón y miró hacia la pared.

—¡Sí! —gritó—. He tenido un día muy duro y necesito descansar, ¿lo entiendes?

—Ahhh... ¿tú has tenido un día duro? —ironizó él—. ¿Y el resto no?

—Desde luego parece que tú no tanto —Alzó más el tono, indignada. ¿No iba ni a pedir perdón? Aquello la enfureció más aún. Al menos podría tener la decencia de pedirle disculpas por si la había importunado—. Así que haz el favor de respetar un poco más el descanso del resto. El edificio no tiene porqué enterarse de tus escauceos amorosos o de si te gusta la canción de “Despacito” o la de “La Cintura”.

Miguel arqueó una ceja y colocó las manos, precisamente, en la cintura.

—No tenía ni idea de que la señora Hernández había alquilado el piso. Igualmente, yo estoy en el mío, y en el mío tengo derecho a hacer lo que me plazca —contraatacó.

—Oh, por supuesto... —dijo ella gesticulando y haciendo aspavientos—, pues entonces yo también podré hacer lo que me plazca en el mío —acabó gritando.

Miguel extendió los brazos hacia los lados. Aquello era de locos, estaba hablando con una desconocida a través de la pared de su piso y, además, de sus asuntos amorosos.

—Pues haz lo que te plazca —Señaló a la pared—. Pero si tienes algún problema, al menos ten la decencia de venir y decírmelo en persona.

Aquello hizo que ella pusiese su espalda recta.

—Ups —susurró. En ese momento dio un paso hacia atrás. Quizá debería haberse controlado un poco más y no ponerse a gritarle al vecino como una desquiciada. Estaba claro que no se sentía avergonzado, sino más bien molesto, algo con lo que ella no contaba. Se removió inquieta y quitó la sábana de la cama—. ¡A dormir! ¡Ahora! —ordenó intentando parecer segura.

—¿Porque la señorita lo manda? —preguntó provocador.

—Porque es más de la una y mañana madrugo, así que... ya que me has dado la tabarra las últimas cinco noches, ¡al menos déjame descansar esta!

Miguel resopló y se removió incómodo por el piso. No solo se había quedado totalmente impresionado con el carácter de la mujer que residía al otro lado de la pared, sino que, además, se había quedado totalmente

insatisfecho por su culpa.

—Maldita seas —susurró marchándose hacia la habitación, dando un portazo.

Vanessa supo que Miguel había abandonado el comedor. Se removió nerviosa en la cama y suspiró. Por Dios, debía controlar su genio. Sabía que tenía que explotar, pero estaba claro que aquel no había sido el mejor momento. Y encima había alquilado ese piso todo el mes de agosto. ¿Cómo iba a seguir allí sin cruzarse con él?

Gimió y se tiró sobre la cama mientras se pasaba las manos por la cara, visiblemente agobiada.

Aquel arrebató suyo, aunque justificado, no había hecho más que complicar las cosas.



9

Se miró en el espejo. La noche anterior, tras la discusión con su vecino a través de la pared, había olvidado ponerse hielo. Encima, no había podido pegar ojo en toda la noche.

Salió del aseo y cogió el bolso.

Su misión ahora era salir del edificio sin que su vecino la viese. Esa era la razón que la había mantenido en vela toda la noche.

—Maldita boca la tuya, Vanessa —Se dijo a sí misma.

Eran las nueve menos cuarto cuando se asomó a la mirilla. Aquella última hora había escuchado con atención y no se oía nada.

Por la conversación que su vecino había tenido con sus amigos sabía que en su trabajo le tocaba turno de tarde, así que seguramente estaría en el piso, pues no lo había escuchado salir de él. Al parecer sí podía ser silencioso, lo cual la estaba poniendo más nerviosa aún.

—Vamos Vanessa —dijo poniéndose las gafas de sol—, directa a las escaleras.

Abrió la puerta con sigilo y salió muy despacio. Cerró intentando hacer el menor ruido posible y echó la llave. Fue de puntillas hasta las escaleras y, aunque los primeros escalones los bajó poco a poco, luego aceleró el paso.

Solo respiró tranquila cuando salió del edificio, aunque, al ser consciente de que la podía ver por la ventana si se asomaba, salió disparada calle abajo. Haría como el día anterior. Sabía que sus amigos debían pasar por esa calle con el coche para ir a buscarla. Miró hacia atrás, comprobando cómo se alejaba del edificio.

Pocos minutos después Toni detenía el vehículo en la acera para recogerla.

—¿Otra vez aquí? —preguntó Amaia—. ¿Qué te pasa?

Estaba claro que recordaba el motivo de que la hubiesen recogido allí la última vez.

—Hola —dijo abriendo la puerta trasera, aunque esta vez solo estaba Sonia—. ¿Y Roberto? —preguntó sentándose y poniéndose el cinturón.

—Se ha quedado en casa. Le he dicho que no hacía falta que viniese.

Toni la miró por el retrovisor.

—¿Estás bien? —preguntó esta vez él.

Amaia se giró con gesto preocupado.

—¿Cómo estás? ¿Qué hacías ahí? —insistió—. ¿Tu vecino otra vez?

Vanessa gimió y agachó la cabeza mientras cerraba los ojos intentando calmarse.

—Tengo un problema —sollozó.

Sonia se acercó a ella para cogerle la mano, preocupada por el tono que empleaba.

—Cuéntanos —insistió Amaia—, sea lo que sea podremos ayudarte.

Vanessa susurró.

—Ayer... —comentó tímida—, cuando llegué al piso mi vecino estaba...

—Todos la miraron enarcando una ceja—, ya sabéis... con una chica...

—¿Otra vez? —preguntó Sonia.

—Sí, otra vez... —respondió más furiosa—. Estaban montando otro espectáculo así que...

—Oh, oh —comentó Amaia mirándola fijamente—. ¿Qué has hecho?

Vanessa gimió e intentó ocultar su vergüenza agachando la cabeza otra vez.

—Aporree la pared y le grité.

Amaia se puso de rodillas en el asiento del copiloto para girarse del todo

hacia ella, con cara divertida y asombrada a la vez.

—¿Que hiciste qué?

—Le grité que a ver si bajaban el tono, que me gustaría descansar una noche.

—¡Ja! —dijo Toni—. ¿En serio? ¿Hiciste eso? —preguntó asombrado.

Vanessa suspiró y extendió los brazos hacia ellos.

—Y no solo eso... comencé a preguntarle el nombre a la chica, si era una u otra... —Amaia soltó una carcajada—, así que... —Chasqueó la lengua—, la chica se mosqueó y se marchó.

Sonia dio palmas divertida.

—¿En serio? —insistió Amaia que no salía de su asombro—. ¿De verdad hiciste eso?

—Sí —gimió cerrando los ojos de nuevo.

—¡Me partoooooo! —gritó Amaia.

—A mí no me hace ninguna gracia —dijo Vanessa—. Tengo el piso alquilado todo el mes.

—¿Bromeas? —preguntó Amaia—. Hacía tiempo que algo no me parecía tan divertido.

—Eh, eh —intervino Toni—, pero ¿lo conoces?

—¡No! —exclamó ella directamente—. De hecho, solo sé que se llama Miguel...

—Alias pichabrava —añadió rápidamente Amaia.

—Pero es que me dijo que no tenía ni idea de que tenía vecina hasta que le grité a través de la pared.

—Entonces, ¿los interrumpiste? —preguntó Toni de nuevo.

—Claro, en pleno apogeo —admitió ella.

Sonia no aguantó más y explotó en una carcajada que provocó que Vanessa sollozase desesperada.

—He salido a hurtadillas de mi piso. No quiero encontrármelo —admitió.

Amaia comenzó a toser por la carraspera de reír.

—Dios, esto... esto es buenísimo... —pronunció entre risa y risa.

—No, no lo es —respondió Vanessa avergonzada.

—Bueno, a ver... si pensamos fríamente tú tampoco hiciste nada. De hecho, él es quien se estaba portando mal...

—Muy mal —confirmó ella.

—Y lo que no puede ser es que a esas horas monte esos espectáculos. Por

lo que a mí respecta él debe estar más avergonzado que tú.

—Pues no lo parecía.

—¿Y eso? —preguntó Sonia.

—Pues porque me dijo que si tenía un problema con él que al menos fuese a decírselo en persona, no a través de una pared... —Volvió a sollozar—. No pienso volver a ese piso —acabó diciendo.

—Pero ¿no habías pagado todo el mes? —preguntó Amaia.

—Síiiiiii —sollozó tapándose la cara con las manos.

—Eh, que tú no has hecho nada malo. Seguro que muchos vecinos del piso agradecen tu acción. Además, el pichabrava seguro que ha reflexionado esta noche y se da cuenta de su error.

—No lo sé —gimió—. Lo único que sé es que no quiero encontrármelo.

—Pues estando ahí todo el mes —comentó Toni—, está claro que alguna vez te lo vas a encontrar sí o sí.

—Eso, tú anímala —Le reprendió Amaia.

—No tiene porqué —reaccionó rápidamente—. Sé que hoy trabaja por la tarde. Así que si voy al piso...

—¿Vas a quedarte encerrada todo el día? —pregunto Sonia impresionada.

—La verdad es que hoy no he dormido nada. Necesitaría una buena cura de sueño y descansar a pierna suelta.

Amaia la miró confundida.

—Pero ¿no habías quedado con Fede?

Vanessa abrió los ojos al máximo.

—Es verdad, Fede. Con todo este lío no me acordaba... —dijo buscando el móvil en su bolso.

—¿Vas a quedar con él? —insistió Amaia.

Vanessa se quedó pensativa.

—Uhhmm... Le diré de quedar mañana mejor —Chasqueó la lengua—, sino corro el riesgo de quedarme dormida en medio de la cita.

—O puedes decirle que vaya a tu piso —propuso Amaia.

—No, no, al piso no. No creo que le importe quedar otro día teniendo en cuenta lo de ayer —dijo mirando el móvil. No tenía ningún mensaje de él. Si para cuando saliese del juzgado no le había dicho nada le escribiría ella un mensaje.

Amaia suspiró y negó con su cabeza.

—Así no vas bien —comentó sentándose correctamente en el asiento.

—¿Así cómo? —preguntó guardando el móvil en su bolso.

—Haciendo amigos como tu vecino y dejando tirado a Fede.

—Ni me he hecho amiga de mi vecino ni voy a dejar a Fede tirado, es solo que quedará otro día.

Amaia se giró y arqueó una ceja en su dirección.

—Era con ironía, Vanessa —respondió.

Primero la había visitado el forense del juzgado y, después, había declarado tal y como le había explicado el Policía Nacional el día anterior.

Por suerte, la declaración había sido corta, pero no la espera.

Tenía la citación para las diez y había comenzado declarando Sonia a las once, poco después había declarado Amaia y, finalmente, había sido su turno.

El oficial del juzgado les devolvió los DNI.

—Su señoría va a decretar prisión provisional para los dos.

El suspiro de las tres se escuchó en toda la sala de espera.

—¿Y se los llevan ahora? —preguntó Vanessa rápidamente.

—Sí, ahora permanecerán en los calabozos hasta que los agentes puedan hacer el traslado.

Sonia miró a sus amigas.

—Pues yo me quedo más tranquila sabiendo que están entre rejas —comentó aliviada.

—Tú y todas —confirmó Amaia.

—¿Necesitáis justificante de trabajo? —preguntó el oficial.

—No —respondieron las tres.

—De acuerdo. Pues podéis iros. Pensad que os llegará una citación dentro de un mes al domicilio que me habéis facilitado informando de la fecha del juicio.

—De acuerdo —respondió Vanessa—. ¿Y será dentro de mucho ese juicio?

El oficial se quedó pensativo.

—La verdad es que vamos hasta arriba de trabajo —comentó—, supongo que un par de meses como mucho.

—¿Y mientras tanto estarán en prisión? —preguntó Sonia de nuevo.

—Sí. Tienen derecho a recurrir la decisión, pero, sinceramente, con esos delitos no creo que los vuelvan a dejar en libertad.

Vanessa asintió.

—De acuerdo, pues muchas gracias por todo.

—A vosotras —contestó el oficial—. Buenos días —Se despidió mientras se alejaba.

Las tres caminaron por el pasillo.

—¿Y Toni? —preguntó Vanessa mirando de un lado a otro.

—Se ha ido a tomar algo mientras tú declarabas —explicó Amaia mientras sacaba el teléfono de su bolso—. Voy a avisarle de que ya estamos. —Luego miró a Vanessa—. ¿Queréis ir a comer algo?

—Yo tengo un poco de hambre —confirmó Sonia.

Amaia comenzó a teclear en el móvil.

—Pues le pregunto en qué bar está y vamos para allí —explicó Amaia mientras sus dedos volaban sobre la pantalla del móvil.

Vanessa abrió su bolso y extrajo su móvil. Tenía un mensaje.

Fede superhéroe: Buenos días, ¿cómo te encuentras?

Fede superhéroe: Yo me acabo de levantar.

El mensaje era de hacía diez minutos.

Vanessa colocó sus dedos sobre el teclado de la pantalla.

Vanessa: Acabo de salir de declarar.

Vanessa: Si no te importa, ¿podemos quedar mañana?

Vanessa: No he dormido casi y estoy muy cansada.

Iba a seguir tecleando cuando Sonia le dio un pequeño codazo llamando su atención.

—Eh, ¿ese no era uno de los polis de ayer? —preguntó.

Tanto Amaia como Vanessa elevaron sus cabezas y miraron hacia delante.

La reacción de las dos fue inmediata.

—Joder —susurró Amaia, luego miró de reojo a Vanessa—. Ese fue el que estuvo contigo, ¿no?

Vanessa lo miró. El agente caminaba con el móvil en la mano y luego se detuvo ante una pantalla donde se informaba de las salas donde se realizaban los juicios.

—Sí, creo que sí. Sin el uniforme no lo reconozco.

—Está buenísimo —comentó Sonia—. Dile algo —Le dijo a Vanessa.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Que le diga qué? —preguntó asustada.

—Vamos, vamos... —susurró Amaia instando a sus amigas a que reanudasen el paso.

Iban a pasar por detrás de él cuando Miguel se giró. Su mirada coincidió directamente con la de Vanessa y ladeó su cabeza. Dio un paso hacia delante.

—¿Vanessa? —preguntó él. Las tres se detuvieron y lo miraron sorprendidas—. Soy el agente que estuvo ayer...

—Sí, sí, perdona... —comentó Vanessa nerviosa—, sin el uniforme no te reconocía —apuntó.

En ese momento Amaia carraspeó un poco mientras miraba el móvil.

Miguel vestía unos tejanos y una camisa de manga corta color azul marino.

—Suele ocurrir —comentó divertido—. ¿Venís de declarar? —preguntó a las tres.

Amaia levantó la mirada y asintió.

—Sí. Nos ha comentado el oficial que su señoría ha decretado prisión provisional para los dos.

Miguel asintió.

—No es para menos, es justo lo que se merecen. —Y volvió su atención hacia Vanessa de nuevo. Se quedó observándola. Era una chica realmente preciosa, más incluso de lo que recordaba del día anterior, y tenía la sonrisa más dulce que había visto en su vida. Dio un paso hacia ella—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con cordialidad.

Ella se encogió de hombros.

—Mejor.

Miguel ladeó su cabeza como si la examinase.

—Tienes cara de cansada...

—No he podido dormir mucho —confesó.

—¿Nerviosa? —Ella asintió sin querer dar más explicaciones. Ciertamente, estaba nerviosa, aunque la declaración de aquella mañana no era el motivo—. Bueno, ahora no tenéis que preocuparos. Estarán en prisión hasta que se haga el juicio y, normalmente, cuando un juez decreta prisión provisional la sentencia firme también es prisión.

Las tres asintieron ante las explicaciones.

—¿Vienes a declarar por nuestro juicio rápido? —preguntó Amaia de nuevo.

—No, no... —respondió rápidamente Miguel—, vengo por otro —De nuevo volvió a prestar toda su atención a Vanessa—. ¿Y la frente? —insistió—. ¿Muchas molestias?

—No, no, qué va... casi ni me duele —acabó con una sonrisa tímida. Miguel se sorprendió mirándola fijamente y correspondiéndole con otra sonrisa—. Creo... creo que te lo dije ayer, pero, de verdad, muchas gracias.

Si no llegáis a aparecer...

—Va, no pienses en eso... para eso estamos —respondió de forma amable.

Pudo escuchar un leve suspiro por parte de Sonia.

Miguel miró su reloj y chasqueó la lengua

—Tengo que irme —dijo dando un paso hacia atrás.

Las tres asintieron.

—Que vaya bien el juicio —comentó Vanessa.

Miguel hizo un gesto gracioso.

—Nos vemos en el vuestro —dijo ya alejándose—. Disfrutad de las vacaciones.

Acto seguido, se giró y fue hacia la sala donde reconoció a varios de sus compañeros esperando a ser llamados por el oficial de turno.

No pudo evitar girarse. Vanessa y sus dos amigas caminaban hacia la puerta de salida a paso ligero.

Seguramente, si no hubiese ocurrido aquello y las circunstancias no fuesen las que eran le hubiese pedido una cita, aunque, realmente, aquella chica no tenía pinta de aceptar una cita tal y como había hecho Silvia.

Resopló y se giró ya hacia la puerta. Silvia, debería escribirle. Aunque no quería nada serio con esa chica le sabía mal que hubiesen acabado así. Ambos se divertían, pero aquella nueva vecina le había arruinado la noche.

—Eh, compi... —dijo su compañero colocando una mano en su hombro—. ¿Esas eran las chicas de ayer?

—Sí, las de la última actuación —corroboró girándose de nuevo hacia ellas.

En ese momento no las encontró. Habrían salido ya del juzgado. Se volvió hacia su compañero y miró la puerta de la sala donde se celebraría el juicio al que acudía como testigo.

—¿Van con retraso?

—No —respondió—. Me ha dicho la oficial que en cinco minutos entramos.

—Perfecto —contestó mientras extraía de su bolsillo el DNI y la placa para identificarse.

Cuando las tres salieron del juzgado el sol casi las abrasó.

—Me ha dicho que está en ese bar, en la terraza —confirmó Amaia mientras se dirigían hacia allí y guardaba el móvil en el bolso—. Por cierto, cómo está el policía... ¿no te diste cuenta ayer? —preguntó sorprendida.

Vanessa enarcó una ceja.

—Claro que me di cuenta, solo que en ese momento estaba más pendientes de otras cosas.

—Madre mía —continuó Amaia, luego sonrió con malicia—. Estoy deseando que llegue el juicio para volverlo a ver —rio.

—Anda que como te oiga Toni —ironizó Vanessa. Amaia se encogió de hombros—. Pero sí, está buenísimo. Estoy por cometer un delito y que venga él a detenerme —bromeó.

Las tres se pararon a la espera de que el semáforo se pusiese en verde para cruzar la calle.

—¿Cómo lo llaman los abogados? ¿Enajenación mental? —preguntó Sonia.

—Sí, creo que es eso —Le dio la razón Amaia—. Podríamos cometer un pequeño hurto...

—O ir a por él directamente —continuó Vanessa.

—¿Ir a por él? —preguntó Amaia sin comprender.

—Sí, ya sabes. Tirarnos encima de él —Se encogió de hombros.

Amaia resopló.

—Estás fatal. Necesitas quedar con Fede ya.

Sonia se encogió de hombros.

—Yo preferiría quedar con ese policía —admitió.

—¿Y quién no? —preguntó Vanessa—. Madre de Dios. Y pensar que ayer me cogió del brazo... —dijo mirándose—. Si lo llego a saber me agarro a él en plan lapa.

—Vamos, está en verde... —interrumpió Amaia—. Seguro que tiene pareja. Semejante cuerpazo no puede estar soltero. —Las tres suspiraron—. Al menos nos hemos alegrado la vista —dijo divertida. Llegaron hasta la terraza del bar, a la mesa donde Toni las esperaba. Amaia se agachó y besó su mejilla.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó levantándose—. ¿Qué os pido? —Se ofreció para ir a pedir.

Las tres se sentaron.

—Tenemos un poco de hambre —admitió Sonia.

—Pediré que traigan la carta —dijo Toni alejándose de la mesa.

Amaia se acercó a Vanessa y señaló hacia delante con la cabeza, hacia el juzgado.

—Desde aquí tenemos la puerta de acceso vigilada —bromeó—. Así

podremos verlo cuando salga.

—Bien pensado —comentó Sonia girándose hacia allí para observar.

Vanessa notó cómo su móvil vibraba. Lo cogió y leyó el mensaje que le acababa de llegar de Fede.

Fede superhéroe: No te preocupes, es normal.

Fede superhéroe: Mañana tengo libre así que cuando quieras avísame.

Fede superhéroe: Descansa

Ese chico era un cielo, sin poder evitarlo una sonrisa se apoderó de su rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sonia.

Ella le mostró el móvil.

—Fede me ha contestado.

—¿Y qué dice? —preguntó Amaia rápidamente, inclinándose sobre ella.

Vanessa se encogió de hombros.

—Le he dicho que estaba cansada. Me ha contestado que no me preocupe y que mañana tiene el día libre, que le avise cuando me vaya bien.

—Qué monooooo —susurró Sonia.

—Sabes que le gustas, ¿no? —preguntó Amaia. Vanessa apretó los labios y se encogió de hombros, sin responder a aquella pregunta—. Este quiere algo y lo sabes.

Toni llegó con un par de cartas y las repartió sobre la mesa, luego se sentó al lado de Amaia.

—¿Pedimos unas tapas para compartir? —propuso Sonia.



10

No había querido ir al piso hasta las cuatro. Recordaba por la conversación que había escuchado de su vecino con sus amigos que trabajaba de tardes. De esa forma no se lo encontraría.

Se había dado una ducha y había leído un rato, después el sueño pudo con ella y había acabado dormida en el sofá, con el libro encima.

Cuando había despertado ya era prácticamente de noche. Aquellas horas le habían permitido contrarrestar las horas perdidas de sueño, aun así, estaba segura de que caería frita al cabo de un par de horas.

Por el momento, cenaría algo y vería alguna película en la televisión.

Abrió el congelador y sacó una pizza. Al día siguiente, cuando se despertase, debería ir en algún momento a comprar, pues ya comenzaban a faltarle cosas.

Encendió el horno y mientras esperaba a que alcanzase la temperatura necesaria encendió la televisión.

Cambió de canal hasta que encontró una de sus películas favoritas.

—*El diario de Noah* —susurró embelesada sentándose en uno de los taburetes que había frente a la barra que separaba la cocina del comedor.

Le encantaba esa película. No sabía cuántas veces la había visto ya.

En ese momento, Noah pintaba la casa de blanco pensando que Allie podría volver con él, y en palabras textuales del que narraba la película: “*Aliviaba su frustración remando por el lago cada mañana y, al atardecer, para mitigar el dolor de su soledad tenía a Marta, una viuda de guerra.*”

Debía controlar el horno, no se le fuese a quemar la pizza.

Se apoyó contra el respaldo y se dejó llevar. Aunque se la supiese de memoria se emocionaba cada vez que la veía.

Cuando la pizza estuvo lista la puso en un plato y se sentó a la mesa.

Uno de sus momentos favoritos, cuando ella se presentaba en casa de él.

—Ah, quema, quema... —Soltó el trozo de pizza de inmediato en el plato—. Jolín —Se quejó levantándose.

Como siguiere así acabaría las vacaciones totalmente lisiada.

Fue al aseo y metió la mano en agua fría para mitigar el dolor de la quemadura, luego se puso un poco de pomada para quemaduras que sacó de su neceser, se vendó el dedo como pudo con unas gasas y se miró al espejo.

La pequeña herida en la frente, la mejilla amoratada, el dedo envuelto en gasas...

Resopló y volvió al comedor, aunque antes cogió su vaso de Coca-Cola y se sentó en el sofá. Esperaría a que se enfriase un poco la pizza y cenaría.

Escuchó cómo la puerta del ascensor se abría y daban vueltas a la llave en la puerta de enfrente. Era el vecino.

Se puso en pie de inmediato y arrojó un poco de Coca-Cola al suelo.

—Mierda —Se quejó soltando el vaso en la mesa.

Corrió hacia la puerta y se puso de puntillas para observar por la mirilla justo cuando la puerta se cerraba.

Apretó los labios y resopló.

Avanzó hasta la mesa, cogió el trapo y limpió el suelo de la bebida que había derramado. Ahí, de rodillas, observó en la televisión su momento favorito de la película.

A los protagonistas les había sorprendido una tormenta en medio del lago y Noah llevaba la barca hasta el amarre.

—*¿Por qué no me escribiste?* —preguntó la protagonista, volviendo por el amarre hacia él—, *¿por qué? No había terminado para mí. Te estuve esperando durante siete años... y ahora ya es tarde.*

Noah la observaba con pasión.

—*Te escribí trescientas sesenta y cinco cartas. Todos los días durante un año.*

—*¿Me escribiste?* —preguntó ella.

—*Sí* —respondió acelerado—. *Lo nuestro no acabó. Jamás ha acabado.*
—Y cogía a Allie por el cuello y la acercaba para fundirse en un apasionado beso mientras la lluvia caía sobre ellos.

Dio un brinco en el suelo cuando golpearon la pared.

—Su madre le escondía las cartas —gritó su vecino desde el otro lado de la pared.

—¿Qué? —susurró ella sin comprender.

—Las cartas que Noah le escribía, se las escondía su madre, por eso nunca las recibió ella. La historia que le está contando el hombre mayor a esa mujeres en realidad la historia de ellos dos de jóvenes... —En ese momento comprendió lo que su vecino estaba haciendo.

—Será... capullo —pronunció poniéndose en pie. Le estaba destripando el final a propósito.

—El marido, es decir, Noah, lee ese libro porque así ella puede recordar, pues tiene Alzheimer. —Hubo un momento de silencio—. Y ahora viene el momento de cama, cuando ambos se dan cuenta de que jamás han podido olvidarse —Sin duda estaba intentando provocarla, estaba claro que se sentía ofendido por lo ocurrido la noche anterior—, ya sabes, esos momentos que tanto te gustan...

Vanessa rugió y fue hacia la pared de su habitación.

—Eres un capullo —pronunció.

—Uy, lo siento —Se excusó—. ¿Te he estropeado el final? —Se burló Miguel—. Pues entonces estamos en paz. Uno a uno.

—¿Qué? —preguntó sin comprender. Se cruzó de brazos y elevó el tono—. No vayas tan rápido, me sé la película de memoria...

—Una romántica, ¿eh? —Se burló.

—Más que tú, está claro —dijo volviendo hacia el comedor—. Ni siquiera recuerdas el nombre de tus conquistas amorosas cuando estás con tus amigos.

Miguel enarcó una ceja, se cruzó de brazos y miró la pared con atención. ¿Había escuchado la conversación que había tenido con sus amigos el otro día? Resopló.

—¿Has estado escuchando todas mis conversaciones? ¿Tan aburrida

estás?

—No me aburro. Ya te lo dije ayer, las paredes son muy finas. Tenlo en cuenta para las semanas sucesivas —gritó.

Miguel se pasó la mano por el cabello, removiéndoselo, y contraatacó.

—Pues yo creo que un poco aburrida sí estás... —dijo colocando las manos en su cintura. Vanessa miró la pared con odio—, ni siquiera sabía que estabas ahí.

—Eso es porque voy con cuidado para no molestar a los vecinos —gruñó ella.

—Ayer no fuiste con mucho cuidado que digamos —Le espetó.

Aquello ya era el colmo. ¿Estaba molesto por lo del día anterior? Entendía que se pudiese sentir cohibido, pero no que le reprochase que le hubiese interrumpido cuando eran más de la una de la madrugada y su amiga, Silvia, no dejaba de gritar como una desquiciada.

—Mira... —comentó entrando de nuevo en la habitación para que escuchase mejor su voz—, a mí me parece bien que te tires a medio San Juan... —Miguel se rio con una carcajada—, pero yo no tengo porqué aguantar los golpes en la pared y los gritos de ellas, que, por cierto... que sepas que fingen.

La carcajada paró de repente. Bien, aquello no le había hecho tanta gracia.

Miguel se acercó a la pared mientras su mandíbula se tensaba.

—Te aseguro que no fingen —pronunció con un tono de voz más cálido, lo que hizo que ella pusiese la espalda recta—. Todo lo que oíste es cierto —continuó con un tono de voz lento. Sin duda, Miguel tenía la clara intención de escandalizarla.

Ella trago saliva mientras notaba cómo un escalofrío recorría su cuerpo. Amaia y Sonia tenían razón, estaba muy necesitada y, sin embargo, su vecino estaba bien servido.

—¿Sí? ¿Tú crees? —preguntó colocando las manos en la cintura—. Yo no estaría tan segura. Supongo que si dices que es cierto, también es cierto lo que dijiste de que Carmen no te interesaba porque... bueno, según tú estaba un poco loca y quería presentarte a sus padres. También está Silvia, la de ayer —remarcó—, que dijiste que no te interesaba tampoco, pero luego le suplicabas que no se fuese, y luego está...

—¿Tomas notas o qué? —preguntó mosqueado—. Además, ¿qué chica normal y corriente la tercera vez que se acuesta con un tío le dice que le va a

presentar a sus padres? —Vanessa se quedó pensativa. Vale, sí, ahí tenía razón, la chica iba un poco rápido—. Y Silvia es solo... —Se quedó callado—. ¿Para qué te explico a ti todo esto?

—Tú sabrás. ¿Tan aburrido estás que me tienes que contar tus penas? —Se burló esta vez ella.

—Bahhh... —dijo haciendo un movimiento hacia la pared con el brazo.

Vanessa se quedó en silencio, cruzada de brazos. Aquello era impresionante, encima iba en tono provocador. Cierto que estaba en su piso, pero debía tener en cuenta que en ese bloque vivía más gente. Además, en vez de preguntarle si la había importunado el tío se ponía a hacerle destripes de películas.

Ese chico necesitaba de su propia medicina y la iba a tener. No le iría mal probar un poco de lo que él mismo hacía.

Miguel abrió los ojos sobresaltado y se incorporó sobre la cama mientras se pasaba la mano por la cara, cerrando sus ojos.

—¿Qué cojones es eso? —gruñó.

“Voy a salir. No más fingir. No más servir. La noche es pa mí no es de otro...”

Miguel resopló.

“Te voy a colgar. Ya no hay vuelta atrás. Si me llamas, no respondo. — La música aumentó de volumen—. Tira porque te toca a ti perder. Que aquí ya se perdió tu game. Tiro porque me toca a mí otra vez. Solo con perderte ya gané”.

Se tiró hacia la mesita de noche y cogió el despertador. Las siete y media de la mañana.

—Maldita loca —susurró levantándose de la cama mientras escuchaba la canción. Salió del dormitorio y se quedó observando aquella pared.

“Y yo voy, voy, voy lista pa bailar, porque tú, hoy hoy, me has hecho rabiar. Y yo voy, voy, voy lista pa bailar. Tengo claro que no me voy a fijar en un chico malo no, no, no. Pa fuera lo malo, no, no, no. Yo no quiero nada malo no, no, no. En mi vida malo no, no, no”.

Resopló al escuchar e identificar la canción. Aquello no tenía gracia, y menos a las siete y media de la mañana. Su vecina ya le había dicho que le había molestado varias mañanas con la música, ahora parecía que se estaba vengando.

Apretó la mandíbula y miró con odio la pared.

—Tú misma, tú te lo has ganado —dijo acercándose a la mesa y cogiendo el mando de la cadena de música.

“Tú ya no estás dentro de mí. Se han podrido las flores aquí. Ahora. Ya no quiero rosas. Soy el león que se comió las mariposas...”

Pulsó unos cuantos botones buscando una canción en concreto y apretó el *play*.

—Veremos quién puede más —susurró. Fue hasta la pared y la aporreó varias veces para darle a entender que ya estaba despierto y que eso no iba a quedar así—. ¡Toma nota! —gritó.

Vanessa estaba al otro lado con el móvil en la mano y cerca de la pared para que se filtrase bien la música. Había intentado poner la cadena de música del comedor, pero no era muy buena y tenía algunos botones rotos. Sabía que él tenía que estar en el dormitorio al otro lado y que por medio estaba el comedor, por ello, no había evitado poner la música a máximo volumen desde su móvil, justo al lado de la pared para reducir el espacio.

Miguel dio un brinco cuando la música resonó alto y claro en los altavoces.

—Joder —susurró bajando el volumen rápidamente.

“Sigilosa al pasar, sigilosa al pasar. Esa loba es especial. Mirala, caminar, caminar”.

Vanessa ahogó un grito.

—Será cabrón —susurró abochornada.

“Quién no ha querido a una diosa licántropa, en el ardor de una noche romántica. Mis aullidos son el llamado, yo quiero un lobo domesticado”.

¿Loba? ¿De Shakira?

Pegó del todo el móvil a la pared, pero en aquel momento la música que salía de su móvil no era tan potente como la de los altavoces que tenía él en su piso.

“Una loba en el armario. Tiene ganas de salir. Auuuu. Deja que se coma el barrio. Antes de irte a dormir. Ah, ah, ah”.

Al menos ya había conseguido lo que quería, que probase de su propia medicina. Seguro que no le hacía ninguna gracia despertarse a esa hora con la música tan alta. Con suerte, se daría cuenta de lo molesto que podía llegar a ser, aunque tal y como estaba respondiendo no le daba aquella impresión.

Fue corriendo hacia el comedor y cogió la mochila que se había preparado para ir a la playa. Pasaría parte de la mañana allí, así se libraría de estar en ese piso aquella mañana. Tenía que salir de allí sin ser descubierta.

—Bonita canción, gracias —gritó ella hacia la habitación.

—Dedicada a ti, bonita —ironizó Miguel desde el otro lado.

Vale, estaba en el comedor, con el volumen muy alto. Con suerte ni escucharía que salía del piso.

“Cuando son casi la una la loba en celo saluda a la luna. Duda si andar por la calle o entrar en un bar a probar fortuna. Ya está sentada en su mesa y pone la mira en su próxima presa. Pobre del desprevenido que no se esperaba una de esas. Sigilosa al pasar. Sigilosa al pasar”.

Salió del piso echando la llave muy despacio y fue directa a las escaleras, bajando bastante rápido. Aun así, pudo escuchar cómo Miguel gritaba de nuevo.

—Pues espera, tengo unas cuantas más para dedicarte —amenazó.

Perfecto, ni se había enterado de que ya no estaba en el piso.

—Pues tú mismo —Sonrió mientras salía del portal hacia la calle.

Su vecino iba a estar muy entretenido dedicándole canciones sin saber que ella ya no estaba allí. Que le aprovechase.

Había estado hasta las once al sol y, luego, había decidido ir a tomarse algo a un chiringuito cercano.

Se había sentado en una de las mesas bajo una sombrilla y había pedido un batido.

Cogió el móvil y sonrió. Hacía escasos minutos que había recibido un mensaje de Fede preguntándole cómo se encontraba.

Vanessa: Mucho mejor, gracias.

Vanessa: He podido recuperar las horas de sueño.

Vanessa: Y mucho más tranquila sabiendo que están en prisión.

Fede superhéroe: No quiero ser pesado. Estás en tu derecho de decir que no te apetece. Lo comprendería, pero ¿te apetece ir a cenar esta noche?

Vanessa se quedó observando el móvil. ¿Cenar? Hubiese preferido quedar para tomar algo por la tarde, pero, por otro lado, Fede se había portado muy bien con ella: no solo en la ambulancia, sino que después se había interesado también por su estado de salud y había comprendido que quería descansar.

Inspiró con fuerza y miró a los lados. ¿No estaba Encarna allí? Le hubiese ido bien que la animase de nuevo. “Pon una Encarna en tu vida”, pensó.

Vanessa: Está bien.

Vanessa: Podríamos ir a uno de los chiringuitos de la playa y tomar unas tapas.

Aquello, al menos, sería más informal que ir a cenar a un restaurante.

Fede superhéroe: Claro, me parece una idea estupenda.

Fede superhéroe: ¿Quieres que te pase a buscar por algún sitio?

Los dedos de Vanessa se movieron ágiles sobre el teclado.

Vanessa: No, da igual.

Por nada del mundo quería que se acercase al piso..., prefería, de momento, no mostrar dónde estaba pasando sus vacaciones.

Vanessa: Podemos quedar... —Se giró y observó el nombre del chiringuito—, en La Sureña, ¿sabes dónde está?

La respuesta fue instantánea.

Fede superhéroe: Sí, claro.

Fede superhéroe: ¿Quedamos allí a las 8?

Vanessa: De acuerdo.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Tenía una cita. Al fin. Cierta temor se apoderó de su mente. Aquel era otro muro que debía derribar.

Vanessa: Nos vemos esta tarde allí. Un saludo.

Fede superhéroe: Un abrazo.

Desde luego, tenía una enorme paciencia aquel chico.

Dio un sorbo a su batido y suspiró. Miró su reloj y vio que marcaba casi la una del mediodía.

Después informaría a Amaia de su cita, seguro que se ponía contenta. Pese al fatídico acontecimiento de la agresión las vacaciones no se le estaban dando mal, al menos, le permitían mantener la mente entretenida.

Entonces, fue consciente de que, durante el último día y a diferencia del resto, no había recordado a Sergio en ningún momento.

Dio un gran sorbo a su batido, se levantó y pagó la cuenta.

Cargó la mochila al hombro y caminó sobre la arena caliente. Debía hacer varias cosas: primero, pasaría por el supermercado a comprar; segundo, se haría algo rápido y fresquito en casa para comer; por último, se daría una ducha. Luego disponía de muchas horas para arreglarse hasta que dieran las ocho de la tarde.

Fue al supermercado donde el aire acondicionado la refrescó. Cogió un carrito dejando la mochila en el interior y marcó el número de su amiga mientras paseaba por los pasillos de la tienda.

No acostumbraba a llamarla, más bien se escribían mensajes, pero si

quería hablar con tranquilidad y evitar que un vecino cotilla la espíase debía hacerlo antes de llegar al piso.

—Pastillas para el lavavajillas —dijo cogiendo una caja y depositándola en el carro. Se había traído unas pocas de su piso y ya se le habían agotado.

Escuchó los tonos y no fue hasta el cuarto que Amaia respondió.

—Hola —Reconoció su voz feliz.

—Hola —respondió.

—¿Qué haces? —preguntó directamente.

—Pues ahora mismo comprando. —Se fijó en la nevera que tenía enfrente—. Mmmmm... gazpachitoooo —dijo cogiendo un bote.

—¡Qué ricooooo! —dijo Amaia.

—¿Tú qué haces?

—Pues he quedado con Toni para comer —explicó—. Me estoy arreglando, me pasará a recoger en quince minutos. —Se quedó unos segundos callada—. ¿Te quieres venir? Vamos a la hamburguesería —preguntó rápidamente.

—No, no... —contestó mientras cogía una lechuga.

—¿Seguro? —insistió—. No hay ningún problema.

—Ya, ya sé que no hay ningún problema —respondió sonriente mientras avanzaba por el pasillo.

—¿Y quieres quedar para cenar entonces?

—Uhhh... —murmuró mientras cogía unos yogures. Tampoco quería cargarse mucho, no había traído el carro—, esta noche imposible.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Has quedado? —preguntó Amaia—. ¿Has quedado con Fede? —Esta vez hubo más emoción en su voz.

Vanessa rio mientras observaba lo que había cogido. Un par de yogures, una lechuga, pastillas para el lavavajillas y una botella de gazpacho. Fue directa a la sección de productos cárnicos y cogió un par de filetes de ternera. No le iba a caber todo en la mochila, eso seguro.

—Sí —respondió divertida—. A las ocho de la tarde.

—Oleeeeeeee —gritó su amiga, lo que hizo que Vanessa tuviese que separarse el teléfono del oído—. ¿Qué vas a ponerte de ropa?

Vanessa puso los ojos en blanco mientras se dirigía a la cola.

—Pues no lo sé. He estado toda la mañana en la playa y ahora iré para el piso. Me ducharé, comeré y entonces veré qué puedo ponerme.

—Ponte la falda tejana.

—No —La cortó rápidamente—. Ni hablar. El otro día ya llevé una prenda de ropa corta y mira cómo acabamos.

—¿Vas a decirme que nos atracaron por culpa de tu vestido blanco?

—No, por supuesto que no, pero llevar prenda corta me dio gafe.

—Ji, ji, ji... y nadie quiere que esta noche se tuerza otra vez, ¿verdad? —preguntó con tono insinuante.

Vanessa puso los ojos en blanco.

—Solo vamos a cenar. Hemos quedado en La Sureña.

—Ah, pues está genial ese sitio, y luego sirven copas —dijo rápidamente.

—Sí.

—Ay, ay, ay... me lo tienes que explicar todo mañana, ¿eh? —dijo divertida.

—Sabes que lo haré.

—Por supuesto que lo harás, porque pienso coserte a preguntas.

Vanessa sonrió.

—Vale, pues te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Eh, eh... pero luego dime qué vas a ponerte de ropa.

Vanessa suspiró.

—De acuerdo, te enviaré unas fotos y me das tu opinión.

—Hecho. Hasta luegooooo.

—Diviértete —dijo a modo de despedida.

Guardó su móvil en la mochila y comenzó a colocar las cosas sobre la cinta transportadora para que la cajera le cobrase.

Aquella conversación la había animado hasta el punto de querer aún con más ganas ir a esa cita. Hacía tiempo que no sentía aquella ilusión. Decidido. A partir de ese momento iba a divertirse.



11

Era la una y media de la tarde cuando respiraba profundamente para coger fuerzas. Aquello era lo que había estado temiendo la última hora: salir del piso aquella mañana entreteniéndolo a su vecino con la música había sido relativamente fácil, lo complicado venía ahora.

No iba a subir por el ascensor, subiría por las escaleras haciendo el menor ruido posible.

Dejó la botella de gazpacho en el suelo y buscó en su mochila las llaves del piso. Las sujetó con fuerza en su mano, se puso la mochila otra vez, cogió el gazpacho y abrió el portal.

Cerró la puerta con cuidado. Comenzó a subir las escaleras de la primera planta y de la segunda y, cuando llegó a la esquina para girar y subir a la tercera planta, se quedó quieta.

No se escuchaba ningún ruido. Puede que se hubiese marchado y no estuviese en el piso. Recordaba por la conversación que había mantenido con los amigos que tenía unos días de fiesta. Era posible que no estuviese allí,

igualmente, no iba a arriesgarse.

Subió con cuidado, de puntillas, introdujo la llave en la cerradura y abrió rápidamente. Entró en su piso y cerró la puerta tras de sí.

Aquello no era bueno. No podía pasarse un mes entero huyendo de su vecino después de las discusiones que habían tenido.

Por Dios, si hasta tenía el corazón acelerado. Echó la llave y fue directa a la pequeña cocina para colocarlo que había comprado.

Lo primero que haría sería darse una ducha y después comería.

En ese momento escuchó unos pasos en el piso contiguo. Así que sí que estaba. Resopló, pues había tenido suerte de no ser pillada infraganti entrando por la puerta. Lo que menos quería era toparse en persona con él.

Guardó los alimentos en la nevera y fue directa al aseo.

Tras darse una ducha y ponerse crema hidratante, se puso algo cómodo y cocinó un filete de ternera. Después, se puso a leer en el sofá. El madrugón de aquella mañana le pasó factura y se quedó dormida. El sonido de su móvil la despertó, aunque le costó bastante reaccionar.

La música de las cuatro estaciones inundaba todo el comedor.

Resopló y se pasó las manos por la cara, luego miró con atención a la mesa donde su móvil emitía luces.

¿Qué hora era?

Se puso en pie y se acercó a la mesa, aunque se quedó parada cuando observó que la pantalla mostraba el nombre de Sergio.

—No, ni hablar —susurró.

Ahora que las cosas comenzaban a irle bien, que lo estaba superando, no pensaba cogerle el teléfono y escuchar sus palabras. Estaba feliz y nada ni nadie le arrebataría aquello.

En un determinado momento la música cesó haciendo que ella suspirase.

—Sufre —dijo hacia el teléfono—. Ahora será cuando yo quiera.

Miró su reloj de muñeca y vio que marcaba las siete menos cuarto.

¿Las siete menos cuarto? De repente entró en pánico. Vale, aún tenía tiempo para arreglarse y, por suerte, había quedado en un lugar que se encontraba a escasos diez minutos de su piso, pero tenía que arreglarse el pelo y probarse un par de conjuntos para que Amaia la aconsejase.

Fue disparada al aseo y conectó la plancha del pelo. Mientras se calentaba iría viendo lo que podía ponerse.

Iba a entrar en el dormitorio cuando el móvil volvió a sonar.

Se giró y lo miró con enfado. De nuevo, el nombre de Sergio volvía a

aparecer en la pantalla.

—¿Y a este qué le ha dado ahora? —Elevó sus manos hacia el techo—. Arrrrggggg. ¡Déjame ser feliz! —gruñó.

Decidió ignorarlo, aunque la decisión de ella no parecía ser la misma que la de su vecino.

—¡Te llaman por teléfono! —Escuchó que decían al otro lado de la pared. Aquel comentario hizo que se detuviese ante la puerta de su dormitorio—. ¡Cógelo! Es de mala educación no contestar, vecinita.

La melodía del móvil cesó. No quería quitarle el sonido por si Fede le decía algo, pero quizá sería mejor hacerlo.

—¿Lo has cogido? —preguntó.

—Qué cotilla es —susurró ella ignorándolo. Se había prometido que nada interferiría en su eventual felicidad y así sería.

Fue al armario y revisó la ropa que tenía. Quizá lo más práctico y para no complicarse sería el vestido de color azul, pero de aquella forma podía dar una imagen que no quería. Se trataba de una cena informal e informal iba a ir.

Sacó unos piratas color negro y buscó entre los tops justo cuando el móvil volvió a sonar.

—Arrrrgggg... ¿y ahora qué? —pronunció de malas formas.

Fue al comedor y de nuevo observó cómo la pantalla de su móvil informaba de que Sergio volvía a llamarla. No era la primera vez que hacía llamadas tan seguidas.

—¡Será pesado! —exclamó cogiendo el móvil y quitándole el sonido directamente.

—¿Lo vas a coger o no? —preguntó Miguel desde el otro lado de la pared.

Vanessa explotó.

—¡No, para tu información no voy a cogerlo! —gritó volviéndose hacia el dormitorio, hacia aquella pared que la separaba de su vecino.

—Pues deberías... parece que insisten bastante. —Vanessa resopló mientras revisaba las camisas y tops que podía conjuntar con los piratas negros—. ¿Algún chico? —preguntó con cierta mofa.

Aquella pregunta acabó de desquiciarla. No le gustaba ir contando sus penas, pero si aquel vecino chismoso tenía ganas de saber se lo diría, quizá así dejase de darle la matraca y se callase.

—Pues sí —gritó—. ¡Mi ex!

—Vaya, ¿y te dejó? —Vanessa arqueó una ceja en dirección a la pared.

—Lo dejé yo a él —dijo mirando unos cuantos tops.

—¿Ponía la música alta? —Esta vez su tono sonó irónico.

Vanessa inspiró con fuerza, se puso erguida y miró la pared enfadada. ¿Quería guerra? Pues la iba a tener.

—¡No fue por eso! —gritó—. El muy capullo me puso los cuernos, delante de mí, ¿entiendes? —gritó—. ¿Quieres saber algo más o me vas a dejar tranquila? —Volvió a prestar atención a la ropa que iba a ponerse—. Todos los tíos sois iguales... —acabó rechinando dientes.

Miguel dio un paso hacia atrás. Vaya, aquella respuesta lo había dejado cortado y en cierto modo le hacía sentir mal.

—Uhhmm... perdona. No tenía ni idea —acabó diciendo—. Pero chica, ¡menudo genio tienes!

—¡Pues no provoques! Que parece que disfrutes con ello...

—¡Eh! Comenzaste tú. Haz memoria —La acusó.

—Sí, claro... perdone usted —Se burló mientras se ponía los piratas—, perdóneme que le arruinase el tercer polvo en cinco días.

Miguel arqueó una ceja.

—Y menuda boquita... —pronunció como si le echase bronca—. Así no vas a conseguir novio nunca.

—¿No? —gritó—. ¿Y qué hay que hacer entonces? ¿Decir guarradas como: “*He sido una chica mala*” o gritar como una loca?

—Guauuuu —reaccionó Miguel impresionado por la contestación. Menuda fiera era aquella muchacha. —Así tampoco se consigue novio. Personalmente, a mí me gustan más delicadas —admitió.

—¿Sí? —preguntó poniéndose un top de color rojo—. Quién lo diría —ironizó—. Además, no estoy interesada de momento... ya he visto cómo os las gastáis los tíos.

Miguel chasqueó la lengua.

Vanessa se miró en el espejo y se hizo una fotografía con el móvil. Luego se la envió a Amaia. Realmente le daba igual lo que le dijese, no iba a cambiarse de ropa, iba a ir cómoda.

Fue hacia el aseo y se arregló el pelo. En menos de quince minutos estaba arreglada y aplicándose maquillaje en el moratón que tenía en la mejilla que, aunque no desaparecía del todo, de esa forma quedaba disimulado.

Cuando volvió a la mesa había recibido un mensaje de Amaia.

Amaia: ¿Por qué no te pones el vestido azul?

Amaia: Menuda manía la tuya de no enseñar pierna.

Fue al armario y miró las sandalias que tenía. Las blancas no iba a ponérselas de nuevo, le habían hecho daño. Cogió las negras y se las puso. Aquellas también tenían un enorme tacón que le hacía ganar varios centímetros de altura y se ajustaban mucho mejor a su pie y, lo más importante, no le molestaban.

Se las puso y se observó en el espejo. Puede que Amaia tuviese razón y un vestido le hiciese más atractiva, pero no quería eso. Esa cita era solo para conocerse, nada de insinuarse de momento.

Fue hasta la mesa y revisó el bolso: el monedero, una barra de labios y lápiz de ojos, el móvil y las llaves que tenía en la mano.

Aún era pronto para marcharse del piso y, además, no se fiaba de salir por la puerta en ese momento, pues sabía que su vecino acechaba.

Fue hacia la ventana y observó. Era pleno día y hasta dentro de más de una hora no oscurecería.

Fue a la nevera y se abrió una lata de Coca-Cola.

Quizá podía dejar la tele encendida para que su vecino creyese que estaba allí. Aquella idea le gustó. Con suerte, si cenaban a las ocho acabarían sobre las diez de la noche. Si luego se tomaban alguna copa estarían una hora más, o dos como mucho. Para las doce estaría en casa si sus cálculos eran correctos.

Fue hasta la mesa y cogió el mando de la televisión cuando Miguel volvió a intervenir.

—Estate quieta con los taconitos —Se quejó—. Si vas a estar en casa, quítatelos.

Vanessa apretó los labios. Miró la pared con gesto enfadado y avanzó hasta la habitación con el mando de la televisión en la mano.

—Ese es el problema, que solo llevo puestos los tacones —Se burló.

Miguel abrió los ojos al máximo y una sonrisa divertida se dibujó en sus labios.

—Entonces hazme caso y quítatelos, estarás más cómoda. —Vanessa enarcó una ceja. Si ella no se estaba cortando un pelo él tampoco lo hacía—. Aunque con este calor como tengas un sofá de cuero te vas a quedar pegada.

Aquello más que enfadarla la hizo reír. Menuda ocurrencia la suya.

—Tengo el aire acondicionado puesto —comentó mientras miraba la hora. Las ocho menos veinte, mejor que fuese saliendo.

Fue hacia el salón y se colocó frente a la televisión.

—Y dale con los taconitos... —Se quejó de nuevo Miguel—. ¿Acaso

vas a salir?

Aquella pregunta la bloqueó totalmente.

—Mierda —susurró mirando hacia la puerta. No haría vigilancia, ¿verdad?

—¿Has quedado? —ironizó de nuevo Miguel.

La situación se estaba poniendo peligrosa. La televisión, sin embargo, era una buena herramienta disuasoria. Se asomó a la habitación bastante nerviosa.

—¡No! —gritó—. Y, ¡déjame tranquila! Quiero disfrutar de una buena película.

—¿Con los tacones puestos? —preguntó como si se tratase de una locura—. Además, hoy no dan nada bueno en la tele —bromeó él.

Vanessa resopló y encendió la televisión. Fue pasando canales. Miguel tenía razón.

—Joder —susurró. Se detuvo en un canal en el que daban un reportaje: ¿Cómo se formó la tierra?

Subió el volumen un poco y colocó el mando en la mesa. Así seguro que pasaba más desapercibida.

—Venga, va... ¿un documental? ¿Desde cuándo le gusta eso a las chicas? Pensaba que preferirías una de esas películas románticas...

Se acercó a la habitación de nuevo.

—A las chicas nos gusta instruirnos. Quizás si te esforzases un poco más en conocerlas te darías cuenta.

Miguel miró enfurruñado la pared.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —gritó mosqueado—. ¿Vas con la pistola cargada a todos sitios? —Vanessa cogió las llaves en su mano y se acercó sigilosa a la puerta—. Vamos mal, ¿eh? Vamos muy mal.

—¿Vamos mal para qué? —preguntó provocativa.

Acto seguido, abrió la puerta y salió del piso cerrando con cuidado. No esperó a escuchar contestación alguna. Si él había contestado ya no recibiría réplica por su parte. Y lo de la televisión estuvo bien pensado. Punto para ella.

Salió dando un brinco del portal y bajó apresurada las escaleras hasta la calle.

Iba con tiempo de sobra para llegar y todo había salido a pedir de boca. Ahora, tocaba relajarse y disfrutar de aquella noche. Se lo merecía.

La Sureña estaba bastante llena. Notó cómo sus pulsaciones aumentaban a

medida que se acercaba y reconoció a Fede hablando con el camarero. Se giró hacia ella y directamente sonrió y la saludó con la mano.

Vestía unos tejanos oscuros y una camisa azul claro. Lo cierto es que era bastante atractivo.

—Hola —Salió a su encuentro esquivando a un par de personas que se cruzaban en su camino.

—Hola —respondió ella con una gran sonrisa.

En cuanto Fede se acercó y pudo observar su rostro lo supo. Sin duda alguna estaba interesado en ella. Aquella sonrisa nerviosa, sus ojos brillantes... Le pareció una actitud encantadora.

Se acercó y le dio dos besos.

—Vaya, estás guapísima —comentó mirándola de arriba abajo.

—Gracias. Tú también —sonrió divertida.

La mirada de Fede voló hacia su frente y su mejilla.

—¿Te duele? —preguntó señalándose él mismo la frente.

Ella negó.

—Poco. —Luego hizo un gesto gracioso—. Me duele más la mejilla.

—La tienes un poco hinchada, pero no se te nota mucho el...

—Me he puesto maquillaje —admitió.

Fede ladeó su cabeza y la miró con suspicacia.

—No te has puesto hielo, ¿verdad?

Vanessa chasqueó la lengua.

—No, se me olvidó. Llegué tan cansada a casa que me eché a dormir sin más.

—Bueno, póntelo un par de días, a ver si así te baja un poco la inflamación. —Ella asintió y echó la vista hacia delante. Había más de diez personas haciendo cola—. He venido un poco antes y he reservado mesa —explicó, lo cual sorprendió bastante a Vanessa—. Los que somos de aquí ya sabemos que este sitio se pone a reventar —bromeó—. No creo que tarden mucho en llamarnos.

Dicho y hecho, no pasaron más de cinco minutos antes de que dijese su nombre.

—¿Federico López? —gritó el camarero.

—¿Ese eres tú? —preguntó ella.

—El mismo —apuntó mientras colocaba una mano en su espalda para acercarse.

—Sígueme —indicó el camarero.

Fede había reservado mesa en la terraza. Ahora que comenzaba a irse el sol se estaba a gusto y el calor ya no era tan sofocante.

Las mesas y las sillas eran todas de color azul.

Se sentaron y el camarero les entregó un par de cartas.

—¿Qué desean para beber?

Ambos se miraron hasta que ella fue quien tomó la iniciativa.

—Una Coca-Cola Zero, por favor —pidió.

—Lo mismo para mí —añadió Fede.

Se quedaron solos y se sonrieron.

—Bueno, ¿qué te apetece cenar? —preguntó abriendo la carta.

Vanessa lo imitó, observando. Había de todo: ensaladas, tostas, raciones, arroces, bocadillos...

Ella se encogió de hombros.

—¿Te apetece tomar unas raciones? —Fede asintió de inmediato—. Las lágrimas de pollo con salsa de mostaza y miel tienen buena pinta.

—Las croquetas de jamón ibérico están buenísimas —comentó él.

Vanessa ojeó la carta.

—¿Te gusta el queso de cabra?

—Me encanta —dijo con una gran sonrisa.

—¿Pedimos también una ensalada de queso de cabra?

—De acuerdo, ¿algo más?

—Por mí no —dijo divertida.

—Yo, si no te importa, voy a añadir unas patatas bravas.

—Sí, sí, por supuesto... —Lo miró con una sonrisa—, las patatas no pueden faltar.

Una vez sirvieron las bebidas y tras pedir la cena Fede se apoyó contra la silla, observándola. Tenía ganas de quedar con ella desde que la había conocido en la discoteca, por eso, cuando había recibido su mensaje prácticamente había enloquecido.

Tras dos días de larga espera ya imaginaba que al final no se pondría en contacto con él.

—Me dijiste que a los que os atracaron los meten en prisión, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí, es un alivio. No solo por nosotras, sino por toda la gente a la que podrían haber atracado si llegan a quedar en libertad.

—Por supuesto —comentó dando un sorbo a su bebida—. ¿Y cuántos días te quedas por aquí?

—Todo el mes, hasta el treinta y uno de agosto. El tres de septiembre comienzo a trabajar y quiero tener un par de días para poner lavadoras, planchar...

Fede asintió y la miró intrigado.

—Perdona la pregunta, no respondas si no quieres —La señaló con la mano. Aquello la puso un poco nerviosa—. Me dijiste que lo habías dejado con tu pareja, ¿compartías piso con él?

—No, no... tengo un pisito en Alicante, cerca del de mis padres —reaccionó rápidamente—. Él vive en su piso. —Se encogió de hombros—. El año que viene nos íbamos a meter en una hipoteca. —Abrió los ojos de forma exagerada—. Menos mal que ocurrió lo que tenía que ocurrir antes de que firmásemos.

—¿Habíais mirado pisos?

Ella se encogió de hombros.

—Un par, aunque ninguno nos gustaba. —Suspiró y lo miró con una leve sonrisa mientras ladeaba su cabeza—. ¿Y tú?

Fede rio y negó.

—Estoy soltero, como habrás deducido, sino no te hubiese invitado a cenar —bromeó—. Tuve pareja, una compañera de trabajo...

—Uhhh... ¿y te la encuentras?

Fede asintió.

—Bastante. Nos suelen tocar varios turnos juntos al mes. —Se encogió de hombros—. Nos llevamos bien, somos amigos. De hecho, ella tiene una nueva pareja desde hace un par de meses.

—¿Y cómo te ha sentado eso a ti?

Fede se encogió de hombros.

—¿Y cómo iba a sentarme? Pues normal —dijo como si nada—. Lo dejamos hace un año y medio más o menos, así que lo más normal es que ella rehaga su vida y yo la mía.

—Sí, tienes razón —Se quedó pensativa—. ¿Y en este año y medio has estado solo?

Fede chasqueó la lengua.

—Solo, solo... tampoco —admitió un poco tímido—, pero nada importante. Ni por mi parte ni por la de ellas. —Se incorporó en la silla y esta vez le ofreció una gran sonrisa—. Vamos a hablar de cosas más divertidas, ¿de acuerdo? —Ella rio y asintió—. ¿Qué tienes pensado hacer estos días?

Ella se quedó pensativa.

—Pues de momento estoy cogiendo la rutina de venir muchas mañanas a la playa. Luego me voy a casa y paso la tarde tranquila leyendo o viendo una película. —O discutiendo con mi vecino, algo que obvió decir—. Y por las noches quedo con los amigos o simplemente me la paso tirada en el sofá.

—Vaya, unas vacaciones contemplativas —dijo Fede.

—Sí, es lo que necesitaba, descansar y alejarme de todo. Dedicarme tiempo a mí misma. ¿Y tú?

Él se encogió de hombros.

—Pues no mucho. Hice vacaciones en julio, así que me toca trabajar todo agosto, pero bueno, con los turnos que hago me puedo compaginar tres o cuatro días de fiesta —admitió—. Tengo bastantes días libres —Y la miró fijamente con una sonrisa.

De acuerdo, indirecta captada.

Vanessa se encogió de hombros.

—Podemos quedar de vez en cuando... —pronunció tímida.

—Claro, y... cuando vayas a salir de fiesta avísame, así me paso con la ambulancia por ahí y disuado a los atracadores que se te quieran acercar.

Ella sonrió ante aquel comentario.

Justo entonces, el camarero llegó con la ración de patatas bravas y la ensalada.

—Vamos, ¡al ataque! —dijo Fede cogiendo el tenedor.



12

Caminaron tranquilos hasta la esquina y Vanessa se detuvo.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

Ella le sonrió de una forma amable.

—No, no hace falta. —Fede hizo un gesto de decepción—. Lo he pasado muy bien en la cena. Tenemos que repetir —reaccionó rápidamente con actitud animada.

Aquellas palabras hicieron que él sonriese, como si de alguna forma compensase la negativa de ella.

—Claro, ya sabes, cuando quieras.

Ella asintió y miró hacia su calle. Algunas personas caminaban por allí.

Prefería ir sola, no solo por el hecho de que tenía un vecino que analizaría cada uno de sus movimientos, sino porque si dejaba que la acompañase sería como invitarlo a subir y no quería.

Fede le caía muy bien, era un chico muy atractivo, atento, simpático..., pero necesitaba su tiempo y su espacio. No se iba a precipitar.

Se giró hacia él cuando encontró que Fede estaba a escasos centímetros de su rostro con los ojos cerrados y haciendo morritos.

Puso su espalda recta de inmediato y colocó una mano en su pecho para separarlo.

—Fede, ¡no! —Se quejó.

Él abrió los ojos y la miró contrariado. Durante unos segundos no apartó la mirada de sus ojos, aunque luego pareció darse cuenta de su error y dio un paso atrás.

—Perdona, perdona —reaccionó. Se llevó la mano hasta la nuca en actitud tímida y la acarició—. No debería haber hecho eso.

El tono que empleaba para aquellas palabras y los gestos de él le hicieron comprender que aquella negativa le estaba haciendo pasar un mal rato.

Volvió a colocar la mano en su pecho.

—Eh, no... no pasa nada —intentó calmarlo—. No es culpa tuya —admitió—. Es algo mío, Fede. —Le sonrió tímida—. Me... me gustas mucho, y me caes muy bien —Él la miró fijamente—, pero sabes que acabo de salir de una relación de cinco años hace escasas semanas. Necesito mi tiempo.

Él asintió como si lo comprendiese.

—Claro... —susurró mientras acariciaba su mano.

—Además, solo nos hemos visto tres veces —admitió ella con una sonrisa—. Quiero ir despacio, pero no solo contigo... con todo. Ya te digo, no es por ti —repitió.

—Eh, lo comprendo... —comentó tímidamente—. He sido un tonto, no debería haberme precipitado...

—Fede, no... —insistió ella—, de verdad que no es eso. —Inspiró y soltó su mano—. Entonces, ¿te parece bien si te aviso algún día de esta semana?

—Claro.

—También puedes avisarme tu, ¿eh? —rio ella.

—Te pasaré mi *planning* de trabajo para que lo tengas en cuenta —bromeó.

—La verdad es que me iría genial —continuó ella con la broma. Se quedaron unos segundos en silencio hasta que ella dio unos pasos atrás—. Muchas gracias por la cena, a la próxima invito yo.

—Trato hecho —comentó él también alejándose.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Vanessa caminó girándose hacia atrás hasta que Fede giró la esquina y desapareció de su vista.

En ese momento se detuvo y tomó aliento. ¿Había estado a punto de besarla? Aunque había intentado quitarle importancia no podía evitar que su corazón latiese descontrolado. Sabía que no era mal chico, era encantador... pero ¿besarse? ¿Ya?

Aquella era su primera cita. Aquella actitud no le había gustado, aunque luego había reaccionado bien ante su negativa.

Volvió a caminar mientras buscaba las llaves de su piso en su bolso.

Debía hablarlo con Amaia para aclararse. Aún era muy pronto para iniciar una relación. Ella no iba a liarse con alguien así porque sí, ella esperaba algo más aparte de compartir unos besos. Que la llamasen anticuada, pero así era como lo sentía. Para ella besarse era especial, un símbolo de que dos personas se atraían de verdad, no solo un divertimento pasajero de una noche de verano.

Quizá aquel era el problema. ¿Fede le atraía tanto como para dar el paso? ¿Le ocurriría lo mismo con el resto de chicos? ¿En algún momento se atrevería?

Ahora mismo le parecía imposible. Ya le había costado demasiado enviarle un simple mensaje para quedar como para ese mismo día superar otra barrera.

Necesitaba un tiempo, se lo merecía.

Llegó hasta el portal y sujetó las llaves del piso en su mano. Abrió con cuidado y comenzó a subir las escaleras con sigilo. Hasta ese momento, el día había ido bien y quería acabarlo igual. Leería un rato y se acostaría, así, podría aprovechar a la mañana siguiente para ir a la playa bien temprano, a horas en las que no hacía tanto calor.

Subió hasta la segunda planta. Despejado. Miró la puerta de su vecino, cerrada. Subió unos escalones y miró la suya. Arrugó su frente. Había una pegatina de color amarillo fluorescente en la puerta. ¿Qué era eso?

Sujetó con fuerza las llaves en la mano y subió los escalones con sigilo. Aquello era un pósito escrito a mano, y podía asegurar quién se lo había pegado ahí.

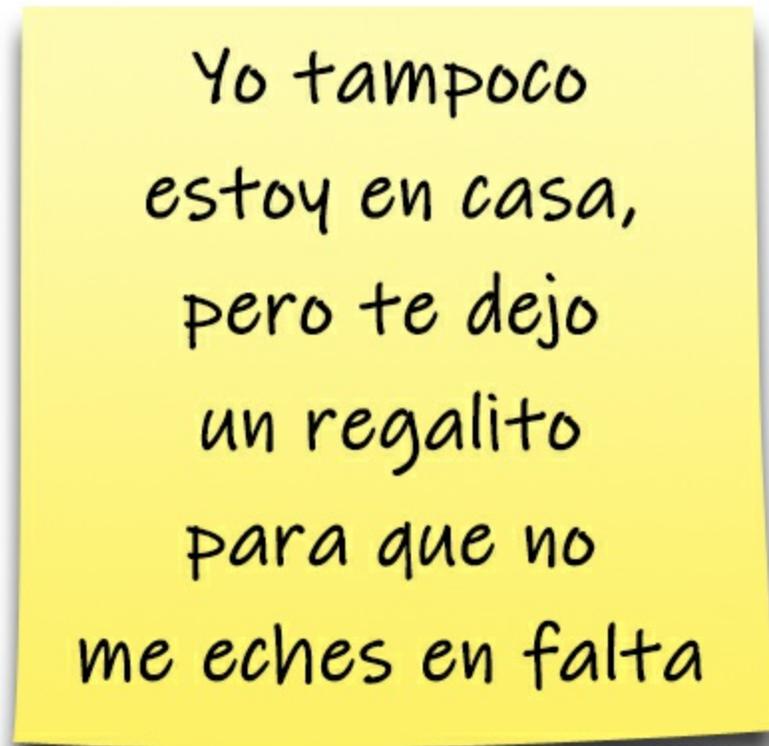
Abrió la puerta, arrancó el pósito y entró rápidamente en el piso.

El sonido de la televisión la cogió desprevenida.

—Mierda —dijo encendiendo la luz. Hasta ese momento no recordaba

que había dejado la televisión encendida.

Fue hacia la mesa y cogió el mando a distancia mientras miraba el pósit que habían pegado en su puerta.



Yo tampoco
estoy en casa,
pero te dejo
un regalito
para que no
me echés en falta

¿De qué narices estaba hablando?

Apagó la televisión y entonces, cuando el sonido desapareció, supo a lo que se refería.

—Sera... cabrón—susurró mirando la pared de su habitación.

Los gemidos, aunque a un volumen no muy fuerte, se escuchaban con suficiente nitidez, aunque estos iban acompañados de una música bastante hortera.

—¿Ha puesto una peli porno? —preguntó asombrada. Miró de nuevo el pósit, con una caligrafía impecable—. ¿Y se ha ido?

—Señor —escuchó que decía la mujer—, *¿con esta herramienta va a poder solucionar el problema?*

—*Lo del fregadero sí, en cuanto a su “otro” problema...*

La música aumentó, así como los gritos de la mujer.

Miró desesperada hacia su habitación. Aunque el volumen no estaba muy fuerte, sí estaba lo suficientemente alto como para que se filtrase desde el comedor de él a la habitación de ella.

—Hijo de... —Fue hasta la pared y la aporreo—. Eh, ¿estás ahí? —gritó ella.

—*Ohhhh... ¡no pares! Debemos darnos prisa antes de que venga mi marido. Es un importante ejecutivo* —sollozaba la mujer.

—*Hay cosas que requieren su tiempo, señora. Si no puedo arreglarlo hoy tendré que venir en otro momento a darle un repaso.*

—¡Por Dios! —gritó escandalizada mientras los gemidos estridentes de la mujer atravesaban las paredes—. ¡Ehhhhhh! —gritó aporreando de nuevo la pared.

Resopló y se separó.

—Y será verdad... —susurró pasmada mientras escuchaba una melodía sugerente—, se ha ido y ha dejado la peli porno puesta. Increíble.

Dio pasos hacia atrás sin apartar la mirada de aquella pared mientras la rabia iba creciendo en su interior. ¿Quién iba a poder dormir en la habitación con una peli porno de fondo?

Resopló y fue hacia el comedor apretando la mandíbula.

—Maldito seas... esto no va a quedar así —juró.

Si había puesto la película porno suponía que no tardaría mucho en venir. Era capaz de quedarse toda la noche despierta a la espera de que llegase.

Miró el sofá. No iba a quedarse en aquella habitación escuchando el espectáculo, pero él iba a tener otro cuando volviese y no pensaba quedarse callada.

Se había puesto el camisón y se había acostado en el sofá. La verdad, era cómodo. Durante un rato había leído, después el sueño pudo con ella.

No fue hasta las tres y media de la madrugada cuando despertó al escucharle abrir la puerta. Se quitó el libro de la cara y se removió en el sofá.

¿Ya estaba allí? Notó cómo la adrenalina se apoderaba poco a poco de todo su cuerpo y la indignación aumentaba por momentos.

Se levantó de inmediato y corrió hacia la habitación abriendo la puerta. Efectivamente, la película había parado. Él estaba en casa.

Hizo unos estiramientos de espalda preparándose para la batalla y avanzó

al interior de su habitación.

—Eh, tú... Miguel —dijo elevando el tono—. ¡Pervertido!

Apenas pasaron unos segundos antes de que él contestase.

—¿Qué pasa, vecina? —respondió con una voz simpática.

—¿Te parece gracioso lo que has hecho? ¿Te crees que es divertido? —preguntó esta vez más enojada.

—La verdad es que sí. ¿Sabes? —preguntó Miguel mientras dejaba las llaves de casa y la cartera sobre la mesa—. Dejaste tu televisión toda la tarde y noche encendida... a un volumen mucho más alto que yo, ¿te parece gracioso a ti? —comentó con voz apacible, tranquila, como si llevase razón en lo que decía—. Te llamé varias veces a través de la pared e incluso fui a llamarte al timbre y no estabas. ¿Crees tú que es gracioso eso?

—Has tenido una peli porno hasta las tres y media de la madrugada en bucle. Mi habitación está al lado de tu comedor y es tarde, sabías que iba a molestarte y tú...

—Bah, deja de quejarte y a dormir, que es tarde. Ya la he quitado —La interrumpió.

Ella se cruzó de brazos, alterada.

—Pero ¿cómo puedes ser tan prepotente? —gritó.

Miguel enarcó una ceja y se quitó la camiseta arrojándola sobre el sofá, intentando templar los nervios.

—No te quejes tanto... de todas formas, por lo que decías el otro día, ya estabas acostumbrada a mis golpes en la pared. Además, deberías estar contenta —continuó quitándose el cinturón y arrojándolo al sofá—, en vez de quedar con mis amigos aquí en mi piso me he ido a un bar para no molestarte. Deberías estar agradecida —acabó la frase con ironía.

Fue hacia la habitación, se quitó los tejanos y buscó en su cajonera unos pantalones cortos.

—¿Que no me queje? ¿Agradecida? —preguntó ella. Aquello pasaba ya de castaño oscuro—. He estado durmiendo en el sofá del comedor —gritó—, pero tranquilo, veremos quién duerme más a partir de ahora.

Miguel arqueó una ceja y volvió hacia el comedor indignado.

—¿Eso es una amenaza?

—Es un aviso.

Se cruzó de brazos y miró hacia la pared seriamente.

—Está bien, vamos a solucionar esto. Vamos a hablar, cara a cara —dijo con voz queda mientras se ponía los pantalones cortos de deporte.

Aquello la dejó totalmente descolocada. Vanessa dio un paso hacia atrás.

—¿Qué? —gritó sorprendida.

—¿No tienes agallas? —ironizó—. Venga, ven... te invito a mi piso.

Tomamos una cerveza y arreglamos esta situación

—¡Ni loca pienso ir a tu piso! ¡Eres un degenerado!

Miguel resopló.

—No soy ningún degenerado...

—¿Y cómo defines a la persona que deja una película porno puesta hasta las tres y media de la madrugada para molestar a su vecina?

Miguel apretó la mandíbula. ¿Esa chica se daba cuenta solo de lo que él hacía?

—¿Cómo defines tú a una persona que pone la música a las siete de la mañana para despertar a su vecino? —Le devolvió el grito—. Ten en cuenta que yo, los días anteriores, no tenía ni idea de que estabas viviendo ahí. Ya te lo dije, cualquier problema que tengas conmigo ven y dímelo. No me como a nadie.

Ella arqueó una ceja.

—Perdona, pero todo lo que he escuchado estos últimos días me da pie a pensar que sí te las comes...

—¡Ja! ¡Qué graciosa eres! —gritó extendiendo los brazos hacia el cielo.

—Me parece muy bien lo de los días anteriores. Podría pasarlo por alto, pero ¿y lo de hoy? Sabías que no me dejarías dormir...

—Así aprendes —pronunció desesperado.

—¿Aprender qué? —gritó ella desquiciada—. ¿Posturas del Kamasutra?

Miguel sonrió de forma maliciosa acercándose a la pared.

—Pues mira, tal vez así estarías de mejor humor —Se burló—. Ya te lo dije, vas siempre con la escopeta cargada.

—Bah, eres imposible... —Se quejó ella. Se dio la vuelta y fue hacia el comedor de nuevo.

—Pero, entonces... ¿vas a venir o no? —Volvió a retarla—. Venga, cobarde. Ven aquí y vamos a hablar. Vamos a solucionar esto en persona —Vanessa resopló y permaneció callada varios segundos—. ¿Prefieres que vaya yo? —propuso él.

—Ni se te ocurra —gritó de los nervios—. Además, no sé qué narices quieres solucionar.

—Uhhmm.

—La próxima vez llamaré a la policía. Me sé tu nombre y apellidos.

Están en tu buzón. ¡Y sé dónde vives!

Miguel abrió los ojos al máximo y comenzó a reír.

—¿Sí? Llámala, quizá te lleves una sorpresa —La retó.

—¡Encima chulo! —gritó ella.

Miguel se pasó la mano por la cara y suspiró, armándose de paciencia.

—Está bien —comentó con la voz más calmada—. Siento si te ha molestado, pero es que me has puesto de los nervios toda la tarde con los reportajes de la televisión. Venga, hagamos las paces. Ven y te invito a una cerveza, de verdad.

—Y dale... que no voy a ir.

—Es solo una cerveza —insistió.

—No me gusta.

—¿Coca-cola? —Ella no respondió—. Te aviso de que tengo muchas películas más que podría ponerte y, sin embargo, estoy dispuesto a renunciar a estos momentos tan divertidos y enterrar el hacha de guerra.

—¿Una amenaza y una disculpa en la misma frase? Qué original.

—Eh, que tú tampoco has sido muy buena que digamos —reaccionó rápidamente. Inspiró intentando controlar la situación—. Sabes que no me gusta dejar las cosas a medias...

—Ja, ja...

—De acuerdo, tú lo has querido. Supongo que si tienes el suficiente carácter como para enfrentarte conmigo a través de una pared, también lo tendrás para enfrentarte cara a cara, ¿no? —Vanessa puso sus músculos en tensión—. Voy, abre tu puerta... —dijo—, esto se va a acabar ya —susurró más para sí mismo que para ella, aunque sus palabras se filtraron a través de la pared.

Vanessa abrió los ojos de forma exagerada.

—¿Se va a acabar? ¿Cómo? —gritó.

—Hablando —respondió dirigiéndose hacia la puerta—. Va, cobarde. Lo mejor es aclarar estas cosas...

—¡Ni hablar! Puede que seas un loco...

—¿Qué voy a ser un loco? —gritó desesperado—. Lo mejor cuando existe un conflicto es solucionarlo hablando... —Vanessa miró desesperada hacia la puerta.

¿Ahora su vecino era mediador de conflictos?

—No —gritó.

—Y tanto que sí —rugió Miguel—. No pienso seguir con esto, ya he

tenido suficiente.

—¿Que tú has tenido suficiente? —gritó ella desgarrándose la garganta—. Tú eres el que has dejado la peli porno toda...

—Por Dios, tú misma lo has dicho, son las tres y media de la madrugada y... ¿estás esperando a que yo regrese para enfrentarte conmigo?

—¿Y qué esperabas? ¿Qué te recibiese con aplausos? —ironizó.

—Te recuerdo que has dejado la tele toda la tarde encendida y has puesto la música a las siete de la mañana... —Acabó rugiendo Miguel, al cual se le estaba acabando la paciencia—. ¡Cuando todo hubiese sido mucho más fácil si al instalarte en el piso de al lado te hubieses presentado a los vecinos! —Miguel fue hacia la puerta de entrada a su piso y la abrió, atravesó el pequeño descansillo y llamó al timbre, luego colocó la palma de la mano en la puerta blanca de Vanessa y la golpeó varias veces suavemente—. Vamos, sal...

—Este tío está loco —susurró asustada al darse cuenta de que había llamado a su timbre. Dio unos pasos hacia atrás, alejándose.

—Venga, chiquilla...

—¡Lárgate o llamaré a la policía! —gritó cogiendo su teléfono—. Lo tengo en la mano, voy a marcar.

—Llama, llama —La animó—. No tengo ningún problema —canturreó—. Así, al menos, cuando vengan tendrás que abrir la puerta y podremos hablar. —Ella apretó los labios, en eso tenía razón—. No sé cuánto tiempo vas a quedarte en el piso, pero esta situación no puede continuar así...

—Ja —dijo ella.

—Te he pedido disculpas —pronunció apretando los dientes, aunque con la voz más calmada—. ¿No? —preguntó al ver que ella no abría la puerta—. Bueno, en algún momento tendrás que salir del piso y entonces hablaremos.

—Pero ¿de qué quieres hablar? —preguntó desesperada—. ¡Lo único que quiero es tener unas vacaciones tranquilas! ¿Es mucho pedir?

—¿Y no crees que sería mucho mejor si abrieses la puerta y nos presentásemos? —Volvió a retarla—. Va, venga...

—Ni loca, puedes ser un asesino en serie.

Miguel volvió a reír.

—Sí, claro... los gritos que oías a través de la pared eran del daño que les hacía a ellas... muertas de placer —ironizó.

—Será cochino —susurró.

—Venga, va... —insistió nuevamente—. Estoy aquí en tu puerta.

—Que no.

Miguel suspiró e intentó calmarse. Se cruzó de brazos e intentó darle a su voz un tono más amistoso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó directamente.

Vanessa parpadeó varias veces y, en ese momento, cayó en la cuenta, si estaba frente a su puerta podía verlo a través de la mirilla.

Comenzó a acercarse colocándose frente a ella.

—Me llamo Vanessa.

Miguel ladeó su cabeza. La imagen de aquella chica indefensa tras el atraco volvió a su mente. Los últimos días no había podido quitársela de cabeza. Se quedó mirando fijamente a la puerta.

—Vale, yo soy Miguel.

—Eso ya lo sé, lo vi en tu buzón —respondió rápidamente.

Miguel parpadeó varias veces.

—Oye... ¿has venido de vacaciones? —preguntó esta vez más confundido. No conocía a muchas chicas con ese nombre y recordaba que la víctima le había dicho que estaba de vacaciones allí.

—Venía, sí, pero apenas estoy pudiendo disfrutarlas —comentó molesta mientras avanzaba con cuidado hacia la puerta—. ¿Adivinas cuál es la causa?

Miguel se apoyó contra la pared, pensativo, sin entrar en la provocación de ella y miró hacia la puerta intrigado. ¿Sería posible?

—Oye, ¿por casualidad no te atracarían el otro día?



13

Aquella pregunta la dejó descolocada.

¿Que si la habían atracado? ¿Cómo sabía eso?

Dio unos pasos hasta la mirilla y se puso de puntillas para mirar. Miguel debía haberse apoyado contra la pared de al lado, porque delante de la puerta no había nadie.

Resopló y se alejó de la mirilla.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

Miguel cerró los ojos y resopló al ser consciente de lo que significaba aquella respuesta.

—Joder —susurró mientras se pasaba la mano por la cara—. Mierda. —Miró hacia la puerta—. Es que soy muy listo —bromeó.

Vanessa enarcó una ceja y volvió a mirar por la mirilla, nada, el chico no se movía.

—En serio... —dijo con voz preocupada. ¿No sería uno de los atracadores, verdad? Estaban en prisión—. Responde, ¿cómo sabes eso?

Miguel detectó el tono angustiado de su voz.

—No, no... no te asustes. —Cerró los ojos. Lo que le faltaba. Había pensado en esa chica los últimos días, le había parecido realmente preciosa y, ahora, ¿era la vecina que había escuchado todo lo ocurrido los últimos días? —¿Porqué me tiene que pasar a mí esto? —susurró.

Miró de reojo hacia la puerta, estaba seguro de que había escuchado pasos hasta allí, así que lo más seguro era que hubiese mirado por la mirilla.

—¿Que cómo lo sabes?! —Volvió a preguntar con un grito.

—Vale, vale... vamos a relajarnos —comentó. Inspiró y dio un paso hacia delante colocándose ante la mirilla—. Soy yo, Miguel.

—Eso ya lo sé —contestó.

—Ya, es verdad. El día que nos vimos no te dije mi nombre —susurró pensativo y luego chasqueó la lengua—. ¿No me reconoces? —preguntó enarcando una ceja hacia la mirilla.

¿Que si no lo reconocía? Dio un paso adelante de nuevo y colocó su ojo en la mirilla.

Aunque esta estaba empañada pudo detectar bastante bien sus facciones. Miguel se encontraba a poca distancia, podía ver su mirada clavada en ella, su sonrisa algo tímida.

Elevó su mano y saludó.

—Hola —dijo con tono divertido—, soy Miguel Álvarez, el agente de la Policía Nacional que acudió a tu rescate.

El corazón se le paralizó y aguantó la respiración. Notó cómo un tic nervioso se apoderaba de su párpado inferior.

¿El policía buenorro? ¿El que la había rescatado de su agresor y atendido de aquella forma tan amable? ¿El que había visto en el juzgado?

No, no podía ser, pensó mientras volvía a mirar a través de la mirilla.

Se fijó en su cabello castaño oscuro casi negro, en sus ojos casi ámbar.

—Joder —susurró apartándose de la mirilla asustada—. Madre mía, madre mía... —gimió.

—¿Vas a abrir o qué? —preguntó Miguel impaciente.

Vanessa caminó nerviosa frente a la puerta, pasándose la mano por el cabello.

Aquella situación no podía estar pasándole a ella. Recordaba que había pensado que era uno de los chicos más atractivos que había visto nunca. La forma en que la había tratado, cómo la había sujetado, cómo se había preocupado por ella en todo momento... su fortaleza al derribar al delincuente

y cómo lo había estampado contra la pared.

Tragó saliva y se quedó mirando la puerta.

—¿Hace falta que te enseñe la placa? —Volvió a preguntar Miguel al ver que ni siquiera respondía.

Y ahora, aquel policía buenorro que había rondado su mente los últimos días estaba allí, frente a su puerta.

Resopló y notó cómo volvía a enfadarse. ¿Y liaba esos escándalos? ¿Le dejaba una película porno puesta hasta las tres y media de la madrugada? ¿Qué tipo de policía era ese?

Abrió la puerta bastante enfadada. Miguel aún permanecía saludando hacia la mirilla cuando ella apareció ante él con gesto de pocos amigos.

Bajó su mano con una sonrisa divertida.

—Hola —canturreó—, qué casualidad, ¿eh? —bromeó con tono gracioso.

Ella apretó los labios y dio un paso hacia delante.

—¿Qué clase de policía eres tú? —preguntó molesta.

—Eh, eh... calma —dijo levantando las manos como si estuviese sufriendo un atraco—. El otro día me pareciste más...

—¡Cállate! —Lo amenazó con el dedo. Luego señaló hacia el piso de él que tenía la puerta abierta—. ¿A eso te dedicas cuando no estás trabajando?

Miguel enarcó una ceja y puso las manos en su cintura.

—Pues sí, cuando no estoy trabajando y jugándome la vida por otras personas me gusta divertirme.

—¿Poniendo porno? —preguntó ella sin dar crédito todavía a lo sucedido.

Miguel sonrió más aún y se encogió de hombros.

—No suelo verlo... pero pensé que...

—Ya, ya sé lo que pensaste —Le interrumpió.

Vanessa fue consciente entonces de que Miguel solo llevaba unos pantalones cortos de color negro y el pecho al descubierto.

Miguel también pareció darse cuenta del camisón color crema que llevaba Vanessa puesto por encima de las rodillas.

—Bonito camisón... —susurró ensimismado. Ella lo miró. Bonitos pectorales, pensó, aunque en su lugar solo resopló. —¿Ves como no soy un asesino? —comentó Miguel riendo, lo que hizo que ella enarcase una ceja. Vaya, aquella chica era más dura de pelar de lo que pensaba. Creía que diciendo una idiotez así sonreiría, pero no, lo único que hacía era mirarlo

fijamente con una actitud muy, pero que muy enfadada. Por Dios, tenía una mirada capaz de helarle la sangre y le estaba poniendo bastante nervioso—. ¿Eres abogada? —preguntó confundido.

—No —respondió ella sin comprender a qué venía aquella pregunta, dando un paso hacia atrás, intentando calmarse y asimilar todo aquello—. Soy farmacéutica.

—Ah... —contestó sin saber qué más decir. La verdad era que ahora que comenzaba a enfriarse del calentón del principio la situación era bastante violenta—, pues... —dijo señalándola—, disculpa si te he molestado en algo. —Ella asintió mientras apretaba los labios y miraba hacia otro lado. Tenerlo ahí en frente, desnudo de cintura para arriba, la estaba poniendo nerviosa—. No era mi intención. Y lo de antes... era... —Tragó saliva y sonrió cortado—, una broma.

Ella volvió a asentir mientras evitaba su mirada. Las únicas palabras que volaban por su mente eran: “Buenorro, pectorales, joder”.

—Ya, pues... —acabó mirándolo—, pues ya está todo aclarado —reaccionó tirante.

—Sí, eso parece —continuó él—. Uhm... ¿cómo... cómo tienes la frente?

Ella resopló y lo miró incrédula.

—¿En serio? —preguntó asombrada. ¿Después de todo aquello solo se le ocurría preguntarle por la frente?

Él extendió los brazos hacia delante.

—Te dieron un buen golpe.

Vanessa puso los ojos en blanco y se metió en su piso colocando una mano en la puerta.

—La frente bien, pero tengo algo de sueño —continuó con más energía.

—Ya, pues a dormir —dijo señalando a su piso—. Prometo ser silencioso.

¿Estaba de broma? Vanessa seguía con la ceja enarcada cuando la puerta se cerró ante las narices de él.

Miguel resopló, fue hasta su piso y cerró su puerta también, aunque nada más cerrarla se llevó la mano a los ojos y resopló con fuerza.

Podía haber sido cualquier persona: una chica de vacaciones que fuese a pasar allí unos días, alguien que nunca hubiese visto en su vida..., pero no, tenía que ser justamente la chica que había atendido hacía escasos días por una agresión con violencia y que había llamado toda su atención.

Los recuerdos de Silvia, Carmen y Estefanía le hicieron gemir.

En ese momento ató cabos. Dos días antes, cuando había golpeado su pared por primera vez, había sido el mismo día de la agresión. La recordaba diciendo que había tenido un día muy duro, igual que recordaba que un día antes, ante la insistencia de las llamadas por teléfono, le había explicado que le llamaba su ex. Así pues, no tenía pareja.

Una sonrisa inundó su rostro momentáneamente, aunque, de nuevo, cuando recordó los gritos de sus amantes y todo lo que Vanessa le había relatado volvió a desinflarse.

—Mierda, mierda, mierda... —susurró mientras iba a su habitación.

Vanessa también se quedó parada tras la puerta, casi sin poder moverse. Miguel, el vecino picaflor, alias pichabrava... ¿era el policía nacional que la había salvado?

Rememoró en su mente sus escarceos amorosos, las conversaciones con sus amigos en las que hablaba de las múltiples parejas que tenía, sus quejidos cuando iba con tacones y sus cantos en la ducha.

¿Él? ¿De verdad?

Caminó hacia la habitación y se quedó mirando la pared. No se oía nada, absolutamente nada. Parecía que se había tomado en serio lo de ser silencioso.

—Con razón me decía que avisase a la policía... —susurró impresionada—, el muy capullo... —continuó—, y me dice que me llevaré una sorpresa si llamo.

Se quedó embobada mirando aquella pared.

Si no fuesen las horas que eran llamaría a Amaia, necesitaba explicarle lo que había ocurrido, desahogarse.

¿Y ahora cómo se atrevería a volver a mirarle a la cara? Estaba claro que aún le quedaba casi todo el mes para estar en el piso y que, además, deberían verse en un par de meses en el juzgado.

Gimió angustiada y se tiró sobre el colchón.

Aquella noche no iba a poder dormir, y no precisamente porque su vecino la molestase, sino por los nervios de lo que acababa de descubrir.

Miguel se sentó sobre el colchón y se pasó las manos por los ojos. Cogió el despertador y lo miró. ¿Las dos de la tarde?

No se había dormido hasta las siete de la mañana. Tenía los nervios a flor de piel.

No lo comprendía. Se las veía con delincuentes cada día, se echaba

encima de ellos, se enfrentaba, sin embargo, el reencuentro con Vanessa lo mantenía en un estado de alerta como no había sentido nunca.

Se había despertado hacía media hora y había escuchado cómo el grifo de la ducha de su vecina se abría. Se había quedado tumbado en la cama hasta que comprendió que de nada iba a servir quedarse ahí.

Se dio una ducha rápida y se vistió.

No obstante, cada vez que pasaba por delante de la pared se quedaba observándola, mirándola con atención e intentando escuchar algo.

Sabía que estaba despierta, si bien era muy, muy silenciosa. ¿Acaso iba de puntillas por el piso?

Fue a la nevera y sacó la ensalada de pasta que había hecho el día anterior. No le gustaba nada cocinar, así que cuando le tocaba hacía grandes cantidades y las guardaba para los días siguientes.

Ni siquiera preparó la mesa. Se quedó en la cocina con el plato en la mano y pinchando con el tenedor de mala gana, mirando atentamente la pared de su comedor mientras comía toda la pasta del plato.

La acabó, fue hacia el lavavajillas y justo entonces escuchó cómo el teléfono móvil sonaba al otro lado de la pared.

Vanessa se encontraba sentada en el sofá, inclinando su cabeza para ver la pared de su habitación. Pese a que había recibido un mensaje de Amaia preguntando cómo había ido la noche aún no había respondido, seguía en estado de shock. Llevaba más de una hora levantada. Ni televisión, ni libro... no podía concentrarse en nada. Escuchó el sonido de su móvil que permanecía sobre la mesa y se levantó de un salto.

—Mierda —susurró al ver de nuevo el nombre de Sergio en la pantalla—. Qué pesadito —comentó mientras le quitaba el sonido a su móvil.

Resopló y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿Tu ex otra vez? —preguntó Miguel desde el otro lado, lo que le hizo dar un bote hacia atrás, pues no esperaba que fuese a hablarle.

Aquello era de locos. Tragó saliva sin saber qué hacer.

—Uhhmmm... sí —acabó diciendo mientras negaba con su cabeza.

—Es un poco pesado, ¿no?

Ella suspiró y decidió ignorarlo. Quizá lo mejor fuese darle conversación, pues parecía que Miguel la buscaba y, de aquella forma, quizá se normalizase un poco la situación y la convivencia entre ellos, pero, por otro lado, aún se sentía cohibida por las burradas que había llegado a decirle. Ella jamás se había comportado así, sin embargo, aquel chico había logrado que

sacase su peor faceta a relucir.

Fue hasta el congelador y lo abrió. Sacó un cucurucho de vainilla y comenzó a comérselo.

Miguel había esperado varios minutos una respuesta, incluso se había colocado frente a la pared esperándola, pero Vanessa no parecía interesada en hablar con él.

Resopló y se quedó pensativo mientras colocaba sus brazos en jarra.

—Eh, Vanessa —La llamó—, ayer te dije de tomar una cerveza, ¿te apetece?

Ella puso su espalda recta. ¿En serio? ¿De verdad la estaba invitando a tomar una cerveza?

Se quedó noqueada de nuevo. Por un lado, Miguel era guapísimo, atractivo y no iba a negar que supiera comportarse delante de la gente tal y como había hecho con ella la noche del atraco, por otro lado, ella sabía lo que hacía en su casa, que un día estaba con una y otro día con otra.

—Vamos, Vanessa —Se animó a sí misma—, solo una cerveza... con el policia buenorro. Por Dios —Se recordó a sí misma—, recuerda que lo apodas el pichabrava...

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Ya te dije que no me gusta la cerveza —contestó.

Miguel fue directo a la nevera y la abrió.

—¿Y el zumo de naranja? —preguntó esta vez. Vanessa no respondía—. El zumo de naranja le gusta a todo el mundo.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya... Uhhmm... me gusta pero no me apetece.

Miguel resopló.

—Me dijiste que la Coca-Cola te gusta. Tengo Coca-Cola.

Vanessa miró desesperada a todos lados. En serio, ¿qué iba a hacer? ¿Por qué insistía tanto Miguel?

—Vengaaaaa... —dijo Miguel con un tono que parecía de súplica—, nos irá bien tomarnos algo juntos, como si fumásemos la pipa de la paz.

Vanessa arrugó la nariz.

—Uhhmm... ya, bueno, quizá en otro momento.

—¿Por? —preguntó directamente—. ¿Tienes algo que hacer hoy?

Vanessa miró el móvil.

—He quedado —mintió.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Con tu ex?

Vanessa miró con curiosidad la pared, ¿a qué venía todo eso?

—No, ¿estás loco? —respondió asombrada—. Con unas amigas.

Cogió el móvil y se sentó en el sofá. Abrió la aplicación de *WhatsApp* y leyó de nuevo el mensaje de Amaia. Era de las once de la mañana. Debía de estar ansiosa esperando una respuesta.

Tecleó enérgicamente.

Vanessa: Hola, necesito quedar contigo. Es urgente.

Lo envió y pocos segundos después vio que ella se conectaba.

—¿Con tus amigas del otro día? —pregunto Miguel con curiosidad.

Vanessa volvió a resoplar.

—Sí.

—Pues tened cuidado.

Ella extendió los brazos hacia la pared.

—Pero ¿qué narices le pasa a este? —susurró hacia su habitación.

Amaia: ¿Ha pasado algo?

Vanessa volvió a centrar toda su atención en el móvil.

Vanessa: Sí, pero quiero contártelo en persona.

Amaia: ¿Te has acostado con Fede?

Vanessa dio un pequeño grito al leer la pregunta que le formulaba su amiga.

—Está loca —Se quejó.

—¿Ocurre algo? —preguntó Miguel enarcando una ceja hacia la pared al escuchar el grito.

—¡No! —respondió Vanessa.

Amaia: ¿Has comido ya?

Vanessa: Sí, claro.

Amaia: ¿Quedamos en media hora en la rotonda?

Vanessa: Sí, por favor.

Amaia: Me tienes intrigada. Adelántame algo.

Vanessa suspiró mientras se levantaba del sofá.

Vanessa: Pichabrava.

Seguramente no comprendería nada, pero sabía que si comenzaba a explicarle todo en ese momento se liaría a hablar vía *WhatsApp* y no quería eso.

Fue a su habitación, sacó los tejanos del armario, una camiseta de color

lila y se vistió de inmediato. Ni siquiera se alisó el cabello. Se recogió una cola alta y se fijó en que aunque la mejilla estaba menos hinchada aún seguía bastante amoratada.

Decidió ponerse algo de maquillaje para disimular y, sin mirar la hora, cogió su bolso y metió el móvil y la cartera. Se puso sus zapatos de tacón y, justo cuando iba a salir por la puerta, la voz de Miguel la paralizó de nuevo.

—Que te diviertas. Y cualquier problema... ya sabes dónde vivo — acabó diciendo.

—Está como una regadera —susurró—. Vale, muchas gracias, eres muy amable —dijo en un tono más elevado, aunque con cierto matiz de burla.

Salió por la puerta, echó la llave a toda prisa y esta vez se metió en el ascensor. Tuvo sus dudas sobre si saldría a su encuentro, pero no, al menos se había quedado quietecito, lo cual fue todo un alivio.

Volvió a coger su móvil y vio que Amaia había respondido.

Amaia: ¿Ese es el apodo de tu vecino?

Amaia: ¿Ha vuelto a hacer algo?

Y cinco minutos después había otro mensaje de ella.

Vanessa: Voy para allí.

Al menos tenía a Amaia para desahogarse.

Hacía buen día, un sol radiante y un calor horrible. Buscó sus gafas de sol en el bolso y se las puso mientras caminaba decidida.

Cuando llegó a la rotonda no tuvo que esperar más de cinco minutos a que Amaia apareciese con el coche. Se detuvo a su lado y bajó la ventanilla.

—Vamos, sube... —La apremió.

Vanessa corrió hacia el vehículo, se sentó en el asiento del copiloto y se puso el cinturón de seguridad.

—Pensaba que vendrías andando —comentó ella mientras se quitaba las gafas de sol.

—¿Con la solanera que pega? Ni loca.

Ella suspiró y miró hacia delante.

—En esa calle siempre hay sitio para aparcar, cuando voy a la playa siempre hay algún...

—Vivo en San Juan, ¿recuerdas? —bromeó Amaia—. Me conozco la zona.

—Vale, vale...

—Bueno, cuenta —dijo girando a la izquierda y tomando la calle que justamente Vanessa le había indicado—. Con lo de pichabrava te refieres a tu

vecino, ¿no? —rio—. Es supergracioso el apodo —pronunció divertida.

—Ya —contestó mirando dónde podían aparcar. Señaló un hueco libre entre dos coches aparcados en batería.

—Lo veo —dijo poniendo el intermitente para aparcar—. Venga, dime. Y luego me tienes que explicar qué tal con Fede, ¿eh?

—Vale pues... aparca primero —dijo gesticulando para que entrase en el hueco.

—¿A qué viene tanta intriga? —rio Amaia mientras aparcaba el coche entre los dos coches. Puso el freno de mano y apagó el motor del coche.

—Vale —comenzó Vanessa quitándose el cinturón de seguridad—. Sí, el pichabrava es mi vecino.

—¡Lo sabía! —contestó divertida mientras se echaba hacia atrás para coger su bolso.

—¿Recuerdas el policía buenorro?

—¿El del juzgado? —preguntó colocando ya el bolso sobre sus rodillas—. ¿El que te salvo la otra noche?

—Sí, el mismo.

—Como para olvidarlo —respondió mientras buscaba las gafas de sol en el bolso.

—Vale, pues es el pichabrava.

La cara de Amaia fue todo un poema.



14

—Tu vecino, el pichabrava, ¿es el poli buenorro? —repitió mientras dejaba su refresco sobre la mesa. Vanessa asintió—. Espera, tengo que asimilarlo —exageró los gestos estirando los brazos hacia ella. Vanessa agachó su cabeza intentando calmarse—. ¿Y te plantó una peli porno? —preguntó divertida de nuevo.

—Hasta las tres y media de la mañana —comentó de nuevo molesta—. Y cuando llegó lo llamé perverso. —Amaia estalló en una carcajada—. No te rías así...

—Bueno, ¿y qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Por lo que a mí respecta eso es lo más bonito que podías haberle dicho. —Se quedó pensativa—. Qué cabrón —susurró—, pero tiene su gracia.

Vanessa chequeó la lengua.

—No la tiene...

—Claro que la tiene. Madre mía... no me extraña que las chicas hagan cola en su puerta. Está buenísimo... —Luego golpeó su hombro con

complicidad—, menuda suerte la tuya.

—¿Suerte la mía? —preguntó sin comprender.

—¡Claro! A ver... vamos a ordenar las ideas —dijo poniéndose firme sobre la silla—. Primero y muy importante: estás soltera. —Alzó su primer dedo—. Segundo e igual de importante —Alzó otro dedo—. Él está soltero. —Vanessa resopló interrumpiéndola.

—Para... ya sé por dónde vas.

—No, déjame. Hay que analizar esto, con calma, sin precipitarnos. —Alzó otro dedo—. Tercero: está muy bueno. Cuarto —Alzó un poco más la voz, pues parecía que Vanessa iba a interrumpirla de nuevo—, es policía y el uniforme le queda de vicio. Quinto...

—¿Vas a analizar el uniforme? —preguntó sorprendida.

—Aquí lo analizamos todo. Sigo. Quinto... —repitió—, parece que es muy bueno en la cama, mini punto para el pichabrava —dijo dando palmas emocionada.

—En realidad lo es contra la pared... concretamente contra la pared que da a mi dormitorio —pronunció mosqueada.

—Eso da igual, es bueno —concluyó ella—. Sexto —Alzó la otra mano—, quiere tomarse una cerveza contigo. —Vanessa resopló y puso los ojos en blanco—. Séptimo: te iría bien echar un buen polvo y lo sabes.

—Amaiaaaaaa.

—Eh, que es verdad. Todo son ventajas.

Vanessa se reclinó sobre la mesa y esta vez alzó ella la mano.

—Contras —dijo—, se tira a todo lo que se mueve.

—Tengo más pros... —interrumpió Amaia—. Octavo: está fuerte... Tía, ¿te acuerdas de cómo estampó al delincuente contra la pared? —Pestañeó varias veces—. Me pregunto si estampará a las chicas así.

—Desde luego práctica tiene —Le dio la razón—. Sigo... —dijo sacando otro dedo—, escuché una de las conversaciones con sus amigos y no me gustó nada.

—¿La de las chicas? —preguntó enarcando una ceja—. ¿Y qué te crees que hacen los tíos cuando se juntan? —Resopló—. Pros. Noveno —indicó—, tiene sentido del humor.

—Pffff.

Vanessa la interrogó con la mirada.

—¿Algún contra más? —La retó—. Yo voy por el pro nuevo y tú solo llevas dos contras, y uno de ellos me parece absurdo.

Vanessa suspiró y se apoyó contra el respaldo de su silla. Alzó finalmente los brazos y negó dándose por vencida.

—Vale, pues entonces... ¿por qué no has aceptado esa cerveza?

Ella ladeó su cabeza.

—Amaia, no voy a aceptar una cerveza con él. Hasta hace menos de veinticuatro horas nos estábamos peleando como el perro y el gato.

Amaia dio un sorbo a su refresco y negó como si no la comprendiese.

—¿Recuerdas ayer cuando lo vimos en el juzgado? Te preguntó cómo te encontrabas... fue atento.

—Pues claro que fue atento, igual que en el momento que nos atracaron. Es su trabajo —reaccionó rápidamente.

—No se separó de ti ni un segundo —Le recordó, luego sonrió con malicia—. Hasta que llegó Fede. —Y comenzó a reír—. Vaya tela... el pichabrava y Fede juntos. Los dos quieren tomar algo contigo.

—No digas tonterías —La reprendió—. Fede sí, de él sí tengo las intenciones claras pero... ¿Miguel? Solo intenta que la convivencia sea más tranquila. Nos dijimos muchas burradas.

—Ya, claro... yo opino que la convivencia se arregla respetándose, no invitando a cervezas, pero bueno... ¿por qué dices que de Fede sí sabes las intenciones? ¿Ocurrió algo con él?

Vanessa gesticuló insegura y le explicó lo sucedido a su amiga.

—Todo iba bien. La cena fue muy agradable, es muy buen chico. Me acompañó un trozo de camino hasta el piso y... hubo un momento en que... intentó besarme.

Amaia abrió los ojos sorprendida.

—¿En serio? —Vanessa asintió—. ¿Y te besó? —preguntó entusiasmada.

—¡No! —Luego bajó su tono de voz—. Lo aparté.

Amaia parpadeó varias veces.

—¿Que hiciste qué? ¿Le hiciste la cobra?

Vanessa estiró los brazos hacia los lados.

—Oye, no quiero nada aún. Solo lo estoy conociendo. He dejado a tu primo hace poco más de...

—¿Quieres dejar a mi primo ya? No lo uses más como excusa —La señaló con el dedo y la miró seriamente—. Eres mi amiga, mi mejor amiga, y quiero que seas feliz, que te diviertas...

—Y me estoy divirtiendo.

—Quiero que te diviertas más aún —Se apresuró a decir—. No digo

que... que te vayas acostando con todos, ni mucho menos, no me malinterpretes, pero si realmente te gusta no pierdas una oportunidad. Si Fede intentó besarte es porque está interesado en ti, ¿a ti te gusta él o no?

Vanessa resopló y se pasó las manos por la cara.

—No lo sé —gimió.

—Pues deberías aclararte, si a él le gustas tampoco se merece pasarlo mal en vano.

—Ya lo sé —dijo angustiada.

Amaia se quedó mirando fijamente a su amiga.

—Sé sincera... —Vanessa elevó la mirada hacia ella—, si tuvieses que elegir, ¿con cuál te quedarías?

—¿Qué?

—¿Fede o Miguel? Elige.

Vanessa puso los ojos como platos ante aquella pregunta.

—Pero si con Miguel no tengo nada... —Se excusó.

—Da igual, es divertido. Fede tiene pinta de más niño bueno, y Miguel, por lo que me explicas, más de malote. —Amaia se quedó pensativa y se encogió de hombros—. Es que yo, físicamente, lo tengo muy claro. El pichabrava de largo.

—Diosssss... ¿y tú no metes a Toni en tu lista? —preguntó asombrada.

—Solo estoy fantaseando. Va —La señaló—, decídete.

—No pienso hacer eso.

—¿Por qué no? Es divertido.

Vanessa dio un sorbo a su refresco.

—Mira, lo único que sé es que Fede es buen chico y es atractivo y, además, también estuvo mucho por mí en la ambulancia. Ayer cené con él y me lo pasé muy bien. Lo malo es que... intentó besarme —Amaia enarcó una ceja—, así que ya sé realmente que está interesado en mí. Eso es un problema... si quedo con él otra vez puede pensar que yo también estoy interesada...

—¿Y?

—Pues que no sé realmente si lo estoy —acabó diciendo—. Y como tú dices, parece buen chico. Creo que primero debería aclararme yo. Además, no quiero nada serio.

—¿Tú te estás escuchando? Dices que no quieres nada serio y luego te planteas si quedar con él o no. Queda. Diviértete. ¡Es tu verano!

Ella miró resignada a su amiga.

—Sí, tú hablas mucho, pero luego no te atreves a lanzarte con Toni

durante meses...

—Bueno, porque yo sí quería algo serio con Toni, pero tú dices que no. Entonces, mientras lo dejes claro y la otra persona acepte....

Vanessa suspiró.

—Dichoso San Juan de la playa.

Aquel comentario hizo que Amaia riese.

—Venga, va... jamás habías tenido un verano así. Tienes a Fede y a Miguel...

—A Miguel no lo tengo.

—Da igual, es un chico, vive a tu lado y está bueno... lo meto en la lista. Por cierto, hoy he quedado con Toni para cenar, pero, si quieres, mañana o pasado mañana podemos salir a tomar algo.

—¿Por la noche? —preguntó mirándola fijamente.

—Sí, claro. Lo que esta vez podríamos ir por un sitio más transitado —comentó pensativa.

—No sé —susurró.

—Creo que nos iría bien como terapia de shock. —Vanessa parpadeó varias veces—. Pero les diré a Toni y a Roberto que se vengán, ¿te parece bien?

Vanessa la miró. Sí, creía que era buena idea, le iría bien volver a salir para recuperar la normalidad.

—De acuerdo, pero algún sitio cerquita.

—Trato hecho. Luego se lo comento a Toni. Respecto a lo tuyo, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a decirle algo a Fede? Podrías decirle que se viniese...

—No sé.

—Pues díselo al poli.

—A ese menos —reaccionó rápidamente—. No sé, había pensado en escribirle un mensaje a Fede...

—¿No le has dicho nada?

Vanessa negó rotundamente.

—Él tampoco me lo ha dicho.

—Supongo que estará cortado por tu negativa —acabó bromeando.

Vanessa se encogió de hombros y miró su móvil.

—Quizá luego le envíe un mensaje para ver qué tal está.

—Claro... —Luego le guiñó el ojo—, y si te dice de quedar pues queda.

—No voy a quedar hoy. Necesito relax.

—Ya tendrás relax durante el resto del año, ahora es verano, aprovecha.

—Ya, bueno, pero si vamos a salir mañana hoy me quedaré en casa.
Amaia suspiró y se encogió de hombros.

—Tú misma... —Luego rio con malicia—, mira, quizá mañana cuando salgamos conoces a otro chico para añadir a la lista.

—Yo no tengo ninguna lista —Se quejó.

—Claro que la tienes —bromeó ella—. Yo te la llevo.

Eran las seis y media de la tarde cuando entró por la puerta del portal. No sabía si la conversación con Amaia había sido productiva o si la había liado más aún.

Esta vez decidió subir por el ascensor mientras observaba el móvil. Sergio la había llamado de nuevo y se había negado a cogérselo. Al final bloquearía ese número. ¿Por qué no pillaba la indirecta de que no quería hablar con él?

Lo mejor sería seguir ignorándolo, de nada servirían ya sus disculpas.

Abrió la aplicación del *WhatsApp* y buscó el privado de Fede mientras el ascensor subía. Fue hasta su puerta y entró en su piso.

Se quedó en silencio. Podía escuchar música a través de la pared, bastante más baja que en días previos, aunque en ese momento se detuvo.

Se quitó los zapatos y fue al armario a buscar ropa cómoda que ponerse. Sacó unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y se quitó los tejanos.

—¿Ha ido bien con las amigas? —Escuchó la voz de Miguel.

Vanessa sonrió y negó con la cabeza. Ese chico no tenía remedio. Le parecía imposible que estuviese hablando de nuevo con él a través de la pared. Debía de estar muy aburrido.

—Sí, todo bien —contestó poniéndose los pantalones cortos. Se quitó el top y se puso la camiseta de tirantes.

—Pensaba que saldrías hasta la noche —comentó Miguel.

—No, hoy no. Hoy toca relax —aclaró.

Miguel sonrió mientras estiraba las piernas en el sofá.

—Eso está bien —Se incorporó y se levantó acercándose a la pared—. Yo tampoco saldré hoy. Ya tuve bastante ayer —comentó con una sonrisa picajosa. Se cruzó de brazos y ladeó su cabeza—. ¿Quieres que cenemos juntos? —preguntó directamente. Ella miró la pared confundida—. Tenemos que fumar la pipa de la paz —aclaró divertido.

Vanessa puso los ojos en blanco y sonrió. ¿Qué le había dado a este ahora con fumar la pipa de la paz? Ya era la segunda vez que se lo insinuaba.

—Preferiría pasar la noche tranquila... ayer tuve bastante movida — bromeó. En ese momento llamaron al timbre—. ¿A qué vienes a mi piso? — preguntó divertida mientras iba hacia la puerta. Abrió y se quedó totalmente petrificada.

—No soy yo —escuchó de fondo, a través de la pared.

No, estaba claro que no era él.

—¿Sergio? —preguntó sorprendida bajo el marco de la puerta, sin saber cómo reaccionar.

—Hola, Vanessa —pronunció con una voz apenada.

Ella se removió inquieta. Sergio permanecía frente a ella con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, con una actitud mezcla de arrepentimiento y vergüenza.

Durante unos segundos se quedó sin saber qué decir, pues era la última persona que esperaba ver allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó asombrada.

Él se encogió de hombros.

—Quería hablar contigo y... no me coges el teléfono.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y no pillas la indirecta? Quizá sea porque no quiero hablar contigo.

Sergio resopló y sin pedir permiso entró al piso ante la mirada sorprendida de ella.

—Necesito hablar contigo.

Parecía que estaba dispuesto a no perder su oportunidad.

Se giró hacia él y cerró la puerta poco a poco.

—¿Cómo sabes que estoy aquí? ¿Te lo ha dicho Amaia? —preguntó enfadada.

Él negó.

—No, mi tía. —Dio unos pasos hacia ella—. No me has dejado explicarme ni...

—Es que creo que está todo muy claro —Lo interrumpió enfadada—. Te pillé con la de prácticas, ¿qué quieres explicar sobre eso?

—Había bebido mucho y...

—Oh, por favor... —Se quejó ella—, ve con esa excusa a otra.

—Pero ¿de verdad vas a tirar por la borda cinco años de relación? — preguntó extendiendo los brazos hacia los lados.

—¿Yo voy a tirarlos por la borda? —Fue hasta él y clavó su dedo índice en su pecho—. ¡Tú los has tirado! Tú eras el que te escribías mensajitos con

ella... el que le estaba metiendo la lengua hasta...

—Eh, eh... —La cortó elevando un poco el tono de voz—, fue un error.

Vanessa rompió en una carcajada.

—Claro, un error... —susurró.

—No quiero perderte —reaccionó él rápidamente.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Sabes? Podría perdonar cualquier cosa, pero... ¿esto? —Dio unos pasos hacia él—. Cuando quieres de verdad a una persona no te vas con otra. Además... ¿quién te da derecho a venir aquí a molestarme?

—No me cogías el teléfono y estaba preocupado.

Ella volvió a reír bastante nerviosa.

—¿Preocupado?

—Mi tía me explicó lo que os ocurrió el otro día. Lo del atraco...

—Pues ya ves que estoy bien —dijo extendiendo los brazos hacia los lados.

—Tienes... —dijo acercándose a ella—, tienes la mejilla un poco hinchada —Se acercó y acarició su mejilla.

—Aléjate —gruñó ella dando un paso hacia atrás—. Hazte a la idea... lo nuestro se ha acabado. Yo no soy el segundo plato de nadie. Vete con... esa rubia delgaducha.

Sergio resopló.

—Vanessa, por favor. Esto... esto es solo un bache, podemos superarlo... —dijo acercándose de nuevo.

—No —dijo ella con más contundencia. De hecho, se sorprendió a sí misma de claro que lo tenía. Aquellos días a solas le habían hecho ver las cosas desde otra perspectiva y le habían dado las fuerzas necesarias como para hacerle frente—. Asúmelo.

—No quiero dejarlo —suplicó—. Yo te quiero a ti —dijo acercándose de nuevo.

—Pues parece que no lo suficiente —respondió ella con contundencia.

—Por favor, Vanessa —suplicó de nuevo—. Bebí demasiado y...

—¿Y qué? —Lo interrumpió—. Eso no me sirve, nada de lo que puedas decirme me sirve —Apretó los labios intentando contenerse—. Cinco años, Sergio, cinco. Y tú te bebes una copa y le metes la lengua hasta el fondo a esa chica que, por cierto, tú mismo invitaste a la fiesta. No me vengas con historias. —Sergio se acercó intentando coger su mano—. No te acerques, ¿entiendes? Me fui de Alicante para alejarme de ti, así que, al menos,

respétame y respeta mi decisión.

—¿Y por qué no me cogías el teléfono? —Se quejó de nuevo, desesperado—. Al menos podrías haber tenido la decencia de...

—¡Ja! Yo... ¿tener la decencia? —Se burló ella—. Esto es lo último que me faltaba por escuchar.

—¡Llevo semanas llamándote! Y si no es por mi tía ni siquiera te habría encontrado...

—¡Es que no quería que me encontraras! Quiero estar tranquila, lejos de ti... ¿Qué es lo que no entiendes?

Se quedó callada cuando llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Sergio.

—Eso a ti ya no te importa —respondió dirigiéndose a la puerta.

Abrió y se quedó consternada al ver a Miguel allí. Tenía aspecto serio y pudo ver cómo desviaba la mirada durante unos segundos al interior. ¿Qué hacía él allí?

—Hola —dijo con una leve sonrisa.

Vanessa miró de reojo hacia el lado, donde Sergio esperaba de brazos cruzados caminando de un lado a otro, nervioso.

—Hola.

De repente mostró una pequeña sartén y se la tendió.

—Te traigo la sartén que me dejaste ayer. Muchas gracias —Vanessa enarcó una ceja, aunque cuando la cogió por el mango Miguel se acercó un poco más—. ¿Va todo bien?

Vanessa tragó saliva y asintió.

—Sí —susurró.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó en un susurro, sin soltar la sartén.

—No.

Miguel volvió a observar un segundo hacia dentro, aunque desde allí no podía ver a Sergio. Contempló unos segundos a Vanessa y asintió soltando ya el objeto.

—Estoy aquí al lado, por si acaso.

—Ya —respondió desconcertada por su presencia. Luego alzó un poco más la sartén y la voz—. Gracias por devolvérmela.

—No hay de qué —respondió Miguel caminando hacia su puerta con la mirada fija en ella.

Vanessa inspiró con fuerza intentando calmarse.

Durante unos segundos se quedó afligida con la pequeña sartén en la

mano. ¿Miguel había ido con aquella excusa tonta por si necesitaba ayuda?

Se giró y observó a Sergio, el cual escudriñaba el piso mientras se pasaba la mano por la nuca hecho un manojo de nervios.

No cerró la puerta, sino que la dejó entornada, fue hasta la barra de la cocina y depositó la sartén sobre ella.

Se quedó mirando a Sergio. Lo había querido, muchísimo, pero tras el desengaño y aquellas semanas alejada de él se había desencantado. En parte, la traición que había sentido superaba al amor que pudiese sentir por él en aquel momento.

—Agradecería que te marchases —pronunció.

Sergio la contempló fijamente.

—¿Así? ¿Y ya está, Vanessa? —preguntó desesperado.

—Sí. Ya está.

—¿Se acabó?

Ella tragó saliva y lo miró con determinación.

—Se acabó en el momento en que me engañaste. Ya te lo dije por teléfono, así que realmente no sé a qué has venido aquí. Ya lo sabías.

—Quería pedirte otra oportunidad... para demostrarte que no soy así. Me conoces.

Ella tragó saliva y negó.

—No —dijo con contundencia, y luego dio un paso hacia él—. Te pedí que dejases de escribirte por el móvil con ella, ¿lo hiciste? También te pedí que dejases de invitarla a nuestro grupo... —Sergio cerró los ojos—. Te di muchas oportunidades. Se acabó.

—¿Esa es tu última palabra? —preguntó resentido.

—Sí.

Pudo apreciar cómo todos los músculos de Sergio entraban en tensión, como si le costase asimilar aquella idea. Finalmente asintió de forma muy sutil.

—De acuerdo —susurró. Avanzó hasta la puerta y apenas se giró para despedirse de ella—. Adiós, Vanessa. —Tal y como acabó de pronunciar aquellas palabras dio un portazo que hizo que ella brincase.

Tragó saliva y se quedó durante unos segundos estática mirando hacia la puerta por donde Sergio acababa de salir. Notaba el corazón acelerado y la respiración agitada, pero contrariamente a lo que pensaba que sentiría cuando llegase el momento de afrontarlo se sintió en paz. Sabía que había hecho lo correcto, que ahora no servía de nada que le implorase una oportunidad más.

La decepción era tal que jamás sería capaz de perdonarlo realmente. Él había sido el amor de su vida y, los meses antes de que rompiesen, él había sido quien se había alejado de ella.

Fue hasta la ventana y se acercó a ella.

Pocos segundos después lo vio salir por la puerta en dirección a su coche aparcado en la acera de enfrente.

No le costó verlo marchar. De hecho, se había hecho a la idea de que él ya no formaba parte de su vida. Como le había dicho Amaia debía ser feliz y, a su lado, no podría serlo. La imagen de él con Ainhoa, aquella rubia muchacha, siempre perduraría en su memoria... y así no podía tener una relación, no al menos de la forma en que ella quería.

Cuando su coche desapareció tras la esquina cogió el móvil y buscó el privado de Amaia. Iba a escribirle un mensaje, pero se contuvo. No quería pasarse horas hablando de ello y, además, sabía que había quedado con Toni.

Miró la sartén que había sobre la barra y fue hasta ella cogiéndola por el mango. Miguel había ido en su ayuda, algo que la había sorprendido gratamente. Quizá, después de todo, no fuese tan mal chico.

Se quedó contemplando la pared de su habitación. Nada, ni siquiera se escuchaba un ruido. Fue hasta la puerta, salió de su piso con la sartén en la mano y llamó a su timbre. Pocos segundos después Miguel aparecía tras la puerta.

Ella le sonrió tímida y le tendió la sartén.

—Toma —susurró—. Muchas gracias, de verdad.

—¿Estás bien? —preguntó cogiéndola.

Vanessa asintió y se removió incómoda.

—Sí —Acabó elevando su mirada hacia él—. Ya está todo aclarado.

—Me alegro —Le sonrió Miguel con una sonrisa que resultó tranquilizadora.

Se quedó observándolo. Miguel no se movía de debajo de la puerta, como si esperase a que ella dijese algo más, pues parecía bastante nerviosa.

—Tengo un par de pizzas en el congelador —Lo miró con una sonrisa tímida—. ¿Te apetece? —propuso.

Miguel la miró fijamente y sonrió.

—Sí, claro.



15

Miguel cogió un trozo de pizza y sonrió. Luego se encogió de hombros.

—Lo siento, pero ya lo sabes. Las paredes son muy finas. —Dio un bocado, tragó y se limpió con la servilleta—. Así que cuando he escuchado lo de aléjate...

—Te ha salido la vena policial, ¿no?

Miguel volvió a encogerse hombros.

—Mejor prevenir que curar.

Vanessa suspiró y cogió otro trozo de pizza.

—No es mal tipo. —Se quedó pensativa—. Sergio es buena persona, solo que... —Se quedó callada intentando buscar las palabras adecuadas.

—Te puso los cuernos —aclaró él. Vanessa lo miró y asintió—. ¿Tienes pensado volver con él? —preguntó con la mirada fija en ella.

Vanessa dio un bocado a la pizza y miró hacia la tele, tenían puesta una película de fondo a la que no prestaban atención.

—No —pronunció, luego se giró para observarlo—. Sé que mucha gente

me diría: “Va, dale otra oportunidad, no tires por la borda una relación de cinco años”. —Resopló—. Pero es que no puedo —sentenció—. No podría mantener una relación con el recuerdo de él y de esa chica besándose delante de mí. —Ladeó su cabeza mientras él permanecía en silencio escuchándola y devoraba otro trozo de pizza—. Cuando Ainhoa comenzó a trabajar en la gestoría de su padre —aclaró—, me di cuenta enseguida. No paraba de hablar con Sergio, y... —Le señaló—, te aseguro que no soy celosa, pero sus gestos, la forma en que lo miraba... se le notaba demasiado. Luego comenzaron los mensajitos entre los dos con la excusa de preguntarle cosas referentes a su formación y llamadas que se alargaban durante más de una hora en las que de lo que menos se hablaba era del trabajo. —Se encogió de hombros—. Le pregunté si tenía algo con esa chica...

—Supongo que te dijo que no —respondió como si fuese lo obvio.

—Exacto. Pero vamos, si quedábamos para cenar de ocho a diez... pues de ocho y media a nueve y media estaba hablando con ella. Una vez lo puedo entender, dos e incluso tres..., pero se convirtió en una rutina. —Cogió su vaso y se bebió la Coca-Cola, notaba que la boca se le secaba cuando hablaba de ello—. Luego comenzó a venir con nuestro grupo de amigos, con la excusa de que ella no tenía muchos amigos allí... así que poco a poco la fue incluyendo en el grupo. —Dio un bocado a la pizza y tragó—. Hasta que llegó la fatídica noche. —Puso los ojos en blanco—. Fui al aseo y cuando volví ni él ni ella estaban allí. Lo busqué a él y lo encontré dándose el filetazo con ella contra la pared... —Se quedó callada y pensativa unos segundos, como si rememorase el momento—. ¿Por qué os gustan tanto a los tíos las paredes?

Miguel arqueó una ceja al escuchar aquella insinuación.

—Uhhmm...

—Te aseguro que no hice nada —continuó ella sin esperar respuesta por su parte—. Aquello fue como si me lanzasen un jarro de agua fría. Me quedé allí, en medio de la pista, observándolos hasta que reaccioné, me di la vuelta y me fui. —Tragó saliva y lo miró con una leve sonrisa—. No lo había vuelto a ver desde entonces.

—¿No hablaste con él? —preguntó sorprendido.

—En persona no. Por teléfono lo llamé para decirle que anulaba las vacaciones y que se había acabado la relación.

—Entonces, ¿él sabía la razón por la cual tú desapareciste?

—Sí, por supuesto. Amaia —Le indicó con la mano—, no sé si la recuerdas, una de las chicas que me acompañaba el día del atraco, es su

prima. Ella fue quien se lo dijo.

Miguel asintió y acabó su trozo de pizza. Vanessa cogió el plato y se levantó. Fue hasta el horno y se agachó para observar.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Miguel levantándose.

—Es solo sacar la pizza del horno —bromeó ella—. Creo que me las apañaré. —Lo abrió y extrajo del interior la segunda pizza de atún. Apagó el horno y la depositó sobre el mármol—. ¿Y tú? —preguntó cogiendo las tijeras para cortarla.

Miguel la miró con una sonrisa divertida.

—Creo que está claro que estoy soltero.

Ella lo miró divertida y fue hacia la mesa con la pizza ya cortada en porciones.

—Cuidado que quema —informó. Se sentó frente a él y lo miró con suspicacia—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Miguel se encogió de hombros mientras daba buena cuenta del refresco—. No te lo tomes a mal, y contesta solo si quieres. Es que me mata la curiosidad...

Miguel arqueó una ceja.

—Me tienes intrigado. Dispara.

—¿Por qué contra la pared? —preguntó directamente—. ¿Acaso no tienes cama?

Si la silla no tuviese un respaldo donde apoyar la espalda seguramente se habría caído de ella. La miró con una sonrisa tensa.

—Pueeeees...

—Da igual, era... era solo una pregunta sin más. No tienes que responder si no quieres... —comentó tímida al ver su reacción. Cogió un trozo de pizza y lo colocó en su plato.

—La cama es muy personal —contestó él mientras se echaba otro trozo en el plato.

—Ya —respondió confundida. Pestañeó varias veces y lo miró—. Pues no la uses más, ¿vale? Al menos mientras yo esté aquí —bromeó.

Aquello hizo que él riese con ganas.

—Me ha quedado muy claro —comentó en tono distendido—. ¿Sabes? Yo también tuve pareja. —Ella dio un bocado a la pizza y lo observó con atención—. Doce años.

—¿Doce? —preguntó asombrada.

—Sí, comencé con ella en el instituto, con quince años...

—Qué monooooo —canturreó.

Miguel sonrió y se encogió de hombros.

—Lo dejamos el año pasado —aclaró.

—Vaya —susurró—, y... ¿por qué razón? Si se puede saber.

Miguel apretó la mandíbula mientras cogía otro trozo de pizza y lo depositaba en su plato, muy despacio.

Suspiró y finalmente la miró avergonzado, algo que llamó la atención de ella.

—Le pedí matrimonio.

Vanessa lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Le pediste matrimonio? ¿Y te dijo que no?

Él se encogió de hombros.

—Está claro que no me dijo que sí, porque casado no estoy —dijo mostrándole la mano.

—¿En serio? —preguntó asombrada—. ¿Le pediste...?

—¿Por qué te sorprende tanto? —preguntó asombrado—. Aunque no te lo creas soy un romántico empedernido. Siempre he soñado con casarme, tener una casa, un par de críos... y un perro —añadió rápidamente. A Vanessa estuvo a punto de desencajársele la mandíbula, a lo que Miguel sonrió con malicia—. Pero como no aceptó, me di a la mala vida —Y se encogió de hombros tan pancho.

—Ahhhhh —pronunció sorprendida por aquella explosión de sinceridad.

—Cosas que pasan —pronunció—. Pero de todo se aprende... —Le guiñó un ojo—. Hay que disfrutar de la vida. —Cogió la botella de Coca-Cola y llenó primero el vaso de ella y luego el de él—. Me dijiste que eras farmacéutica, ¿verdad?

—Sí, trabajo en una farmacia de Alicante capital. En Altozano.

Miguel asintió.

—¿Vives ahí?

—Cerca. En el Parque de las Avenidas.

—Yo antes vivía en Albufereta. Tenía un piso con Ana. —Se encogió de hombros—. Ella se quedó en el piso y yo me mudé aquí.

—¿Y ya trabajabas aquí?

Miguel asintió.

—Sí, ya que me mudaba decidí instalarme cerca.

—¿Cuánto hace de eso?

—Un año. Cuando dejé mi relación con Ana.

Ella le sonrió de forma tierna.

—Aquí se vive bien.

—Sí, y tanto. En verano mejor aún —Señaló—. La playa, lugares para tomar algo... ¿Tú qué vas a hacer?

Aquella pregunta la dejó un poco descolocada.

—No te entiendo... ¿a qué te refieres?

—¿Vivías con él? —aclaró.

—No, no. Él tenía su piso y yo el mío, de alquiler. El año que viene teníamos pensado mirarnos una hipoteca.

Miguel resopló.

—Pues, en parte, tuviste suerte. Lo de la hipoteca es un fastidio. Nosotros tuvimos suerte. Ana tenía una buena nómina y el banco le concedió la hipoteca al cien por cien a ella cuando nos separamos.

—Y, ¿este piso es tuyo?

—No, no, de alquiler —Sonrió y se encogió de hombros—. Tengo intención de comprarme un piso dentro de un tiempo, cuando pueda dar una buena entrada. Esto de vivir de alquiler está bien, pero me gustaría tener algo en propiedad.

—Bueno, un piso... o una casa —continuó ella divertida, haciendo referencia a su comentario de antes.

—Exacto. Me gusta la zona de Cabo de la Huerta.

Ella estuvo a punto de atragantarse.

—Y, ¿a quién no? —bromeó.

Dio su último bocado y se apoyó contra el respaldo de la silla mientras se llevaba las manos a la barriga.

—Estoy llenísimo.

—Sí, yo también —continuó ella dejando el trozo de pizza que había comenzado sobre el plato.

—¿Cuántos días te quedas aquí?

—Todo el mes —dijo levantándose—. Tengo yogures o cucuruchos de vainilla.

Miguel negó rápidamente aún con la mano en el estómago.

—No, no, no puedo más —bromeó—, pero gracias.

Ya que estaba de pie aprovechó para coger los dos platos y llevarlos a la cocina. Los dejó en el mármol y abrió el lavavajillas. Miguel también se puso en pie y llevó los dos vasos.

—¿Y qué sueles hacer además de salir de fiesta y meterte en líos? —bromeó Miguel mientras Vanessa le devolvía una mueca graciosa.

—Sabes que lo del lío al que te refieres no fue culpa mía, ¿verdad? — continuó con ironía.

Miguel se cruzó de brazos y se apoyó contra el mármol.

—No sé yo... Yo creo que estabas deseando conocer a un policía... — bromeó haciendo que ella riese mientras ponía el lavavajillas en marcha—. ¿Siempre vas con tu amiga Amaia?

Ella chasqueó la lengua.

—Bueno, también viene una pareja: Sonia y Roberto, y Amaia ahora ha comenzado una relación con Toni, así que... —Se encogió de hombros mientras volvía a la mesa—, voy quedando con ellos de vez en cuando, tampoco quiero ir de aguantavelas siempre.

Miguel la siguió hasta la mesa y se sentó de nuevo en la silla.

—Yo salgo con un grupo de amigos. Algunos tienen pareja, pero la mayoría somos solteros...

—¿Todo sois chicos con las hormonas revolucionadas?

—Ja, ja... —bromeó Miguel—. No, la verdad es que no. También vienen chicas. Algunas son compañeras de trabajo, otras pues... amigas.

—Ajá.

—¿Cada vez que nombre a una chica vas a pensar que la he estrellado contra la pared?

—Uhhh...

—Pues no —contestó él—. He tenido una temporada de suerte, pero créeme que no siempre es así —acabó sonriendo un poco forzado. Se apoyó contra la mesa—. Por cierto, el día del atraco —comentó más seriamente—, el compañero del SAMU te conocía.

—Sí —Asintió ella—. Es un amigo —explicó, aunque nada más.

—Ah —respondió Miguel.

—De hecho, mañana por la noche vamos a salir. —Se encogió de hombros—. Si no haces nada... —continuó más tímida—, puedes apuntarte, si te apetece.

Miguel ladeó su cabeza con una sonrisa.

—Gracias. Lo cierto es que mañana he quedado con un par de amigos para tomar algo por aquí cerca.

—¿Los mismos del otro día?

Miguel hizo memoria.

—¿Pablo y Jaime? —Vanessa hizo un gesto de no saber si se refería a ellos—. Sí, con esos mismos. De hecho... —dijo riendo—, querían venir al

piso, pero les comenté que no quería molestar a la vecina, así que...

Ella enarcó una ceja.

—Pues reconozco que al principio la conversación me interesó...

Miguel comenzó a reír de nuevo.

—¿Nos estuviste escuchando?

—No te voy a mentir —Siguió con la broma—, me tumbé en la cama a oír lo que decíais. —Miguel la miraba sorprendido, aunque realmente parecía que la situación le divertía—. Estaba aburrida, ya te lo he dicho, mis amigas tienen pareja y muchas veces no sé qué hacer.

—Ya, casi prefiero no preguntar qué escuchaste.

—Nada bueno —reconoció—. De hecho, me desesperé bastante.

—Je, je... Bueno, ya no se dará más el caso. Prometo ser bueno.

—Y yo —dijo ella.

Se quedaron mirándose mutuamente. Le había sorprendido más de lo que esperaba. Ya se había llevado una buena impresión la noche del atraco y jamás hubiese relacionado a aquel policía con su vecino Miguel, el pichabrava, pero realmente era encantador.

Miguel suspiró y se puso en pie.

—Las once de la noche —dijo mientras ella también lo imitaba—. Será mejor que me vaya a descansar.

—¿Madrugas? —preguntó.

—No quiero levantarme tarde. Salgo a correr algunas mañana. —La miró de arriba abajo—. ¿Te quieres venir?

Vanessa se quedó aturdida tras aquella pregunta.

—¿A correr? —Miguel asintió—. No, dudo que pueda seguirte el ritmo.

—Podemos ir parando.

—Uhhmmm... no, mejor no —sentenció—, prefiero dormir. Estoy de vacaciones.

Miguel se encogió de hombros.

—Pues es muy bueno, así te activas de buena mañana.

—Dormiiiiir —respondió únicamente mientras lo seguía hasta la puerta.

Miguel abrió y se giró hacia ella.

—Muchas gracias por la cena, ha estado francamente bien.

Ella fue hasta la puerta.

—Ya hemos firmado la pipa de la paz —bromeó.

—Sí, es verdad —apuntó con una sonrisa.

Ella asintió.

—Y muchas gracias por la ayuda de esta tarde.

Miguel restó importancia a su agradecimiento con un movimiento de mano.

—No importa. —Atravesó el descansillo y abrió la puerta de su piso—. Si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde encontrarme. Justo enfrente.

Se quedó observándolo. Había descubierto que tenía una de las sonrisas más tiernas que había visto nunca en un hombre.

—Igualmente. Buenas noches.

—Buenas noches —pronunció Miguel.

Miguel cerró la puerta de su piso lentamente, observando cómo ella también hacía lo mismo.

Sin atisbo de duda, Vanessa superaba con creces sus expectativas, ya no solo físicamente, pues la primera vez que la había visto se había quedado prendado de ella, tanto en el atraco como al día siguiente en el juzgado. Ahora, además, debía añadir su forma de ser, la vulnerabilidad que desprendía, su porte, su sonrisa...

Miguel resopló, fue hasta su habitación, colocó la frente en el armario empotrado y se dio unos golpecitos en ella.

—No —Golpecito—. Te —Otro más—. Enamores de ella.

Jamás le había ocurrido algo así. Normalmente conocía a una chica en un bar, hablaban un rato y luego se iban a su piso. Esa era su rutina últimamente. Sin embargo, con Vanessa era diferente. No es que no tuviese ganas de llevársela a la cama, que también, pero había algo más. Las ganas de pasar más rato junto a ella, de hacerla sonreír, de saber más sobre su vida...

—Mierda. —Aquello no era bueno.

Ella acababa de salir de una relación y no aparentaba ser el tipo de chica que uno conocía en un bar y más tarde se acostaba con ella sin ataduras ni remordimientos.

Se giró y se tiró sobre la cama mientras resoplaba. Lo mejor era tomárselo con calma y dejar que los días pasasen. Ella estaría todo el mes de agosto allí, así que, si no era un simple calentón de un par de días, ya vería la forma de proceder más adelante.

Vanessa fue hasta el centro del salón y se quedó observando desde allí la pared de su dormitorio que comunicaba con el comedor de Miguel.

—Joder —susurró.

Miguel ganaba por goleada a Fede y algo que había llamado en especial su atención era que, pese a ser un picaflor, no había intentado nada con ella

aquella noche, al contrario que Fede, que sí había intentado besarla.

—Esto se puede complicar y mucho —susurró.

Lo único que tenía claro era que Sergio había salido del todo de su vida y que, aunque pareciese egoísta, la presencia de Fede y de Miguel le estaba ayudando a superarlo. El problema era que Fede le parecía mono, pero Miguel podía llegar a despertar algo mucho más intenso en ella.

¿Se estaría volviendo loca? ¿Aquellos sentimientos eran reales? ¿O simplemente una vía de escape para no recordar a Sergio?

Tragó saliva cuando escuchó unos pasos al otro lado de la pared.

Caminó hasta su habitación y se colocó ante ella.

—Maldita pared —susurró.

Por primera vez desde que había llegado al piso había dormido del tirón. Ni siquiera había escuchado a Miguel marcharse por la mañana a correr.

Había pasado parte del día esperando escucharle, pero nada. Era silencioso, muy silencioso. Sabía que se encontraba en el piso porque había escuchado la ducha por la mañana, no por nada más.

Fue hasta el armario y miró la ropa.

Desde el día anterior se sentía con fuerzas renovadas, como si hubiese iniciado una nueva etapa en su vida y, en parte, así era, una vida que podía ser mucho mejor que la que dejaba atrás.

Cogió el vestido azul y lo observó.

—Sí —dijo arrojándolo sobre la cama.

A partir de ahora se iba a hacer valer. Amaia había tenido razón desde un principio, solo que ella no había querido verlo. Estaba dispuesta a disfrutar de su nueva vida.

Había quedado en que Amaia iría a buscarla después de cenar, sobre las diez.

A las nueve de la noche comenzaba a arreglarse tras haber comido una ensalada César.

Se alisó el pelo a conciencia y esta vez se hizo unos bucles en las puntas, dándole más volumen al cabello.

El moratón de la mejilla seguía allí, pero tras una buena sesión de maquillaje casi ni se notaba. Seguramente, al día siguiente, la inflamación habría desaparecido por completo.

Cuando dieron las diez menos cuarto se puso el vestido, los tacones y se miró en el espejo. Aquel vestido le quedaba espectacular. Debía arreglarse así

más a menudo.

Fue hasta el comedor con el bolso y lo apoyó en la mesa para asegurarse de que lo llevaba todo. Aquello era como un pequeño ritual: cartera con dinero y DNI, teléfono móvil, lápiz de ojos, barra de labios y las llaves de su piso que sujetó en su mano.

—¿Ya llevas los tacones? —Escuchó la voz de Miguel—. ¿Preparada para salir?

Escuchar su voz le produjo cierta satisfacción.

—Sí, lista —contestó.

—Yo también —respondió él—. ¿Bajas?

—Sí.

Miguel sonrió tan feliz como un niño con zapatos nuevos. Había estado esperando a escucharla dirigirse a la puerta para salir de su piso.

—Al fin —susurró mientras abría la puerta. Pocos segundos después Vanessa también salió. Miguel no pudo menos que tragar saliva y apretar la mandíbula mientras se giraba para cerrar la puerta—. Joder —susurró. Llamó al ascensor mientras observaba la espalda de Vanessa que echaba la llave en ese momento. Le sonrió en cuanto se giró. Miró directamente el vestido corto que llevaba por encima de las rodillas—. No entiendo cómo las mujeres podéis caminar con esos tacones.

—A base de practicar —sonrió ella. Lo miró fijamente con gesto bromista—. Seguro que tú también podrías...

—No pienso probarlo —cortó de raíz mientras abría la puerta del ascensor.

—A no ser que debas infiltrarte en alguna misión secreta de Drag Queen —rio Vanessa.

Miguel la dejó pasar primero y apretó el botón a la planta cero. Se giró y se cruzó de brazos mientras se apoyaba contra la pared y el ascensor descendía.

—Sabes que el subgrupo de la Policía Nacional de Seguridad Ciudadana no se dedica a hacer ese tipo de misiones, ¿verdad? —rio.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca se sabe... —continuó con la broma.

—Te aseguro que no.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y en qué subgrupo hacen esas misiones?

Miguel chasqueó la lengua mientras abría la puerta del ascensor y de

nuevo la dejó pasar a ella.

Caminaron hacia el portal y salieron a la calle.

—No hay un grupo que se dedique a eso. Te estás confundiendo. Tú te refieres a la TIA, con Mortadelo y Filemón. —La miró con una sonrisa de oreja a oreja—. Y te informo que no son reales.

Ya era plena noche. Se quedaron en la acera y Miguel se giró hacia ella.

—¿Tienes que ir a algún lado?

—No, me pasan a buscar ahora en unos minutos. ¿Y tú? —preguntó ella.

Él negó.

—No, yo he quedado en un bar unas calles más abajo. Está aquí cerca. —Miró hacia los lados—. ¿Tardarán mucho? —preguntó dándole a entender que se esperaba para hacerle compañía.

—Ah, pues... —Abrió su bolso y miró su móvil, justo en ese momento vibró en su mano—. No —Se lo mostró—, ya están aquí.

Miguel asintió y no pudo evitar mirarla de nuevo de la cabeza a los pies. La Virgen, aquella chica iba a atraer a todos los chicos de la discoteca.

—¿Adónde vais?

Ella se encogió de hombros.

—Me han dicho que hoy toca algo de salsa —apuntó divertida mientras guardaba el móvil y se giraba para observar la carretera—. Mira, ahí están.

Miguel vio cómo un coche se acercaba mientras ponía los intermitentes indicando que se detenía un momento.

—Bueno, diviértete —comentó Miguel dando unos pasos hacia atrás.

—Igualmente —respondió ella mientras se dirigía al vehículo.

Vanessa entró directamente en la parte trasera.

—Hola —saludó. Se giró hacia la ventana y vio que Miguel caminaba ya calle arriba, alejándose de ellos.

—Hoooolaaaaaaa —canturreó Amaia girándose hacia atrás—. ¿Qué taaaal? —preguntó mientras Sonia ayudaba a Vanessa a ponerse el cinturón y Toni iniciaba la marcha.

—Bien, muy bien.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Sonia sentándose correctamente una vez que Vanessa había conseguido anclar el cinturón.

Vanessa colocó el bolso en sus rodillas y las miró con una sonrisa.

—Con Miguel.

—¿El poli buenorro? —preguntó Sonia.

—¿Pichica inquieta? —preguntó Amaia.

—Ehhhhh... —Se quejaron Roberto y Toni.

—Sí, con el mismo.

—¿Y qué hacías hablando con él? —preguntó Amaia fascinada.

Amaia se giró hacia ella.

—Pues resulta que Sergio, ayer, me hizo una visita...

Amaia desenchajó la mandíbula.

—¿Sergio? ¿Mi primo? —gritó.

Amaia asintió.

—Sí, tengo mucho que contaros.



16

—¡Mi primo es un idiota! —gritó Amaia tras dar un sorbo a su cubata—. Y de verdad, lo siento, no tenía ni idea de que mi madre había hablado con él. Ya le diré algo.

—No le digas nada, pobre mujer. Aún se sentirá mal. Ya no sirve de nada —respondió ella.

—Pero me encanta que “pichabrava man” saliese en tu ayuda. ¡Me encantaaaaaa! —gritó extendiendo los brazos hacia los lados—. Al final se va a posicionar como primero en la lista, ¿eh? —Luego alzó un brazo hacia arriba al ritmo de la Balada Boa de Gustavo Lima y comenzó a cantar algo parecido al portugués—. Quero curtircomvocêna madrugada. Dançar, pular que hojevai rolar. —Comenzó a dar saltos—. O tchêchereretchêchê. Tchereretchêchê. Tchereretchêchê, Tchereretchêchê, tchê, tchê...

Vanessa también se lanzó a bailar elevando sus brazos.

A pocos metros pudo ver cómo Sonia y Roberto bailaban juntos. Al menos, Amaia y Toni siempre estaban con ella. En ese momento Toni apareció

con un par de chupitos.

—Ueeeeeee —gritó Amaia quitándoselos de las manos. Se acercó a Vanessa y le entregó uno—. ¿Y Fede? ¿Le has dicho algo?

Ella negó.

—No —gritó para que su voz se escuchase por encima de la música—. He preferido no decirle nada para dejar que la cosa se enfríe un poco. Mañana le enviaré un mensaje.

Toni alzó su mano sosteniendo uno de los chupitos.

—¡A brindar! —gritó.

—¡Por el pichabrava! —chilló Amaia.

Vanessa elevó su mano y los tres bebieron el chupito de un sorbo.

Dejaron los chupitos en la barra y Vanessa sacó de su bolso un billete.

—A la siguiente invito yo —dijo mostrando el billete. Se acercó a la barra apoyándose en ella—. ¡Ehhhhh! —gritó al camarero, aunque este permanecía ocupado con un grupo de gente al otro lado.

—¿Y qué vas a decirle?

Vanessa la miró sin comprender, después de un cubata y varios chupitos le costaba comenzar a pensar.

—Pues que tres chupitos más. —rio. Luego vio la cara sorprendida de Amaia—¿A quién te refieres?

—¡A Fede! —dijo ella extendiendo los brazos hacia los lados—. ¿Vas a decirle de quedar otra vez?

Vanessa hizo un movimiento con su cabeza que denotaba inseguridad.

—No lo sé —respondió mientras controlaba al camarero—. Sé que tengo que escribirle para que se quede tranquilo. Me parece buen chico...

—Siempre va bien tener uno en reserva...

—Pero ¿qué dices? ¡Estás loca! —gritó ella conmocionada por lo que decía su amiga, por suerte, Toni estaba bailando a su lado ajeno a toda la conversación.

—Pues que la primera opción es Miguel y la segunda Fede.

Vanessa colocó la mano frente a ella y alzó el dedo índice negando.

—No, no, no...

Amaia cogió su dedo apartándoselo de la cara.

—¿Por qué no?

—Tú sabes que no soy así. —Se volvió hacia el camarero y cuando vio que se giraba en su dirección alzó los dos brazos dando saltitos—. ¡Aquí! ¡Aquí!

Aquella reacción hizo gracia al camarero que fue directo hacia ella.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Tanto Amaia como Toni se encogieron de hombros.

Vanessa resopló y se giró hacia el camarero.

—Ponme tres chupitos.

—¿De qué los quieres? —preguntó mientras cogía los tres vasitos pequeños colocándolos sobre la barra.

—No lo sé. Escoge tú.

Al camarero le agradó aquella respuesta y le hizo un *OK* con el dedo pulgar.

Se apoyó contra la barra y se giró hacia Amaia.

—¿Sabes qué? —gritó acercándose a ella—. Miguel es mejor de lo que pensaba. —Amaia dio palmas de alegría ante aquellas palabras—. Ayer, cuando estuve cenando con él, me estuvo explicando cosas...

—¿Como qué? —preguntó entusiasmada.

—De su antigua relación. ¿Sabes que le pidió matrimonio a su ex y le dijo que no? —Amaia abrió la boca sorprendida—. Cuando ella lo plantó él se mudó de Alicante y se cogió ese piso de alquiler. Lleva un año allí. ¿Y sabes cuánto llevaba con la novia? —Amaia negó—. ¡Doce años!

—¿Doce? —gritó asombrada. Vanessa asintió con ahínco—. ¡Es mucho tiempo!

—Sí.

El camarero se acercó a ellas.

—Aquí los tenéis —dijo acercando los tres chupitos.

—Toma —dijo Vanessa entregándole el billete—. Cóbrate.

Cogió dos de los chupitos y le entregó uno a Toni y otro a Amaia, luego cogió el suyo.

—Arriba —gritó Amaia—. Abajo —Los tres bajaron el chupito—. Al centro y ¡pa dentro!

Los tres lo tragaron de un sorbo.

En esa ocasión los tres tosieron y notaron cómo sus ojos se humedecían.

—Buaaaaah —Se quejó Toni—. ¿Qué has pedido? —dijo soltando el vasito en la barra.

Vanessa negó mientras se llevaba la mano al pecho.

—Le he dicho que escogiese él.

—Madre mía. —Puso una mano en la espalda de Amaia—. ¿Estás bien?

Ella asintió aunque no pudo pronunciar palabra.

Tras dejar el chupito sobre la barra, Vanessa notó cómo comenzaba a perder el control sobre su cuerpo.

De acuerdo, ya era hora de parar. Lo próximo que pediría sería un refresco.

—Ehhhhh —gritó Sonia llegando hasta ellas y abrazándose a las dos—. ¿Un cubata?

—Yo me planto —dijo Vanessa rápidamente—. Me empieza a dar todo vueltas.

—¡Anda ya! —gritó Amaia—. Ahora hay que analizar paso a paso lo ocurrido con Miguel y ver qué le decimos mañana a Fede.

—¿Decimos? —Arqueó una ceja Vanessa al ver cómo su amiga se incluía.

—Claro —Y dio unas palmaditas feliz—. Vamos... esta vez invito yo.

Eran las tres y media de la madrugada cuando cerró la puerta trasera del coche de Toni. Intentó guardar el equilibrio pero tuvo que apoyarse. Amaia reía desde el asiento delantero al ver cómo su amiga intentaba mantener el equilibrio.

—Recuerda —dijo Sonia acercándose a la venta—. Un pie primero, otro deshpueshhh...

—No intenteshh mover loshh doshh a la vez —rio Amaia mientras se asomaba por la ventana.

Toni se agachó para observarla. Tres horas antes de coger el coche había dejado de beber y era el único que iba sobrio en el coche. Roberto se había dormido y Amaia, Sonia y Vanessa habían cantado durante todo el trayecto de vuelta. De hecho, no comprendía cómo Roberto seguía dormido después de los gritos y gallos de aquellas tres.

—Espera, Vanessa —dijo Toni subiendo el freno de mano—. Te acompaño.

Vanessa dio unos pasos hacia atrás y guardó el equilibrio, luego lo señaló.

—No, no, no... —Negó con su dedo—. No hace falta, Toni. Yo controlooooo.

Toni enarcó una ceja.

—Me parece a mí que no.

—Shí, mira... —dijo girándose hacia el portal—. Uno, doshh, uno, doshh... —fue diciendo a medida que movía sus pies, aunque con los brazos

hacia los lados guardando el equilibrio.

—Eh, ¡Vanessa! —gritó Amaia desde el interior del coche—. Llama a pissshica inquieta y dile...

Vanessa se giró de inmediato y le hizo un gesto de silencio llevándose el dedo a sus labios.

—¡Shhhhh! —dijo medio agachándose pues comenzaba a partirse de la risa—, que te va a oír. —Miró de nuevo a Toni—. Mira, Toni. Llavessshh —dijo mostrándoselas—. Puerta —Señaló—. Toooooo controlaaaado. —Se giró y perdió el equilibrio mientras subía el escalón del portal.

—¿Seguro que puedes? —preguntó Toni de nuevo.

—Que shííí, que shíííí... —siguió ella de espaldas a él, intentando meter la llave en la cerradura—. ¿Por qué she mueve tantooo? —preguntó a la puerta. Fijó la mirada en la cerradura y, tras varios intentos fallidos, logró introducir la llave y darle la vuelta para que se abriese. Empujó y la puerta cedió. Se giró hacia el coche y elevó los brazos—. ¡Missshhión cumplidaaa! —Aunque se apoyó en la puerta haciéndola avanzar y estuvo a punto de caer de bruces.

Logró guardar el equilibrio y los saludó con la mano.

—Cuando te deshpiertes mañana dime algo, ¿v-vale? —dijo Amaia.

—Deshhhcuida. —Se llevó la mano a los labios y les lanzó un par de besos—. Hashhta mañana. Muak muak.

Entró en el portal notando cómo el suelo se movía bajo sus pies. Llevaban un cubata y unos cuantos chupitos cuando Sonia y Roberto se habían unido a ellos, bailando y pidiendo copas. Lo cierto era que después de lo ocurrido con Sergio y una vez decidida a iniciar una nueva vida, necesitaba desahogarse y divertirse como lo había hecho aquella noche.

Entró a trompicones en el ascensor y pulsó el botón. Luego se apoyó contra la pared mientras luchaba por mantenerse en pie.

El ascensor se detuvo y Vanessa cogió carrerilla para hacer fuerza y abrir la puerta, aunque quizá con demasiado ímpetu.

—Allá voooooy —dijo feliciana mientras empujaba la puerta y salía despedida al rellano.

Se golpeó contra la barandilla de la escalera y se sujetó para no caer.

—Eshtoy fuerte... —susurró mirando la puerta frente a la suya. Luego se quedó embobada mirando la puerta de Miguel. ¿Estaría durmiendo? ¿Si llamaba a su timbre la empotraría contra la pared? —Je, je... —rio al pensar aquello, aunque luego puso cara seria. Había bebido más de la cuenta y

aquellos pensamientos no eran nada sanos.

Giró, se apoyó contra la pared y buscó las llaves del piso, aunque enseguida se dio cuenta de que las llevaba en la mano y rio como una tonta. Intentó ponerse firme y bostezó mientras se apoyaba en su puerta, luego tropezó con el felpudo y se golpeó con ella.

—¿Un f-f-felpudoooo? —Miró hacia abajo. No recordaba que tuviese uno. En él ponía “*Bienvenido a casa*”. Una sonrisa inundó su rostro. ¿Era un regalo de Miguel?

Se apoyó contra la puerta e intentó introducir la llave pero no podía. Suspiró al ver que no atinaba.

—Ayyyyyy —gimió comenzando a desesperarse—. ¿Por qué no entraaaaass?

Resopló e hizo fuerza con la llave pero no había forma. Menuda borrachera llevaba. Cambió de mano las llaves, pues con la derecha no atinaba nada e intentó introducirla de nuevo.

—No vaaaaa —Se quejó desesperada—. Ayyyyyyyy —Pataleó.

De repente la puerta se abrió. Un hombre de unos cuarenta años con cara de sueño y el pijama puesto la observaba asustado.

—Eh, señorita, ¿qué está haciendo?

Vanessa dio unos pasos hacia atrás asustada. Recuperó el equilibrio y se puso firme.

—¿Cómo que... qué esstoy hashiendo? —preguntó gesticulando mucho—. Entrar en mi pissho... —dijo—. ¿Quién esh ushted? ¿Qué hashe aquí? —preguntó asustada.

—¿Su piso? —preguntó el hombre—. Este no es su piso —Se quejó.

En ese momento escuchó cómo una puerta se abría y alguien subía las escaleras.

—¿Cómo que no? —preguntó apoyándose en la pared—. Tengo un okupaaaa —sollozó.

—Oiga, señorita... —protestó el hombre—. Usted no vive aquí.

—¿Y dónde vivo? —preguntó ella. El hombre iba a contestar, pero desvió la mirada hacia las escaleras—. En serio... ¿qué hashhe usted a-aquí? —insistió ella.

Notó una mano en su espalda y brincó. Dio un respingo y estuvo a punto de caer, pero las manos de Miguel la sujetaron. Cuando consiguió fijar la mirada en Miguel, este la observaba con una ceja enarcada.

—Ah, mire, mire... —dijo cogiéndose a su cuello, lo que cogió por

sorpresa a Miguel que decidió sujetarla por la cintura, ya que Vanessa no parecía mantener mucho el equilibrio—, ya esstá aquí la policía... —rio. Luego miró seriamente a Miguel—. Dile quién vive aquí —ordenó señalando al hombre.

Miguel la contempló unos segundos y suspiró. Luego giró su cabeza hacia el hombre.

—Perdona, Carlos...

—¿Carlossshh? —preguntó Vanessa—. ¿Cómo que perdona? ¡Esstá en mi pisho!

Miguel volvió a prestarle atención.

—Este no es tu piso... —Le explicó—. Madre mía, menuda torta llevas.

—¿Eh? —dijo ella mirando a Miguel y luego a Carlos, sin comprender nada—. ¿Cómo que no? —dijo intentando soltarse de Miguel—. Yo vivo aquííí, frente a tiii —Señaló el piso de al lado.

—No, tú vives en la planta de abajo...

—¡No! —Se negó ella—. ¡Frente a ti!

—Pues igual que yo, en la tercera planta. —Luego señaló el letrero que había sobre el ascensor—. Estás en el cuarto piso.

Vanessa, aún sujeta a Miguel, elevó su mirada.

—Cuuaaaar-tooo —Leyó lentamente.

—¿Ves? —preguntó Miguel.

Volvió la mirada hacia Carlos.

—Uyssssth, perdone usstted —Se disculpó—. Fallo técnico. El ashcensor sheee ha e-equivocado y m-me ha traído hashhta aquí —Se excusó.

Miguel chasqueó la lengua.

—Perdona Carlos, es la vecina del tercero. La inquilina.

Carlos la miró de arriba abajo y resopló.

—¿Te encargas tú?

—Sí, claro —dijo rápidamente sujetando a Vanessa más fuerte—. Perdona de nuevo.

—Perdona, perdona, perdona... —imploró Vanessa queriendo darle la mano.

—Ya está —La cortó Miguel cogiéndola de su brazo—. Estate quieta.

Carlos cerró la puerta. Miguel la contempló. Había bebido más de la cuenta.

Vanessa giró su cabeza hacia él y, de repente, Miguel la encontró sonriendo mientras acariciaba su nuca.

—Agenteeee... —dijo como si le diese una orden—, desshaloje a eshe hombre, eshtá en mi pishooo.

Miguel resopló.

—Ese no es tu piso —comentó armado de paciencia mientras la giraba hacia las escaleras, aunque se lo pensó mejor y abrió la puerta del ascensor. Solo era una planta, pero no se iba a arriesgar a bajar con ella en ese estado—. Te has equivocado —repitió con delicadeza.

—Nooooo —exageró ella—. Él she ha e-equivocado.

—¿Quién? —preguntó metiéndola en el ascensor.

—Pueeesshh el okupaaaa.

Cerró la puerta del ascensor y, de repente, Vanessa se agarró a su cuello de nuevo.

—Tú ssshiiempre taaan profeshhhional... —comentó mientras acariciaba su nuca. Miguel sonrió, estaba bastante graciosa en ese estado—. Ssshiiempre al shervicio del shhiudadano.

Apretó el botón a la tercera planta y la sujetó de nuevo apoyándola contra la pared del ascensor.

—Verás mañana cuando te despiertes la resaca que vas a tener —bromeó—. Veo que te has divertido, ¿eh?

—Shhí, shhhí... —dijo soltándose de él y comenzó a dar unos pasos de samba, aunque Miguel tuvo que sujetarla pues no tenía estabilidad alguna—. Samba, samba... muy divertido mi amollll... uno... dosshhh —dijo intentando dar unos pasos de baile.

—Ya... —comentó sujetándola de nuevo—. Para, quieta.

—Tirirititiii... —seguía intentando bailar.

Volvió a sujetarse a su cuello.

—Tú eresshhh mi papi —dijo abrazándose a él.

—¿Qué? —preguntó sorprendido mientras ella colocaba la frente en su hombro.

—Papi, papi, papishhhulo... —contestó.

—¿Me has llamado papi? —preguntó asombrado. Las puertas correderas del ascensor se abrieron mientras la sujetaba—. Venga, dame las llaves de tu piso... —Vanessa no se movió—. ¿Vanessa? —dijo dando unos golpecitos en su espalda para que reaccionase.

—Mmmmmmhjjff... —contestó sin moverse.

—Las llaves de tu piso —repitió.

—Matarile, rile, rile.

Miguel suspiró y se vio obligado a arrastrarla prácticamente fuera del ascensor.

—¿Están en tu bolso? —preguntó sacándoselo por el cuello, aunque ella volvió a dejar caer la frente en su hombro mientras él rodeaba su cintura con un brazo manteniéndola en pie—. Eh, Vanessa... ¿dónde están las llaves? —dijo intentando rebuscar en el bolso, aunque al intentar sujetarla no podía hacer las dos cosas a la vez.

—Matarile, rile, ron chimpón—susurró ella de nuevo.



17

Se giró en la cama y ronroneó. Estaba cómoda. El colchón era blandito, aunque la luz que entraba por la ventana le molestaba demasiado.

Abrió los ojos lentamente.

—Ayyyyy... —sollozó.

Ahí estaba. El efecto de haber bebido demasiado la noche anterior. Se analizó durante unos segundos. No tenía ganas de vomitar, del estómago estaba bien, pero la cabeza le dolía como si la amartillasen.

Fijó su mirada al frente. Un armario empotrado medio abierto se encontraba delante de ella. Se quedó observándolo y arrugó su frente. Miró hacia el techo donde unos focos apagados permanecían anclados. Giró su cuello y observó la ventana. La persiana estaba subida a más de la mitad de su recorrido.

Se removió quitándose la sábana que tenía encima. Allí hacía mucho calor. Se medio incorporó. ¿Dónde estaba?

—Ayyyy —sollozó una vez más mientras se llevaba las manos a la cara y

se apartaba el pelo.

La puerta de aquella habitación estaba abierta, dejando ver parte de un comedor con muebles mucho más modernos que los del suyo.

De repente una visión la dejó sin respiración. Miguel pasaba ante la puerta con una toalla blanca enrollada a la cintura.

Tragó saliva y miró a ambos lados de la habitación. Había una mesita al lado con un despertador digital que marcaba las doce y media del mediodía. ¿Estaba en el piso de su vecino Miguel?

Miguel dio unos pasos hacia atrás, pues de reojo le había parecido ver que Vanessa se había incorporado sobre el colchón. Se encontraba apartándose bastante nerviosa el pelo de la cara.

—Eh, hola —dijo colocándose bajo el marco de la puerta, cruzándose de brazos y apoyándose en él.

Vanessa fijó su mirada en él. Aquella imagen la dejó sin respiración. La primera vez que se habían visto en persona él iba sin camiseta, desnudo de cintura para arriba, pero al menos llevaba pantalones cortos. En esta ocasión, solo lo cubría una fina toalla blanca que no le llegaba ni a las rodillas y la imagen era realmente imponente.

Sí, sin duda salía a correr a menudo y, además, tenía la certeza casi absoluta de que Miguel también hacía abdominales y flexiones.

—¿Qué... qué hago aquí? —preguntó nerviosa.

Llevó las manos hasta debajo de la sábana notando que la falda de su vestido se le había subido hasta las caderas. Al menos, llevaba la ropa interior puesta, lo cual era un alivio.

—¿No lo recuerdas? —preguntó Miguel con la mirada clavada en ella.

Vanessa miró de nuevo hacia los lados, al lado de la cama estaban sus zapatos y su bolso. Volvió a centrar la mirada en él y negó.

—No... —susurró acongojada.

Miguel le dedicó una sonrisa traviesa y avanzó con lentitud hacia ella, ante la mirada atónita de Vanessa. Se sentó lentamente y colocó su mano cerca de la de ella.

—¿De verdad no recuerdas nada de lo que ocurrió? —preguntó esta vez con un tono de voz más acaramelado.

En ese momento se le heló la sangre.

No, aquello no podía ser, no había sucedido nada con Miguel, ¿no? Sin embargo, la mirada que él le dedicaba le hacía intuir que algo sí había ocurrido.

—Madre mía —susurró ella—. No, no habremos...

—Fue maravilloso —susurró Miguel con una sonrisa—. ¿De verdad que no recuerdas nada? —preguntó esta vez con cierto dolor.

Vanessa se quedó mirándolo fijamente. Tragó saliva sin saber cómo reaccionar ante aquello, pues la mirada de Miguel parecía defraudada.

—No, yo... lo siento... no...

Miguel soltó una carcajada y se levantó de golpe de la cama sujetándose la toalla.

—¡Es broma! —Se rio. Vanessa lo miraba fijamente, sin dar crédito a lo que él estaba haciendo—. Te equivocaste de piso y quisiste entrar en el de arriba —Señaló—. Montaste un buen espectáculo. —Se encogió de hombros—. Luego me bailaste una samba en el ascensor...

—Ay, ay, ay —susurró Vanessa mientras cerraba los ojos con fuerza y se llevaba la mano a la frente—. Me llamaste agente, mi amor, papi, papi chulo... —rio Miguel que parecía divertirse al explicar todo aquello—. Y como te me dormiste en el hombro y no podía cargar contigo y buscar las llaves en tu bolso a la vez decidí traerte aquí.

Vanessa resopló, se quitó las manos de la cara avergonzada y elevó la mirada hacia él.

—¿En serio? —preguntó como si no diese crédito.

Miguel asintió.

—Fue una experiencia entretenida. —Se quedó pensativo—. Mira que he tratado con borrachos, pero ninguno me había dedicado unos pasos de baile como tú.

Aquella frase hizo que Vanessa volviese a resoplar y hundiese su rostro entre sus manos.

—Joderrr —Escuchó que susurraba ella—. Entonces, no... no...

Miguel enarcó una ceja hacia ella.

—Te cargué en brazos y te dejé en la cama —comentó él—. Estabas frita.

Vanessa tragó saliva nerviosa mientras se pasaba las manos por el pelo intentando ordenarlo.

—Y... ¿has dormido...?

—¿Aquí? —preguntó divertido—. No, he dormido en el sofá —explicó con una sonrisa mientras iba al armario y cogía una camiseta y unos pantalones. Luego se encogió de hombros—. No sé si sería por la postura que cogiste, pero roncabas un poco... —dijo dirigiéndose a la puerta.

—¿Qué?

—Sí... roncabas un poco —remarcó—. No era continuo —siguió explicando—, pero a veces inspirabas bastante profundo y no me dejabas dormir.

Vale, se estaba riendo de ella. En parte, mejor así a que le echase bronca por su comportamiento.

Desapareció de su vista, momento que Vanessa aprovechó para incorporarse en la cama y sentarse en el lateral. No estaba muy mareada, si bien el dolor que sentía de cabeza aumentaba o, cuanto menos, era más consciente de él.

Llevaba el vestido puesto. Miguel se había encargado de quitarle los zapatos y tapparla con la sábana. Menudo ridículo tuvo que hacer. Recordaba intentar abrir la puerta de su piso y luego subir al ascensor en compañía de alguien, pero nada más, ni siquiera de que fuese él su acompañante.

Se pasó la mano por la cara y se puso en pie. Durante unos segundos sintió un poco de mareo, pero se recuperó rápidamente.

Avanzó descalza por la habitación y salió al salón justo cuando se estrelló contra Miguel que venía en dirección contraria.

—¡Ay! —dio un paso atrás, aunque Miguel la cogió del brazo de inmediato—. Estoy un poco desubicada.

—Ya veo —contestó soltándola lentamente.

Se había puesto una camiseta azul oscuro y unos tejanos. Miguel se veía fresco tras la ducha, con vitalidad. Ella, al contrario, debía de tener una pinta horrible.

—Perdona —balbuceó.

—Nada, no pasa nada. Todos hemos cometido alguna locura —dijo alejándose de ella y dirigiéndose a la cocina.

La distribución de su piso era igual que la del de ella, aunque estaba mucho mejor decorado. Tenía ojos de buey en el salón y en la cocina. La pared frente a ella estaba pintada de rojo, dándole un aspecto moderno a toda la estancia y, al lado, había un enorme sofá de tela de color gris. Instintivamente, clavó la mirada en aquella pared.

“La pared”, pensó. ¿Esa era la pared que daba a su dormitorio?

Resopló y se giró.

—¿Puedo ir un momento al baño?

—Claro, tú misma —comentó de espaldas a ella.

Vanessa entró al aseo y cerró la puerta tras de sí. Se miró en el espejo. Tenía la máscara de pestañas corrida y el párpado inferior un poco

ennegrecido.

—Menuda cara —gimió mientras abría el grifo—. Parezco un mapache.
Formó un cuenco con las manos y se mojó la cara repetidas veces.

Tras varios minutos intentando parecer lo más normal posible salió del aseo. Miguel había puesto dos vasos sobre la mesa y varias tostadas.

Se giró hacia ella desde la cocina.

—¿Café? —preguntó enseñándole la cafetera.

Vanessa estuvo a punto de hacer un puchero.

—Síííí —sollozó.

—Siéntate, anda —Le señaló la mesa.

—Gracias... —susurró mientras él se acercaba y llenaba su vaso—. Eres un cielo —dijo casi sin pensarlo, aunque no le dio mayor importancia y dio un sorbo al café. Necesitaba espabilarse como fuese y volver a ser persona.

Miguel se sentó frente a ella y se sirvió también en su vaso.

—¿No te echas azúcar? —preguntó pasándole el azucarero.

Ella asintió, aunque se echó solo media cucharada. Dio otro sorbo y cerró los ojos intentando calmarse. Aquella, sin duda, era la situación más vergonzosa que había vivido nunca. Cuando abrió los ojos Miguel la miraba fijamente, analizándola, en silencio.

—De verdad, lo siento mucho. —Miguel negó—. Te aseguro que no suelo comportarme así...

—Ya te he dicho que no te preocupes, todos hemos cometido locuras.

—Ya, pero... —Lo miró bastante tímida—, ¿te llamé papi chulo?

Miguel dio un bocado a una de las tostadas y la contempló fijamente. Cuando miraba así imponía bastante. ¿Sería así como miraría a los detenidos?

—Y me cantaste dónde están las llaves matarile, rile, rile...

Vanessa resopló.

—Lo siento, de veras. —En ese momento Miguel sonrió y negó de nuevo—. ¿Armé mucho follón?

Miguel dio otro bocado a la tostada y le sirvió una en su plato.

—Come algo —dijo pasándole la mantequilla, luego se encogió de hombros—. Bueno, digamos que le diste un buen susto a Carlos, el vecino del cuarto —explicó—. Eran las tres y media de la madrugada e intentaste entrar en su casa forzando la cerradura... —Vanessa suspiró—. Por suerte, te escuché antes de que le diese por llamar a la policía.

Vanessa parpadeó varias veces.

—¿Y hubieses venido tú?

—Estoy de libranza, pero mañana me toca trabajar de nuevo. Hubiesen venido mis compañeros —rio.

Ella agachó la cabeza y se llevó la mano a la cara.

—Qué vergüenza...

—A mí me pareciste muy graciosa. Por lo menos no te pusiste agresiva. Muchos lo hacen y hay que reducirlos... —Y acabó dándole a aquella frase un matiz cómico.

Ella puso los ojos en blanco y dio otro bocado a la tostada. Le estaba sentando divinamente y se notaba un poco más espabilada que en los minutos anteriores.

—Gracias por venir a buscarme —susurró.

Miguel le guiñó un ojo.

—Como me dijiste ayer: la policía siempre está al servicio de la ciudadanía.

—Ay... Dios... Dime que no dije eso... —Vanessa agachó la cabeza abochornada mientras Miguel reía. Luego él miró sobre la mesa y se puso en pie.

—Perdona, no te he ofrecido leche, ¿quieres?

Ella finalmente alzó sus ojos hacia él, visiblemente avergonzada.

—Sí, por favor —susurró.

Miguel sacó una botella de leche.

—¿La quieres caliente? —Ella negó. Fue hacia la mesa y dejó la botella sobre ella—. Recuerdo la primera resaca que pillé en mi vida... —Ella lo observó de reojo mientras se echaba un poco de leche en el vaso—. Tenía unos dieciocho años —continuó sonriente—. No sé ni lo que llegué a beber, lo único que sé es que cuando llegué a casa de mi madre no pude subir las escaleras hasta mi habitación...

—¿Te quedaste dormido en las escaleras? —preguntó divertida.

Miguel asintió.

—Mi madre me despertó a la mañana siguiente golpeándome con la escoba —rio rememorando aquella vivencia—, y bastante fuerte —puntualizó.

—Te caería una buena bronca.

—Uhhmm... bastante tuve con la resaca, aunque sí, durante unas semanas me miraba con ira. —Ladeó sonriente su cabeza—. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años. Créeme, lo peor fue la regañina de mi padre.

—Vaya, lo siento.

Miguel se encogió de hombros.

—Aunque estén divorciados he tenido mucha suerte. Los dos se llevan bastante bien y siguen hablando a menudo. —Le indicó con la mano y dio un sorbo a su café—. Mi padre es inspector de policía. Ahora mismo trabaja en Almería —explicó—, pero hace seis años vivía también en Alicante. Y bueno, cuando me tocó el siguiente fin de semana irme con él... —Hizo un gesto abriendo mucho los ojos—, me recibió con una buena terapia de shock. De hecho, si ya tenía claro que jamás iba a volver a cogerme una borrachera como aquella, mi padre me acabó de convencer. Me sentó frente a él y me dijo: “*Hijo mío, esto lo hago porque te quiero*”. Me hizo beberme una botella de ron con él. Ahí sufrí mi segunda resaca y fue peor que la primera. Estuve todo el fin de semana vomitando y con dolor de cabeza. Desde entonces vigilo bien qué bebo.

—Menuda terapia te hizo, ¿no?

—Sí, mi padre era un hombre duro. —Sonrió más forzado—. Pero vamos... que no he vuelto a estar borracho nunca más. Me quitó las ganas para esta vida y las tres siguientes.

—Yo no voy a volver a beber más, no al menos para pillarla como ayer.

—Ajá, bien, bien...

Vanessa suspiró.

—Te molesté mucho, ¿verdad?

—No, de verdad que no —dijo. Le dio otro bocado a la tostada y se sacudió las manos—. No te preocupes, en serio.

—¿Estabas durmiendo?

—Uhhmmm...

—Estabas dormido —confirmó ella.

—Más o menos. No del todo —aclaró él—. Yo volví sobre la una de la madrugada. Un par de cervezas y para casa.

Ella resopló.

—A la una comenzaba yo a beber todo lo que pillaba... —Dio un sorbo al café con leche—. Mira que le dije a Sonia que no quería más, pero nos estábamos divirtiendo y yo estaba bastante nerviosa desde el día en que apareció Sergio que me ofrecieron brindar una y otra vez porque había logrado sacarlo de mi vida...

—Eso se merecía un buen brindis —La señaló.

Vanessa se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Lo mío fue bastante más calmado. Estuve planeado las vacaciones...

Aquello la cogió desprevenida.

—¿Te vas de vacaciones? —preguntó directamente.

Miguel se encogió de hombros.

—Cojo vacaciones la semana que viene.

—¿Y te vas a algún sitio?

—No —comentó—. Pero iré haciendo escapadas. Me gusta mucho la montaña y un amigo mío tiene un barco.

—¿Vas a hacer un crucero? —bromeó.

—Qué va. Pero sí que vamos un par de días de aquí para allá o visitamos alguna cala... En plan tranquilo, ¿sabes? —explicó.

Ella lo miró y le sonrió con ternura.

—Unas merecidas vacaciones.

—¡Ajá! —confirmó él—. Por cierto, me dijiste que tus amigas tienen pareja, ¿verdad? —Ella asintió mientras daba otro sorbo a su café—. Si te apetece, podrías venirte con nosotros.

Ella lo miró confundida.

—¿Con vosotros?

—Sí —dijo sin darle mucha importancia—. El padre de Pablo tiene un yate. Tiene varios camarotes, así que en verano siempre planeamos una escapada. Suelen ser un par de días o noches, no más. También vienen chicas. Te lo pasarías bien.

Aquel ofrecimiento la dejó sin palabras.

—Gra... gracias —comentó totalmente sorprendida—, pero... me da un poco de vergüenza, no los conozco.

—Bah... son muy amigables. Además, fue el mismísimo Pablo quien me lo ofreció.

—Ah, ¿sí? —preguntó más sorprendida aún.

—Claro, no podría invitarte sin que él me lo hubiese ofrecido primero. —Se levantó del asiento y fue hacia la nevera—. ¿Zumo de naranja? —ofreció. Ella negó—. Les expliqué que tenía vecina nueva y que salías con un grupo de amigos que tenían pareja, así que él mismo me comentó que si estabas aburrida y te querías apuntar no había inconveniente por su parte.

—Ah... pues... —reaccionó no muy segura.

Miguel se sentó frente a ella y se echó un vaso de zumo.

—¿Seguro que no quieres?

—No, no...

—Lo que solemos hacer es un bote. Ponemos cada uno cincuenta euros y

con eso se compra comida y bebida para tener en el yate. Luego, cuando salimos, cada uno se paga lo suyo, pero vamos... en principio no salimos mucho del yate.

—Uhhmmm...

—No te marearás, ¿verdad?

—No, no —contestó ella.

—Bueno, pues ya sabes, si te apetece estás invitada.

Ella asintió.

—Muchas gracias... —continuó sin saber muy bien cómo reaccionar—. Les preguntaré a Amaia y a Sonia si tienen algún plan. Porque a ver, ¿cuándo queréis ir?

—Dentro de una semana. Yo mañana comienzo a trabajar y hago seis días seguidos.

—¿Seguidos?

—Sí, bueno, me varían el horario según el día: mañana, tarde o noche —explicó rápidamente.

—Les comentaré si tienen algo pensado... tampoco me gustaría dejarlos tirados.

—Claro, sin problema. —Dio un sorbo—. Ya me dirás. Por cierto —dijo cogiendo el teléfono móvil que llevaba en su bolsillo—. ¿Me das tu número? —Luego le sonrió—. Para cualquier emergencia que te pueda surgir, ya sabes...

Se lo dijo casi sin pensar.

—Te envío un mensaje para que tengas el mío.

—Vale —susurró ella.

Dejó el móvil sobre la mesa y acabó de un sorbo el café. Luego se quedó apoyado contra la silla, observándola.

De madrugada, cuando se había despertado al escuchar que el vecino abría la puerta de la planta superior y oír la voz de Vanessa a continuación, no había dudado ni un segundo en subir a buscarla. Ya se imaginaba lo que ocurría.

Le había divertido bastante cuando ella lo había rodeado con los brazos y le había llamado papi y, ahora, estaba sentada frente a él, evitando su mirada y en actitud entre compungida y avergonzada.

Vanessa dio un sorbo a su café y se puso en pie.

—¿Qué haces? —preguntó levantándose él también.

—Te... te ayudo recoger....

—Va, déjalo, son solo dos vasos y dos platos —bromeó él rodeando la mesa para acercarse.

Por todos los santos, él estaba impecable y ella tenía unas pintas horribles.

—Creo que... que voy a ir a mi piso a darme una ducha.

Miguel asintió.

—Te irá bien, seguro.

Vanessa caminó con premura hacia el dormitorio, se puso los zapatos y cogió el bolso. Se quedó contemplando la cama unos segundos y volvió hacia el comedor donde Miguel ya estaba colocando los platos en el lavavajillas.

Se detuvo frente a él.

—Muchas gracias por todo —susurró—. Por lo de ayer y por el desayuno.

—No hay de qué —respondió con una gran sonrisa.

Ella asintió y cuando Miguel se puso frente a ella se quedó contemplándolo unos segundos. Sin lugar a duda, ahora lo tenía más claro que nunca, Miguel era el chico más atractivo que jamás había conocido. Notó cómo se le ponía la piel de gallina al tenerlo tan cerca.

Resopló y dio unos pasos hacia atrás hacia la puerta.

—Uhhmm... muchas gracias, de verdad —comentó abriendo la puerta.

Miguel elevó su mano despidiéndose con una sonrisa divertida.

—Que vaya bien la ducha —canturreó mientras Vanessa cerraba la puerta.

Suspiró y rebuscó en su bolso las llaves de su piso. Entró directamente y se quitó los zapatos.

—Tierra, trágame —suplicó en un susurró.

Se quitó el vestido llevándolo al cubo de la ropa sucia para más tarde poner una lavadora y abrió el bolso. El móvil estaba a punto de quedarse sin batería. Fue hasta la habitación, lo conectó para que no se apagase y vio que tenía un mensaje de Miguel en el que ponía: "*Hola, soy Miguel*".

Guardó el número en la agenda de su móvil y fue al aseo. Se observó en el espejo y sollozó.

¿Y la había visto con esas pintas? Necesitaba una ducha pero ya.



18

No sabía cuál era su horario, solo que en toda la mañana no había escuchado ruido alguno.

Definitivamente, nunca más se cogería otra borrachera así.

Sí, había sido divertido mientras estaba en la discoteca, la había ayudado a evadirse de todo lo ocurrido, pero realmente no compensaba el mal día que había pasado el día anterior.

Esa mañana aún le dolía la cabeza, aunque con el paso de las horas el dolor había remitido progresivamente.

Había decidido no ir a la playa, necesitaba recogerse un par de días en su piso.

Tras hablar con Amaia y explicarle lo que había ocurrido el día anterior, y después de que su amiga se hubiese tronchado de la risa, había dudado en explicarle la proposición que Miguel le había hecho. Eso prefería explicárselo en persona.

Se había sentado en el sofá y miraba atenta el privado de Fede.

¿Qué hacía?

Sabía que Fede buscaba algo con ella y, en parte, era un chico serio. Miguel, por otro lado, era mucho más atractivo y, aunque en la actualidad era un ligón empedernido, había algo en él que le atraía más.

Tenía claro que, si tuviese que elegir entre los dos, se quedaría con Miguel, pero aquello era solo una fantasía y tampoco era justo para Fede que, tras lo del otro día, ella no le dijese nada.

Ya había dejado pasar un día entre medias para relajar el ambiente, pero lo cierto es que el chico era agradable con ella.

Se decidió por fin y tecleó sin darle más vueltas.

Vanessa: Hola Fede, ¿qué tal?

Envió el mensaje y suspiró. También tenía el móvil de Miguel, aunque con él todavía no había hablado a través del *WhatsApp*, además, a esas alturas del día estaría trabajando y no quería interrumpirlo.

La respuesta de Fede no tardó en llegar.

Fede superhéroe: Hola Vanessa, preparándome para ir a trabajar.

Miró el reloj: eran las tres de la tarde.

Vanessa: ¿Entras a las tres?

Fede superhéroe: A las cuatro.

Vaya, no es que estuviese muy parlanchín el chico, aunque si se estaba preparando para ir a trabajar tenía mucha lógica su comportamiento. La aplicación del móvil le indicó que Fede estaba escribiendo.

Fede superhéroe: Bueno, ¿y cómo va todo?

Vanessa sonrió. Tampoco quería perderlo de vista por lo del otro día, le caía bien.

Vanessa: Pues bien. Salí de fiesta el otro día con las amigas.

Fede superhéroe: ¿Y todo bien?

—Mmmmmh —murmuró no muy segura.

Vanessa: Sí, todo muy bien.

Vanessa: ¿No tienes vacaciones?

Fede superhéroe: Ya las hice. En julio.

—Es verdad —pronunció Vanessa—, que me lo dijo.

Vanessa: Es verdad, si me lo dijiste y todo.

Dudó de nuevo y volvió a escribir.

Vanessa: El día que tengas libre avisame y vamos a tomar algo, si te apetece.

Vanessa: O si quieres te aviso yo cuando vuelva a salir con mis amigas.

Fede tardó un poco en contestar.

Fede superhéroe: De acuerdo.

Parpadeó varias veces. Vaya, ahora estaba segura de que se sentía un poco ofendido con ella. No debió tomarse muy bien su rechazo. Suspiró y miró con atención la pantalla.

Vanessa: Que vaya bien la tarde.

Vanessa: Un abrazo.

Fede superhéroe: Otro.

—Pues vaya —susurró.

También era normal que él se comportase así, seguramente se sentía un poco avergonzado y dolido. Ella sentía lo mismo con respecto a Miguel tras la escena que le había montado el día anterior.

Escuchó cómo la puerta de Miguel se abría y depositó el móvil en el sofá mirando hacia la pared de su dormitorio. Captó el sonido de unas suaves pisadas y luego el grifo de la ducha al abrirse. La imagen en su mente de Miguel en la ducha la dejó sin respiración.

Resopló y apoyó la cabeza contra el respaldo. No podía tener esos pensamientos con él. Sabía de qué era capaz Miguel y, aunque los últimos días se había contenido, conocía de sobra la forma de actuar que tenía: vivir la vida sin preocupaciones ni obligaciones en referencia al amor.

¿Cómo podía pasar de odiarlo a sentirse atraída por él?

Escuchó cómo ponía la televisión y se sentaba a la mesa, seguramente estaría comiendo.

Cogió el libro y siguió leyendo mientras pasaban los minutos.

—Eh, ¿estás por aquí? —Escuchó finalmente la voz de Miguel.

Vanessa sonrió y se puso en pie acercándose a la habitación.

—Sí, aquí estoy.

—Como estás tan calladita...

—Pues como siempre, ¿no? —bromeó.

—No, como siempre no —dijo con ironía—. ¿Qué haces?

Vanessa miró el libro que sostenía entre sus manos.

—Leyendo.

—¿Y qué lees?

—Un libro —contestó ella.

—Eso ya me lo imagino..., pero ¿romántico o qué? —preguntó con ironía.

Ella sonrió divertida y se sentó en la cama.

—Pues da la casualidad de que sí.

—Ohhhhh —Escuchó que decía él.

Se tumbó en la cama mientras él se dirigía a la cocina. Seguramente estaría recogiendo la mesa.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó ella.

—Bien, la mañana ha sido bastante tranquila. Lo peor son los turnos de tarde y de noche.

—¿Y haces muchos? —preguntó con interés.

—Dos días de mañana, dos de tarde y dos de noche. Luego tengo cuatro días de descanso.

—Ah, pues es buen horario —comentó—. Mejor que el de una farmacia, te lo aseguro.

—Ya, pero lo tuyo no es tan peligroso —comentó con voz grave.

—Pffff... —respondió ella—. Una vez me atracaron en la farmacia.

Miguel acabó de meter el plato en el lavavajillas y lo encendió.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Entró una persona con un casco de moto puesto y nos atracó con una navaja.

—Vaya. ¿Y se llevó mucho?

—Bastante, pero la policía lo cogió poco después y lo recuperamos todo.

—Qué eficientes somos, ¿eh? —bromeó—. ¿Qué haces esta tarde?

Vanessa se sentó en la cama. ¿Querría quedar? Notó cómo el corazón se le aceleraba.

—No lo sé, iba a hacerme un café y seguramente leeré un rato más. Luego puede que vea una peli. —Tragó saliva—. ¿Y tú?

—Voy a echarme una buena siesta —contestó con convicción.

“Mi gozo en un pozo”, pensó.

—No pondré la tele alta —contestó como si nada.

—Gracias, vecina.

Así que básicamente era eso: necesitaba descansar y la informaba de que se iba a echar una siesta para que ella no hiciese ruido.

—Pues qué bien —susurró mientras se bajaba de la cama—. Que descanses —comentó alzando más la voz y saliendo ya de su dormitorio.

—Lo intentaré. Por cierto... —dijo apresurado—, ¿sabes ya algo de lo del barco? ¿Te vendrás o no?

Ella tragó saliva y se giró bajo el marco de la puerta.

—No lo he hablado con mis amigas. Mañana las veré, así que les preguntaré si tienen algo preparado.

—De acuerdo. Pues ya me informarás.

—Claro. Venga, a dormir —dijo a modo de orden.

—Allá voy. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!

Cerró la puerta por si ponía la tele que no le llegase el ruido y fue hacia la cocina. Tal y como había dicho haría café y se pasaría la tarde leyendo. Un día de relax.

Abrió los armarios y buscó la cafetera. La había visto por algún lado.

—Aquí está —dijo cogiéndola.

La abrió y la olió.

No estaba sucia, pero le daría un agua igualmente.

La abrió y abrió también el grifo para que cayese agua en el interior de la cafetera italiana mientras buscaba el café molido que había traído de casa.

En ese momento algo captó su atención, era un sutil tintineo.

—¿Qué es eso? —susurró dejando el bote de café sobre el mármol.

Avanzó mirando los muebles. Se escuchaba algo que cada vez cobraba más intensidad.

Miró el suelo de toda la cocina, los muebles. No había nada.

De repente, su mente volvió a la conversación que había mantenido con la propietaria.

—La tubería que pierde agua —Se recordó a sí misma.

Corrió al armario que había bajo el fregadero y lo abrió. Una fina cascada caía de la tubería empotrada en la pared.

—¡Mierda! —gritó levantándose para cerrar el grifo—. ¡Lo que me faltaba!

Se agachó y comenzó a sacar las cosas del armario dejándolas en el suelo. Cogió un pequeño cuenco y lo puso junto a la pared, justo por donde se precipitaba el agua.

La tubería estaba suelta. La palpó. El agua caía de la junta de la pared.

Resopló e introdujo el brazo hasta el final. La goma que unía las dos tuberías no estaba bien puesta y hacía que el agua se filtrase justo en la unión del bajante.

Intentó apretarla un poco más y se descubrió con la tubería en la mano.

—Mierda, mierda, ¡mierda! —gritó mientras el agua comenzaba a caer con fuerza. Puso el cuenco debajo, pero la tubería estaba llena de agua y pronto todo se inundó por completo.

Miró a ambos lados asustada.

—El cubo de fregar —dijo viéndolo al final de la cocina.

Corrió hacia él, lo cogió y lo introdujo en el armario colocándolo en la fuga. Suponía que dejaría de salir agua en cuanto la tubería se quedase vacía, pero la velocidad con que se derramaba el agua haría que el cubo se llenase de inmediato.

Corrió hacia la mesa y cogió el móvil para llamar a la propietaria justo cuando escuchó la voz de Miguel de fondo.

—¿Pasa algo?

Vanessa abrió la puerta de su habitación para poder hablar mejor con él.

—La tubería de la cocina —Se quejó—. Se me está inundando todo.

Corrió hacia la cocina y vio que el cubo de la fregona estaba ya medio lleno.

—Ábreme —Escuchó que decía Miguel.

Vanessa resopló, fue hacia la puerta y abrió dejándola entornada para cuando él llegase.

Corrió debajo del fregadero y buscó algo que poner para sustituir al cubo de la fregona una vez se llenase.

Pero ¿cuánta agua había ahí?

Miró por todos lados y observó un jarrón con flores de tela.

—Mejor eso que nada —Corrió hacia el jarrón y estaba sacando las flores de tela cuando Miguel entró por la puerta acelerado con una caja de herramientas en la mano.

La observó enarcando una ceja y luego miró hacia la cocina.

Vanessa estaba empapada, las gotas de agua resbalaban por su rostro y sujetaba unas flores blancas en su mano.

—¿Crees que es buen momento para ponerte a redecorar el piso? —preguntó mientras corría hacia la cocina. Se agachó frente al armario abierto y miró el cubo—. Se va a llenar —informó—. ¿Qué puedo poner para...?

Vanessa colocó el jarrón frente a su rostro.

—Es lo único que he encontrado.

Miguel resopló y cogió el jarrón.

—Aparta —Le indicó. Sacó el cubo de fregar lleno de agua y colocó el jarrón. Salió con el cubo de fregar disparado hacia el lavabo y vació en el retrete toda el agua.

—Se está llenando —gritó Vanessa con urgencia.

—Ya voy, ya voy —dijo él mientras corría hacia allí.

—¿Es que no va a parar de salir agua? —gritó desesperada.

—Ya parará —dijo arrodillándose a su lado. Cambió el jarrón por el cubo de fregar y se lo dio—. Toma, vacíalo. —Se lo tendió mientras abría la caja de herramientas.

Cuando Vanessa volvió Miguel manipulaba con los dedos el interior de la tubería. Lo observó sin agacharse. Se había mojado su camiseta de manga corta color blanco y por la parte de los hombros esta se pegaba a su piel.

Estuvo a punto de arrodillarse en el suelo y comenzar a adorarlo. ¡Qué cuerpazo!

—Mira —dijo Miguel mostrándole una goma.

Vanessa se obligó a despertar de su sueño y miró lo que le mostraba.

—¿Qué es eso?

—Con esta goma no se filtra el agua, pero está podrida. —Buscó en su caja de herramientas—. No me extraña que haya fugado agua. ¿Cuánto hacía que no cambiaban esta tubería?

—Uhhmm... no lo sé. La propietaria del piso ya me avisó de que esto podía pasar.

Cogió el trozo de desagüe que había dejado Vanessa sobre el mármol y lo miró observando cómo colocarlo.

—¿Lo has arrancado de cuajo? —bromeó mientras se metía un poco en el armario.

—No, se ha salido solo. Estaba muy suelto.

—Ya, no me extraña —pronunció haciendo fuerza.

Vanessa se agachó un poco para observar.

—¿Ya no sale agua?

—Muy poca —contestó Miguel en el mismo tono.

Se cruzó de brazos y chasqueó la lengua.

—La propietaria del piso me explicó que su marido lo había puesto todo a punto unos días antes de que yo llegase.

—Pues la goma no la cambió —insistió Miguel.

Vanessa suspiró y cogió su móvil.

—Voy a llamarla.

—¿Para qué?

—Pues para decírselo.

—Ahora ya está —dijo saliendo de debajo del armario. Se puso en pie y abrió un poco el grifo. Se agachó de nuevo para observar que no se filtrase el agua.

Vanessa igualmente marcó el número de la propietaria. Prefería

mantenerla informada de lo que había ocurrido, aunque ahora ya estuviese arreglado. Además, no quería quedar mal, pero Miguel no tenía por qué hacerse cargo de los desperfectos de aquel inmueble.

—Hola señora Hernández... —saludó Vanessa.

Miguel se giró y enarcó una ceja hacia ella.

—¿La estás llamando? —preguntó boquiabierto. Ella asintió.

—Sí, todo bien. Es solo que, ¿recuerda que me dijo que el grifo de la cocina...? —Se quedó callada unos segundos—. Sí, eso mismo. Ha comenzado a salir agua. —De nuevo se quedó callada mientras Miguel negaba y volvía su atención hacia la tubería. Se levantó, abrió más el grifo dejando que saliese agua a chorro y volvió a agacharse para controlar—. No, ahora ya está. Miguel, el vecino de... Sí, el mismo. Lo ha arreglado.

Escuchó el suspiro de Miguel desde ahí.

—Sí, de acuerdo. —Le tendió el teléfono a Miguel—. Quiere hablar contigo.

Miguel resopló y se secó las manos con un trapo, luego cogió el móvil mientras le dedicaba una mirada de fastidio a Vanessa.

—Hola señora Hernández, no se preocupe. Ya está todo. —Vanessa se agachó para observar que ya no se filtraba el agua por la tubería. Miguel estaba hecho un manitas—. No, no, no pasa nada. Era la goma, estaba podrida y se ha comenzado a salir el agua. —Vanessa se acercó al armario para extraer el cubo, pero Miguel la disuadió con un golpecito en el hombro. Luego negó con su mano.

—No, no es nada. Una goma de esas vale unos pocos céntimos, no se preocupe. No tiene importancia.

Vanessa suspiró al escuchar aquello.

—De nada.

Miguel colgó y le tendió el móvil a Vanessa.

—No saques el cubo de ahí hasta que pasen un par de horas, no vaya a ser que no haya puesto bien la goma. —La informó agachándose de nuevo para observar, aunque se giró hacia ella—. ¿Para qué la llamas por una tontería así?

—Bueno... es su piso.

—Ya está arreglado. No tiene mayor importancia. —Se puso en pie y giró su cuello a un lado y a otro, intentando relajar la musculatura.

—Gracias. Esto... ¿te debo algo por la goma?

Miguel abrió los ojos como platos y la miró sorprendido.

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa, totalmente incrédulo—. No sabes mucho de tuberías, ¿no? —Vanessa negó—. Esas gomas, tal y como le he dicho a la señora Hernández, cuestan unos pocos céntimos, ¿qué me vas a deber?

—Bueno, por las molestias... —insistió—. Ibas a echarte una siesta y has tenido que venir aquí. Te la he fastidiado.

—Sí, ya ves que problema. Estás tan lejos de mi piso... —bromeó.

—En serio, me sabe fatal...

Miguel la miró fijamente y luego sonrió con cierta malicia.

—Bueno, hay algo que... quizá sí podrías hacer...

—Claro, dime.

Se agachó, cerró la caja de herramientas y la cogió en su mano.

—Podrías invitarme mañana a comer —Sonrió sin complejos.

Ella se quedó estática.

—¿A comer? —preguntó.

—Sí, acabo de trabajar a las tres, pero sobre las tres y cuarto o y veinte estoy aquí. —Luego sonrió tímido—. Me suelo preparar la comida la tarde de antes, pero si mañana...

—Hecho —aceptó ella directamente.

—¿Sí? —preguntó él con una sonrisa.

—Claro, ¿te apetece algo en concreto?

Miguel rio.

—No, lo que te parezca bien. Me quitas un peso de encima porque me muero de sueño y me tendría que preparar la comida ahora, así puedo...

—Ve a descansar. Prometo no molestarte más.

Él le sonrió de forma tierna.

—Tú no me molestas, Vanessa.

Se quedaron mirándose unos segundos. Vanessa tragó saliva y desvió su mirada hacia el fregadero.

—Bueno, dudo que con una comida pueda compensar todo lo que has hecho por mí: recogerme borracha el otro día de la cuarta planta, arreglarme hoy la tubería...

—Y rescatarte del atracador —recordó él.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya, pero ahí estabas trabajando... —dijo con una sonrisa—. Aquí no.

—¿Podrían considerarse horas extras? —respondió simpático.

—Va, Miguel, hablo en serio...

Miguel sonrió y alzó la caja de herramientas.

—Bueno, pues me voy a planchar la oreja.

—Muchas gracias por todo.

—No hay de qué —contestó él—, pero mejor no quites el cubo hasta mañana. Así nos aseguramos de que la goma no fuga. Abre el grifo de vez en cuando y vigila a ver si pierde agua. Si pasa, tendré que venir a darle un repaso.

Vanessa parpadeó varias veces, aquella frase le recordó a la película porno que Miguel le había puesto para enfadarla días atrás y, entonces, sonrió para sus adentros.

—De acuerdo —respondió mientras intentaba guardar la compostura y lo acompañaba hasta la puerta. A punto estuvo de escapársele una carcajada.

Cuando Miguel cerró la puerta de su piso tras de sí hizo un gesto de victoria.

No sabía cómo pedirle una cita a Vanessa, pero aquello le había salido a pedir de boca. Había pensado toda la mañana en enviarle un mensaje, pero al final, entre unas cosas y otras, no lo había hecho. Además, pedirle una cita le ponía bastante nervioso, algo que hasta ese momento no había experimentado con ninguna chica.

Finalmente, y gracias a la tubería, al día siguiente comería con ella. Se podría decir que tuvo suerte por un tubo.



19

Miguel se echó la merecida siesta tal y como había informado a su vecina. De hecho, Vanessa no lo escuchó más en todo el día.

A la mañana siguiente, Vanessa aprovechó para levantarse pronto y de nueve a once se fue a la playa, luego fue al supermercado a comprar.

Gran parte de la noche anterior la había pasado pensando en qué podía hacer de comer. Tampoco sabía mucho sobre los gustos de Miguel, pues lo único que había cenado una vez con él era pizza. No podía hacer pasta otra vez.

Se había decantado por una paella. La paella gustaba a casi todo el mundo y debía reconocer que siempre le había salido muy buena.

Tras comprar en el supermercado una ensalada y todos los ingredientes necesarios para hacer una paella, a la una y media entraba por la puerta de su piso. Tenía tiempo de sobra, pues hasta las tres y cuarto él no llegaría.

Una ducha rápida y había comenzado con el sofrito. Mientras, había enviado un mensaje a Amaia para informarla de que no podía quedar ese día,

que mejor quedaban al día siguiente por la tarde.

No había tardado más que unos minutos en responder.

Amaia: ¿Y eso?

Sabía que le preguntaría sobre ello.

Vanessa: He quedado.

Respondió sin dar más pistas. Sabía que Amaia se desesperaría, lo que le divertía bastante.

Amaia: ¿Con Fede?

Vanessa: No.

Amaia: ¿Con el pichabrava?

Vanessa rompió en una carcajada al leer el mensaje, pero se hizo esperar un poco. Echó el arroz en la paellera, el caldo y entonces se decidió a explicarle lo ocurrido.

Vanessa: Ayer envié un mensaje a Fede.

Amaia: ¿Has quedado con Fede entonces?

Vanessa: Pero no estaba muy hablador que digamos...

Amaia: ¿Y te dijo él de quedar?

Amaia: ¿O fuiste tú la que se lo propuso?

Vanessa: No, te cuento. En ese momento llegó Miguel al piso...

Amaia: ¿Miguel? ¿A tu piso?

Vanessa: No, al suyo, venía de trabajar

Amaia: Pero ¿con quién has quedado?

Vanessa: Y se me rompió la tubería de debajo del fregadero.

Amaia: ¿Eing? ¿Y qué tiene eso que ver?

Sabía que Amaia se estaba enfadando porque comenzaba a abusar de los emoticonos.

Vanessa: Pues que se me presentó en el piso preparado con su herramienta.

Vanessa: Y me arregló la tubería.

Amaia no tecleó nada durante unos minutos, lo cual puso la paciencia de Vanessa a prueba.

Amaia: ¿Te das cuenta de lo mal que suena eso?

Sí, ahora que lo pensaba, la situación le recordaba a la de la película porno que le había puesto Miguel días atrás y no pudo menos que sonreír ante tal recuerdo.

Vanessa: Ja, ja, ja. Si yo te contase...

Vanessa: En fin, que vino, me arregló el fregadero y, a cambio, hoy le

invito a comer.

Amaia: ¿Y luego dices que no está interesado en ti?

Amaia: Fijo que quiere arreglarte algo más que la tubería de tu fregadero.

Amaia: La tuya, por ejemplo.

Vanessa: ¡Mira que eres bruta!

Amaia puso muchos emoticonos de caritas sonrientes.

Vanessa: Y esa es la razón por la que no puedo quedar hoy.

Acabó explicando. Fue hasta el arroz y le echó un poco más de caldo.

Amaia: Pues yo mañana por la tarde no puedo quedar.

Amaia: He quedado con Toni.

Amaia: Pero luego podríamos quedar para tomar algo por la noche.

Amaia: Así me cuentas qué tal te ha ido.

Vanessa: ¿Tomar algo?

Vanessa: No quiero más alcohol. Me niego.

Amaia: No, me refiero a tomar un refresco o una Coca-Cola.

Amaia: Por aquí cerca.

Amaia: Podemos ir a una terraza.

Vanessa: De acuerdo, eso me parece perfecto.

Amaia: ¿Quedamos a las diez y media? ¿Te paso a buscar con el coche?

Vanessa: Vale.

Vanessa: Aparca por aquí y vamos a algún sitio cercano.

Amaia: Pues nos vemos mañana.

Amaia: Y suerte con el pichabrava.

Vanessa suspiró. Quizá deberían dejar de llamarle así.

Vanessa: Sí, a ver. Hasta mañana.

Dejó el móvil sobre la barra de la cocina y fue probando el arroz. Aún le quedaba bastante para que se pusiese blando.

Preparó la ensalada y puso la mesa. Luego, de postre, tenía helados de vainilla en el congelador.

Cuando dieron las tres y cinco recibió un mensaje en el móvil. No pudo evitar sonreír cuando vio que era Miguel quien le escribía.

Miguel: Voy para allí.

Miguel: Llegaré sobre las tres y veinte.

Miguel: ¡Qué hambre!

Rio y se apoyó contra la encimera.

Vanessa: La comida está casi hecha 😊

Miguel: ¿Qué hay de comer?

Vanessa abrió la cámara del móvil e hizo una fotografía a la paella que estaba casi lista.

Vanessa: Espero que te guste.

Miguel: ¡Me encanta!

Miguel: Ahora nos vemos.

Supo que estaba conduciendo porque no miró más el móvil. La paella era una buena opción, lo sabía.

Fue hasta su dormitorio y se cambió de ropa. Se puso unos piratas rojos y una camiseta de tirantes negra y luego fue hacia el aseo.

El bronceado que estaba cogiendo en la playa le daba buen aspecto, aun así, se retocó un poco los ojos para que le resaltasen más y se puso un poco de colorete en las mejillas. Casi no se le notaba, pero era lo justo para realzar un poco el marrón verdoso de sus ojos. Volvió corriendo para probar el arroz y apagó el fuego. Estaba en su punto.

Puso los vasos en la mesa justo cuando escuchó que la puerta de Miguel se abría. Seguramente dejaría algunas cosas y llamaría a su puerta. En efecto, a los pocos segundos sonó el timbre.

Vanessa fue hasta la puerta y abrió.

—¿Te he dicho que tengo un hambre voraz? —Fue lo primero que preguntó.

Vanessa se apartó a un lado sonriente para dejarle pasar.

—Mientras me quede a mí un plato pequeño el resto puedes comértelo tú.

Miguel entró y le mostró una botella de vino.

—Esta fría. Acabó de sacarla de la nevera —dijo pasándole la botella.

—¿Para qué traes nada? —preguntó divertida.

—Eh, que me he pasado toda la noche pisando uvas —bromeó.

—Es verdad, perdona... qué desagradecida soy —continuó con la broma mientras dejaba la botella sobre la mesa. Fue hasta el cajón y sacó el abridor, se lo entregó a Miguel y este cogió la botella para abrirla.

—Huele muy bien.

—Gracias —contestó ella—. A ver si te gusta. —Cogió dos platos y comenzó a llenarlos.

—El arroz me gusta en todas sus variantes, incluso el arroz negro.

Ella hizo un gesto desagradado. ¿Arroz negro? Puaj.

—¿Y cómo ha ido el día? ¿Mucho trabajo?

Miguel descorchó la botella y sirvió en los dos vasos que había sobre la

mesa.

—No, no mucho. Patrullamos por San Juan, simplemente. Hoy solo nos han salido dos servicios: uno por una pelea y otro por un hurto.

Vanessa cogió los dos platos y los colocó sobre la mesa.

—¿Un hurto? ¿Han robado?

Ambos se sentaron.

—En una perfumería. —Se encogió de hombros—. No sé por qué la gente piensa que envolviendo la alarma en papel de plata no va a pitar, es absurdo —ironizó.

—Toma —Le pasó la ensalada.

Miguel se echó un poco en el plato que tenía al lado y se la entregó a ella.

—¿Y tú? —preguntó él.

—He estado en la playa.

—Ya, se te nota —dijo señalándola—. Estás bastante morena. —Miró hacia la cocina y le señaló el grifo—. ¿Ha vuelto a perder agua?

Ella negó mientras se metía un trozo de lechuga en la boca.

—No, nada. Eres todo un manitas.

Miguel alzó las dos cejas en actitud bromista.

—Es lo que tiene vivir solo, al final tienes que espabilarte. Muy rica la lechuga... —ironizó—, pero me paso a la paella —dijo con una gran sonrisa colocando el plato enfrente. Se llevó un buen tenedor a la boca y cerró los ojos—. Mmmm... está buenísima. Hacía tiempo que no comía paella.

—Me alegro.

—Siempre me hago la comida de un día para otro, sobre todo cuando voy de mañanas. Si tengo que llegar del trabajo y ponerme a cocinar me dan las cuatro o cuatro y pico de la tarde, así que me dejo cosas sencillas preparadas: carne empanada, pasta...

—Seguramente sobraré —Señaló hacia la cocina—. Ya te haré un táper.

Miguel se quedó observándola mientras tragaba.

—A quien intente atracarte de nuevo... lo mato —pronunció con voz grave, luego sonrió y dio un sorbo a su vino.

—Deduzco que te gusta.

—Me encanta, y sí, aceptaré si no te importa tu táper —dijo con una gran sonrisa—. Mañana hago horario de tarde así que no entro hasta las tres.

—Bueno, pues ya no tendrás el problema de tener que prepararte la comida —continuó con una sonrisa—. ¿Y cuándo haces turno de noche?

—Mañana y pasado mañana turno de tarde, hasta las once de la noche. Lo

bueno es que no tengo que madrugar al día siguiente. Luego dos días de noche de once a siete de la mañana. Esos dos días son horribles. Me cuesta conciliar el sueño y suelo ser como un zombi, sobre todo el segundo día.

—Qué peligro...

Miguel sonrió.

—Y después... vacaciones. —Suspiró—. Las necesito.

—No me extraña —dijo dando un sorbo al vino—. ¿Hoy no tienes sueño?

—Ayer dormí bastante. Igualmente pienso echarme una siesta —sonrió—.

De verdad, la paella está buenísima.

—Gracias —dijo divertida. Miró hacia el armario—. Creo que no tengo táperes aquí para...

—Yo tengo —La interrumpió rápidamente mientras llenaba de nuevo su tenedor—. Luego te traigo el más grande que tenga —Y le sonrió mostrándole todos los dientes, con cara de travieso—. ¿Y qué vas a hacer esta tarde?

Ella se encogió de hombros mientras tragaba.

—Supongo que quedaré con mis amigos para tomar algo.

—Sí, yo también —comentó con una sonrisa—. Por cierto, ¿no te ha vuelto a molestar más Sergio?

Ella enarcó una ceja ante el súbito cambio de tema.

—No —contestó más seria.

—Me alegro. —Miguel se la quedó observando, iba a hablar de nuevo cuando su teléfono sonó. Se incorporó para sacarse el móvil del bolsillo y observó. Chasqueó la lengua y colgó volviendo a guardar el teléfono en su bolsillo.

Lo conocía no hacía mucho, pero estaba claro que aquella llamada no le había hecho mucha gracia.

—¿Quién era? —preguntó Vanessa como si nada.

Miguel negó con la cabeza y sonrió un poco tímido.

—Nadie.

—Ya, seguro... —ironizó, lo miró divertida y le hizo una mueca graciosa—. ¿Era Silvia?

Miguel la escudriñó con la mirada y resopló.

—No, Silvia no me habla desde... que tuve la fortuna de que aparecieses en mi vida —ironizó recordando cuando ella había golpeado su pared de los nervios y Silvia se había ido de su piso enfadada tras recitar Vanessa varios nombres.

—Qué pena... —Se burló ella—. ¿Carmen? —continuó.

Miguel enarcó una ceja.

—Noooooo... —pronunció removiendo la paella.

—¿Estefanía?

—No, es... una compañera del trabajo. Diana —contestó al final enseñándole los dientes, sonriendo de forma socarrona.

—Oh, vaya... —dijo cogiendo el vaso de vino—. ¿Y qué quiere?

Miguel la miraba fijamente sin perder aquella sonrisa de sus labios.

—¿Tú qué crees que quiere? —preguntó con retórica.

Ambos se miraron unos segundos hasta que fue Vanessa quien resopló.

—Quiero poder dormir por las noches sin que nadie golpee en las paredes y...

—Vas a dormir por las noches —confirmó él interrumpiéndola.

Aquella respuesta la sorprendió.

—¿No vas a quedar con ella? —Miguel negó—. ¿Vas a reformarte?

Miguel soltó una carcajada.

—No, nada de eso. Es simplemente que hoy he quedado con mis amigos y los próximos turnos son de noche, ya te lo he dicho —Se encogió de hombros—, y después tengo vacaciones, así que...

El teléfono volvió a sonar.

—¿Y no vas a contestar siquiera? —preguntó ella—. Alguien me dijo que era de mala educación no contestar al teléfono —Lo provocó.

—Ya... —dijo mientras sacaba de nuevo el teléfono del bolsillo. Observó que de nuevo era Diana quién llamaba. Volvió a colgar la llamada y esta vez le quitó el sonido. Cuando elevó la mirada Vanessa lo observaba fijamente—. No pienso hablar con ella delante de ti —Se sinceró él—. Ya la llamaré luego...

—No entiendo qué les das... —Se burló.

Aquello hizo que Miguel la mirase fijamente, con una sonrisa picarona.

—¿De verdad que no lo sabes? —preguntó provocativo—. Pensaba que eso había quedado bastante claro.

—Pffff —Se burló ella.

—¿Cómo que “pffff”? Señorita... le está haciendo “pffff” a un agente de la ley —Y subió las cejas con vis cómica.

—Qué miedo, quizá iría con más cuidado si no hubiese escuchado a ese agente de la ley cantar “*Despacito*” de buena mañana en la ducha —Miguel rio—, o si no me hubiese puesto una película porno solo para hacerme rabiarse..., o si ese agente de la ley no se estuviese zampando mi paella y me pidiese

táperes como si no hubiese un mañana —bromeó.

—Debería usted controlarse —continuó en tono de broma y ladeó la cabeza queriendo aparentar autoridad—. O al final tendré que detenerla.

—Oh, vaya... tendré que buscarme un abogado guapo y sexy que me defienda.

Miguel soltó el tenedor lentamente sobre la mesa y se puso en pie. Vanessa borró la sonrisa de su rostro pues Miguel, en ese momento, tenía un gesto muy serio.

—¿Qué haces?

—Voy a mi piso a por unas esposas. —Y la señaló.

—¿Tienes unas esposas? —gritó ella.

Él volvió a sonreír ante la cara de asombro de Vanessa.

—Dan mucho juego... —Y elevó sus dos cejas repetidas veces otra vez. Dio unos pasos rodeando la mesa, ante la atenta mirada de Vanessa. ¿A qué venía eso? Ya sabía que Miguel tenía temperamento y que era un ligón, pero ¿por qué se ponía ahora tan atractivo con ella? Se reclinó levemente sobre Vanessa—. También tengo una defensa policial.

—¿Inflable? —Se burló ella—. Por lo que sé no dejan sacar ese material de las comisarías.

—Ahí le has dado... también la puedo usar para ir a la piscina. Y las esposas...

—¿De mentira?

—Antes tenía unas de plumas, pero siempre que se las ponía a una chica estornudaba...—La miró divertido—. Así que también dispongo de unas normales.

Vanessa pestañeó varias veces.

—Seguro que te montas unas buenas juergas con esas cositas —comentó mientras Miguel se reclinaba más, como si intentase imponer autoridad.

—No lo sabes tú bien —La miró fijamente, a escasos centímetros—. Si quieres, un día...

Vanessa colocó la palma de su mano en su pecho y lo empujó hacia atrás.

—¡Migueeeel! —Se quejó ella abochornada.

—¿Quéé?

—Para quieto —exigió ella.

Él se distanció un poco y la miró con una sonrisa.

—Solo iba a proponerte que, si te apetece, puedo hacerte una demostración... apuesto a que eres muy fácil de inmovilizar y de esposar.

—No te creas... podría escaquearme...

—¡Ajá! —respondió volviendo a su asiento, dándole la razón como a un loco—. Ya lo veremos.

Aquello la dejó sin palabras y lo miró dubitativa.

—¿Cómo que ya veremos? —preguntó con la mirada fija en Miguel que volvía a atacar el plato de paella.

—Sí, ya lo veremos —respondió sin mirarla. Vanessa irguió su espalda. Al no recibir respuesta Miguel elevó sus ojos hasta ella y sonrió—. Cuando menos te lo esperes... ¡plás! ¡Detenida! —apuntó con una sonrisa.

—Ni se te ocurra —Lo señaló con el dedo.

—Deberás estar alerta constantemente...

—Miguel, no.

—Ohhh... y taaaanto que sí —Arrastró las palabras y le sonrió socarrón.

—Encima que te voy a dar un táper de paella... —protestó ella.

Miguel la señaló.

—Tienes razón, y por eso mismo te doy un plazo de cuarenta y ocho horas para que estés tranquila...

—¿Qué significa eso? —preguntó acelerada.

Miguel se encogió de hombros.

—Que a partir de las cuarenta y ocho horas, contando desde ahora —Y se miró el reloj de muñeca—, puedes ser detenida por un agente de la ley en cualquier momento —Y le guiñó un ojo—. A ver cómo te las apañas.

Vanessa se cruzó de brazos.

—Esto no tiene gracia.

—Claro que la tiene... —continuaba divertido—. Tú, simplemente, estate alerta... —Acabó el plato de paella y la miró con una sonrisa—. Está buenísima, voy a mi piso y te traigo un táper, ¿de acuerdo? Creo que tenía uno... ¿o lo tiré? —preguntó levantándose sin esperar siquiera a que ella respondiese. De igual forma, tampoco creía que fuese a decir nada, pues Vanessa permanecía con la mandíbula desencajada. —Ahora vengo —comentó saliendo de su piso feliz y abriendo la puerta del suyo.

Vanessa observó su espalda alejarse. Ahí estaba, tan tranquilo después de lo que había dicho, incluso con una gran sonrisa en sus labios que denotaba que la situación le divertía.

Resopló e inspiró cargándose de paciencia.

¿Aquello era real? ¿De verdad iba a jugar a ese juego con ella?

Recordó la noche en que Miguel había detenido a su agresor. No se

andaba con tonterías y le había hecho un buen placaje. ¿Le haría uno así a ella?

Se quedó pensativa mientras escuchaba cómo en el piso de al lado Miguel abría los cajones buscando en su interior un táper.

—Pues sí, lo tiré —Escuchó que gritaba Miguel a través de la pared—. ¿Tienes tú alguno?

Vanessa se obligó a centrarse en la conversación y se giró hacia el mármol de la cocina.

—Sí, ya tengo yo —Le informó.



20

El bar donde habían quedado para cenar y tomar algo estaba a rebosar. Vanessa cogió su hamburguesa y le dio un buen bocado.

Habían quedado directamente allí, no servía de nada que la pasasen a buscar cuando ella se encontraba a diez minutos andando.

—Otra, por favor —indicó Toni mostrándole una Coca-Cola al camarero.

El bar, estilo country, servía según Sonia y Roberto las mejores hamburguesas de la zona. Era cierto, estaban riquísimas.

Amaia le había preguntado cómo le iba con “el pichabrava” y Vanessa había estado a punto de explicarle lo sucedido, desde que acusó a su vecino del cuarto de ser un okupa, hasta que Miguel había tenido que ir al rescate, pero se había contenido. La relación de confianza que estaba fraguando su amistad con Miguel le divertía y no quería dar explicaciones de momento, así que se había limitado simplemente a encogerse de hombros y a decir: “*Bien*”.

Por suerte, Roberto había cambiado de tema y todos habían comenzado a planificar las vacaciones del siguiente año.

—Por eso mismo —continuó él—. Podríamos ir a República Dominicana o a algún sitio así. A veces hacen buenas ofertas.

—Me apunto —Levantó la mano Vanessa.

—Si vamos a organizar un viaje para el año que viene yo prefiero una ciudad de Europa —comentó Sonia—. Playa tenemos aquí de sobra.

—Oh, venga... —Se quejó Roberto—. ¿Me vas a comparar estas playas con las del Caribe? No es lo mismo.

—Sé que no es lo mismo... pero preferiría ver una ciudad. Además, allí es todo el día dentro del hotel.

—Podríamos mirar Cuba. Así podríamos visitar La Habana —propuso Amaia.

—Eso me gusta más —La señaló Sonia—. Al menos podemos salir del hotel.

Roberto se encogió de hombros.

—A mí me parece bien también.

—Y a mí —intervino Vanessa—. Por mí encantada, lo único que... —Se quedó callada.

—¿Qué? —preguntó Amaia.

Vanessa puso cara triste.

—Vais a ir todos en pareja... y yo...

—Si para entonces tienes pareja, te lo traes. Si no... —continuó Toni—, te puedes ligar a un cubano —Y le guiñó el ojo.

Ella suspiró.

—¿Qué más da? —preguntó Amaia—. Nos lo pasaríamos genial.

Amaia chasqueó la lengua y se encogió de hombros. Acabó su hamburguesa y se llevó las manos a la barriga.

—Estoy llenísima...

—¿Unas copas? —preguntó Sonia mirando hacia la barra.

El bar estaba a reventar y, a esa hora, la gente comenzaba a pedir las bebidas en la barra.

—Voy yo... necesito levantarme y caminar —gruñó Vanessa poniéndose en pie. Se llevó la mano al estómago—. Madre de Dios... voy a estar dos días comiendo lechuga.

—Pues yo me comía otra —dijo Toni divertido.

—Eres un tragón —Le reprendió Amaia. Se volvió hacia Vanessa—. Entonces, ¿vas tú?

Vanessa miró hacia la barra. Había mucha gente, pero siempre había sido

una buena estrategia para colocarse en las primeras posiciones.

—Voy, ¿qué queréis?

—Cerveza... —indicó Roberto.

—Otra... —apuntó Toni.

—Sí, trae cerveza para todos —reiteró Sonia—. ¿Tú también quieres? —

Le preguntó a Amaia la cual asintió—. Pues cuatro cervezas más la tuya.

—Qué va, hoy paso de cerveza —comentó Vanessa—. Yo me tomo una Coca-Cola y tan contenta.

—Oh, ¡venga ya! —Se quejó Amaia mientras Vanessa se alejaba.

Vanessa se dirigió hacia la barra. Había mucha gente, la mayoría grupos de amigos que pedían a gritos al camarero sus bebidas.

Inspiró y se metió entre aquel mogollón intentando alcanzar la barra. Aquella era una ardua tarea, pero si no se internaba entre todos acabaría pidiendo al cabo de una hora como poco.

—Perdón, perdón... —dijo a un chico que había a su lado al cual le había dado un pisotón.

El chico fue a protestar, aunque se contuvo cuando la observó y le sonrió.

—No pasa nada, guapa... —dijo colocando la mano en su espalda y empujándola hacia delante.

Se estampó contra la espalda de otro chico y agachó su cabeza.

—Cuidado —Le previno el chico.

—Lo siento, me han empujado... —dijo mirando hacia los lados.

El chico hizo un gesto de desagrado y se volvió para llamar al camarero.

—Eh, oye... te estás colando —Le espetó una chica a su lado.

—Disculpa, solo quería avanzar un poco, pero un chico me ha empujado hacia delante —Se excusó.

La chica resopló y se coló entre dos hombretones que estaban ya en primera fila.

Vanessa miró a los lados. Todo estaba concentrado allí.

Alguien por detrás volvió a empujarla y volvió a golpear la espalda del chico que tenía por delante que se giró con una ceja enarcada.

—Lo siento, lo siento... —dijo ella.

—¿Tú de dónde has salido? —preguntó a su lado, sorprendido por verla allí.

Vanessa resopló y se movió a un lado. Entre dos chicos había un espacio por donde podría asomar la cabeza para hablar con el camarero. El problema vendría luego para salir de allí con las cervezas.

Dio otro paso al lado situándose tras una persona y, en cuanto esta se adelantó, se colocó tras su espalda esperando que fuese atendido, así después ya podría probarlo ella.

—Señorita, ¿no le han enseñado que colarse es de mala educación? —preguntaron a su espalda.

—Perdona —dijo sin girarse—. Hay mucha gente y casi muero aplastada allí —Señaló hacia un lado.

Desde atrás sujetaron su brazo a su espalda.

—Ayyyy —Se quejó asustada al notar ese gesto.

—No me gusta que se me cuelen, queda usted detenida —comentó aquella voz masculina sujetando aún su brazo.

Aquello la desconcertó y le hizo poner su espalda totalmente erguida. No sería capaz, ¿verdad?

Se giró como pudo, pues aún la sujetaban y no podía zafarse. Miguel la miraba con una gran sonrisa.

La había observado desde que se había metido entre toda la gente. Al principio se había sorprendido al verla allí y una sonrisa traviesa había aparecido en sus labios, pero enarcó una ceja cuando la vio introducirse entre toda la muchedumbre rumbo a la barra.

Le hizo gracia ver cómo iba adelantando a todos hasta que, poco después, se había situado delante de él. No le obstaculizó el paso, en absoluto, le pareció bastante cómica la situación, pero no pudo evitar actuar de aquella forma.

Maldita muchacha, había pasado por delante de diez personas que esperaban cola y se había colocado delante de él. Lo primero que hizo fue observarla. Le sacaba casi una cabeza y, aunque no llevaba falda, pudo intuir que llevaba unos buenos tacones porque sus piernas se veían largas con aquellos pantalones negros. El top ajustado color verde resaltaba su esbelta figura.

No pudo evitar cogerla por el brazo y acercarla a él mientras le susurraba al oído. Aunque el gesto de ella al principio había sido de sorpresa, ahora lo miraba con timidez, incluso arrepentida, como si al ser cazada in fraganti se avergonzase.

—¿No habíamos quedado en que tenía un margen de cuarenta y ocho horas antes de que pudieras detenerme en cualquier momento? —preguntó intentando soltarse.

Miguel no soltaba su brazo, aunque no apretaba demasiado.

—Vaya, vaya, ni un “Hola, Miguel, mi vecino favorito” —ironizó—, ni siquiera un... “perdona”. —Y la miró desafiante—. El margen queda abolido ipso facto si eres una chica mala —bromeó.

—No soy mala... —continuó intentando soltarse—. Es solo que si me quedo al final nunca voy a poder pedir y además todos empujan... —En ese momento a Miguel lo empujaron por la espalda y chocó con ella—. ¿Ves? —exclamó Vanessa.

Miguel la miró desenfadado y aceptó las disculpas del que estaba a su espalda.

—No pasa nada —Le contestó al chico que estaba por detrás.

—Vamos, suéltame —dijo ella moviendo su brazo.

Suspiró y la soltó lentamente.

—Está bien, te libero —comentó a regañadientes. Vanessa pasó el brazo hacia delante y lo masajeó, aquel gesto hizo que Miguel se sintiese mal—. ¿Te he hecho daño?

—Un poco —comentó ella pasándose la mano por el codo—. Me has doblado el codo.

—Qué exagerada, si he sido muy delicado... —Resopló—. Anda que si te hiciese lo que hago a los...

—Ya, ya... ya lo recuerdo —contestó ella girándose. Lo miró de la cabeza a los pies. Llevaba unos tejanos oscuros y una camisa azul marino. Lo cierto es que estaba guapísimo y se obligó a tragar saliva—. ¿Puedo quedarme aquí? —preguntó.

Él se encogió de hombros y le señaló con la mano.

—Está bien... —aceptó—. No quiero que mueras aplastada, me encanta tu paella. —Y le sonrió enseñándole una dentadura perfecta, aunque se acercó de forma indecorosa colocando una mano en su cintura y acercándola a él—. Pero te aviso que sigue en pie el plazo para detenerte en cualquier momento una vez pasen las cuarenta y ocho horas.

Ambos se miraron fijamente.

—Entonces, ¿esto no ha sido una detención? —Se burló ella.

—No... —Le sonrió—. Cuando te detenga ya te darás cuenta...

Vanessa tragó saliva. Qué cabrón. Iba a contestar, pero escuchó al camarero a su espalda.

—Señorita, ¿desea algo?

Resopló y se giró hacia él.

—Sí, hola... cuatro cervezas y una Coca-Cola, por favor.

—¿Cuatro? Sí que vamos fuertes, ¿no? —preguntó Miguel desde atrás. El camarero asintió mientras cogía los vasos e iba hacia el barril—. ¿Vas a llamarme papi esta noche también?

—La cerveza no es para mí —explicó girándose levemente—. Es para mis amigos. Yo me quedo con la Coca-Cola.

—Menos mal... —Escuchó que decía desde atrás. Vanessa puso los ojos en blanco y se llevó la mano al bolsillo sacando un billete—. ¿Has venido con tus amigos? —Ella asintió—. Yo también, ¿quieres conocerlos?

Aquello llamó su atención.

—¿Para qué? —preguntó girándose.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, está Pablo... —Ella lo miró sin comprender—, ¿no recuerdas? El del barco, te dije que podías venirte si te apetecía.

—Ah...ya... —contestó no muy segura.

—Puedo presentártelo y así lo...

—Uhhh... —Le interrumpió—, no creo que vaya —contestó bastante cohibida. Miguel la miró sin comprender—. No los conozco...

—Por eso mismo te digo que te lo presento.

—Ya, pero... es que tampoco te conozco a ti. Solo hace una semana que...

—Creo que en el fondo sabes que soy de fiar.

Esta vez fue ella quien enarcó una ceja.

—No sé yo... —Se burló girándose hacia el camarero. Le pagó y miró todos los vasos que tenía delante—. ¿Puede llevarlos a la mesa? —Le preguntó.

El camarero la miró sorprendido y luego recorrió con la mirada a todos los clientes que esperaban ser atendidos.

—Lo siento, puedo guardarle las copas aquí pero no puedo moverme de la barra como comprenderá.

—No importa —comentó Miguel pasando un brazo por encima de ella—. Ya te ayudo.

—No es necesario —comentó ella.

—¿Y cómo piensas llevar toda esta bebida? —preguntó cogiendo tres de los cinco vasos.

Ella suspiró y asintió.

—De acuerdo. Gracias.

Vanessa cogió los otros dos vasos que quedaban en la barra y pasaron a

través de toda la gente. Cuando salieron se quedó paralizada.

—Mierda —susurró observando la mesa de sus amigos a lo lejos. Amaia y Sonia sabían todo sobre Miguel, les había explicado lo que le ocurría con su vecino y encima podrían reconocerlo.

Miguel se giró hacia ella, Vanessa permanecía totalmente estática.

—¿No los encuentras? —preguntó sin comprender por qué se quedaba allí pasmada—. Vamos, Vanessa, he perdido mi sitio en la cola por ayudarte y se me están congelando las manos. ¿Sabes dónde están o no?

Ella tragó saliva y asintió iniciando el paso.

Solo esperaba que Amaia y Sonia no dijese nada al respecto y se mantuviesen calladas. Ya sabía lo que ocurría cuando esas dos bebían de más. Por suerte, solo se habían tomado una cerveza y esperaba que aún guardasen la compostura.

Supo que lo habían identificado en cuanto vio cómo Amaia abría los ojos de par en par observando a los dos acercarse, pues comenzó a cuchichear con el resto.

Suspiró y ralentizó un poco el paso haciendo que Miguel lo disminuyese también. Tuvo que captar la mirada intrigada de todos porque cuando Vanessa llegó soltó los vasos sobre la mesa y cogió los que llevaba Miguel. De repente, el silencio inundó aquella mesa. Pudo ver cómo Amaia y Sonia recorrían a Miguel de la cabeza a los pies, identificándolo.

—Gracias, Miguel... —dijo soltando sus vasos también sobre la mesa. Miguel permanecía sonriente ahí, sin decir nada, lo que hizo que ella suspirase—. ¿Os acordáis del policía que nos ayudó? —preguntó a Amaia y a Sonia que parecían avergonzadas, como si no supiesen qué decir. Al menos no habían comenzado a gritar: “¡El pichabrava!”.

—Claroooo —dijo Amaia poniéndose en pie y acercándose—. Hola, ¿qué tal? —preguntó mientras se acercaba para darle dos besos.

Sonia hizo lo mismo poniéndose a la cola.

Vale, perfecto, lo que faltaba. Vanessa miró a Toni y a Roberto que se levantaban y estiraban su brazo hacia él para estrechar sus manos.

Cuando Amaia y Sonia fueron hacia su asiento, mientras Miguel se saludaba con los chicos, mandaron miradas furtivas a Vanessa. Puede que no estuviesen hablando, pero las conocía demasiado bien como para no saber qué pasaba por sus cabezas, desde “¿qué está haciendo aquí?” hasta “¡Qué bueno está! ¡Y encima es bueno en el sexo por todas las conquistas que nos explicaste!”.

—¿Qué tal? —preguntó Toni sentándose de nuevo—. ¿Quieres tomarte algo? —preguntó amablemente.

Vanessa miró a Toni con gesto serio.

Miguel la miró de reojo y sonrió. No sabía por qué, pero le daba la sensación de que Vanessa estaba nerviosa por su presencia allí.

—Gracias, pero estoy con mis amigos —respondió Miguel con un movimiento de cabeza hacia atrás, señalando una mesa al otro lado del local—. Solo he venido a ayudarla con los vasos.

—Muchas gracias —dijo Vanessa sin saber cómo reaccionar.

—Bueno, pues si quieres ya sabes... te invitamos a algo —continuó Toni.

—Claro, qué menos —continuó Amaia.

Miguel se encogió de hombros.

—Más tarde quizá —dijo amablemente y se giró hacia Vanessa—. ¿Vienes? —preguntó directamente.

Ella se giró hacia él y lo miró extrañada.

—¿Adónde?

—A que te presente a Pablo... —contestó como si fuese lo más obvio. Ella se mordió el labio y comenzó a negar, lo cual hizo que Miguel pusiese los ojos en blanco. En ese momento se dio cuenta de que todos los amigos de Vanessa los observaban intrigados. Se giró hacia Amaia, que parecía la más parlanchina—. ¿Es siempre tan tímida? —ironizó. Vanessa iba a intervenir, pero Miguel no se iba a rendir fácilmente—. Le he propuesto que se venga la semana que viene unos días al barco de un amigo.

—Oh...vaya... —dijo Amaia con una gran sonrisa hacia ella.

—Ya, pero... —Decidió intervenir Vanessa—, no creo que sea muy apropiado. No los conozco apenas y...

—Por eso mismo te lo iba a presentar aho...

—Y, además, estoy con mis amigos —Los usó como excusa—. He venido a pasar las vacaciones con ellos —dijo mirando a Amaia e implorando con lenguaje no verbal su ayuda—, y para una vez que vengo a San Juan no quiero dejarlos tirados. Al fin y al cabo luego comienzo a trabajar y...

—Qué va, no te preocupes —contestó Amaia risueña—, de todas formas, ya sabes que nosotros vamos al campin.

—¿Qué campin? —preguntó Vanessa asombrada.

—Sí, ya sabes... al que vamos cada año y tú odias... —Vale, Amaia se estaba inventando la excusa perfecta para darle vía libre y obligarla a ir con Miguel. Vanessa lo detectó de inmediato—. Siempre te quejas de...

—Qué exagerada eres, si sabes que me encanta...

—Pero si el año pasado te comieron los mosquitos y prometiste que jamás ibas a volver. ¿Qué vas a hacer la semana que viene? ¿Quedarte sola? —Le preguntó con retintín.

Vanessa la fusiló con la mirada, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Estaba claro que Sonia también había captado la jugada, pero no así Roberto ni Toni que se miraban confundidos.

—Bueno, también me apetece estar un poco relajada y disfrutar de...

—Vamos —dijo Miguel cogiéndola de la mano y tirando de ella—. No te van a comer.

Vanessa comenzó a avanzar unos pasos guiada por la mano de Miguel mientras se giraba hacia Amaia y Sonia, las cuales aplaudían contentas y le hacían el símbolo de *OK* elevando su pulgar. Resopló y se giró hacia él.

—Oye, Miguel... de verdad que te lo agradezco pero...

—Vamos mujer, si Pablo y Jaime son muy majos. No tienes porqué preocuparte, además, viene más gente al barco, no solo ellos. —Vanessa volvió a resoplar—. Conócelos y luego, si no te apetece venir, pues no vengas, pero al menos dales una oportunidad. Son buena gente.

Suspiró y puso los ojos en blanco.

Bueno, tal y como decía Miguel, tampoco perdía nada conociéndolos. Tragó saliva y lo miró con timidez.

—¿Son compañeros tuyos de trabajo? —preguntó sin dejar de caminar.

—Sí, estarías bien protegida, te lo aseguro.

Ella chasqueó la lengua y lo miró no muy segura.

—¿Me protegerían de ti? ¿De tu intención de detenerme? —Se burló llevándose una mirada juguetona por parte de él—. Porque si es así quizá sí me apunte.

Miguel no respondió a aquella insinuación, lo que la dejó algo contrariada. Se colocaron ante la mesa y, a diferencia de sus amigos que los habían seguido durante todo el rato con la mirada desde que la habían visto aparecer, aquellos dos hablaban tranquilamente sin prestar atención a su alrededor.

—Eh, Miguel... ¿y mi cerveza? —preguntó Pablo, aunque desvió su mirada hacia Vanessa que se soltaba de su mano—. ¡Ejem! ¿Hola? —sonrió hacia ella.

—¿Recordáis a mi nueva vecina? Aquella de la que os hablé —Vanessa lo miró de reojo—. Ella es Vanessa —Y la señaló.

—Eh, hola... —dijo Jaime poniéndose en pie—, encantado de conocerte. Estás de vacaciones, ¿no?

Le dio dos besos y asintió.

—Sí, estoy pasando el mes de agosto aquí.

—Es un buen lugar para veranear —respondió Pablo poniéndose en pie para darle dos besos.

Cuando se sentaron Miguel continuó.

—Le he hecho la propuesta que me dijiste... —dijo mirando a Pablo, el cual lo miró confundido—, lo de que se viniese al barco con nosotros la semana que viene, que no había problema...

Vanessa se giró un segundo para observar a sus amigos, varios metros por detrás, lo que aprovechó Miguel para guiñarle un ojo a Pablo y hacerle un gesto cómplice para que le siguiese la corriente.

Pablo asintió de inmediato.

—Claro, Vanessa... —dijo llamando su atención—. No hay ningún problema, te lo pasarías genial. —Ella se giró hacia Pablo—. Es un puerto tranquilo y, bueno, tengo el carné náutico, así que podemos salir a algunas calas o a navegar por el mar. Te gustaría.

Miguel la observó, era evidente que no lo tenía nada claro.

Ella le sonrió con amabilidad.

—No sé —Se encogió de hombros—. Te lo agradezco mucho, pero tampoco quiero molestar.

—¿Qué vas a molestar? —insistió Pablo—. Además, también vienen nuestras parejas y algunos amigos. Formamos un buen grupo, te lo pasarías bien.

Aquello la sorprendió. ¿Tenían pareja? Por lo que recordaba de la conversación que había escuchado a través de la pared, Pablo no tenía pareja, solo una chica que se llamaba Julia y que le gustaba, con respecto al otro, Jaime, no sabía a ciencia cierta si era el otro chico que había estado aquel día en el piso de Miguel.

—Son solo tres días —continuó Jaime intentando ayudar a su amigo, pues parecía que Miguel estaba interesado en aquella chica—, pero va bien para desconectar.

Ella volvió a asentir.

—Gracias. Lo... lo pensaré. Os lo agradezco mucho.

—Por cierto —dijo Pablo acercándose un poco más—. Miguel nos explicó lo que te ocurrió. —Vanessa tragó saliva—. Somos compañeros de

trabajo, ¿estás bien?

—Sí, sí, no fue nada —dijo restándole hierro al asunto.

—Bien, nos alegramos. Hay que ir con cuidado por algunas zonas.

—Ya —respondió ella más tranquila—. Nunca me había pasado algo así —respondió sinceramente.

—Hay mucho listillo por ahí —intervino Jaime cogiendo su botellín de cerveza. Luego miró a Miguel—. ¿Cuándo es el juicio?

¿De verdad se iban a poner a hablar de eso en aquel momento? Entendía que era su trabajo, que debían estar acostumbrados, pero...

—En septiembre, ¿no? —preguntó Miguel a Vanessa.

—Sí, septiembre, lo que no recuerdo el día. Tengo la citación en casa.

—A ver si meten a esos cabrones entre rejas un tiempo —continuó Pablo.

—Eso espero —deseó Miguel, se giró hacia Vanessa y le sonrió. Ella parecía nerviosa—. Bueno, pues... ya sabes, ¿ves? No hay problema —Ella suspiró—. Así que si quieres...

—Nada, vente mujer, así te presento a mi novia... —comentó Pablo.

Vanessa enarcó una ceja hacia Miguel y se giró hacia Pablo.

—¿Cómo se llama? —preguntó con naturalidad.

Miguel supo enseguida lo que estaba haciendo, pues recordaba que le había explicado que hacía unos días había escuchado una conversación entre ellos.

—Julia... —Se encogió de hombros—. Es muy maja.

—¿Es policía también? —preguntó ella intrigada ante la atenta mirada de Miguel.

—No, no... —respondió con naturalidad—, es profesora de educación infantil, pero también vienen algunas compañeras nuestras... —y miró a Miguel—, es posible que venga Diana.

¿Diana? Aquel nombre le sonaba. ¡La chica que lo había llamado por teléfono unos días antes estando ella presente! La chica a la que no quiso cogerle la llamada.

—También viene mi novia —corroboró Jaime.

—Ah, qué bien —dijo girándose hacia Miguel, el cual sabía que había identificado aquel nombre. Estaba claro que a Vanessa no se le escapaba ni una—. ¿Puedo pensármelo un par de días? —preguntó mirando a Pablo de reojo, sin acabar de apartar la mirada de Miguel que la observaba con una ceja enarcada.

—Claro, sin problema. Hay sitio de sobra.

—De acuerdo, pues... muchas gracias —contestó girándose hacia los dos—. Sois muy amables.

—Ningún problema —contestó Jaime.

—Voy a ir con mis amigos... —comentó divertida—. Me alegro mucho de conocerlos —contestó animada. Luego miró a Miguel—. Nos vemos...

—En casa —contestó él directamente.

—En otro momento... —acabó la frase ella.

Dicho esto, dio media vuelta y fue hacia la mesa de sus amigos.

Miguel se giró hacia Pablo y Jaime.

—¿Esa es tu vecina? —preguntó Pablo con sorna—. ¿La que te fastidió el polvo? —Y se echó a reír.

—La misma —Miguel chasqueó la lengua.

—Pues es muy maja —intervino Jaime.

—Sí.

—No me extraña que te guste —acabó la frase.

Miguel se encogió de hombros e iba a sentarse cuando Pablo evitó que lo hiciese echándose hacia delante.

—¿No ibas a traer unas cervezas?

Vanessa llegó a la mesa de sus amigos y se sentó con brusquedad al lado de Amaia. Se giró un segundo para observar que Miguel volvía a la barra a pedir unas consumiciones.

—Vaya, vaya... —comentó Amaia con una sonrisilla a su lado.

Vanessa se giró hacia ella enfadada.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó de los nervios.

—¿El qué?

—¡Lo del campin! —espetó Vanessa.

—Ah, bueno... —dijo como si nada mientras se encogía de hombros—, es un pequeño empujoncito —Y le sonrió abiertamente.

Vanessa la escudriñó con la mirada.

—¿Para qué? —preguntó molesta.

Sonia la miró divertida.

—Ya sabes para qué —intervino.

Amaia colocó una mano en su hombro buscando su aprobación.

—Es buen chico, nos salvó...

—Y está muy bueno —apuntó Sonia—. Así que... hemos decidido que te tomes esos días de fiesta con él.

—Sííí... y, ¿quién sabe qué puede pasar? —continuó Amaia.

—No pienso ir —gruñó ella.

—Y tanto que vas a ir —pronunció Amaia con un semblante serio—. Te lo debes a ti misma. Tienes que divertirte, conocer chicos... —Vanessa suspiró y entornó los ojos—. Vamos, son tres días y estarás aquí al lado, si surge cualquier imprevisto siempre podemos pasar a buscarte —indicó.

Vanessa resopló, cogió la cerveza de Amaia y le dio un buen trago mientras ella la observaba extrañada porque cogiese su cerveza. De nada serviría hablar con ellas. Sabía que ambas tenían buena intención, que en parte tenían razón, que se merecía pasarlo bien y divertirse... Giró su cuello hacia la barra donde Miguel esperaba su turno. Lo cierto es que estaba de rechupete.

Quizá no fuese una idea tan descabellada y sí tuviese que hacer caso a sus amigas. Total, ¿qué iba a perder? Al fin y al cabo, si no estaba a gusto podían ir a buscarla, aunque tuvo el presentimiento de que sí lo estaría.

—Tienes que animarte —insistió Amaia.

—Está bien, está bien... —dijo soltando la cerveza de su amiga y cogiendo su Coca-Cola—. Tal vez me anime —acabó diciendo.

—¡Genial!

—He dicho tal vez... —intentó mitigar la euforia de su amiga.

—Nos tendrás que informar de todo —continuó Sonia como si ya hubiese aceptado.

—No he dicho que...

—Iremos a comprarte unos bikinis bien bonitos y sexys —exclamó Amaia alzando los brazos—. ¡Yujuuuuu!

Vanessa resopló y cogió su Coca-Cola. Mejor dar por zanjada aquella conversación en ese mismo momento, sus amigas escuchaban lo que querían. Ya valoraría con detenimiento la actitud a seguir ella sola en su piso.



21

La noche anterior no había llegado tarde a su piso. Ni siquiera se había enterado de cuándo Miguel había regresado, pues había caído profundamente dormida.

Aquel día había aprovechado para estar en la cama hasta tarde y, tras comer y echar la siesta, había quedado con Amaia y Sonia para ir de compras. Dos bikinis, uno de color verde y otro blanco, unas chanclas y una gorra habían sido las adquisiciones de aquella alocada tarde que había finalizado tomando una cerveza en un chiringuito de la playa.

Tras eso, había regresado a su piso y le había dado vueltas al asunto. Miguel era buen chico, además, obviando los primeros días siempre había sido amable con ella. No solo la había salvado de un atraco y de una más que posible agresión, sino que, además, había evitado que el vecino del cuarto llamase a la policía cuando había llegado con unas cuantas copas de más, le había ayudado con lo de Sergio, con la tubería... ¿Para qué engañarse a sí misma? Por supuesto que quería irse un par de días con él de vacaciones,

aunque fuese al barco de su amigo al puerto marítimo que tenían al lado. En definitiva, todo se resumía en aquello que sus amigas no habían dejado de repetir durante toda la tarde: “¡Eres joven! ¡Ahora toca divertirse!”. Aquel había sido el mantra de toda la tarde, así que casi se había sentido agradecida cuando Sonia le había confirmado que esa noche se iba decena con Roberto y Amaia había quedado con Toni.

Había vuelto al piso sobre las ocho de la tarde y había revisado toda su ropa y las nuevas prendas que había comprado.

Si al final iba a aceptar la propuesta de Miguel debería hacerse una maleta pequeñita con lo necesario. Sabía que faltaban aún unos cuantos días, pero era mejor prevenir y asegurarse de que no le faltaba de nada, por si tenía que hacer alguna compra de última hora en días venideros.

Había pasado un par de horas más leyendo hasta que había tenido hambre. Tenía la pasta que había sobrado de aquel mediodía, pero no le apetecía para cenar. Se hizo un bistec de ternera y lo acompañó de un vaso de gazpacho bien fresquito.

En el fondo también disfrutaba de aquella soledad, de no tener que rendir cuentas a nadie, de dedicarse tiempo a sí misma.

Brincó en la silla del comedor cuando escuchó que la puerta del ascensor se abría. Miró el reloj de muñeca. Las once y media de la noche. Debía de ser Miguel. Cogió directamente el móvil y observó que no tenía ningún mensaje. Había pensado en escribirle para preguntarle si la propuesta seguía en pie, pues tal vez se apuntaba a aquellos días, pero luego había decidido tomárselo con calma. Tampoco quería parecer ansiosa. ¿Ansiosa? ¿Así era realmente como se sentía? Ciertamente, un poquito sí.

Escuchó cómo la puerta de su vecino se cerraba y sus pasos por el pasillo. Se quedó observando la pared de su habitación. Seguramente llegaría cansado y se acostaría. Al día siguiente por la tarde le enviaría un mensaje aceptando la invitación y para preguntarle qué cosas debía llevar.

Casi se atragantó cuando escuchó que Miguel abría la puerta de su piso, daba unos pasos y llamaba a su timbre. Se quedó unos segundos estática y se puso en pie de inmediato.

—Mierda —susurró observándose a sí misma.

Llevaba unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes y una cola mal hecha.

—Hola, Vanessa —Escuchó que decía Miguel tras la puerta.

Vanessa se mordió el labio.

—Hola, hola —dijo poniéndose las zapatillas con celeridad.

—Vengo a devolverte el táper.

Vanessa se llevó la mano a la cola y se la quitó. Se pasó la mano por el pelo y fue hacia la puerta.

Abrió a medias con una leve sonrisa.

—Hola —saludó.

—Hola —respondió Miguel con una sonrisa. Su mirada voló de sus ojos hacia sus piernas desnudas—. Te traigo el táper —dijo entregandoselo—. Estaba buenísima.

—Gracias —respondió mientras lo cogía. Debía haberlo lavado en el lavavajillas porque estaba caliente—. ¿Cómo te ha ido el día? —preguntó dando un paso atrás y depositándolo sobre la barra de la cocina.

—Bien, relativamente tranquilo —contestó, aunque miró hacia el interior del piso—. ¿Estás cenando ahora? —Ella asintió—. ¿A las once y media de la noche? —preguntó asombrado.

—He estado toda la tarde fuera con mis amigas y he merendado tarde. No tenía hambre. —Se giró y fue hacia la puerta—. Supongo que tú tampoco has cenado...

Miguel se apoyó contra el marco de la puerta adoptando una postura desenfadada y la miró a los ojos con cara de pillo.

—Sí, he cenado con mi compañero hace un rato. —Se giró y miró hacia su piso—. Me haré algo para mañana y me iré a descansar. Estos turnos me matan —acabó sonriente.

—Normal, no hay quien se adapte —Le dio la razón. Se quedó contemplándolo, allí, apoyado contra el marco de su puerta, cruzado de brazos. Sí tenía un poco aspecto de cansado. Lo miró sonriente, fue hacia la nevera, sacó un bol y lo depositó sobre la encimera—. Tengo pasta que me ha sobrado de este mediodía. ¿Te apetece?

Miguel pareció sorprendido unos segundos, pero asintió rápidamente entrando al piso. Se trataba de una ensalada de lazos de pasta de colores a la que había añadido maíz, tomate troceado y queso.

—Tiene buena pinta —dijo entornando la puerta. Se dirigió a la encimera colocándose al otro lado—. Eres una excelente cocinera.

—Qué va —respondió Vanessa sacando un cucharón del cajón—. Es fácil de hacer —dijo echando en el táper que había dejado momentos antes encima de la barra de la cocina.

—Muchas gracias —respondió apoyándose contra la barra, aunque luego

sonrió con descaro—, pero esto no aplaza el margen de cuarenta y ocho horas —bromeó.

Vanessa resopló y elevó la mirada hacia él. Ya sabía a lo que se refería, a la dichosa amenaza de detenerla.

Ella se encogió de hombros, como si le diese igual.

—Ya te lo dije. Hazlo... me buscaré un abogado sexy para que me defienda —Y le sonrió—. ¿Sabes? Esta tarde he tenido bastante tiempo libre...

—Ajá.

Ella echó otra cucharada de pasta al táper.

—Y he leído sobre las detenciones... —Miguel rio mientras ella lo señalaba con la cuchara—. ¿Sabes lo que es un habeas corpus?

—Claro que lo sé —Y enarcó una ceja hacia ella—. Es un recurso ante una detención ilegal.

—Exacto... así que cuidadito —Y acabó con una sonrisa.

Miguel se apoyó en la barra acercándose a ella.

—Así que, ¿has estado informándote? —preguntó con curiosidad—. Tienes mucho tiempo libre, ¿no? —Y ladeó su cuello hacia ella.

Depositó un último cucharón de pasta en el táper, lo cerró y se lo entregó.

Miguel le sonrió mientras lo cogía.

—Por cierto... —pronunció mientras se giraba para abrir el cajón y coger un trapo para limpiarse las manos—, he pensado en lo del barco... —Depositó el trapo sobre el mármol y se giró hacia él con timidez. Miguel permanecía mirándola, esperando a que siguiese hablando—. Si la propuesta sigue en pie y de verdad no os importa me gustaría ir. Miguel se quedó observándola, pensaba que ella iba a rechazarlo—. Sonia y Amaia están con sus parejas y se marchan unos días, así que he pensado que...

—Claro, sin problema. Ya te lo comenté —La interrumpió—. Te lo pasarás muy bien. —Dio un paso hacia ella—. Y así no tendrás tanto tiempo libre como para ponerte a investigar ciertas cosas.

Ella chasqueó la lengua y se encogió de hombros.

—Ya me dirás lo que hay que llevar...

—¿Y qué quieres llevar? —preguntó divertido—. Un bañador, toalla...

—Ya, pero... —Lo interrumpió—. ¿Hay que llevar comida?

—No, ya te lo comenté, hacemos un bote y compramos la comida de ahí.

—¿Bebida?

—Se compra del bote, por supuesto.

—Uhhmm... ¿sábanas?

Miguel se apoyó contra el mármol.

—Ya hay allí... —rio—. Lleva biodramina si te mareas. ¿Has subido en barco antes?

—Un par de veces.

—¿Y te has mareado?

—No.

—Perfecto entonces. Ya lo iremos concretando, es dentro de tres días —apuntó con una sonrisa.

—Vale —respondió.

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que Miguel reaccionó y se giró hacia la puerta.

—Me voy a descansar. Gracias por el táper —dijo saliendo por la puerta—. Mañana te lo traigo.

—Tranquilo, cuando puedas... —Lo siguió hasta la puerta mientras Miguel avanzaba hasta la suya—. Que descanses. No haré ruido.

—Sí, mejor —Se giró hacia ella—. O ya sabes lo que puede pasar —Y le guiñó un ojo.

Ella suspiró.

—Qué pesadito... —susurró.

Miguel la miró fijamente y enarcó una ceja hacia ella, desafiante.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz grave.

Vanessa lo miró, tragó saliva y sonrió nerviosa.

—Nada, buenas noches —respondió acelerada cerrando la puerta. Lo último que vio antes de cerrar fue la mirada entornada de él en actitud jocosa.

Nada más cerrar la puerta resopló aliviada. Aún iba Miguel y le hacía un placaje ante sus últimas palabras. aunque se encontró sonriendo como una tonta mientras apoyaba la espalda en la puerta. Lo que no podía negarse es que aquellas vacaciones se habían vuelto muy interesantes.

Los siguientes días había quedado con sus amigos un par de veces para comer. Las noches se las había tomado en plan relax viendo una película o leyendo. Se había intercambiado algunos mensajes con Miguel pero no lo había vuelto a ver.

Suspiró y dejó el libro de *“El Conjuero”* sobre el sofá. Llevaba todo el día leyendo y, al fin, lo había acabado.

—Necesito una historia de amor igual a esta —susurró mientras cerraba

los ojos relajándose—. Tengo que comprarme algún libro más —comentó levantándose.

Fue hacia su habitación y observó la maleta que se había hecho. Había metido lo justo y necesario, no quería parecer una desesperada llevándose un montón de ropa para tres días. Los bikinis nuevos que se había comprado, una toalla de playa, un vestido para ir fresca y un par de piratas y camisetas eran todo cuanto había puesto en la maleta.

—Las chanclas —susurró acordándose.

Fue al armario, las sacó y las metió en una bolsa que posteriormente incluiría en la maleta.

Miró la hora. Las nueve y media de la noche y no sabía nada sobre cómo irían al día siguiente al puerto. ¿Debía ir por su cuenta? ¿Quedarían juntos? ¿Y si al final se habían echado atrás?

Se estaba poniendo nerviosa por momentos. Le daba bastante vergüenza ir, pero los amigos de Miguel parecían majos y, ¿para qué engañarse? Estaba deseando pasar unos días con él. Se había dado cuenta de que los últimos días que no lo había visto lo echaba de menos. Tan solo había escuchado algunos pasos de él por el piso contiguo, pero nada más. Había estado tentada de decirle algo a través de la pared, pero sabía que trabajaba de noches y debía descansar. Al menos, ese día sabía que no había trabajado ya, en principio debía haber llegado a las siete y poco de la mañana y se habría puesto a dormir. Ahora ya podía disfrutar de las vacaciones.

Suponía que debía haberse levantado hacía rato, aunque solo había escuchado algunos pasos sobre las cinco de la tarde, así que tal vez se echó una siesta. Recordaba que le había dicho que parecía un zombi tras su turno de noche.

Fue hacia su habitación y escuchó atenta. Estuvo cerca de un minuto así hasta que escuchó que un armario se cerraba. Sí, ya estaba despierto.

Estrelló su mano contra la pared.

—¡Miguel! —gritó.

Miguel se había levantado hacía un par de horas. Tras una ducha se había puesto a hacer la maleta para el día siguiente y había pensado en ir a hablar con ella cuando lo dejase todo listo, pero por lo visto se le habían adelantado.

Miguel sonrió y se acercó a la pared de su comedor.

—Hola —contestó con felicidad—. ¿Por qué aporreas la pared? Tengo timbre.

Ella enarcó una ceja. Tenía gracia que él dijese eso.

—No sabía si dormías...

—Ya, y aporreas mi pared —bromeó de nuevo.

—He escuchado ruido —contestó cruzándose de brazos.

—¿Ya lo tienes todo listo? —preguntó él mientras abría el armario y rebuscaba en sus cajones un par de bañadores.

—Sí. —Tragó saliva—. Te iba a preguntar... ¿cómo quedamos mañana? —preguntó un poco más bajito, con timidez.

—Iba a pasarme por tu piso ahora para hablar —dijo cogiendo un bañador color azul marino y otro azul claro con una línea blanca a cada lado. Los metió en la maleta y la cerró. Luego fue hacia la puerta de su piso. —Si abres hablamos —aclaró mientras salía al rellano.

Aquella respuesta la dejó más tranquila. No le gustaba planificar las cosas a última hora. Le ponía nerviosa dejar temas pendientes en el aire.

—Voy —alzó la voz saliendo de su dormitorio

Nada más abrir la puerta observó a Miguel, estaba cruzado de brazos y vestía unos pantalones cortos y un polo color ocre. No pudo evitar escudriñarlo de la cabeza a los pies.

Joder, qué bueno estaba.

—Uhhmmm... —dijo apartando la mirada de él y mirando hacia el interior del piso—. Hola.

—Hola —contestó él con una amplia sonrisa.

—Ya estás de vacaciones, ¿eh?

—Sí, al fin... —dijo colocando sus manos en su cintura. Se apoyó contra la pared—. ¿Cómo han ido estos días? ¿Aburrida?

—Un poco —admitió.

—Mañana comienza la diversión —apuntó divertido—. El resto del grupo ya está allí, se fueron ayer...

—Ahhhh... —contestó sin saber qué decir.

—He pensado, si te parece bien, ir por la mañana. Está a un cuarto de hora o veinte minutos en coche, así que si salimos sobre las diez sería buena hora. Cuando lleguemos podemos tomar algo por ahí antes de ir al barco de Pablo. —Ella lo miró extrañada, así que Miguel le hizo un gesto gracioso—. Conociéndolos mañana se levantarán tarde, seguro que lo están dando todo ahora mismo —rio.

Ella se encogió de hombros.

—Claro, como quieras.

—De acuerdo, pues... ¿mañana a las diez? —preguntó con una sonrisa.

—Vale.

—Estupendo, pues... te llamo a la puerta —corroboró él.

—Bien —dijo Vanessa.

Se sentía muy a gusto con él. Se fijó en que Miguel también la observaba fijamente hasta que él mismo reaccionó.

—Entonces, ¿ya lo tienes todo? —preguntó de nuevo, como si no supiese qué decir, alargando la conversación.

—Sí, creo que sí.

—Bueno, si se te olvida algo allí hay tiendas.

—Sí, ya lo sé, he ido bastante por allí —contestó risueña.

Él asintió.

—Bien, pues... será mejor que descansemos, mañana nos espera un día duro —bromeó.

—Sí, mejor será —contestó ella dando un paso atrás. Se metió dentro de su piso y alzó su mano a modo de despedida—. Buenas noches, que descanses.

Miguel no se movió de allí.

—Que descanses —contestó mientras veía cómo ella cerraba la puerta.

Solo cuando escuchó que echaba la llave se metió en su piso.

Nada más cerrar resopló. Cada vez que la veía se daba más cuenta de lo que mucho que le gustaba Vanessa. No pudo evitar sonreír al pensar en el día siguiente. Bien, aquella chica le interesaba y no pensaba dejarla escapar.



22

Apenas pudo dormir esa noche de nerviosa que estaba. Solo hacía que repasar en su cabeza la lista de cosas que debía llevarse.

Cuando había sonado el despertador a las ocho y media había saltado de la cama y se había metido en la ducha. Tras arreglarse el pelo y meter la plancha en la maleta había desayunado una buena taza de café con un par de tostadas y se había sentado en el sofá a esperar.

Los minutos hasta las diez se hicieron eternos. A las diez y diez llamaron finalmente a su puerta. Miguel esperaba con una gran sonrisa.

—Buenos días —canturreó.

—Buenos días —contestó ella.

—¿Qué tal esta noche? —preguntó mientras ella cogía la maleta.

Vanessa se encogió de hombros con naturalidad.

—Bien.

Miguel observó la maleta que tenía a un lado.

—¿Lo tienes todo?

—Creo que sí.

—Vamos —dijo llamando al ascensor. Miguel se había hecho una mochila que llevaba colgada de un solo hombro.

Vanessa dio una última mirada al piso y cerró la puerta echando la llave. Miguel se había agachado y había cogido su pequeña maleta dejándola en el ascensor.

Vanessa tragó saliva mientras entraba al ascensor. Miguel introdujo una pequeña llave en una cerradura ubicada en la botonera del ascensor que hacía que este bajase directamente al parquin. Guardó las llaves en el bolsillo y se giró hacia ella mientras se apoyaba en la pared y se cruzaba de brazos.

—Bien, a Jaime y a Pablo ya los conoces —indicó. Ella asintió—. Julia es la pareja —entrecomilló con los dedos el nombre—, de Pablo, y Raquel la de Jaime.

Ella lo miró pensativa.

—Tenía entendido que no tenían pareja...

Él enarcó una ceja.

—¿Y eso de dónde lo has sacado? ¿De escuchar a través de la pared? —bromeó. Al ver que ella no se reía y que apartaba la mirada de él avergonzada intuyó que así debía ser—. Bueno, por si no lo has notado he entrecomillado —Repitió el gesto con sus dedos—, los nombres de ellas. —Se encogió de hombros—. Podríamos decir que son amigas íntimas.

—Ya —comentó ella, y luego hizo un gesto gracioso—. Supongo que igual que tú con Silvia...

La miró fijamente y se acercó un poco a ella intentando intimidarla.

—Sí, así era... hasta que apareciste tú —Y ladeó su cabeza.

—Y fíjate... desde que me conociste eres un buen chico —ironizó Vanessa mientras cogía su maleta y abría la puerta del ascensor.

Miguel la siguió y tras abrir otra puerta dieron con el parquin. Vanessa se limitó a seguirle mientras Miguel volvía a buscar las llaves en el bolsillo de su tejanero.

—También hay otros amigos...

—Diana —indicó ella.

Miguel se detuvo ante un Ford Focus nuevo de color azul brillante. Fue directo al maletero y dejó su mochila, luego cogió la maleta de Vanessa y la depositó también.

—Sí, Diana también viene —informó dirigiéndose a la puerta del conductor.

Vanessa entró y cerró. El coche olía a nuevo.

—¿Cuánto hace que te lo has comprado?

Él sonrió mientras se ponía el cinturón y ella lo imitaba.

—Hace un mes y medio que me lo dieron. El que tenía se caía a pedazos —bromeó.

—Ya —respondió ella mientras él arrancaba—. Oye, ¿y no te estropearé el plan? —Miguel la miró sin comprender mientras apretaba un botón del mando a distancia para abrir la puerta del garaje—. Con Diana —aclaró ella.

Él resopló.

—No —respondió sinceramente—, con suerte si te llevo a ti no me molestará —Y giró un momento su cabeza hacia ella con una gran sonrisa burlona.

—¿Vas a usarme como escudo para repeler mujeres? ¿No puedes tú solito?

Se incorporó a la carretera mirando de un lado a otro.

—Es broma —acabó diciendo—. Diana es buena chica, te llevarás bien con ella. —Ella asintió finalmente—. Pablo me comentó que también ha ido Hugo y una amiga de este que se llama Alba.

Vanessa parpadeó varias veces.

—¿Cuántos somos? ¿Ya cabremos?

—En total somos nueve. Y sí, no te preocupes. Es un yate enorme.

—¿Es un yate? —preguntó sorprendida.

—Sí, claro, ya te lo había dicho. Me han nombrado un montón de veces la marca del yate de su padre pero nunca la recuerdo... —Se quedó pensativo—. Horizont RP no sé qué... Es enorme. Tiene varias plantas.

—¿Varias plantas? —preguntó asombrada.

—Sí, creo que tres en total, la de abajo, por la entrada, es un comedor enorme y tiene cocina y aseo. Arriba está la zona desde donde se maneja el yate, así como varios asientos y abajo del todo, bajo el comedor, hay muchas habitaciones. Creo que hay camas hasta para diez personas.

—¿Para diez personas? —exclamó.

—Sí, bueno... además en el comedor pueden dormir un par más en los asientos. —Se encogió de hombros—. Es enorme, por eso no hay problema si se apuntara alguien más.

—¡Es un transatlántico! —Seguía sorprendida.

Miguel rio.

—Pues sí, son casi treinta metros de eslora. Es un buen yate.

Ella abrió los ojos al máximo.

—¿Y es policía? —preguntó sorprendida.

Miguel se encogió de hombros.

—Sí, sus padres tienen una constructora.

—Ahh.

—Fuimos juntos a la academia —Y le guiñó el ojo—. Nos conocimos allí, en Ávila. —Ella lo miró confundida—. Es donde está la academia de policía. Estás cerca de un año allí.

—Ah, no lo sabía —confesó.

—Nos hicimos amigos, nos destinaron aquí a los dos y luego ya nos unimos al resto.

—Ahhh... —comentó sonriente ante sus explicaciones—. ¿Y siempre estás dando vueltas? ¿O eres de los que coge denuncias?

—Pertenezco al grupo de Seguridad Ciudadana... creo que ya te quedó claro —apuntó divertido—, aunque estoy pensando hacer una oposición interna el año que viene.

—¿Para qué es eso?

—Hay varios subgrupos: la Unidad Especial de Guías Caninos...

—¿Con perros? —preguntó divertida.

—Me encantan los perros, pero no es una de mis favoritas. No opositaría para eso.

—¿Y en qué estás pensando?

Miguel miró hacia la carretera y se encogió de hombros.

—Me gusta el Grupo Especial de Operaciones, los llamados GEO.

—Me suena.

—El GRECO, el Grupo de Respuesta Especial para el Crimen Organizado, el grupo de Localización de Fugitivos... —Se encogió de hombros—. No lo sé aún, pero seguramente probaré en uno de estos tres por si suena la flauta. Tengo que esperar a que salga alguna vacante y presentar mi solicitud. —Encendió la radio y la puso de fondo—. ¿Y tú?

—¿Yo qué? Yo no tengo oposiciones internas —pronunció—. Me limito a estar en una farmacia dispensando los medicamentos que me solicitan —Y se encogió de hombros—. Amaia, mi amiga, estudió conmigo. Fuimos compañeras de facultad.

Miguel se detuvo en un semáforo y se giró para observarla. Iba preciosa, con una camiseta de color azul claro y unos piratas tejanos.

—¿Has ido muchas veces al barco de tu amigo? —preguntó Vanessa

buscando conversación. El silencio le era incómodo, sobre todo cuando se había percatado por el rabillo del ojo de que Miguel la observaba.

—Sí, bastante. En verano solemos ir y como está aquí al lado...

—Ya, eso sí. ¿Y qué hacéis allí? —Miguel iba a contestar pero un pitido lo interrumpió. Miró por el retrovisor. —Está en verde —comentó Vanessa señalando al semáforo.

Puso primera y arrancó mientras miraba enfurruñado por el retrovisor.

—Ya va, ya va... ansioso —Se quejó. Inspiró y la miró de reojo—. Pablo puede sacar el barco como te dije, así que a veces vamos a alguna cala. Además, el puerto está muy bien. —Miró su reloj—. Las diez y media. Estos aún van a estar durmiendo cuando lleguemos, ya verás —dijo tomando un desvío. La miró sonriente—. ¿Has desayunado?

Ella asintió y él chasqueó la lengua.

—¿Tú no?

Miguel negó.

—No, me costó dormirme un poco por el horario de estos días. Siempre me cuesta adaptarme, así que me he levantado con el tiempo justo.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, pues podemos ir a desayunar. Me tomaré otro café. —Lo miró de reojo y le sonrió—. Por cierto, muchas gracias por invitarme.

Aquello pareció gustarle a Miguel que la miró un segundo con una leve sonrisa en su rostro.

—No hay de qué. Ya verás qué bien lo pasamos.

Miguel dio el último bocado al bocadillo de tortilla francesa mientras Vanessa lo miraba fijamente.

—¿Cómo eres tan zampón? —preguntó asombrada—. Te has tragado media barra de medio con una tortilla de tres huevos como mínimo.

—Y queso fundido —remarcó. Dio un sorbo a su cerveza y le sonrió mientras cogía una servilleta—. Soy grandote, ya lo quemaré haciendo deporte —Y se limpió la boca. Luego la observó a ella—. ¿De verdad que no quieres nada de comer? —preguntó observando su taza de café con leche vacía.

—De verdad, ya he desayunado antes. No me entra nada más—Miguel miró su reloj, marcaba casi las doce—. ¿Crees que se habrán despertado ya? —preguntó ella.

—Es posible —dijo levantándose de la silla—. Voy a pagar y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Espera... —dijo cogiendo su bolso.

Miguel enarcó una ceja.

—Vanessa, por favor... es solo un café —pronunció alejándose.

Ella suspiró y volvió a sentarse mientras lo veía entrar al bar.

Ya había paseado por allí algún día, la zona estaba muy concurrida, sobre todo por la noche dada la proximidad de los cines, el casino y los bares.

Hacía un día perfecto, ni una sola nube en el cielo. Los barcos permanecían amarrados a los pantalanes moviéndose ligeramente. Frente a ella había barcas pequeñas, pero hacia el final se encontraban los barcos de mayor envergadura y los yates. Suponía que el yate de su amigo debía de estar ahí.

Se puso en pie en cuanto lo vio salir del bar.

—¿Vamos? —preguntó cogiendo la mochila que había dejado sobre la silla.

Como supuso, debían hacer todo un rodeo para llegar hasta el yate que se encontraba al final del puerto.

Vanessa aminoró un poco el ritmo cuando Miguel alzó su mano hacia uno de los yates. El yate era realmente enorme. Varios chicos permanecían en bañador y camiseta sentados en la bañera del barco tomando algo tranquilamente.

—¡Eh! —gritó Miguel.

Pudo reconocer a Pablo y a Jaime, al otro chico no lo conocía, pero recordaba que Miguel le había dicho que también acudiría un compañero de trabajo llamado Hugo.

Pablo fue quien se situó en un extremo del barco, cerca de la pasarela por la que debían cruzar desde el muelle para subir al yate.

—¿Qué pasa grumete? ¡Ya era hora! Estaba a punto de llamarte —pronunció Pablo.

Miguel sonrió situándose frente a él.

—No sabía si estaríais cansados de anoche y hemos desayunado de camino —explicó.

Pablo posó su mirada sobre Vanessa que se mantenía unos pasos por detrás de él.

—Eh, ¡hola, Vanessa! —gritó Pablo—. Me alegro de que hayas venido. Vamos, pasad, no seáis tímidos—Los invitó.

Miguel se giró hacia ella y observó la maleta que llevaba en la mano.

—¿Puedes? —preguntó acercándose a la pasarela.

—Sí, claro, casi no pesa...

—Bueno, tanto como eso... —ironizó él cruzando ya la pasarela. Llegó hasta Pablo y chocaron las manos mientras dejaba la mochila sobre el asiento de madera. Se fijó en Jaime, el cual llevaba puestas las gafas de sol y bostezaba—. Menuda cara de sueño, colega —dijo dándole un golpe en el brazo—. Eh, hola, Hugo —dijo saludando también a un chico rubio de ojos claros. Se giró luego hacia Vanessa que en ese momento dejaba la maleta al lado de la mochila de Miguel—. Vosotros ya la conocéis —dijo acercándose a ella señalando a Pablo y a Jaime, así que se centró en Hugo—. Ella es Vanessa.

Hugo se levantó y le dio dos besos.

—Encantado, yo soy Hugo —Se presentó.

—Igualmente.

Hugo miró fijamente a Miguel.

—Vaya, no sabía que tenías pareja... —comentó sorprendido.

—Ah, no, no... —dijeron los dos a la vez.

—Es mi vecina —aclaró Miguel—. Una amiga.

Hugo miró a Vanessa y sonrió.

—Ah, pues... más encantado aún de conocerte —dijo haciendo que Miguel enarcase una ceja.

—Ya... Uhhmm... —continuó Miguel—. ¿Y las chicas?

—Julia y Raquel están abajo —indicó Pablo acercándose a la puerta—. ¡Ehhhhh! —gritó—. ¡Julia!, ¡Raquel! Ya ha llegado Miguel con su amiga. —Vanessa lo observó. ¿Así era como la iban a llamar a partir de entonces? ¿La amiga de Miguel? —Alba y Julia han ido a comprar bebida. Supongo que estarán al caer.

Vanessa miró hacia el interior. Jamás había visto un yate más lujoso que ese. Miguel estaba en lo cierto en todo cuanto había dicho, no había exagerado lo más mínimo. Desde allí, podía ver un enorme salón enmoquetado en un color crema. Nada más entrar había un enorme sofá en forma de L con nueve plazas, de color crema también, aunque los cojines donde uno se sentaba eran de un color marrón más oscuro. Frente a este había una pequeña mesa. Aquel sofá con forma de L dividía el salón en dos partes, la segunda parte era una enorme mesa de madera rodeada por sillas. Las paredes de madera pulida daban un aspecto imponente a aquel comedor. Tenía unas enormes ventanas con las cortinas echadas en ese momento del día, también de color marrón.

Era realmente impresionante.

Dos chicas aparecieron por el pasillo al final del comedor. Ambas vestían con pantalón corto y camiseta.

—Hola, Miguel —pronunció la primera que llevaba su largo cabello negro recogido en una cola alta.

—Hola, Julia —respondió dándole dos besos.

La segunda chica tenía el pelo corto e iba teñida de rubio platino, aunque sus rasgos eran muy dulces.

—Hola, Raquel —dijo acercándose a ella.

—Holaaaaaa —canturreó la joven.

—Os presentó a Vanessa —dijo girándose hacia ella.

—Holaaaa —respondieron las dos con una gran sonrisa.

Vaya, ¡qué cariñosas eran aquellas chicas! Se acercaron y la saludaron con dos besos.

—Qué ganas de que llegaseis ya —apuntó Raquel—. Pensaba que vendrías ayer.

Miguel negó.

—No, he acabado mi turno de noche y estaba reventado. Necesitaba descansar.

—Los turnos de noche son un rollo —apuntó Raquel y miró a Vanessa.

Julia también la observó con una sonrisa.

—Es la primera vez que vienes, ¿no? Ven, te enseñaré el yate.

Vanessa sonrió ante la cálida acogida. Miguel había vuelto a tener razón, era gente muy agradable.

—¿Cojo la maleta? —preguntó ella.

—Sí, sí, así la dejas en la habitación —explicó Julia, aunque se giró hacia Miguel—. Si no os importa os pongo en la habitación del final. —Aquello extraño a Vanessa. ¿Los ponía en la habitación del final?—. Mañana se van Hugo y Alba así que os podréis cambiar de habitación.

—Claro, sin problema —respondió Miguel sin darle importancia.

Vanessa tragó saliva. No había pensado en ello.

—Sígueme —dijo Julia indicándole el camino, seguida por Raquel.

Vanessa inició el paso, aunque se giró un segundo para observar a Miguel, el cual se sentaba tan tranquilo junto a sus amigos mientras cogía una cerveza.

—¿Saldremos esta tarde? —preguntó emocionado.

—Por supuesto —indicó Pablo mientras se recostaba en el asiento.

Ya ni le prestaba atención. Bueno, de todas formas, se había calmado

mucho al conocerlas a ellas.

Le señaló al final del comedor.

—Ahí hay un lavabo, y detrás está la cocina y la sala de cartas. Luego te lo enseño.

Nada más entrar al comedor, a mano izquierda había unas escaleras que bajaban a la planta baja.

—Qué bonito —declaró Vanessa mientras descendían.

Al bajar se llegaba a un gran recibidor.

—Aquí hay un par de habitaciones y un aseo.

A esa parte del yate se accedía a través de una puerta que comunicaba con un pasillo donde había varias puertas más.

—Son habitaciones individuales, un poco pequeñas —indicó abriendo la puerta y mostrándole una de ellas.

—Está genial —dijo ella entrando para observar—. Mañana os podéis cambiar a una del otro lado que son habitaciones de pareja.

Vanessa se giró hacia ella mientras depositaba la maleta en el suelo.

—No, no te preocupes.... —Tanto Raquel como Julia se miraron de reojo desconcertadas. Vaya, parecía que Miguel no lo había dejado muy claro—. No somos pareja —explicó ella—, solo amigos.

—Ahhhhh —contestaron las dos al unísono.

—Perdona —dijo esta vez Raquel—, es que no nos habían dicho nada —comentó divertida—, y es la primera vez que Miguel trae a una chica, así que pensábamos que... —dejó la frase a medias.

—No pasa nada —reconoció ella divertida. Miró a su alrededor embobada. La habitación no era muy grande, pero era igual de lujosa que el comedor. La cama se encontraba empotrada en la pared y, junto a ella, se ubicaba un mueble de madera oscura plagado de armarios y cajones. No había nada más, solo eso, pero le gustaba poder disfrutar de aquella intimidad.

—Ven, te enseñaré el resto —exclamó Julia—. Puedes dejar la maleta en el armario y colgar la ropa. —Salió de la habitación y señaló al final del pasillo—. Ahí hay un lavabo para esta parte del yate.

—Gracias —respondió educadamente, siguiéndola.

—Oye, ¿y a qué te dedicas? —preguntó Raquel.

—Soy farmacéutica —explicó ella mientras volvían al rellano y accedían a la otra parte del barco donde todas las habitaciones eran de pareja. La embarcación era la más lujosa que jamás hubiese visto—. Me he ido el mes de agosto a San Juan para estar con mis amigos. He alquilado un piso allí. Miguel

es mi vecino —explicó hacia Raquel—. ¿Vosotras sois compañeras de trabajo?

—Sí —explicó Raquel—. Yo estoy en Seguridad Ciudadana igual que Miguel.

—Yo soy profesora de Educación Primaria —intervino Julia. En ese momento escucharon cómo dos personas bajaban los escalones y se giraron—. Eh —dijo acercándose a las dos chicas que llegaban—. Mirad, ella es Vanessa —indicó hacia ella.

Vanessa dio un paso al frente.

—Hola, soy Alba —contestó una chica de cabello castaño y unos grandes ojos azules.

—Encantada —respondió Vanessa.

—Yo soy Diana —Se presentó la chica de cabello rubio oscuro y largo que formaba ondulaciones hasta su pecho. Supo de quién se trataba: la chica que había llamado a Miguel el día que comían paella en su casa y que él mismo había insinuado que quería algo con él. Se fijó en ella, era una jovencita muy atractiva. Tenía los ojos de color marrón verdoso y era bastante más alta que ella. Debía de ser de Seguridad Ciudadana también.

—Encantada —comentó dándole dos besos.

—Bien, pues... —intervino Julia—, te acabo de enseñar el yate y subimos a tomar algo —indicó mientras abría otra puerta revelando una lujosa habitación de matrimonio.



23

Tras comer se habían echado una siesta de dos horas, lo que le había dado la posibilidad de acomodarse bien en su camarote.

Después de que Amaia le hiciese un exhaustivo interrogatorio sobre los amigos de Miguel, sobre el barco y sobre el propio Miguel se había echado una hora. Había caído totalmente rendida hasta que la puerta frente a su camarote se abrió. Miguel ya se había levantado y, de hecho, se escuchaba jaleo en la planta superior, aunque para su sorpresa no la había ido a despertar.

Media hora después habían salido a alta mar.

Le intimidaba un poco salir en bikini, pero era lo que tocaba. Se había puesto el vestido fino blanco y el bikini a conjunto debajo. Con el bronceado que había adquirido aquellas últimas semanas aquella ropa le quedaba muy bien.

Vanessa miró asombrada cómo Jaime tomaba carrerilla y se lanzaba desde la segunda planta del yate al mar.

—¿Quieres matarte o qué? —gritó Raquel al ver lo que hacía Jaime.

Vanessa se levantó y apoyada en la barandilla miró asombrada justo cuando Jaime asomaba su cabeza entre el azulado mar.

—¡Venga! ¡Lánzate!

—Ni loca me voy a lanzar —pronunció Raquel enfadada—. Bajaré por las escaleras como las personas normales.

Vanessa dio un respingo cuando notó algo helado a su espalda.

—Ahhhhh.

Se giró asustada y observó que Miguel le tendía una lata de Coca-Cola con una sonrisa.

—No tiene gracia —Le reprochó.

Él hizo un gesto gracioso.

—Un poco sí... —después dio un sorbo a su cerveza y se colocó a su lado. No pudo evitar mirarlo de la cabeza a los pies. No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero si a eso sumábamos su cercanía, notaba que los latidos de su corazón aumentaban—. ¿Lo estás pasando bien?

—Sí —respondió con una sonrisa, intentando aparentar serenidad. Miró de reojo cómo los demás se quitaban las camisetas para tirarse al mar—. Son muy majos.

—Ya te lo dije —confirmó él. Dio otro sorbo y depositó el botellín vacío en la mesa—. ¿Te vas a bañar?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no...?

Pablo bajó de la parte superior donde se encontraba el puesto de mandos del yate.

—¿Os vais a bañar? —preguntó.

—Sí, ahora íbamos.

—De acuerdo —dijo cogiendo la camiseta que había dejado sobre el asiento—. Me quedo aquí mientras tanto y luego, cuando suba alguno, me tiro de cabeza —acabó riendo.

—¿No te bañas? —preguntó Vanessa.

—Siempre tiene que haber uno a bordo por si surge cualquier problema —informó Pablo.

—¿Quieres darte el chapuzón tú primero? —preguntó Miguel.

Todos giraron su cuello hacia el mar cuando escucharon una voz femenina.

—Ehhhh... ¡venga Miguel! —gritó Diana—. ¿Te vas a meter o qué?

Vanessa miró de reojo a Miguel, estaba claro que Diana tenía interés en él, pues durante las horas que llevaba allí no le habían pasado desapercibidas las miradas de Diana hacia él o cómo siempre sonreía en su presencia intentando llamar su atención.

—Venga, voy —contestó Miguel dirigiéndose hacia la parte de las escaleras, colocándose en el borde—. No tardo nada —dijo girándose hacia su amigo.

—El tiempo que necesites —contestó Pablo sentándose en el asiento con su cerveza.

Vanessa observó cómo Miguel tomaba impulso y se lanzaba directamente al mar.

—Qué bruto es —susurró ella.

—Venga, Vanessa... —La animó Pablo con una sonrisa—. Tu turno.

Suspiró y se quitó el vestido.

—Prefiero las escaleras —comentó acercándose a ellas.

Vanessa se colocó en la tarima sobre el mar y se giró para subirse en la escalera y bajar poco a poco.

En ese momento la risa de Diana volvió a llamar su atención y se quedó en el primer escalón observando.

—Está un poco fría —comentó Diana acercándose a él.

—Qué va, está muy buena —respondió Miguel apartándose el pelo de la frente.

Se agarró con una mano al flotador que mantenían atado con una cuerda al yate y se giró hacia Vanessa para observarla. Ella le dio la espalda y bajó el primer escalón sumergiendo parte de las piernas.

—Joder —susurró al notar la temperatura del agua. ¿Que estaba buena? ¡Estaba helada!

—Esta noche podemos ir al casino —propuso Hugo—. A ver si nos toca algo.

—Sería genial —contestó Diana mientras se sujetaba también al inflable para estar al lado de Miguel.

—A mí también me parece bien —contestó Miguel—. A ver si me toca el bingo y me jubilo.

Vanessa puso los ojos en blanco mientras bajaba otro escalón e intentaba no gemir cuando el agua helada tocaba su trasero.

—Yo nunca he ido al bingo —intervino Julia.

—Es una tontería —continuó Raquel—, pero siempre me pongo de los

nervios. Cantan muy rápido los números.

—Hay que estar bien atentos —bromeó Miguel.

Raquel rio haciendo que Vanessa volviese a girarse hacia ella.

—¿Te acuerdas cuando fuimos al bingo, Miguel? —intervino Diana.

Vanessa pestañeó varias veces y volvió a bajar otro escalón para dejar que el agua rozase su vientre.

—La madre que me... —susurró aguantando la respiración.

—No era el bingo —rio Miguel—. Lo organizaron en la cena de Navidad de hace dos años —recordó risueño—. Y estábamos todos más pendientes de la rima que diríamos con el número al número en sí.

—Fue divertido —rio ella recordándolo, sonriendo a Miguel.

—Sí, lo fue —Le devolvió Miguel la sonrisa.

—Tenemos que montar otro en la cena del año que viene —propuso Jaime.

Vanessa suspiró e intentó bajar un poco más por la escalera. Cuando llegaba a la zona del estómago era horrible. Bajó un poco pero subió rápidamente. Sabía que era mucho mejor meterse de golpe, pero para ella siempre había sido imposible hacerlo.

—Pues lo podemos proponer para estas navidades —continuó Diana con una voz muy alegre.

Vanessa resopló.

—Sí, claro... para estas navidades —susurró Vanessa en tono de burla.

Vale que Miguel era muy atractivo, muchísimo, por no le extrañaba lo más mínimo que Diana estuviese interesada en él. Sin embargo, aquello la molestaba. No entendía cómo aquella muchacha podía sonreír tanto ante él o usar ese tono de voz estridente... Sabía porqué lo hacía, lo que no entendía era cómo se atrevía a hacerlo. A ella le resultaría vergonzoso. En aquel momento le asaltó una idea. Hacía unos días Diana había llamado a Miguel en su presencia y él no había querido contestar en su presencia. Recordaba sus palabras: *“No voy a hablar con ella delante de ti. Ya la llamaré más tarde”*.

Aquello la dejó aturdida. ¿Habría hablado con ella? Estaba claro que habían estado juntos, se lo había dejado muy claro en la conversación al preguntarle que qué quería y él responder que ya lo sabía. La insinuación había sido clara. Así pues, ¿habían estado juntos? Sí, pero ¿lo estaban ahora? En el coche le había insinuado que, de aquella forma, llevándola a ella, Diana no se le acercaría. ¿Bromeaba de nuevo?

Se quedó pensativa unos segundos, mirando el yate.

—Es mejor lanzarse de golpe —comentó Miguel a su espalda.

Vanessa se giró en su dirección.

—Prefiero poco a poco —respondió volviendo a mirar al yate, dándole la espalda a Miguel—. Ahhhhh —gritó al notar que él la salpicaba. Se giró enfurruñada—. ¡No hagas eso!

Miguel la miró fijamente con una sonrisa.

—¿O qué? —preguntó provocativo y volvió a salpicarla—. ¿Vas a venir a buscarme?

Ella arqueó una ceja.

—En algún momento me meteré en el mar... —comentó con los dientes apretados, en tono amenazante.

—Uhhhhh —bromeó él—. Qué chulita te pones... —Se acercó situándose a su lado, sujetándose al yate—. Venga, cobarde, es mejor de una vez —continuó animado—. Es un momento, el agua está muy buena —dijo cogiéndola del brazo.

—Ay... ¡No! —Intentó soltarse—. ¡Quitaaaa! ¡Estás helado!

—Las mujeres no suelen opinar eso —pronunció sin soltarla, acercándose más.

Vanessa lo escudriñó con la mirada. Maldito fuese, sabía cuáles eran sus intenciones.

—Ni se te ocurra tirarme.

—¿O qué? —preguntó él esta vez bravucón, imitándola a ella. Se cogió a la escalera, se aupó y la rodeó con el brazo por la cintura.

—Ahhh... Migueeeel —gritó ella al notar su brazo helado alrededor de su estómago.

—¡Al agua! —gritó guasón mientras se impulsaba hacia atrás arrastrándola con él.

Vanessa se vio sumergida de repente, aunque Miguel la soltó rápidamente para que saliese a la superficie.

“¡Será capullo!”, pensó mientras sacaba la cabeza del mar. Miguel aún seguía sumergido, aunque sacó la cabeza un metro por delante de ella en aquel instante.

Vanessa se apartó como pudo el pelo de la cara mientras escuchaba las risas de Pablo desde cubierta.

—¿Te parece gracioso?! —Le preguntó mosqueada.

Él permanecía a flote ante ella, moviendo los pies y los brazos.

—Era por ayudarte y sí, me parece gracioso —Le sonrió.

Ella apretó los labios y luego sonrió con malicia.

—Pues a ver si te hace tanta gracia esto —comentó echándose hacia él y apoyándose en su hombro. Hizo presión hacia abajo intentando hundirlo, apretando los labios y cargando todo su peso en él, pero lo único que obtuvo fue la ceja enarcada de Miguel y una sonrisa burlona. Maldito fuese, ¿por qué no se hundía?

—Veo que te gusta jugar con fuego... —dijo intentando cogerle la mano, aunque ella la apartó.

—No, no me gusta —respondió intentando alejarse de él, pues veía sus intenciones mientras se acercaba con la mirada clavada en sus ojos, como si estuviese elaborando un plan de ataque—. Eh, Miguel —comentó señalándole—, quieto.

Vanesa chocó la espalda contra el yate, aunque Miguel no dejó de acercarse y se situó frente a ella, muy cerca, demasiado para su gusto. Colocó un brazo a cada lado de los hombros de ella, acorralándola contra el barco y sujetándose en este. Miguel tenía una mirada diferente, incluso lujuriosa.

—Ya sabes lo que dicen de las personas que juegan con fuego... —pronunció a escasos centímetros de su cara, aunque durante unos segundos bajó su mirada hacia sus labios, gesto que la intimidó y le cortó la respiración—, que acaban quemándose. —Volvió a mirarla y alzó las cejas repetidas veces con vis cómica.

Vale, ya estaba bromeando de nuevo, aunque estaba claro que también había implícita cierta provocación en su forma de actuar.

—Tranquilo por eso... —respondió con un hilo de voz—, no tengo intención de quemarme. No jugaré con el fuego.

Miguel giró su cabeza a un lado y chasqueó la lengua.

—Una lástima.

Ella negó.

—Lo dudo —Y le sonrió enseñándole los dientes mientras él entornaba los ojos.

Miguel miró hacia el lado donde sus amigos seguían sujetos al flotador hablando sobre los planes de aquella noche. No se separó de ella y volvió a mirarla, tenía el cabello echado hacia atrás, aunque algunos mechones de pelo se habían pegado a su mejilla.

—¿Y por qué no? —preguntó intrigado.

Ella lo miró sin comprender. Espera, espera... ¿estaba insinuando lo que ella creía? ¿Estaba comprendiéndolo bien?

—¿Por qué no qué? —preguntó sobresaltada.

Miguel se situó tan cerca que tuvo que echar su cabeza hacia atrás, incluso sus piernas se tocaron y parte de su pecho. En ese momento una sonrisa burlona se apoderó de su rostro. Menudo personaje estaba hecho, era un provocador nato.

—Seguro que hay otras mujeres que quieren quemarse contigo —comentó Vanessa, y luego le señaló con un movimiento de cabeza a Diana.

Aquella frase hizo que él riese.

—Ya, pero... —hizo un gesto de desagrado y negó—, para serte sincero —susurró—, ella no me interesa mucho que digamos. —Vanessa lo escudriñó con la mirada. No entendía nada. Le estaba tirando los tejos descaradamente, ahora bien, no sabía si lo hacía en serio o no—. Hay otras que me resultan más interesantes.

Ambos se aguantaron las miradas hasta que alzaron la vista hacia el yate.

—¿En serio? —pronunció Pablo apoyado contra la baranda—, me esperaba que tus técnicas de seducción fuesen otras, colega —bromeó y miró al frente, hacia el resto de sus amigos—. ¿Alguien me sustituye un momento para que me dé un chapuzón rápido?

Vanessa resopló y miró mosqueada a Miguel que sonreía divertido.

—Ya te sustituyo yo —dijo Miguel que se soltó de un brazo para acercarse a las escaleras. Vanessa se movió rápidamente hacia el otro lado.

—Pero si tú estás muy entretenido, hombre —continuó con la broma Pablo.

—Qué va, a este paso me gano un guantazo... se está rifando una hostia y tengo todas las papeletas —rio Miguel y miró a Vanessa con gesto travieso. Ella afirmó dándole la razón—. ¿Ves? —Colocó las piernas en el primer escalón e hizo fuerza con los brazos para subir.

Su piel bronceada brillaba al sol, las gotas de agua marina resbalaban por su espalda, su pecho y sus abdominales. Su culo era un poema, casi rozaba la perfección.

—Mira que está bueno el agente... —susurró Vanessa para ella misma.

Lo siguió con la mirada hasta que subió y se sacudió el pelo.

—Venga, al agua —dijo dándole un golpe en la espalda a Pablo.

—¡Allá voy! —gritó quitándose la camiseta y arrojándola sobre el asiento.

Vanessa cerró los ojos un segundo. No se explicaba cómo podía seguir viendo aquellos abdominales aun con los ojos cerrados, era como si se le

hubiesen quedado grabados en la retina.

Apretó los labios intentando apartar aquella imagen de su mente y se impulsó desde el barco para ir con el grupo hacia el flotador donde estaban todos sujetos.

Pablo saltó del barco en plan bomba ante el aplauso de todos sus amigos.

—¡Bravooooo! —gritó Hugo.

Vanessa se giró para observar cómo este salía a flote y comenzaba a seguirla hacia el flotador. Su mirada voló hacia el yate, donde Miguel, con su imponente figura, se mantenía de brazos cruzados vigilando. Su mirada se encontró con la de él y este volvió a sonreír en su dirección, aunque con cierta malicia.

—Maldito sea, me va buscando... —susurró volviendo a dar brazadas hacia el flotador.

Como siguiese así, al final, se iba a quemar.

—Vanessa, sujétate —Le ofreció Hugo el flotador.

Vanessa se acercó y se agarró.

—Gracias.

—¿Te parece bien si vamos al bingo esta noche? —Le preguntó Julia.

Le sorprendió que le preguntasen a ella, la última en llegar. Sin duda, se uniría a todo lo que dijese.

—Claro, como vosotros queráis —contestó con una sonrisa, agradecida de que la tuviesen en cuenta.

Su sonrisa se esfumó cuando observó cómo Diana miraba fijamente a Miguel, sin pestañear, totalmente embobada. Sí, se veía a la legua que quería algo con él. Se sorprendió a sí misma al notarse que estaba mosqueada. Debía aclararse consigo misma. Miguel le atraía, le atraía muchísimo, pero también le ponía de los nervios que fuese flirteando con todas.

Recordó aquella proposición que le había hecho.

“¿Y por qué no?”, había preguntado Miguel.

—Porque yo no voy a ser el segundo plato de nadie —susurró para ella misma—. Así que, si quieres algo, cúrratelo.

Vanessa suspiró mientras se ponía los zapatos y cogía el móvil. Amaia no dejaba de preguntarle. El resto de la tarde lo habían pasado tomando el sol y charlando. Se había reído de lo lindo con algunas anécdotas que le habían explicado.

Amaia: ¿Qué te has puesto de ropa?

Resopló mientras volvía a pasear los dedos por el teclado.

Vanessa: Vestido verde, sandalias. —contestó acelerada.

Se giró y observó su cabello. Se había pasado la plancha y se había maquillado. Amaia tenía razón, aquel vestido le quedaba espectacular.

Amaia: Quiero foto.

Puso los ojos en blanco y cogió su bolso, hacía ya diez minutos que había escuchado a Miguel salir de su camarote y no quería hacerlos esperar.

Vanessa: Luego te mando una. Me voy ya. Un beso.

Se quedó sorprendida cuando le llegó otro mensaje, aunque este no era de Amaia.

Fede superhéroe: Hola, ¿cómo va todo?

Se quedó parada unos segundos. Fede. Suspiró y tecleó de forma rápida y precisa.

Vanessa: Hola Fede. Muy bien. He salido fuera unos días.

Fede tardó unos segundos en responder.

Fede superhéroe: Ah, qué bien. Y, ¿vas a volver?

Fede: Me gustaría hablar contigo.

Aquello la dejó bastante aturdida. Fede era buen chico, y ya había dejado claro que no quería nada con él, pese a eso, él seguía escribiéndole y parecía querer su amistad.

Vanessa: Vuelvo el lunes a San Juan.

Vanessa: Si quieres te aviso cuando esté por allí y quedamos para tomar algo.

Fede superhéroe: Perfecto.

Vanessa: Un saludo.

Fede superhéroe: Un abrazo.

Vale, era un chico cariñoso, eso ya lo sabía. Su mente volvió a recordar el momento en que había querido besarla. Tras aquello no había dado señales de vida y ella había preferido darle su espacio.

Sonrió y volvió al privado con Amaia.

Amaia: Diviértete mucho. Ya me contarás todo.

Vanessa: Por supuesto.

Vanessa: Adiós.

No esperó a obtener respuesta. Metió el móvil en el bolso junto al monedero y salió del camarote.

Tal y como había imaginado Miguel se había arreglado hacía rato y había subido a cubierta donde se reunían todos. Habían quedado a las ocho y media.

Miró su reloj de muñeca mientras avanzaba por el pasillo. Faltaban cinco minutos.

Abrió la puerta y salió al rellano que comunicaba con el resto de las habitaciones y las escaleras. La voz de Miguel la hizo detenerse.

—Qué va, ¿estás flipando? —Escuchó detrás de la puerta.

Sabía que tras la otra puerta situada al lado de las escaleras había también un pasillo que conducía a las habitaciones dobles. Vanessa miró hacia la puerta. Miguel estaba acompañado.

—Pero si está muy buena —Reconoció la voz de Hugo.

—Alba se va a mosquear si te escucha decir eso —bromeó Miguel.

—Alba solo es una amiga, ya está.

—Pues lo mismo pienso yo de ella —comentó Miguel—. No me interesa. —Vanessa enarcó una ceja. ¿Estaba hablando de ella? —Es solo una amiga.

—Pues bien que la calientas... —rio Pablo.

Vanessa desencajó la mandíbula.

—Es ella la que se calienta sola —rio Miguel—. Ya te digo, es solo una amiga. Si te interesa, toda tuya —comentó tirante.

Estuvo a punto de ir y golpear aquella puerta que los separaba, entrar y darle un guantazo. ¿Que era solo una amiga? Sí, vale, ahí tenía toda la razón del mundo, solo eran amigos, pero aquello se iba a acabar... ¿Que no le interesaba? ¿Que se calentaba ella sola? ¡Menudo capullo integral! ¡Si era él quien no paraba de insinuarle con ella, de proponerle cosas indecentes...!

—Cerdo —susurró mientras subía las escaleras enfurecida.

Seguramente, si hubiese una barrera o un muro hubiese acabado con ellos del impulso que llevaba en aquel momento subiendo las escaleras. Al menos, podría tener la decencia de no comentar aquello delante de sus amigos. Además, ¿qué era aquello de que si le interesaba a Hugo era toda suya? ¿Para eso le decía todas esas cosas? ¿Para eso la invitaba?

Llegó hasta la planta de arriba donde Jaime, Julia y Raquel esperaban ya arreglados. Los tres tuvieron que darse cuenta de que algo le ocurría, su cara debía ser todo un poema. Vanessa pasó al lado de ellos en dirección a cubierta.

—¿Va todo bien? —preguntó Julia preocupada.

Vanessa ni siquiera se giró cuando le contestó, pues iba directa a la pasarela que la llevaría desde el yate al pantalán.

—Sí, voy a hacer una llamada, os espero allí —contestó ofuscada mientras se alejaba ya del yate.

Julia miró a Raquel.

—¿Qué le pasa?

—Parece enfadada —contestó Raquel.

—Puuffff... las tías sois más raras... —bromeó Jaime. Aquella respuesta se llevó un manotazo en el hombro por parte de Raquel—. Ahhh... perdona — Se quejó.

—Menos bromas, guapito —Lo señaló Raquel.

Julia no apartaba la mirada de la espalda de Vanessa. Dio un paso al frente.

—Vanessa —La llamó—, ¿quieres que... que vayamos contigo a algún sitio?

—No, no hace falta, tranquila —respondió en un tono amable, aunque el fuego la consumía por dentro.

—Vale, pues... le decimos a Miguel que...

—¡A Miguel ni agua! —contestó desquiciada mientras se alejaba cada vez más.

Raquel miró de reojo a Julia.

—Vale, sí, está enfadada con Miguel —confirmó Raquel.

—A saber lo que ha hecho el tonto este —contestó Julia. Todos se giraron cuando escucharon al resto subir los escalones—. Ya era hora —Los increpó.

—Son en punto —Se quejó Pablo señalando su reloj de muñeca.

Miguel miró hacia los lados, aunque se topó directamente con la mirada pizpireta de Diana que iba hacia ellos. Llevaba un bonito vestido rosa a conjunto con sus zapatos.

—Hola —saludó Diana colocándose a su lado.

—Hola —respondió Miguel.

Hugo fue hasta él y le dio un pequeño codazo para llamar su atención.

—Te lo he dicho —susurró a Miguel mientras señalaba con un ligero movimiento de cabeza a Diana. Luego le guiñó un ojo en plan gracioso.

Miguel puso los ojos en blanco.

—Ya te lo he dicho yo también: si te interesa, toda tuya —Le devolvió el susurro. Miró a su alrededor. Vanessa no estaba por allí, ¿aún se estaba arreglando? —¿Vanessa aún no está? —preguntó mirando a Julia y a Raquel.

—Vanessa se acaba de ir, ha dicho que iba a hacer una llamada... — explicó Julia sin comprender muy bien, luego se acercó para que solo fuese él quien la escuchase mientras el resto charlaban—, parecía enfadada, contigo.

Aquello sorprendió a Miguel que la miró sin comprender nada.

—¿Enfadada? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí —Se encogió de hombros—. Le hemos preguntado si te avisábamos y nos ha dicho directamente: “*A Miguel ni agua*”. —Aquello hizo que él la mirase más confundido—. Ha dicho que nos espera allí, pero creo que estaba bastante mosqueada.

—Ahhh... —dijo Miguel dirigiéndose a la puerta—. Falta Pablo, ¿no? —dijo mirando a su alrededor y se dirigió a la puerta mientras miraba a Julia—. Me voy adelantando, nos vemos allí.

Salió a toda prisa del yate acelerando el paso por el pantalán. Sí, Vanessa debía haber salido hacía poco, pues podía identificar su figura al inicio del pantalán, llegando a la zona del club náutico. ¿Habría ocurrido algo para que se marchase así?

Vanessa llegó al final del pantalán y miró de un lado a otro. La sensación de impotencia que sentía era enorme. No sabía ni para qué volvía a ilusionarse. Todos los tíos eran unos cerdos... Ya había tenido una experiencia negativa en su vida y no pensaba tener otra. Se paseó nerviosa por el paseo marítimo. Pensar que había dejado de lado a Fede por irse con Miguel la alteraba más aún. Aquello no se lo iba a permitir, no iba a dejar que se riese a su costa. Rebuscó entre el bolso con las manos temblorosas.

¿Que se calentaba ella sola? ¿Que si le interesaba toda suya? ¿De qué iba Miguel? No tenía porqué aguantar aquello. Cogió el móvil y buscó en la agenda el número de Amaia. Ahora mismo se marchaba de allí, cogería sus cosas y le pediría a Amaia que fuese a buscarla. ¡Y unas narices iba a dejar que le faltase al respeto! ¡Que se buscase a otra para reírse de ella! Ella ya había tenido suficiente.

—¡Vanessa! —Escuchó que la llamaban a su espalda.

Se giró asustada con el móvil en la mano y observó que Miguel iba en su dirección con bastante prisa. Aquello la alteró más y rugió. ¡Ni una más pensaba dejar pasar!

Se giró ignorándolo y comenzó a caminar en dirección contraria a él, con paso presto y el móvil en la mano.

Aquella actitud sorprendió a Miguel que esquivó a un par de personas que caminaban por el paseo marítimo en su contra.

—¡Eh! ¡Vanessa! ¡Espera! —gritó Miguel corriendo tras ella.

Vanessa ni se giró, lo que desquició un poco más a Miguel que corrió hasta ella y la cogió del brazo para retenerla, cortándole el paso.

—¿Qué te pasa? —preguntó sorprendido por su reacción.

Vanessa apartó el brazo de su mano de mala gana e intentó rodearlo pero Miguel le cortó el paso de nuevo.

—¿Ocurre algo? —preguntó más preocupado.

¿Encima? ¿Encima iba a hacerse el inocente? Oh, ya no aguantaba más. Ya se había reído de ella su ex y no pensaba consentir que otro tío lo hiciese.

—Eres un capullo... —comentó intentando rodearlo, aunque Miguel seguía cortándole el paso y parecía decidido a averiguar el porqué de su comportamiento.

—Ammmm... vale, sí, muchas veces —contestó aceptando sus palabras. Intentó cogerla de los hombros, pues ella no paraba de moverse de un lado a otro—. ¿A qué viene esto?

Ella apretó los labios conteniéndose de dar un grito. La rabia la consumía por dentro, aunque aquella rabia iba acompañada de impotencia. Se sentía defraudada con él. Lo miró a los ojos y se puso frente a él con una mirada colérica.

—¿Te parece gracioso? —preguntó indignada.

Miguel miró hacia los lados, sorprendido.

—¿El qué?

Ella inspiró con fuerza.

—¿Así es como me tratas? ¿Para eso me invitas con tus amigos y te pones tan chulito en el mar?

Miguel parpadeó un par de veces sin comprender nada.

—¿Perdona? —preguntó enarcando una ceja—. Te lo dije para que no que quedases sola allí. Tus amigos se iban de campin y tú te quedabas sola. Y lo del mar... iba en serio —acabó sonriendo aunque seguía aturdido por sus palabras.

—Ohhhh...síííí... qué bueno eres, ¿verdad? —preguntó molesta ante la expectación de él. Vanessa señaló hacia el yate—. Y luego te pones en plan machote con tus amigos: “*No, si es solo una amiga*”, vas y dices... que sí, que hasta ahí lo acepto —Miguel enarcó una ceja al escuchar aquello—. Lo que no tolero es que digas que me caliento yo sola o que les digas a tus amigos que: “*Si te interesa, toda tuya*”. ¿Qué soy? ¿Un regalito que traes para tus amigos?

Miguel la miraba sin pestañear, totalmente sorprendido. De acuerdo, estaba claro que había escuchado la conversación con Hugo. Alzó una mano en señal de stop, pues parecía que le iba a dar un ataque de nervios allí mismo.

—Eh —dijo dando una cachetada en aquella mano—, conmigo no te

pongas en plan chulito regulando el tráfico.

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes! Por mí, todos los tíos del mundo... y tú —Le señaló colocando el dedo índice en el pecho—, ¡os podéis ir a la mierda!

—Eh, vale, vale... —dijo cogiendo su mano.

—¡Que me sueltes! —gritó ella—. Estoy harta de que todos me tomen por el pito del sereno o se crean que pueden hacer lo que les da la gana. —Miguel suspiró armándose de paciencia—. ¡Que te caliente otra! —gritó ella.

—Menudo genio tienes, chiquilla —continuó él sin soltarla—. Te estás equivocando totalmente...

—Ya, claro. ¿Crees que estoy sorda?

—No, veo que escuchas muy bien, demasiado —dijo con los dientes apretados—. Pero, quizá, antes de decirme estas cosas, deberías preguntarme si estaba hablando de ti, ¿no?

—Claro, ahora lo típico... “No, no, si no hablaba de ti”.

—Es que NO hablaba de ti —sentenció Miguel poniendo énfasis en el “no”.

Ella se quedó quieta y lo miró fijamente.

—Ya, claro... —contestó incrédula.

La miró unos segundos y finalmente sonrió aún con incredulidad, sin soltarla. Se acercó un poco más a ella y miró hacia el pantalán asegurándose de que sus amigos no se acercaban. Suspiró y volvió su mirada hacia ella.

—Me refería a Diana. —Acabó chasqueando la lengua. Vanessa enarcó una ceja—. No a ti. —Esta vez la miró con una sonrisa tímida—. Diana me cae bien, es buena chica... Y tuve un lío con ella hace casi un año—confesó, lo que llamó bastante la atención de Vanessa—, y, bueno, desde entonces ella parece que... —Vanessa se soltó y se cruzó de brazos escudriñándolo con la mirada—. Bueno, me persigue un poco.

—¿Te persigue? Está claro que le gustas —dijo directamente.

—Ya... ¿y...? ¿Qué quieres que haga?

Vanessa dio un paso hacia atrás para guardar un poco de distancia.

—Igualmente, no me parece bien que hables así de ella... —sentenció—. Si ves que ella está enamorada de ti y tú sigues jugando con ella...

—¿Jugando? —preguntó riendo esta vez—. ¿Cuándo he jugado yo con ella? Solo soy simpático. No le he dicho nada que le dé pie a pensar que puede tener algo conmigo. —Resopló como si se sintiese intimidado al tener que explicar aquello—. A ver, ¿qué le he dicho según tú? —Y la miró

fijamente esperando una respuesta. Vanessa tragó saliva. “Mierda”, pensó, ahí tenía razón, no le había dicho absolutamente nada más que palabras cordiales—. Hace unos meses me toco de pareja en un cuadrante, durante unas semanas.

—¿Un cuadrante?

—Sí, de pareja para patrullar —explicó como si fuese obvio, se le notaba bastante alterado—. Hablé con ella y le dije que le tenía aprecio, que me caía bien, pero que no quería nada serio con ella. Por favor, pero si esa chica se ha acostado con media comisaría...

—¿Y tú no? —preguntó ella.

—¿De mi trabajo? —preguntó asustado—. No, ¡ni hablar! Joder, Vanessa... —Intentó calmarse y la miró fijamente—. ¿Crees que te hubiese invitado a venir unos días conmigo al yate de mis amigos si pensase así?

—Cosas más raras he visto —comentó ella con seriedad.

Miguel enarcó una ceja y dio un paso hacia ella, acercándose.

—Creo que en ese sentido soy bastante transparente, ¿no crees?—Ambos se miraron fijamente—. Así que, señorita... —dijo acercándose un poco más—, espero que me pida perdón.

—¿Perdón? —preguntó esta vez sorprendida.

—Sí, me has dicho capullo...

—Un poco sí que lo eres... —respondió ella.

—Ya... —Se encogió de hombros—, igualmente creo que me merezco una disculpa. No has sido correcta conmigo, te has propasado. Después de que haya hecho esto por ti... —continuó exagerando con sus brazos.

Vale, de acuerdo, ahora ya estaba jugando otra vez.

Vanessa resopló.

—¿Esto por mí?

—Sí, invitarte para que no te quedases sola en el piso y pudieses disfrutar de...

—Eso ya te lo agradecí —indicó ella rápidamente.

Él enarcó una ceja.

—Vaya, vaya... —dijo cruzándose de brazos—. ¿Así es como va a funcionar lo nuestro?

—¿Qué? ¿Lo nuestro? —preguntó pasmada.

—Me gritarás delante de todo el mundo...

—No hay casi nadie por aquí, y tampoco he gritado tanto —comentó mirando hacia los lados.

—Luego te darás cuenta de que te habías equivocado...

—Oooooohh, venga ya...

—No me pedirás perdón porque tu orgullo es...

—Oye, ha sido un malentendido, ¿vale? Lo has aclarado, ya está. Y de todos modos no está bien que hables así de tus amigas...

—¡Bah! —Se quejó esta vez e hizo un movimiento de mano frente a ella.

En ese momento, Vanessa miró a la espalda de Miguel y casi desencajó la mandíbula.

—Joder —susurró.

Miguel enarcó una ceja al escucharla.

Aquello no podía estar pasándole a ella. No, aquello no, y encima en ese preciso momento. Su ex, Sergio, caminaba hacia ella en dirección a la espalda de Miguel, aunque no iba solo. Había echado su brazo sobre los hombros de Ainhoa, a la que apretaba contra él mientras besaba sus labios. ¿Y luego decía que era una tontería lo de su ayudante de la gestoría? ¿Qué le había hecho ella al universo para que le ocurriese todo a ella?

—Mierda —susurró de nuevo.

—Mierda no es una disculpa —susurró Miguel, aunque se encogió de hombros—. Pues entonces, así no vamos bien. —Y la rodeó para seguir adelante, en dirección al bar donde iban a cenar unas tapas.

Sergio seguía avanzando hacia ellos sin ser consciente de que ella se encontraba por delante.

—Te encantará el sitio —pronunció Sergio muy acaramelado hacia Ainhoa, la cual iba muy sonriente. Ambos se miraron y se besaron mientras seguían caminando.

—Puaaaaajjj —reaccionó Vanessa mirándolos. Luego se dio cuenta de que se encontraba en medio del paseo, sola—. Mierda. —Se giró directamente hacia Miguel que seguía avanzando, aunque a paso lento—. Eh, eh... espera —dijo interceptándolo, aunque su mirada estaba clavada en aquella pareja.

—¿Me vas a pedir perdón o no? —bromeó Miguel que se quedó parado, observándola. De nuevo, volvía a lucir aquella sonrisa bromista.

—Dame un abrazo —dijo acelerada.

Aquella orden lo cogió desprevenido.

—¿Qué? —preguntó totalmente sorprendido.

Ella cogió su brazo y se lo echó encima de sus hombros.

—Que me abrases te digo —susurró esta vez con desesperación.

—Ah, no... —dijo quitando el brazo de sus hombros—. No hay una disculpa, no hay abrazo —seguía con la broma.

—Ayyyyy —gimió ella mientras veía como Sergio y Ainhoa se acercaban.

—¿Qué te pasa ahora? Eres muy rarita, ¿lo sabías? —preguntó en un tono más alto.

—No, mira... —dijo indicándole con un movimiento de cabeza hacia delante—. Es mi ex, con la que me puso los cuernos —susurró.

Miguel irguió su espalda y miró hacia el lado. En ese instante lo comprendió: aquel era el chico que le había roto el corazón a Vanessa y aquella muchacha debía de ser la chica que trabajaba con él y con la que le había puesto los cuernos. Volvió su mirada hacia Vanessa que resoplaba como si no supiese dónde meterse.

—Ven aquí —dijo acercándola de inmediato, cogiéndola por la cintura. Buscó sus labios y la besó apasionadamente.

Vanessa, al principio, abrió los ojos sorprendida. ¿Un beso? Había pedido solo un abrazo, pero... se relajó cuando notó los labios calientes de Miguel moviéndose delicadamente sobre los suyos. Aquella sensación hizo que se olvidase de todo, incluso de que su ex y Ainhoa iban hacia ellos. Notó cómo Miguel mordía su labio inferior y no pudo evitar rodear su cuello con sus manos.

Aquella sensación era totalmente inesperada y... mejor de lo que esperaba. Vale, sí, era bueno, muy bueno.

Miguel se separó de ella lentamente, observándola hasta que ella abrió los ojos poco a poco. Sus ojos se encontraron en aquel momento, aunque ella lo miraba con los ojos entornados y tragó saliva.

Miguel se giró sin soltarla justo cuando coincidió con aquella pareja. Supo el momento exacto en que Vanessa coincidió su mirada con la mirada sorprendida y angustiada de Sergio y de Ainhoa que se quedaron quietos unos segundos en el camino, pasmados por la sorpresa de saberse descubiertos allí, en aquel paseo marítimo.

En ese momento ella se giró hacia los dos, aunque Miguel no la soltó.

—Vaya, hola Sergio... —pronunció ella con la mirada fija en él—. Y hola, Ainhoa...

Miguel le siguió el rollo.

—¿Los conoces? ¿Son amigos?

—Es mi ex y ella supongo que ya debe ser su novia, ¿verdad, Sergio?

Sergio tragó saliva e inició la marcha cogiendo con fuerza a Ainhoa que ni siquiera se atrevía a mirarla, totalmente avergonzada.

—¿Tu ex? —preguntó Miguel—, pero ¿no me dijiste que había ido el otro día a tu piso a pedirte que volvieses con él? ¿Que estaba totalmente enamorado de ti?

—Sí —respondió ella.

Supo que Ainhoa los había escuchado porque miró a Sergio y comenzó a hablar con él sorprendida.

—Bueno, mejor para mí... —comentó Miguel sin soltarla, observando también cómo aquella joven pareja se alejaba hablando entre ellos.

Notó cómo los músculos de Vanessa se relajaban y se giró hacia ella que aún mantenía la mirada clavada en la espalda de Sergio.

—Eh... —dijo Miguel con una sonrisa—, creo que nos han oído —bromeó.

—Sí —rio ella. Por primera vez, desde que lo había dejado con Sergio, se sentía bien consigo misma. No quería darle celos, ya no estaba interesada en él. Aquellas vacaciones le habían ido muy bien para divertirse, valorarse y darse cuenta de que había chicos mucho más amables y que la tratarían mucho mejor que él. No eran celos lo que quería darle, pero sí que entendiese que ella también podía rehacer su vida. Él había sido una parte muy importante de su vida durante muchos años, pero, ahora, iniciaba una vida que iba a ser mucho mejor y más feliz que la que él podía ofrecerle.

Miguel vio cómo seguía con la mirada clavada en su espalda.

—El se lo pierde —comentó a su lado observando hacia el ex de ella y a su nueva pareja. Comprendía que debía hacerle daño verlos allí, y más sabiendo que él había estado rogándole una segunda oportunidad unos días antes.

Vanessa se giró y prestó atención a Miguel que aún la mantenía sujeta contra él. Lo observó durante unos segundos y no pudo evitar tragar saliva otra vez. Miguel era sumamente atractivo y siempre que lo necesitaba estaba ahí. Sí, cierto que era un poco bravucón, pero aquello tenía también su encanto, de hecho, se reía bastante con él.

—Uyyyy —dijo Miguel.

—¿Qué? —preguntó ella alarmada.

Miguel suspiró y luego la miró de reojo, pues aún seguía con la mirada clavada en ellos.

—Han entrado al bar donde íbamos a cenar. —Ella resopló y finalmente se giró hacia él—. Les diré a todos de ir a otro sitio.

—Tampoco quiero ser una molestia.

—Será por sitios, Vanessa —dijo encogiéndose de hombros.

En ese momento ella sonrió.

—Muchas gracias —comentó aliviada.

Dio un paso atrás para soltarse, pero Miguel no se lo permitió, tenía la mirada clavada en ella.

Elevó su mirada hacia él de nuevo. Miguel la observaba detenidamente, aunque enseguida posó su mirada en sus labios. Se habían besado y aunque aquello había sido propiciado por la aparición de su ex, recordar sus labios sobre los suyos con aquella suavidad hizo que se le erizase su piel. Nunca la habían besado con tanta delicadeza, ni siquiera Sergio en todos sus años de relación.

Cogió los brazos de él que la rodeaban con delicadeza para apartarse. Ahora que tomaba conciencia de lo ocurrido se sentía un poco avergonzada.

—No hay de qué —contestó Miguel permitiendo que se alejase esta vez.

Sí, la situación parecía superar a Vanessa que en ese momento se pasaba la mano tímidamente por la nuca. Pese al gesto de ella no se arrepentía de lo que había hecho, la había deseado desde el momento en que la había conocido en aquel oscuro portal.

Miguel puso sus manos en los bolsillos con una actitud desenfadada.

—Seguro que la chica le está cantando las cuarenta ahora —bromeó.

—Sí —rio ella—. Muchas gracias, de verdad.

Él se encogió de hombros otra vez.

—No pasa nada, ¿para qué están los amigos? —preguntó con una sonrisa.

—Ya —respondió no muy segura.

El problema era que ahora no estaba muy segura de querer ser solo su amiga, después de aquel beso las emociones y los sentimientos estaban a flor de piel.

—Ehhhh... aquí estáis —dijo Hugo.

Se giraron para observar que todos se acercaban ya.

—¿Todo bien? —preguntó Julia hacia Miguel.

—Sí.

—Perdonad, es que... —comenzó a hablar Vanessa.

—Vanessa ha visto a su exnovio... el muy capullo iba con la chica que provocó que ella y su ex cortasen —intervino Miguel.

Ella lo miró de reojo.

—Uhhhhh —comentaron casi todos.

Vanessa se encogió de hombros.

—Hace unos días estuvo en el piso que tengo alquilado suplicando que volviese con él y...

Miguel colocó una mano en su hombro, tras lo cual ella se calló. Al menos, de aquella forma justificaba un poco su comportamiento en el yate y su enfado.

—Han entrado en el bar al que íbamos a cenar. ¿Os parece bien si cambiamos de sitio?

—Claro —respondieron todos a la vez.

—Hay muchos sitios —dijo Julia acercándose a Vanessa y pasando un brazo por su hombro—. ¿Qué te apetece cenar? —preguntó ella de forma amable.

Aquel gesto por parte de todos la conmovió.

—Me da igual, lo que sea, elegid vosotros.

—¿Una pizza? —propuso Miguel—. Está cerca del bingo, así no tendremos que caminar mucho luego.

Julia acarició el hombro de Vanessa con la mano.

—¿Te apetece?

—¿Una pizza? Siempre —Sonrió ella.

—Y luego tomamos una copa en el bingo —dijo Diana.

¿Una? Ella necesitaba un par por lo menos después de todo lo sucedido.



24

De acuerdo, quizá se había excedido y no debería haber bebido tanto, pero entre el encuentro con su ex y Ainhoa y el beso con Miguel necesitaba desinhibirse como fuese. La cena había sido divertida y, después, habían acudido al bingo donde habían pedido todas unas copas mientras jugaban unos cartones.

Tras un par de cubatas y unos chupitos se negaba a seguir comprando cartones, ya ni siquiera encontraba los números que decían.

Habían vuelto al yate sobre las dos de la madrugada y, para ser sinceros, pese al encuentro de aquella noche con Sergio lo había pasado estupendamente. Julia, Raquel, e incluso Diana eran encantadoras con ella.

—Cuidado —dijo Miguel mientras ella se sujetaba a la baranda de las escaleras para descender hasta los camarotes. Se giró hacia atrás mientras Pablo reía— ¿Mañana por la mañana queréis ir a algún sitio?

—Ni de broma —contestó Hugo—. Mañana a dormir hasta que el cuerpo diga basta, ¿verdad, capitán? —preguntó con la voz achispada.

Todos habían bebido más de la cuenta.

—Por supuesto, grumete —respondió Pablo, y miró a Vanessa que se dirigía tambaleándose hasta la puerta que le permitiría el acceso a la zona de sus camarotes—. Menuda turca ha pillado —rio.

Miguel se encogió de hombros y se giró. No pudo evitar reír cuando la vio llegar hasta la puerta y cogerse con fuerza al pomo. Vanessa se giró con la mirada un poco asustada.

—Se mueve un poco el yate, ¿no?

Miguel puso cara de circunstancias mientras Pablo y el resto iban hacia el otro extremo.

—No se mueve —contestó Miguel acercándose a ella—. Más bien te mueves tú —Se giró hacia el resto—. Que descanséis, buenas noches.

—Buenas noches —respondieron casi al unísono mientras accedían a su pasillo.

Miguel la cogió del brazo para que mantuviese la estabilidad mientras abría la puerta.

—¿Cómo te sube tanto? —preguntó con una sonrisa.

Vanessa lo señaló.

—Ese no es el problema...

—Ah, ¿no? —preguntó mientras la ayudaba a entrar al pasillo y la apoyaba contra la pared. Encendió la luz del pasillo y cerró la puerta. Cuando se giró hacia Vanessa ella permanecía apoyada contra la pared gesticulando con su dedo índice de un lado a otro en señal de negación.

—No, no... el problema es... ¿por qué no te sube a ti? —Y clavó su dedo en su pecho—. Tú eres policía. No deberías estar acostumbrado al alcohol y mira... —dio golpecitos con el dedo en su pecho mientras Miguel ladeaba su cabeza—, ¿cuánto has bebido tú? A ti no te sube tanto el alcohol porque estás acostumbrado y un policía no debería estarlo. Mírate... —siguió golpeando su pecho con el dedo índice—, estás como una rosa... —Luego ella enarcó una ceja sin dejar de taladrarlo con el dedo—, y fuerte... ¡estás muy fuerte! —dijo plantando la mano entera en su pecho.

Él se encogió de hombros mientras intentaba aguantarse la risa.

—Ya te dije que hago deporte. En cuanto al tema del alcohol... —dijo cogiendo su mano—, no he bebido tanto como tú, créeme.

—Claro —Reaccionó ella apoyándose contra la pared de nuevo, aunque perdió el equilibrio y Miguel la sujetó para ayudarla a apoyarse correctamente —, porque tú no te has encontrado con tu ex...

—Exacto, por eso mismo no he bebido —contestó dándole la razón como si se tratase de una loca.

—Además, iba acompañado de esa tiparraca... ¿Sabes... sabes que esa chica, Ainhoa, cuando yo hablaba con él siempre se metía en medio? La muy guarra...

—Ya —Y chasqueó la lengua.

—Y luego... cuando quedábamos los dos siempre se mandaba mensajitos con ella... Yo —Se señaló a sí misma—, yo sabía que esa rubia guarrilla quería quitarme a mi novio...

—Ya, bueno, olvídale, él ya es pasado.

—Él fue malo... ¡Ve a detenerle!—Miguel rio—. Tú... ¿por qué te ríes? Hablo en serio —Señaló hacia la puerta—. Ve a detenerlo... —exigió.

—Eso no es un delito.

Ella hizo un puchero.

—¡Claro que es un delito! —protestó ella.

—¿Cuál?

Gesticuló abruptamente.

—Me partió el corazóón —sollozó, y luego extendió los brazos hacia los lados haciendo que Miguel tuviese que separarse un poco—. Tiritas “pa” este corazón partíoóoooo —comenzó a cantar mientras se llevaba las manos al corazón y contoneaba las caderas—. Tiritas “pa” este corazóóóón partíoóoo. Ya lo ves, que no hay dos sin tres, que la vida va y viene y que no se detiene ayyyy, amooooorrrr...

—Shhhh... —dijo colocando su dedo en sus labios, intentando contener una carcajada. Vanessa perdió el equilibrio y Miguel la sujetó, aunque ella se acercó más a él, apoyándose en su pecho.

—Pero dime que algo queda entre nosotros dos, que en mi habitación, ya no sale el sol... que existe el tiempo y el dolooooorrrr —siguió cantando.

—Shhhh... calla. ¿Por qué te pones a cantar ahora?

Ella lo miró unos segundos.

—Me sube la bilirrubina... ¡Ay! ¡Cuando te miro y no me miraaaaas!

—Shhhh... ¿Por qué cantas eso ahora?

—Me he acordado de esta canción ahora... ¿Tú sabes lo que es la bilirrubina? —preguntó emocionada.

Miguel arqueó una ceja, estaba peor de lo que esperaba.

—Algo del hígado.

¿Qué conversación era aquella?

—Es... —continuó ella mientras Miguel volvía a apoyarla contra la pared para que aguantase el equilibrio—, es un pigmento biliar que resulta de la hemoglobina de los glóbulos rojos reciclados.

—Ufff... —dijo acercándose—, si sigues diciendo cosas tan excitantes no sé si voy a poder controlarme, Vanessa —bromeó.

Ella sonrió y lo cogió del cuello de la camisa para acercarlo. Miguel tuvo que poner las dos manos en la pared para no caer sobre ella, pero Vanessa seguía sujetándolo por el cuello de la camisa, acercándolo a sus labios.

—Es de color amarillo anaranjado...

Miguel miró sus labios.

—Vaya, qué bonito y colorido.

—Sí, la degradación se produce en el bazo y más tarde se conjuga en el hígado y todo... —dijo mirando también sus labios—, se almacena en la vesícula biliar y forma parte de la bilis.

—Qué interesante...

—¿Y sabes cuando sube la bilirrubina?

Él sonrió.

—Cuando... ¿te miro y no me miras? —canturreó el también.

—¡No! —dijo ella ofendida—, puede subir por beber alcohol —Y le hizo un gesto gracioso—. A mí —Se señaló a sí misma—, ahora... me sube la bilirrubina... —canturreó de nuevo.

Bueno, al menos había dejado el tema de su ex.

—Ya, uhmmmm... —dijo Miguel cogiéndola de la cintura—, te ayudaré a meterte en la cama...

Ella se abrazó de nuevo a él, acercándose de nuevo.

—¿Sabes, Miguel?

Él la mantuvo sujeta por la cintura.

—¿Qué?

Ella sonrió y miró sus labios.

—Tú y yo nos hemos besado antes... —pronunció riéndose.

—Sí, ya lo sé... —contestó animado—. ¿Te ha gustado? —preguntó como si fuese la pregunta más normal del mundo, pues ella estaba en ese momento tan desinhibida que no sabía ni lo que decía.

—Besas muy bien —contestó con inocencia.

Miguel la observó fijamente.

—¿Tú crees?

Ella asintió.

—Los niños y los borrachos nunca mienten —dijo divertida—. Muy, muy bien... —contestó sujetándose a su cuello.

—Ya... —dijo sin apartar la mirada de sus ojos, luego observó de nuevo sus labios. Vanessa era exquisita en todos los sentidos—. ¿Quieres repetir?

Ambos se miraron fijamente. En ese momento Vanessa borró la sonrisa de su rostro y tragó saliva, como si hubiese recobrado un poco la cordura.

Miguel la apoyó contra la pared. Hacía tiempo que no se sentía así, que necesitaba de aquella forma tan urgente besar a una mujer.

Puede que Vanessa no dijese nada pero su gesto la delató. Se abrazó con más fuerza a su cuello y se puso de puntillas. Miguel no se hizo esperar, bajó sus labios rápidamente hacia los de ella mientras la apretaba contra la pared y se fundía en un apasionado beso con ella. Pese a que su boca sabía un poco a alcohol aquel beso hizo que sus latidos aumentasen como nunca lo habían hecho. Vanessa se sujetó con fuerza a su cuello mientras sus labios eran apresados por los de él, por aquella cálida y agradable humedad.

Miguel bajó sus manos hasta sus caderas para apresarlas mientras incrementaba la intensidad de su beso.

Vanessa respondía con pasión a ese beso hasta que escuchó un leve gemido de placer brotar de su garganta. Un suspiro de Miguel sirvió para que este abandonase sus labios y comenzase a descender por su cuello con suaves besos mientras ella enlazaba sus dedos en su cabello.

La sensación era totalmente placentera. Sentir el cuerpo de Miguel contra el suyo presionando levemente y aquellos labios deslizándose por su cuello hicieron que un suspiro más largo brotase de su garganta.

Aquel sonido hizo que Miguel se pusiese firme y la mirase. No podían quedarse allí o los escucharían. Abrió la puerta del camarote de Vanessa y la empujó hacia dentro.

—Ayyyy —Se quejó ella al verse desplazada. Tropezó y se cayó al suelo antes de que Miguel pudiese cerrar la puerta.

—¿Vanessa? —preguntó él, pues no quería encender la luz: con la que entraba por la ventana ya había suficiente claridad y aquello les proporcionaba más intimidad. Observó cómo ella se arrodillaba en el suelo—. ¿Te has caído? —preguntó cogiéndola por la cintura para ayudarla a poner en pie.

—Sí —Se quejó ella masajeándose el trasero.

—¿Te has hecho daño?

Ella comenzó a reír.

—No —Y directamente se echó a sus brazos buscando su boca aunque dio con la nariz de Miguel. No, aquello no eran sus labios. Igualmente la besó hasta que Miguel se apartó y se pasó la mano por la nariz.

—Puajj... ¿qué haces con mi nariz? —preguntó divertido.

Ella rio de nuevo mientras él la sujetaba. Miguel la besó de nuevo, pues Vanessa no dejaba de buscar sus labios.

No había nada que desease más que besarla y hacerle el amor en aquel camarote, pero no sabía si ella era consciente realmente de lo que hacía.

Se apartó de sus labios y colocó sus manos en sus mejillas.

—Oye, ¿estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué? —preguntó cogiendo sus manos con delicadeza.

Miguel tragó saliva.

—Has bebido un poco... —susurró.

De acuerdo, comprendía lo que quería decir. Sí, había bebido mucho, solo tenía ganas de decir tonterías y se encontraba excitadísima, pero era consciente de todo cuanto decía y hacía.

—Estoy bien —susurró contra sus labios.

Él tragó saliva y la miró a los ojos en aquella oscuridad.

—De acuerdo... —susurró—, porque te aviso que si vuelvo a besarte no voy a parar.

Aquellas palabras hicieron que la respiración de ella se entrecortase.

Soltó sus manos y volvió a colocarlas tras su cuello. Después de tantos meses se sentía de nuevo deseada. Aquello era lo que necesitaba.

—Pues no pares...

—¿Seguro? —insistió él.

—Que síiiiií...

—Vale. —Sacó la cartera de su bolsillo y extrajo un envoltorio plateado que dejó sobre la cama.

—Siempre preparado, agente —canturreó ella.

—¿Ves qué bien...? —pronunció divertido, aunque borró la sonrisa de su rostro y la miró fijamente, analizándola. A Vanessa le costaba un poco mantener el equilibrio, no quería precipitarse, prefería dejar las cosas claras —. ¿Seguro que...? —insistió.

Vanessa no dejó que acabase la pregunta. Se puso de puntillas y esta vez sí atrapó los labios de él. Aquel gesto cogió de improviso a Miguel que la

abrazó de nuevo y la giró hacia un lado para apoyarse contra la pared. Saboreó sus labios hasta que ambos tuvieron que separarse para respirar y, en ese momento, Miguel cogió su camisa y se la quitó arrojándola a un lado. No sabía dónde había caído, tampoco le importaba.

Vanessa colocó sus manos sobre el pecho de él, notando cómo su piel se erizaba ante sus caricias.

Miguel buscó de nuevo sus labios, atrapándolos. Solo le estaba acariciando el pecho y ya estaba totalmente excitado. Ninguna mujer le había hecho perder el control de aquella forma. Bajó sus manos hasta sus piernas y las introdujo por debajo del vestido mientras ella se quitaba las sandalias y perdía un palmo de altura. Aquel gesto sorprendió a Miguel ya que al bajar de las sandalias perdieron el contacto del beso.

—He encogido —bromeó ella.

—Me tenías engañado... —dijo buscando sus labios otra vez. Los encontró y los besó con intensidad mientras deslizaba sus manos por debajo del vestido hasta las caderas de ella.

Aquel gesto hizo que ambos gimiesen, conscientes de que los dos deseaban aquel contacto más íntimo.

Vanessa cogió su vestido y se lo levantó para sacárselo por los brazos. Miguel la ayudó a sacárselo y volvió a sus caderas para bajarle la ropa interior que acabó cayendo por sí misma.

Vanessa se quitó el sujetador y se abrazó a él juntando su pecho contra el de él mientras Miguel luchaba con el cinturón de sus tejanos. Cuando logró deshacerse de él hizo lo mismo con su ropa, dejándola caer.

Se abrazó a ella rodeándola con los brazos mientras Vanessa se sujetaba a sus hombros.

No quería hacer comparaciones, sabía que no era justo del todo, pero lo que sentía en aquel momento no lo había sentido con nadie, ni siquiera con Sergio. Lejos de entristecerla aquello le hizo entender que lo que había tenido con Sergio no era comparable a la pasión y las ansias que sentía en ese momento.

Miguel mordió sus labios e hizo que ella gimiese. Se giraron y cayeron en la cama. Aquel camarote era pequeño, pero en aquel momento no tenía importancia, era incluso mejor así.

Las ansias los consumían de tal forma que no hubo ocasión para preliminares. Necesitaba sentir el cuerpo de ella junto al suyo. En otra oportunidad ya se tomaría su tiempo, pero ahora la necesidad los invadía a los

dos.

Con un movimiento ágil se interpuso entre sus piernas y entró en ella.

Vanessa se cogió a sus hombros y apretó al sentir el movimiento de él.

Había poca luz, la suficiente para saber que él la observaba. Se reclinó sobre ella y la besó mientras comenzaba a mecerse lentamente.

Miguel se apoyó en un brazo y cogió la pierna de ella flexionándola al lado de su cadera mientras aumentaba paulatinamente el ritmo.

Sus respiraciones comenzaron a acelerarse, sin control. El placer que los inundaba a los dos comenzaba a hacerles perder el norte.

Vanessa se agarró a su espalda mientras apretaba los labios intentando controlar los gemidos que clamaban por salir de su boca. El placer era tan intenso que comenzaba a perder el control, aunque se dio cuenta de que no era ella sola: escuchó cómo la respiración de Miguel se acompasaba a la suya en un ritmo frenético.

Un gemido se escapó de los labios de ella. Miguel, al escucharlo, intentó acallar sus gemidos con sus labios.

—Shhhh... —dijo separándose y colocando sus labios al lado de su oído —, nos pueden oír —La advirtió.

—Me da igual —suspiró ella haciendo que él sonriese.

Llevó la mano hasta la suya y la colocó sobre la almohada entrelazando los dedos.

—Dudo que mañana te dé igual cuando tengamos que desayunar con ellos —bromeó antes de fundirse en un apasionado beso con ella.

Sí, en aquel momento a ella le daba igual, la cordura la abandonaba ante el placer que sentía y si, además, añadíamos las copas que había tomado era difícil que se controlase. Aun así, Miguel seguía lo suficientemente sobrio como para ser consciente de ello e intentar aminorar sus gemidos.

Otro gemido amenazó con salir de sus labios. Miguel volvió a besarla con intensidad intentando acallarlo. Si estuviesen en su piso no iría con cuidado. La respiración y los gemidos de ella lo excitaban más aún, haciéndole perder el control de sus impulsos.

Soltó la pierna de ella y se incorporó sujetándose con los dos brazos por encima, haciendo que el movimiento fuese un poco más brusco que antes y provocando que finalmente un gemido sonoro de ella retumbase en el camarote.

No supo si asustarse o reír, pues pese a que sus amigos estaban al otro lado del barco no descartaba que pudiesen escucharlos.

—Shhhhh —susurró.

—Mmmmmhh... —Fue la única respuesta de ella mientras se sujetaba a los brazos de él, acompañándolo en sus movimientos.

Vanessa elevó su mano y la colocó en su pecho, acariciándolo con ternura pese al ritmo frenético que él llevaba. Aquello le hizo ser consciente de sus movimientos e intentó relajarse un poco. Vanessa le hacía perder el control sobre su cuerpo y, en aquellas circunstancias, con sus amigos allí cerca, era peligroso, pues sabía que si eran conscientes de lo que ocurría en su camarote no tardarían en soltar alguna indirecta al día siguiente. A él no le importaba, pero sabía que para ella podía ser bochornoso.

Se reclinó de nuevo frenando sus movimientos, lo que le permitió recuperar un poco el aliento.

La besó de nuevo fundiéndose con ella en un abrazo.

Si la primera vez que la había visto en aquel portal, asustada, aturdida, hubiese sabido lo que iba a ocurrir con posterioridad no hubiese dado crédito, pero lo cierto era que desde el primer momento aquella chica había captado toda su atención.

Vanessa pasó una mano por su mejilla y ambos se fundieron en un apasionado beso mientras sus cuerpos se mecían al unísono.



25

El yate se mecía suavemente. La luz de un nuevo día iluminaba el camarote.

Vanessa abrió los ojos poco a poco y sollozó. Aquel dolor de cabeza era horrible. Se pasó la mano por la frente y se incorporó en la cama. Durante unos segundos no se ubicó.

Clavó su mirada en la cortina transparente a través de la cual podía verse cómo el yate amarrado al lado también se balanceaba suavemente.

Allí hacía calor, mucho calor.

El sonido de una respiración fuerte le hizo girar su cuello hacia un lado.

Notó cómo el corazón se le aceleraba al descubrir el cuerpo de Miguel, plácidamente dormido, con su pecho al aire y tapado hasta la cintura por una sábana blanca.

Los recuerdos volvieron a su mente.

—Mierda —susurró al ser consciente de todo lo ocurrido la noche anterior. ¿Se había acostado con él? ¿Con Miguel? ¿Con el pichabrava? —

¡Joder! —gritó levantándose de la cama con cuidado. Se movió rápida por el pequeño camarote, se puso la ropa interior y el vestido fino blanco y se giró hacia Miguel—. La madre que me... —volvió a susurrar al verlo dormido como un tronco.

Intentó calmar los latidos de su corazón.

Vale, a ver... aquello tampoco era malo. Miguel le atraía, le atraía mucho y se había portado muy bien con ella, ¿por qué iba a arrepentirse de lo de la noche anterior? ¡Eso que se llevaba para el cuerpo! El alcohol le había jugado una mala pasada... ¿o no era mala? Realmente era lo que deseaba. Ese varonil pichabrava la había conquistado desde un principio. Su carácter atrevido, divertido e incluso a veces arrogante le encantaba, pero ya sabía cómo era Miguel. Era un alma libre que aprovechaba cualquier ocasión para llevarse a una chica a la cama. Eso no se lo recriminaba, él podía hacer lo que quisiera, el problema era que ahora ella estaba en su lista.

Suspiró y se miró en el espejo. ¡Menudos pelos!

En ese momento llegaron hasta ella las voces de cubierta. ¿Qué hora era? Miró su móvil. La una y media de la tarde.

—Madre de Dios... —gimió.

Tenía dos mensajes de Amaia.

Amaia: Holaaaaa, ¿cómo fue ayer en el bingo?

Amaia: ¿Te tocó algo?

Puso los ojos en blanco y se giró hacia Miguel. ¡Vaya que si le había tocado! ¡El premio gordo!

Resopló y fue hacia la puerta de puntillas, sin hacer ruido, controlando de reojo a Miguel que seguía dormido en la cama.

Salió y cerró con cuidado. Soltó el aire de los pulmones y se pasó la mano por la frente.

—¿Qué diablos he hecho? —sollozó.

Además, estaba aquel terrible dolor de cabeza que comenzaba a matarla.

—Necesito una ducha —susurró mientras iba al aseo.

La ducha tampoco ayudó a que se relajase, al contrario, a cada minuto que pasaba era más consciente de lo que había ocurrido.

Se dejó el pelo mojado y se vistió. Ya se cambiaría de ropa cuando Miguel saliese de su habitación.

No volvió a entrar en ella, sino que pasó de puntillas al lado de la puerta, aunque se quedó quieta cuando escuchó unos pasos por el camarote.

¿Se había levantado ya?

—La venda ya cayóóó... uooo, uooo... y solo quedó la alegría... —
Escuchó que tarareaba.

—Mierda —susurró Vanessa mientras avanzaba con paso acelerado
atravesando la puerta y llegando a las escaleras.

Subió poco a poco. ¿Y ahora cómo iba a mirarle a la cara? Estaba claro
que en lo que había ocurrido habían participado los dos, pero... ella se moría
de la vergüenza. ¿Y si sus amigos lo habían escuchado? La noche anterior ella
no controlaba mucho.

—Buenos días —dijo Hugo que llevaba un vaso de zumo en su mano—.
¿Qué tal?

Ella le sonrió tímida, intentando analizar la situación.

—Bien.

—Estamos fuera, ¿te apetece tomar algo? ¿Quieres zumo de naranja? —
preguntó.

Ella asintió.

—Me iría bien.

—Vente, vamos, está todo el desayuno fuera —Le indicó con la mano
para que lo siguiera.

Pablo, Julia, Alba y Hugo estaban desayunando sentados en los asientos
acolchados que rodeaban la mesa de madera.

—Buenos días —pronunció ella con una sonrisa.

—Holaaaa —respondieron todos casi al unísono.

Inmediatamente, Julia se hizo a un lado ofreciéndole un asiento.

—¿Qué tal has dormido? —Le preguntó mientras se acomodaba.

Vanessa se encogió de hombros.

—Muy bien —indicó ella—. Es como dormir en una cuna —rio divertida
mientras cogía el bote de zumo y se echaba.

Alba le tendió una bolsa con pequeños cruasanes.

—Toma —Le ofreció.

—Gracias. —Miró hacia el otro lado—. ¿Y el resto?

—Diana se ha ido hace una hora. Nos ha pedido que nos despidiésemos
de todos —explicó Hugo mientras echaba una mano por encima de los
hombros de Alba.

—¿Se ha ido? —preguntó extrañada.

—Sí, esta noche comienza cuadrante de noche y quería descansar bien un
par de horas.

Ella parpadeó varias veces.

—Ahhhh... pues menudo turno para comenzar —pronunció a desgana.

—Jaime y Raquel aún están durmiendo —continuó explicando Hugo mientras cogía un cruasán de la bolsa que ella sostenía en su regazo—. Y Miguel supongo que también...

—Sí —respondió ella sin saber qué más decir.

—Nosotros nos iremos ahora también —intervino Alba.

—¿Os vais ya?

Alba se encogió de hombros.

—Se acaban las vacaciones para nosotros. Hugo entra mañana por la tarde, pero tenemos que poner lavadoras, secar la ropa, planchar...

—Es lo peor de las vacaciones —indicó Vanessa mientras cogía una pasta y depositaba la bolsa sobre la mesa.

—Y que lo digas —continuó Alba—, pero oye, ya nos iremos viendo, lo hemos pasado muy bien. Tenemos que quedar algún día —propuso ella.

—Claro, por mí encantada. Vivo en Alicante, está a media hora de aquí, así que sin problema.

—Vamos mucho a la capital los fines de semana —explicó Hugo.

—Luego me das tu móvil y así vamos hablando y quedamos —comentó

—Claro —contestó ella feliz.

En ese momento escuchó cómo alguien subía las escaleras y giró su cabeza a la izquierda.

Miguel caminaba hacia ellos. Debía haberse dado una ducha rápida también porque llevaba el cabello mojado. Su mirada se centró directamente en ella. Aquello la intimidó y tragó saliva apartando la mirada de él.

—Buenos días —reaccionó Miguel colocándose frente a la mesa.

—Casi buenas tardes —indicó Pablo que se echó a un lado para que se sentase.

Miguel le sonrió pero fue hacia el otro lado haciendo que Vanessa tuviese que desplazarse para que él cupiese.

—Diana se ha marchado ya —informó Hugo—. Nosotros nos iremos en media hora.

Miguel asintió mientras cogía el zumo y se llenaba un vaso de plástico.

—Esta tarde podríamos ir a dar una vuelta con el yate, en plan tranquilos —propuso Pablo.

—Claro —contestó Miguel.

Pablo volcó toda su atención en Hugo.

—Mi padre se lleva el yate la semana que viene, pero, si os apetece, en

dos semanas podemos hacer otra escapada...

—Estaría genial —reaccionó Hugo—. Me encanta el yate y el sitio.

Miguel aprovechó para girarse hacia Vanessa que permanecía a su lado mientras masticaba un cruasán. Ella esquivaba su mirada todo el rato, como si no quisiese afrontar la situación.

—Cuando me he despertado no estabas... —susurró hacia ella. Ella lo miró de reojo. Maldito fuese. De acuerdo, nadie prestaba atención, pero tampoco quería discutir aquello en ese momento—. Me hubiese gustado que no te hubieses marchado a hurtadillas.

—No me he marchado a hurtadillas... —susurró—. Estabas dormido y no he querido despertarte.

Él enarcó una ceja.

—Qué considerada... —pronunció con ironía y algo enfadado.

—De todas formas no parecías muy triste cuando te has despertado. Estabas cantando... —Esta vez fue ella la que enarcó una ceja—. Eres muy cantarín.

Miguel se encogió de hombros.

—La próxima vez despiértame —insistió—. No es muy bonito despertarse solo tras lo que ocurrió anoche.

Ella lo miró con ojos como platos.

—¿La próxima vez? —Él ladeó su cuello y sonrió mostrándole los dientes—. Qué fanfarrón eres —susurró y se encogió de hombros—. Ha estado bien, pero no te hagas ilusiones... —Él la miraba fijamente con una gran sonrisa en sus labios, aquello la desquició—. Para ya de sonreír.

Cogió otro cruasán y le dio un bocado mientras miraba a sus amigos.

—Tienen intención de ir hasta Murcia y volver —explicó Pablo la excursión que tenían programada sus padres la siguiente semana.

Miguel volvió a acercarse.

—Venga, admítelo. Estuvo muy bien.

—¿Os apuntáis? —interrumpió Pablo la conversación haciendo que ambos los mirasen sin comprender—. Dentro de dos semanas —explicó de nuevo como si no comprendiese el hecho de que lo mirasen así—. Podemos hacer otra escapada.

Miguel se encogió de hombros.

—Por mí perfecto.

Pablo asintió.

—Vanessa, estás invitada, ya lo sabes.

—Muchas gracias —respondió ella.

—No hay de qué, ya sabes que eres bien recibida.

Hugo se puso en pie y se sacudió las manos.

—Bueno —suspiró—, hora de volver a la rutina. Hay que recoger —indicó a Alba.

—Qué remedio —Se quejó ella.

—Tranquilos, si tampoco nos queda mucho más al resto. Mañana se acaba la diversión para todos —indicó Pablo.

Habían salido del puerto hacía casi una hora, bordeando la costa con el yate en dirección a una pequeña cala. Durante todo el trayecto las tres habían permanecido tumbadas en la proa del barco tomando el sol mientras el yate las salpicaba vez en cuando.

Se estaba de fábula.

—¿Os parece bien aquí? —preguntó Pablo con un grito para que lo escuchasen.

Julia ni siquiera se giró, siguió tumbada con los ojos cerrados.

—Sí —Y luego sonrió.

De lejos pudieron escuchar el murmullo.

—Ya ni se mueve para contestar —escuchó que decía Pablo.

Vanessa abrió los ojos y miró a Raquel que se sentaba y observaba hacia atrás.

—Estamos cerca de la costa —informó—. Hemos llegado a la cala.

Vanessa abrió levemente los ojos y colocó la mano ante ellos. El sol la deslumbraba. Casi se había quedado dormida con el vaivén del yate y la brisa del mar. Se estaba tan a gusto allí...

—¿Un chapuzón? —Reconoció la voz de Jaime.

—Yo voy —contestó Raquel poniéndose en pie—. ¿Venís?

Vanessa bostezó.

—Voy en cinco minutos —comentó adormilada.

Julia resopló mientras se ponía en pie.

—Voy a hacer café, ¿os apetece?

—Café, sí —respondieron las dos a la vez.

Vanessa se quedó allí. Ahora entendía a las lagartijas. Allí se estaba de fábula. Notaba el calor en todo su cuerpo, la brisa que llegaba de vez en cuando y que la refrescaba, el balanceo del yate... si alguna vez se hacía millonaria ya sabía lo primero que haría. Escuchó cómo Pablo se tiraba al mar

en bomba y Julia le llamaba la atención.

—¡Pero qué bruto eres! Un día te harás daño... —dijo entrando en dirección a la cocina.

Abrió uno de los ojos cuando el sol dejó de darle de lleno en la cara. La imagen la dejó absorta. Miguel permanecía frente a ella, de pie, de brazos cruzados, con aquel porte tan espectacular y elegante. El sol estaba a su espalda. La estampa parecía una imagen angelical.

—He ido al cielo... —susurró para ella mima. Solo le faltaba una musiquilla celestial para que la imagen fuese perfecta, aunque aquello perdió su encanto cuando Miguel le dio unos golpecitos en la pierna con su pie—. Ayyyyy...

—¿Te vas a bañar o te vas a quedar aquí a torrarte al sol? —Ella se despezó elevando sus brazos y estirando las piernas mientras contorneaba el resto del cuerpo. Escuchó cómo Miguel resoplaba—. Tú sigue provocando así y ya verás...

Aquel comentario le hizo gracia y abrió los ojos con una sonrisa. Al menos, Miguel parecía que había comprendido que no quería hablar de lo ocurrido la noche anterior delante de sus amigos.

—Eres muy fácil de provocar —contestó ella sentándose.

Él se encogió de hombros y observó a sus amigos. Jaime tomaba carrerilla para saltar por la borda mientras Raquel bajaba por las escaleras lentamente. Tras aquellas últimas horas al fin podía contar con unos minutos para estar a solas con ella.

—Lo estás pasando bien, ¿verdad?

Ella asintió mientras se frotaba los ojos.

—Sí, muy bien, gracias por invitarme —Le sonrió. Se puso en pie y miró a Pablo y a Jaime que ya estaban en el agua. Al encontrarse cerca de la costa podía verse el fondo marino desde allí—. Qué agua más trasparente —susurró asombrada.

Miguel se colocó a su lado observando también el fondo marino. Vanessa lo miró de reajo. Su nerviosismo se incrementó cuando sintió la mirada de él sobre ella.

—Lo de esta noche estuvo bien... —pronunció con tono pausado, analizándola.

Vanessa suspiró y lo miró de reajo. Finalmente clavó toda su atención en Pablo y Jaime que se agarraban al flotador. Se sentía intimidada por la situación. De acuerdo, con Miguel había forjado una gran amistad y era

encantador con ella, al menos ahora, pues sabía que era mejor no meterse con él ni enfadarlo, pero también sabía de su faceta conquistadora: las primeras semanas no habían dejado de entrar mujeres en su piso y, ahora, ella se había convertido en otra de sus conquistas de verano. Cierto que ella también lo había disfrutado, ¿cómo negárselo? El problema era que ella había dejado una relación hacía poco, por un engaño de su expareja. Necesitaba un tiempo para pensar y aclararse. No quería meterse en otra relación. Ni siquiera sabía si realmente Miguel quería una relación seria. No en vano, sus antecedentes le precedían.

Vanessa nunca se había acostado con nadie que no fuese su pareja... aquello era nuevo para ella y no se arrepentía, pero debía tener cuidado e ir con pies de plomo, ya sabía cómo era Miguel y no quería sufrir más. Ya había tenido bastante con un chico.

Se encogió de hombros sin siquiera girarse, sin darle mucha importancia.

—Sí, no estuvo mal. Había bebido bastante y...

Miguel arqueó una ceja y se apoyó contra la barandilla.

—¡Venga yaaa! —interrumpió él.

—¿Cómo que venga ya?

La miró seriamente.

—No me vengas con ese cuento. Esa excusa a mí no me sirve —comentó él divertido—. ¿Te vas a hacer la dura conmigo? —preguntó sorprendido.

Vanessa parpadeó varias veces.

—¿La dura?

—Sí —reaccionó rápidamente—. No creo que seas de ese tipo de chicas que se acuestan con alguien y no meten los sentimientos de por medio.

Aquella frase la desesperó. Suspiró y comenzó a alejarse. Miguel había dado justo en el clavo, algo que detestaba.

La observó alejarse sorprendido por su reacción. Sabía que ella aún debía estar pasándolo mal, que el hecho de haberse encontrado con su ex no ayudaba mucho a superarlo, pero tampoco quería perder la oportunidad de conocerla mejor. Era consciente de que su pasado le precedía, lo cual no ayudaba a que pareciera un chico serio para una relación. Verla alejarse de él tan tranquilamente le hizo sentir algo que no había sentido hasta el momento. Normalmente las chicas solían ir detrás de él, ¿por qué ella se alejaba? Aquello lo dejó trastocado.

—Uhhmm... —comentó aumentando el paso tras ella—, Vanessa. —La llamó. Ella suspiró y se giró. Miguel se colocó ante ella—. ¿Por qué te vas?

—preguntó confundido—. Solo quiero hablar. —Ella chasqueó la lengua no muy segura—. ¿Tan mal estuvo? —ironizó esta vez intentando darle un poco de humor a la situación.

Ella resopló.

—Miguel... —Él se puso serio—, que nos conocemos... —Y sonrió mostrándole los dientes.

—Qué va, tampoco me conoces tanto... —dijo ladeando su cabeza.

—Lo suficiente —susurró ella.

Él arqueó una ceja.

—Lo dices por todas las chicas que...

—Ayyy... no lo digas... —Lo cortó ella. Se puso firme intentando parecer serena—. Creo... creo que lo mejor sería hacer como si nada. Tú lo disfrutaste, yo lo disfrute... no vamos a liar más la cosa. —Aquello hizo que Miguel la mirase fijamente y tragase saliva—. Yo... he salido hace poco de una relación y...

—¿Y? —preguntó totalmente sorprendido.

—Pues que... —resopló y miró hacia los lados asegurándose de que nadie los escuchaba—, no sé... No suelo hacer esto... No soy de esas, Miguel...

—Ya lo sé —afirmó él.

Vanessa le sonrió de una forma desenfadada, como si recobrase la vitalidad.

—Hagamos como si nada... —propuso ella—, sin problemas. Los dos lo pasamos bien, fue un buen rato...

—Uhhmmm... —Estaba totalmente desubicado, normalmente era él quien decía ese tipo de cosas.

—Dejemos que pase el tiempo y...

—¿Y si yo no quiero? —La cortó.

Aquello no lo comprendía.

—¿No quieres qué?

—Dejar pasar el tiempo...

—Migueeeel...

—¿Qué? —preguntó él extendiendo los brazos hacia ella—. Ayer por la noche nos acostamos y...

—Shhhhh... —Lo interrumpió mirando hacia el mar, comprobando que sus amigos se encontraban lejos sin opción a poder escucharlos.

—¿Y ahora me dices que hagamos como si nada? —continuó Miguel.

—Jolín, Miguel, ¿tenemos que hablar de esto ahora? ¿Aquí? —preguntó nerviosa.

Él la miró fijamente mientras se cruzaba de brazos.

—No, tranquila... si ya lo hablaremos bien, con calma y a solas — pronunció bastante molesto. Dio unos pasos colocándose al lado—. Pero que sepas que yo no me rindo fácilmente...

Aquello la cogió de improviso.

—¿Qué? No entiendo nada... —pronunció acelerada—. Esto es una conversación de besugos —dijo girándose, observando la espalda de Miguel que se alejaba hacia la popa.

Él se giró y se detuvo.

—Entiendo que quieras tener un tiempo muerto, que mis antecedentes no ayudan, pero... si me interesa algo voy a por ello hasta conseguirlo y nada me detiene.

—¿Eing? —preguntó extendiendo los brazos hacia él—. Pero si ya lo tuviste ayer —susurró ella molesta.

Miguel la escudriñó con la mirada de la cabeza a los pies y, para sorpresa de ella, no dijo nada más. Se giró, se llevó la mano a la nariz, puso mofletes y se lanzó al mar.

—Mierda —susurró Vanessa acercándose. ¿Y ahora la iba a dejar con la palabra en la boca? ¿Con aquella conversación a medias?

Lo vio salir a flote y nadar hacia el resto de sus amigos.

¿Lo había comprendido bien? ¿Estaba interesado en ella? Se quedó unos segundos en silencio y tragó saliva. Miguel, ¡el pichabrava! ¿En serio? ¿O simplemente le decía aquello para tener otro encuentro amoroso con ella? Ya sabía cómo se las gastaba y no iba a dejar que la conquistasen con palabras bonitas y tiernas.

Se quedó observándolo mientras daba brazadas. ¡Era tan guapo! De todas formas, si realmente estaba interesado en ella ya se lo demostraría, sino, haría como si nada, bastante había tenido ya con Sergio. No iba a dejarse engatusar de nuevo hasta que le demostrase que realmente estaba interesado en ella.

Resopló y cuando se giró se encontró con la mirada jovial de Julia que sujetaba la cafetera.

—Está claro. Le gustas —dijo directamente. Vanessa chasqueó la lengua—. ¿Un café?

Vanessa negó rápidamente y se giró hacia Miguel. Si se tomaba un café ahora mismo acabaría dándole un infarto. Solo le faltaba un buen chute de

cafeína para acabar de tirarse de los pelos.

Se quedó mirando a Miguel mientras Julia se colocaba a su lado. La observó de reojo. ¿Habría escuchado toda la conversación que habían tenido?

—Es buen tío... —susurró Julia.

—Mmmmm... ya —respondió bastante cohibida por la situación. Resopló e intentó calmarse—. Es un ligón empedernido —comentó finalmente dirigiéndose a la escalera.

—¿Vas a darte un baño? —preguntó Julia con una sonrisa.

—Sí, necesito... necesito un baño de agua fría —acabó susurrando para ella misma, aunque Julia la escuchó y rio.

—No me extraña lo más mínimo —bromeó mientras depositaba el café sobre la mesa y se sentaba en el asiento a la espera de que alguien la sustituyese en el barco para poder sumergirse en las cristalinas aguas.

Vanessa fue hasta el límite de la plataforma y sin pensarlo se tiró tapándose la nariz con la mano. Pese a que el agua estaba fría lo soportó bastante bien. Era mucho mejor así y se sufría menos que bajando despacio por las escaleras. ¡Necesitaba enfriarse como fuese! Salió a la superficie y se apartó el pelo de la cara.

Alba la llamó desde el flotador.

—Vente, Vanessa... —Le sugirió ella.

A su lado estaban Miguel, Pablo y Jaime que la observaban divertidos.

—Buen salto —La felicitó Pablo.

—Dudo que pueda superarte alguna vez —bromeó ella mientras nadaba en su dirección.

Miguel se apartó un poco ofreciéndole un sitio a su lado, pero ella lo miró con suspicacia

—Venga, ven, que no muerdo —dijo él.

Ella enarcó una ceja mientras llegaba a su lado y se sujetaba al flotador.

—¡En diez minutos te sustituyo! —gritó Jaime hacia Julia que permanecía en cubierta tomando un café.

—Tranquilo, no hay prisa —Le contestó.

Jaime fijó su mirada en Vanessa.

—¿Hasta cuándo tienes vacaciones?

—Hasta final de mes. Aún me queda una semana —contestó con una sonrisa, aunque abrió los ojos al máximo y giró su cuello hacia Miguel cuando este colocó una mano por debajo del agua en su trasero.

—Como a nosotros dos, ¿verdad, Miguel?

—Verdad —contestó él volviendo su cabeza hacia ella con una sonrisa.
Ambos se observaron.

—¿No decías que no mordías? —susurró Vanessa mirándolo mosqueada mientras Jaime entablaba conversación con el resto de los amigos.

—Y no muerdo —confirmó él.

—Aparta esa manita... —comentó con los dientes apretados.

—Tienes el trasero muy bien moldeado, ¿no me dijiste que no salías a correr? ¿Haces running? ¿Steps? —Vanessa hundió su mano y apartó la de él con un pellizco—. Ayyy... —Se quejó Miguel, si bien luego sonrió de nuevo. Se acercó un poco más, controlando de reojo a sus amigos mientras ella estudiaba sus movimientos con nerviosismo—. Así que hagamos como si nada... —repitió las palabras que ella había pronunciado en cubierta, como si aún intentase comprenderlas—. Que sepas que no te va nada esa actitud.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál me va más? O no, espera... ¿cuál prefieres tú? —bromeó ella. Miguel chasqueó la lengua—. ¿Chica obsesionada contigo? —preguntó divertida—. Aunque supongo que de esas estarás cansado. —Se encogió de hombros—. ¿Salvaje? ¿Damisela en apuros?

—Esas ya me las conozco —continuó con la broma. Vanessa lo miró sin comprender—. La damisela en apuros cuando te saqué de aquel portal la noche que te atracaron y la salvaje...

Ella resopló.

—No lo digas o te mato —dijo rápidamente.

—Ayer por la noche —Y le guiñó un ojo acercándose de nuevo—. De momento me quedo con la salvaje... —Y sonrió abiertamente.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo no? —ironizó apartando la mirada de él, aunque lo miró de reojo cuando Miguel pasó un brazo por su espalda para acercarse más a ella. Se giró para encontrarlo a escasos centímetros de sus ojos. Tragó saliva al tenerlo tan cerca, sobre todo cuando Miguel descendió la mirada hacia sus labios y luego volvió sus ojos hacia arriba para conectar con la mirada sorprendida de ella.

—Eres una fiera —susurró.

Si hubiese estado de pie en tierra firme se hubiese caído de culo al suelo. Miró de reojo a sus amigos y retó a Miguel con su mirada.

—¡Para ya!

—No —contestó directamente, sin apartarse un ápice de ella.

Vanessa colocó una mano en su pecho e intentó alejarlo, pero Miguel

parecía que disponía de un muelle y volvió a ganar los centímetros que acababa de separarse de ella.

—Y tú eres un provocador nato —dijo con la mandíbula tensa.

—¿Y lo que nos divertimos los dos? —volvió a bromear.

Allí no había quien se enterase. ¿Bromeaba? ¿Hablaban en serio? Sí, le divertía, eso no podía negarlo, pero en aquel momento también la confundía.

Resopló y se soltó del flotador. Estaba claro que Miguel seguía en plan jugueteo, lo que menos necesitaba ella para aclararse.

—¡Julia, te sustituyo! —gritó nadando lentamente hacia ella.

—No huyas, cobarde... —dijo Miguel a su espalda, aún sujeto al inflable.

—No huyo, voy a sustituir a Julia para que se dé un baño —contesto ella con naturalidad mientras Julia se levantaba y se quitaba acelerada el vestido para tirarse al agua en cuanto ella subiese.

—Pero si has estado solo unos minutos —prosiguió él.

Ella se giró.

—No pasa nada, que disfrute ella también —respondió con inocencia.

Miguel se soltó del aro y dio unas brazadas hacia ella, aunque aún a bastante distancia.

—No te vas a escapar —dijo mirándola fijamente mientras ella le devolvía una mirada mosqueada—. Ya te pillaré, ya.

Ella le hizo un gesto gracioso sacándole la lengua.

—Será si yo quiero...

—Querrás —sentenció él.

Vanessa volvió su cabeza hacia delante, con la mirada fija en el yate y se sujetó a él. Sí, quería, lo estaba deseando, pero esta vez se iba a hacer de rogar, no pensaba dejarse engatusar por nadie más, así que si realmente estaba interesado en ella como le daba a entender se lo iba a tener que trabajar duro.

Subió y señaló a Julia con un movimiento de cabeza hacia el mar.

—Tu turno.

Julia levantó los brazos al grito de “yjuuuuuuu” y se tiró por la borda en bomba. Rio al verla sumergirse mientras todos sus amigos aplaudían por el salto. Todos la observaban con sonrisas y sacaban los brazos del agua para dar palmas, todos excepto Miguel que seguía con aquella mirada traviesa y fija sobre ella. Le recordó a un animal que observa a su presa antes de la caza.

—Vas a tener que hacer algo más que mirar así y decir esas cosas —susurró ella girándose para coger el vestido blanco que había dejado sobre la

silla, ponérselo y sentarse a la mesa a servirse un café.



26

Vanessa puso los pies sobre el asiento. Tras la cena se habían sentado todos en cubierta a disfrutar de la noche mientras tomaban un refresco.

—Aluciné —continuó Pablo ante las risas de todos—. Y pillá y me dice el detenido: señor agente, usted es muy guapo. Le di las gracias y se acercó a los barrotes, se sujetó a ellos y comenzó a tirarme besitos —exclamó. Se pasó la mano por los ojos—. Menuda borrachera llevaba.

Vanessa miró a Miguel que estaba sentado a su lado, riendo.

Descendió su mirada hacia el móvil y tecleó.

Vanessa: Sí, vuelvo mañana.

Amaia: ¿Y lo has pasado bien?

Vanessa: mucho. Son muy buena gente.

Amaia: Te lo dije.

Amaia: ¿Y pichica inquieta? ¿Qué tal se ha portado pichabrava?

Vanessa volvió a mirar a Miguel mientras daba un sorbo a su Coca-Cola. Lo cierto es que era encantador y aquella pinta de canalla le divertía. Por otro

lado, debía aclararse bien. Había cazado varias veces a Miguel mirándola. No sabía a qué exponerse con él. En cierto modo, le daba miedo confiar de nuevo en alguien y que la defraudasen. Suponía que eso era normal cuando venía de un desengaño como el que ella había sufrido. Necesitaba tiempo, eso era lo que necesitaba.

Vanessa: Bien, ya te contaré.

Tampoco quería explicarle ahora lo ocurrido. Quería hacerlo, pero mejor cara a cara.

Amaia: ¿Qué me tienes que contar?

Vanessa suspiró llamando la atención de Miguel que la observó de reajo. Se giró hacia ella.

—¿Y tú? ¿Qué experiencia has tenido aparte de la del atraco? —preguntó llamando la atención de todos.

Raquel la miró sorprendida.

—¿Te atracaron? —Vanessa asintió—. Pusiste denuncia, ¿verdad?

—Sí —respondió observando a Miguel de reajo—. La primera semana de llegar aquí. —Se encogió de hombros—. Iba con dos amigas y un par de delincuentes nos interceptaron por la calle. Nos acorralaron en un portal... — Y miró a Miguel de reajo, el cual se mantenía callado—. Él y uno de sus compañeros nos ayudaron.

Todos miraron sorprendidos a Miguel.

—Ah, ¿sí? —preguntó Pablo.

—Iba con Raúl —informó Miguel.

—¿Y así os conocisteis? —preguntó Raquel intrigada.

Vanessa se encogió de hombros.

—Más o menos. También soy su vecina... —comentó cohibida.

—Sí, eso ya lo sabíamos —indicó Raquel—, pero no tenía ni idea de que habías estado en una de las actuaciones. —Miró a Miguel—. ¿Los pillasteis?

—Pues claro, a uno de ellos le hice un placaje... —Y sonrió.

—¿Y el juicio?

Miguel miró de reajo a Vanessa y decidió contestar.

—Tenía antecedentes así que se decretó la prisión provisional, además tenía una orden de búsqueda y captura. El juicio es dentro de un par de semanas.

—Pues a ver si lo condenan una buena temporada... —indicó Jaime.

—A parte de esa experiencia, la cual prefiero no repetir —intervino Vanessa—, no he tenido ninguna más.

—Mejor —continuó Jaime.

Vanessa tecleó de nuevo en el móvil.

Vanessa: Ya te contaré.

Amaia: Me vas a dejar con la intriga.

Vanessa sonrió.

Amaia: ¿Te apetece cenar mañana?

De acuerdo, Amaia estaba ansiosa, y ella también lo estaba por explicarle todo y desahogarse con ella.

Vanessa: Volvemos por la mañana.

Amaia: ¿Quieres que quedemos para comer?

Vanessa: Creo que podré.

Amaia: Oye, ¿quieres que pase a buscarte por allí?

Aquella sugerencia no era mala idea, así no tendría que estar a solas con Miguel durante el trayecto y podría aclararse mejor antes de tener una conversación seria con él. Necesitaba aclararse con Amaia, desahogarse y pensar con claridad y, sinceramente, con Miguel cerca no lo conseguiría.

Vanessa: Pues, si no te importa...

Amaia: Ya ves qué problema. Está al lado. 😊

Amaia: ¿A qué hora?

Vanessa: ¿Te va bien a las doce?

Amaia: Perfecto. ¿Le digo a Sonia que se venga?

Vanessa: Claro.

Mejor dos opiniones que una.

Jaime llamó su atención.

—Las doce y media. —Se puso en pie—. Yo me voy a dormir que si no mañana no habrá quien me levante. —Y se estiró.

Todos se pusieron en pie.

—¿A qué hora hay que irse? —preguntó Vanessa.

—Sobre las once y media estaría bien —explicó Pablo—. Mi padre vendrá sobre la una, así me da tiempo a darle un manguerazo.

Vanessa volvió a teclear en el móvil mientras seguía al resto al interior del yate y comenzaban a bajar las escaleras.

Vanessa: ¿Podría ser sobre las 11:30? ¿O te va muy mal?

—Buenas noches —dijo Raquel dirigiéndose al otro lado.

Vanessa se giró y se topó con Miguel que iba detrás. Saludó a las chicas, a Jaime y a Pablo que bajaban las escaleras.

—Buenas noches. Hasta mañana.

Abrió y entró seguida por Miguel.

—¿Con quién hablas? —preguntó Miguel cerrando la puerta tras de sí.

Vanessa observó el móvil antes de contestar.

Amaia: Claro. Sin problema.

Guardó el móvil en su bolsillo y se giró para enfrentarlo. Él se encontraba muy próximo, mirándola con el cuello ladeado.

—Con Amaia —explicó y le sonrió un poco tímida—. Mañana vendrá a buscarme a las once y media.

Aquello lo cogió de improviso.

—¿Viene a buscarte? —Parpadeó varias veces—. Pensaba que volverías conmigo.

—Sí —contestó como si nada—. Pero me ha dicho que ha tenido un problema... —Se inventó una excusa—, y necesita hablar... —Se encogió de hombros—. Creo que alguna riña con Toni —acabó diciendo.

Miguel la observó y finalmente asintió.

—De acuerdo —contestó con una sonrisa más cariñosa y miró hacia la puerta de su camarote. Se acercó a ella, colocándose enfrente, lo que hizo que ella tuviese que echar su cuello hacia arriba—. Ayer estuvimos en tu camarote... —susurró contra sus labios—, lo justo es que vengas esta noche tú al mío —Y miró sus labios.

Tragó saliva mientras notaba cómo sus piernas temblaban. Buscó con la mano la pared para apoyarse. Maldito fuese, unas palabras insinuantes, una mirada profunda y hacía que su corazón se disparase.

—Mmmmm... mejor que no —dijo dando un paso hacia atrás mientras él enarcaba una ceja. Buscó el pomo de su puerta sin apartar la mirada de él—. Es mejor que descansemos.

Él sonrió y dio otro paso hacia ella.

—Descansarías mucho mejor... —Y le guiñó un ojo.

Ella chasqueó la lengua. Sí, ahí tenía toda la razón.

—Ummmm... —abrió la puerta de su camarote y dio un paso hacia atrás metiéndose en él.

Miguel ladeó su cuello, observándola.

—¿Por qué vuelves a huir?

—No huyo, es... es solo que... —Se puso seria—. Hay que dormir. Buenas noches.

Y cerró la puerta sin más, aunque un segundo antes vio cómo Miguel elevaba su mano y abría la boca para hablar.

Cerró y suspiró. Ese hombre no tenía remedio.

Dejó el móvil sobre la cama y se giró mirando a la puerta cuando Miguel dio unos golpecitos desde el otro lado.

—Vanessa...

Ella resopló.

—¿Qué? —susurró ella.

—Creo que nos convendría hablar a los dos, me parece que te estresa un poco la situación... —acabó bromeando.

—A mí no me estresa nada la situación —Se defendió.

—Venga, abre —Le pidió. Vanessa apretó los labios. ¿Es que no podía dejarla tranquila? Necesitaba su tiempo, su espacio, quería tomarse aquello con calma. Escuchó un suspiró detrás de la puerta y la abrió lentamente, asomando su cabeza por la puerta entreabierta. Él sonrió ante la mirada sorprendida de ella—. Venga, va... será solo un momento —insistió.

Ella fue directamente hacia la puerta.

—¿Tanto te cuesta comprender que quiero estar sola? ¿Que necesito mi tiempo? —preguntó mosqueada.

Miguel acabó de abrir la puerta y extendió los brazos hacia los lados.

—¿Tiempo para qué? —preguntó estresado.

—Para pensar.

—¿En qué?

Ella lo miró fijamente, fue hasta la puerta y cogió el pomo.

—En si me tengo que arrepentir de lo que ocurrió ayer o no —sentenció volviendo a cerrar la puerta, aunque esta vez pudo observar cómo Miguel enarcaba una ceja sorprendido por su actitud.

Miró toda la puerta. Mierda, no tenía ningún cerrojo para frenar otra posible entrada.

—Te voy a dejar solo porque estamos en el barco de Pablo —Escuchó que susurraba a través de la puerta.

—Gracias —exclamó ella de los nervios.

—Pero ya te pillaré... —dijo esta vez con la voz más grave.

Vanessa dio unos pasos alejándose de la puerta, con la mirada fija en ella. Lo mejor sería no provocarlo. Necesitaba relajarse, tener las cosas claras antes de hacer cualquier movimiento. Miguel le gustaba, mucho, pero también conocía su forma de actuar, necesitaba valorar bien las opciones y aclararse consigo misma antes de mover ficha.

—Buenas noches —comentó hacia la puerta.

Miguel tardó más de la cuenta en responder.

—Está bien. Buenas noches —contestó con decepción, aunque poco después pudo escuchar cómo cerraba la puerta de su camarote.

Solo entonces pudo respirar tranquila. Hacía bien, ya había sufrido bastante por amor, mejor ir con cuidado antes que caer rendida ante él, aunque, en parte, creía que ya lo había hecho.

Vanessa se despidió con un movimiento de mano de todos mientras dejaba la maleta en el asiento trasero del coche. Aquella mañana se habían levantado sobre las diez, habían desayunado y tras ayudar a recoger se había despedido de todos agradeciendo aquel fin de semana.

Amaia la esperaba en doble fila bastante nerviosa, pues algunos coches pitaban cuando pasaban por su lado.

—Date prisa —Le pidió acelerada. Miró al final de la calle donde cada uno de ellos iba hacia su coche—. ¿Esos son los amigos del pichabrava?

—Shhhh... —reaccionó Vanessa.

—¿Qué pasa? No me van a oír desde aquí. Ya va, ya va... —Se quejó ante el insistente pitido de otro vehículo.

Vanessa se sentó a su lado y se puso el cinturón mientras Amaia aprovechaba para mirar por el retrovisor.

—Ese es el pichabra... —comenzó a decir.

—¿Quieres dejar de llamarlo así? —Se quejó. Vanessa miró por el retrovisor. Sí, ahí estaba Miguel, varios coches por detrás de ellos dejando la mochila en el asiento del copiloto. Cerró la puerta y se giró hacia el coche de ellas, observando fijamente. Vanessa tragó saliva—. ¡Arranca! —dijo a su amiga, la cual la miró extrañada por su exclamación. Miguel seguía mirando hacia el coche, pensativo—. Arranca, arranca, arranca... —continuó como si se tratase de un mantra.

—Voy, voy, voy... —interrumpió Amaia poniendo el intermitente.

Solo cuando se internó entre los coches y la silueta de Miguel comenzó a hacerse pequeña respiró tranquila. Aquella era la mayor locura que había cometido en su vida. ¿Cómo se le ocurría? Plantó la mano en su cara y la arrastró desquiciada ante la mirada de soslayo de su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada, aunque luego sonrió—. Venga, cuéntame... ¿cómo ha ido el fin de semana? ¿Lo has pasado bien? —dijo con una gran sonrisa en su rostro—. Sí, lo has pasado bien seguro, además, estás más morena, has tomado el sol ¿verdad? —Vanessa miró de reojo a su amiga.

Le habían dado cuerda o qué—. ¿Y con Miguel qué? —preguntó poniendo el intermitente para incorporarse al siguiente carril—. ¿Ha sido amable? Fue todo un detalle que te invitase con él y sus amigos a...

—Me he acostado con él —interrumpió Vanessa provocando que Amaia se quedase en silencio.

Amaia miró fijamente la carretera, intentando asimilar las palabras de ella. Apretó los labios y respiró un poco más profundo. Vanessa la miraba de reojo.

—Vaaaaaleeeee —pronunció con paciencia, y se giró hacia su amiga—. Ummmm...

Vanessa elevó los brazos hacia el cielo.

—¿En qué estaría pensando? —gritó interrumpiendo a su amiga—. Por Dios, acabo de salir de una relación no hace ni un mes. Miguel... —Señaló hacia atrás—, no dejaba de traer chicas a su piso.... y, ¡ahora me he transformado en una de ellas!

Amaia la miró de los pies a la cabeza y luego sonrió.

—Pues yo te veo como siempre —bromeó.

Vanessa rugió y se giró hacia ella.

—Me encontré con tu primo en el puerto...

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Síiiii —gruñó—. ¡Iba con Ainhoa!

—¿Con ella? —gritó Amaia—. ¿Están juntos entonces?

—Pues eso parece, porque iban abrazaditos, dándose besitos, paseando como dos enamorados...

—Mi primo está loco —rugió Amaia.

—¡Y encima me lo encontré de frente! Imagínate —dijo sentándose correctamente en su asiento—. No me esperaba verlo por allí, y menos aún que fuese con ella.

—Uffff... y, ¿qué hiciste?

—Me dio mucha rabia —continuó Vanessa—. ¡Me ha dejado por esa niña! —Luego intentó calmarse y suspiró—. Así que me abracé a Miguel...

—¿Que hiciste qué? ¿Te abrazaste al pichabrava? —gritó sorprendida.

—Amaia, por favor... —dijo lentamente—, vamos a llamarlo Miguel.

—No, no, ni hablar... es el pichabrava, se lo ha ganado a pulso... —Y le enseñó los dientes con una sonrisa traviesa—. Bueno —dijo volviendo al tema—, ¿y mi primo se lo creyó?

—¿Que si se lo creyó? —Luego comenzó a reír—. Miguel me acabó

besando.

Amaia abrió los ojos de par en par y alzó su mano para chocar las cinco.

—¡Bravoooooooo! —gritó eufórica, aunque descendió su mano lentamente cuando vio que Vanessa no la chocaba. La miró de reajo—. ¿Por qué te pones así?

—Pues porque... —resopló—, acabé bebiendo más de la cuenta y acabé acostándome con él.

—¡Yujuuuuuu! —exclamó de nuevo alzando su mano para que la chocase de nuevo, pero Vanessa no estaba por la labor—. ¿Qué problema hay?

Vanessa se pasó la mano por la nuca, agobiada.

—El problema es que yo nunca he actuado así...

—Tú solo has tenido a mi primo de pareja. Ahora estás soltera, te lo vuelvo a repetir, ¿qué problema hay?

Vanessa se giró hacia ella.

—Vale, el problema es que Miguel...

—¿Quién es Miguel? —bromeó Amaia—. Te refieres a... a pichabra...

—Calla —La cortó Vanessa—. Miguel es el típico chico sin ataduras, que se va con todas las que pillan, y... yo no soy así. Además, no para de querer hablar sobre el tema...

Amaia la miraba de reajo, estudiándola.

—Oye, pero a ti te gusta, ¿verdad? —Vanessa se quedó callada—. ¡A ti te gusta! —gritó Amaia. Vanessa resopló—. A ver, las cosas claras —dijo frenando en un semáforo—. Tú —La señaló—, estás soltera y puedes hacer lo que te plazca. No te debes a ti misma ningún tiempo de luto y menos, siento decirlo, por mi primo —La reprendió—. Así que haz el favor de disfrutar y si te gusta el picha inquieta, o Miguel... o como quieras que lo llame, adelante.

Vanessa tragó saliva y suspiró. Sabía que Amaia tenía razón, hasta ella era consciente de que todo lo que decía su amiga era cierto, pero aquel no era el problema.

Miró a Amaia de reajo.

—Ya, pero...

—¿Te gusta? —preguntó directamente.

Vanessa permaneció unos segundos callada, reflexionando.

—Sí —susurró cohibida y luego miró hacia delante comprobando que el semáforo se ponía en verde—. Pero... ya te he explicado todo lo que ha hecho Miguel estas vacaciones, no quiero ser un segundo plato de nuevo.

Ahí estaba el problema, eso era lo que le daba miedo.

Amaia resopló.

—Vale, a ver... —dijo acelerando—, dices que Miguel quiere hablar, ¿no?

—Sí, desde que nos acostamos me ha estado buscando, pero lo he esquivado con la excusa de que estábamos con sus amigos, además, me dijo que si le interesaba algo no se rendía, así que ya veremos si tanto le intereso o si eso se lo dice a todas.

—Espera, espera... frena —La cortó mientras giraba hacia la izquierda—. ¿Te ha dicho que le interesas?

—No sé si lo dice por quedar bien o...

—Por favooooorrr... —comentó impresionada Amaia—, a ver, vamos a dejar las cosas claras. —Apagó la radio—. Ya sabemos cómo es Miguel, que es un ligón, pero te ha invitado a pasar unos días con él y sus amigos, cosa que no haría si no estuviese realmente interesado en ti, además... te lo está diciendo él mismo. —Inspiró profundamente—. ¿Crees que a un tío como a él le hace falta ir detrás de una chica o decirle eso si lo único que quiere es acostarse? —preguntó más enérgica—. Estás tonta, y... por culpa de esta pavada tuya vas a perder a un chico que te gusta.

—También me pone de los nervios...

—Ya, sí, bueno, vale... —La volvió a cortar—. Diferente es que no te interesase pero... yo solo digo que te diviertas y aproveches la ocasión. Eso sí, tú ya sabes cómo es él, pues siendo consciente de ello... actúa en consecuencia.

—También me ha escrito Fede.

Amaia la observó de reojo.

—¿El enfermero? —preguntó boquiabierta.

—Sí.

—Madre mía... ¿Está o no está siendo el mejor verano de tu vida? —gritó pletórica de felicidad.

Vanessa resopló.

—Ya, bueno... a Fede lo veo más serio, más buen chico...

—Venga ya. ¿De verdad? —preguntó incrédula—. Mira, yo he visto a los dos... —Le recordó—. Fede es guapo, es buen chico, genial para ser un buen amigo... Miguel es potencia pura, ¿no te acuerdas del placaje que le hizo al que te retenía en el portal? —Amaia enarcó una ceja—. Por cierto... —Y sonrió con malicia—, ¿qué tal sus placajes? —bromeó.

Ya sabía que no se refería al mismo placaje que le había hecho al

delincuente. Vanessa se encogió de hombros.

—Mmmmm... pues..., estaba bastante borracha y...

—¿En serio?

Vanessa chasqueó la lengua.

—Estuvo bien.

—¿Solo bien? —gritó Amaia—. Me explicabas que las chicas gritaban contra su pared, que...

—Vale, vale... muy bien, estuvo muy bien...

—Oeeeeee —dijo volviendo a alzar su mano para que chocase las cinco. Vanessa la miró de reojo y finalmente elevó su mano y la chocó—. Muy bien hecho, colegui —continuó Amaia risueña.

—Ya, bueno... a ver cómo me las apaño para...

—¿Qué tienes que apañar? Vale... de acuerdo... —dijo con paciencia, como si hablase a una niña—, entiendo que no quieras ser el segundo plato de nadie. Te aseguro que lo comprendo, y entiendo que estés dolida e incluso tengas miedo de volver a iniciar una relación... De verdad que sí, pero... quien no arriesga, no gana. Así que... háblalo con él. Déjale las cosas claras. Pregúntale qué quiere él, dile que sea sincero y así sabrás a qué atenerte y, después, ya valorarás. —La señaló—. Lo único que estás haciendo ahora es darle vueltas a la cabeza, así que... cuando hables con él tomas una decisión. Eso sí... como el chico quiera algo serio y tú le des calabazas... —rugió—, te doy una paliza.

Vanessa arqueó una ceja hacia ella y se fijó en que habían tomado un desvío.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—He quedado en que pasaría a recoger a Sonia por la plaza para ir a comer juntas. Mírala —exclamó bajando la ventana y sacando el brazo para saludarla—. Ven, corre —gritó hacia ella.

Sonia corrió hacia el vehículo y abrió la puerta trasera.

—Holaaaaa —exclamó con alegría. Cerró la puerta y llevó una mano hacia el hombro de Vanessa—. ¿Qué tal? —preguntó con alegría—. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien —sonrió Vanessa hacia atrás.

—Se ha acostado con Miguel —dijo directamente Amaia, la cual recibió una mirada de reprimenda por parte de Vanessa.

—¿Con Miguel? —preguntó sin comprender.

—¡El pichabrava! —exclamó Amaia divertida.

Sonia abrió los ojos como platos y desencajó la mandíbula. Se echó hacia delante de nuevo, asomando su cabeza entre los dos asientos.

—¿En serio? —Miró a Vanessa fascinada—. Cuéntamelo todo, vamos, vamos...

Vanessa suspiró y se volvió hacia delante.

—Fue una tontería, fruto de un exceso de alcohol...

—De eso nada —intervino Amaia—. Se acostaron y Miguel, el pichabrava, va detrás de ella porque quiere hablar...

—¿Hablar? —preguntó Sonia—. ¿Le gustas?

—Es lo que intentamos averiguar —exclamó Amaia—. Yo creo que sí... —Y miró a Vanessa—, por lo que me has explicado.

Sonia puso una mano en su hombro.

—Está claro, de lo contrario, ¿por qué te iba a invitar a pasar unos días con él? —Se echó hacia atrás—. Ja, ja... pues está bien bueno, ¿eh?

—Eso le he dicho yo —continuó Amaia—. Que no desperdicie esta oportunidad.

Vanessa miraba a sus dos amigas debatir sin atreverse a intervenir.

—Pues claro que no, ni se te ocurra —confirmó Sonia—. Bueno —dijo tocándole el hombro desde atrás—. Veo que Amaia está enterada de todo, pero yo quiero saberlo desde un principio también, así que... ya puedes comenzar.

—No es nada, simplemente me encontré con mi ex y Miguel y yo nos dimos un beso para darle celos. Luego bebí un poco en el bingo y cuando llegamos al yate... nos acostamos.

—Ja, ja —exclamó Sonia desde atrás.

—El problema —Se sinceró—. Es que no sé a qué atenerme con él.

—Dale de su propia medicina —indicó Sonia desde atrás. Aquello hizo que Vanessa se girase y la mirase confundida—. Claro —exclamó como si fuese lo más obvio—. Normalmente, los tíos así cuentan con que las chicas les van detrás, que consiguen todo lo que quieren... coge tú las riendas.

—Esa es buena —remarcó Amaia. Vanessa se quedó pensativa—. A ti te gusta, ¿verdad?

—Mmmm... bueno, un poco.

—Vale —intervino Sonia de nuevo, acercándose a los dos asientos—. Pues tú compórtate como si fueses él. Sin darle mucha importancia... si le interesas no lo aguantará —Y se encogió de hombros.

—Eso, eso... piensa que ese chico estaba con una diferente cada noche. Se lo debe tener muy creído...

—La verdad es que no mucho —comentó Vanessa—. Es amable y agradecido.

—Ya, bueno... —continuó Amaia—, pero ya sabemos que está con tres o cuatro a la vez y que le da igual. Pues tú haz como si te diese igual que él esté con más chicas. Es más, tú también puedes estar con otros chicos...

—¿Qué? —preguntó.

—Sí, sí... ya te digo yo, si de verdad le gustas, que tú puedas estar con otro chico que no sea él lo va a volver loco —rio—. Total, por probar...

—Me... ¿me estáis diciendo que lo provoque? —preguntó sorprendida.

—Te estamos diciendo que te hagas de rogar, a ver hasta qué punto está interesado en ti. De esta forma tú no tienes que decir nada, que mueva ficha él. Si está interesado, tú ganas... Si no lo está, también ganas, un sufrimiento menos con el que cargar.

Aquella idea no le desagradaba. Fuese como fuese ella salía ganando.

—No es mala idea —dijo pensativa.

—Es una idea genial —rio Amaia. Luego la señaló—. Y tienes que explicarnos también lo de Fede —recordó Amaia.

—¿El enfermero que conocimos saliendo de fiesta? ¿El que nos atendió? —preguntó Sonia desde atrás—. ¿Te ha vuelto a escribir?

Vanessa se encogió de hombros.

—Me dijo que quería hablar.

—Caray, estás que lo petas —rio Sonia desde atrás.

—Pues queda con él... —resolvió Sonia—. Es buen tío. —Luego se quedó pensativa—. Últimamente todos quieren hablar mucho, ¿no?

—Eso parece... —respondió Vanessa sacando el móvil de su bolso.

—Ya, bueno... Miguel quiere hablar y más cosas —rio Amaia que observó de reojo a Vanessa—. ¿Vas a escribirle a Fede?

—Le dije que llegaba hoy y que le diría algo.

—Díselo, fue muy amable con nosotras, además —dijo reclinándose al asiento delantero—, siempre va bien tener un amigo enfermero —bromeó.

Vanessa la observó de reojo y suspiró.

Sí, tenía que decirle algo. Como decían sus amigas, era buen chico y se había portado estupendamente con ellas.

—Le enviaré un mensaje luego para quedar mañana.

—Bien hecho —dijo Amaia—. Y de paso que se entere Miguel.

—Ah, no, no... no pienso usar a Fede —cortó por lo sano—. Quedaré con él, lo escucharé y hablaremos, pero ni loca pienso usarlo para ver cómo se

comporta Miguel.

—Alias pichabrava... —remarcó Sonia.

Vanessa miró hacia atrás y esta vez rio. Finalmente se encogió de hombros.

—Vale, ahora comienza desde el principio otra vez, pero más lenta y dando más detalles —indicó Sonia—. Y vamos a tomar algo que estoy sedienta —zanjó.



27

Eran las seis de la tarde cuando Vanessa entró por el portal cargando con su maleta en dirección al ascensor.

Se había desahogado a base de bien. Lo tenía claro, hablaría con Miguel. El hecho de haber conversado con sus amigas le había aclarado las ideas y había cogido fuerzas renovadas. Además, que tuviese una mala experiencia en el pasado no significaba que fuese a tenerla en el futuro. Debía aclarar la situación con Miguel, al menos, para saber a lo que se exponía, y después ya decidiría qué hacer. Por un lado, tal y como habían enfatizado sus amigas continuamente estaba soltera, no debía rendir cuentas ante nadie, por otro lado, no quería ser un segundo plato nunca más, al menos, sin el debido consentimiento. Quería tener las cosas claras para no volver a sufrir más. Eso era lo único que quería.

Respecto a Fede, al día siguiente por la tarde, sobre las siete, había quedado con él para tomar algo y cenar. Lo escucharía y, según qué dijese, le dejaría las cosas claras. Fede era buen chico y se merecía que fuese sincera

con él. Ya presuponía que él querría que se conociesen más, pero debía aclararle que de ella solo conseguiría su amistad, ni más ni menos.

La conversación con Amaia y Sonia le había aclarado lo que quería, se había podido desahogar y tener el punto de vista de otras personas. Lo valoraba mucho. Ya no estaba tan tensa ante lo que le deparase el futuro.

Llegó a la tercera planta y abrió la puerta del ascensor. Dejó la maleta al lado de la puerta y buscó las llaves.

Miguel se puso alerta en cuanto escuchó la puerta del ascensor abrirse. Desde que había llegado a su piso había estado en tensión. Había salido a correr un rato, se había dado una ducha y se había sentado en el sofá a la espera de que Vanessa volviese. Incluso había pensado en enviarle un mensaje al móvil, pero sabía que estaba con sus amigas y, seguramente, estaría comentado lo ocurrido aquel fin de semana. Aquello lo agobió. Por primera vez desde hacía mucho tiempo notaba que una chica podía llegar a interesarle de verdad, había despertado en él algo diferente al resto. Sabía que sus antecedentes no ayudaban con ella, pero no estaba dispuesto a rendirse sin luchar. Vanessa valía mucho la pena y no pensaba dejarla marchar así como así.

Además, el hecho de que ella no tuviese un comportamiento como el resto de mujeres con las que había estado las semanas anteriores le estaba causando ansiedad. ¿Se le iba a resistir la única chica por la que sentía algo? No es que quisiese una relación, de momento, pero sí volver a estar con ella y, quizá, con el tiempo, cuando tuviese las cosas más claras, poder iniciar algo más serio con ella.

Se levantó del asiento cuando escuchó que se abría la puerta del ascensor. Fue hasta la puerta y observó a través de la mirilla. Sí, Vanessa había dejado la maleta en el suelo y buscaba las llaves del piso en su bolso.

Ya había intentado hablar con ella y siempre encontraba alguna excusa a la que aferrarse para no abordar el tema. Aquella vez no se le iba a escapar.

Abrió la puerta de su piso y, antes de que ella se girase, la sujetó por la cintura con un brazo y con la otra cogió la maleta.

—¿Miguel? —gritó ella asustada—. Ahhhh —exclamó cuando se vio elevada por los aires.

¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loco?

—¡Suéltame! —gritó Vanessa intentando soltarse, aunque no había manera, Miguel la tenía bien sujeta.

—Ni hablar, no te vas a escapar esta vez —comentó entrando en su piso.

Depositó la maleta en el suelo y con un golpe de pie cerró la puerta.

—Pero ¿qué te has creído? —rugió Vanessa al verse en el interior del piso de Miguel.

—Venga, al suelo —dijo soltándola—. Contra la pared —pronunció Miguel con aire autoritario, aunque la empujó con delicadeza hasta la pared.

—¿Eing? —gritó al verse acorralada—. ¿Qué dices? —preguntó contra la pared intentando girarse, pero las manos de Miguel no le permitían hacerlo.

Se arrimó a su espalda y apartó el cabello de su cuello. Miguel se acercó a su oído.

—Tú y yo vamos a hablar de una maldita vez... me tienes de los nervios —pronunció con los dientes apretados. Vaya, ¿estaba nervioso? Aquel tono de voz le hizo tragar saliva. Parecía que no le había sentado muy bien que lo esquivase o que se marchase con sus amigas dejándolo con la palabra en la boca. Sí, estaba deseoso de hablar.

—Vale, pues vamos a hablar, pero déjame girarme. Me es incómodo hablar contra una pared —ironizó, aunque en ese momento notó que él colocaba sus manos en su cintura y se acercaba indecorosamente a ella.

—¿No dijiste que te sería fácil escapar? Además, como si fuese la primera vez que le hablas a una pared —bromeó él esta vez.

Vanessa iba a girarse cuando él volvió a retenerla contra la pared. Aquello la desesperó. Resopló e intentó volver a girarse, pero no había forma. Miguel la retenía y, en ese momento, cogió su brazo colocándolo tras la espalda.

—Lástima que no tenga las esposas a mano —dijo mirando hacia los lados. Vanessa intentó soltar su brazo sin conseguirlo—. Quietecita o te inmovilizo.

Ella puso su espalda tesa como un palo. ¿Hablabas en serio? ¿O estaba bromeando?

Intentó mirar hacia atrás pero le fue imposible. Miguel parecía estar buscando realmente las esposas porque inspeccionaba la mesa, el sofá, la estantería...

—Atrévete —rugió.

En ese momento pudo ver por el rabillo del ojo cómo Miguel se encogía de hombros.

Colocó un pie detrás del suyo, la cogió con fuerza por la cintura y la echó hacia atrás provocando que perdiese el equilibrio.

—Ahhhhh —gritó intentando agarrarse a algo.

Por suerte cayó despacio y con bastante suavidad. La dejó en el suelo y Miguel situó la pierna sobre las dos suyas impidiendo que se levantase.

Ella lo miró furiosa y se incorporó en el suelo apoyándose en las manos.

—¿Te crees muy gracioso? —Lo retó.

—Venga, va... es divertido —sonrió Miguel.

—Pues a mí no me hace... —intentó quitarse la pierna de él de encima de la suya—, ninguna gracia —comenzó a empujarle.

Miguel reía mientras cogía sus muñecas.

—De verdad, Vanessa, creía que te defenderías mejor, esto me deja bastante preocupado —comentó reteniéndola por las muñecas.

—No me estoy empleando a fondo —Se quejó ella mientras la echaba de nuevo totalmente al suelo—. No quiero hacerte daño —dijo intentando liberar sus muñecas.

Miguel se echó encima de ella.

—Ya, ya... —ironizó.

—Oye, cada uno en lo suyo... —dijo moviéndose para deshacerse de él—. Tú eres bueno en... —rugió al no conseguir soltarse, lo que provocó que Miguel riese más, realmente se estaba divirtiendo con ella—, en esto —acabó gritando—. Y yo soy buena en química. A ver si te voy a poner a recitar yo la tabla periódica.

—Eso lo estudié en el instituto —remarcó él—. No se me daba mal. Prefería la química a la física.

Ella resopló mientras seguía removiéndose.

—Oye, ¿podemos parar ya? —acabó desesperada al no lograr levantarse, pues Miguel la retenía sin mucho esfuerzo—. ¿No querías hablar?

—Sí —contestó. Vanessa suspiró mientras se quedaba quieta—. Bien, y ahora que ya eres consciente de que no vas a poder huir de aquí a menos que yo dé por finalizada la conversación... comencemos.

—¿Qué? —preguntó asombrada. Se soltó de una muñeca y lo golpeó en su pecho.

—Ayyyyy —dijo cogiéndole de nuevo la mano—. Quietecita... —comentó con paciencia—, o de verdad que usaré las esposas.

—Pues suéltame de una vez. Esto no tiene gracia...

—Claro que la tiene. —Ella enarcó una ceja—. Vamos, sí que la tiene —contestó más divertido.

Ella resopló.

—Bueno, vale, sí... —acabó dándole la razón—, pero ¿qué tal si

hablamos como dos personas civilizadas? No como animales en el suelo — acabó rugiendo.

Miguel la observó y finalmente suspiró y la soltó.

—Está bien —dijo levantándose. La observó desde allí arriba, tirada en el suelo, ella aún lo miraba mosqueada. Le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie—. Pero tengo que darte unas clases de defensa personal.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me hacen falta —sentenció.

—¿Cómo que no? —preguntó ladeando el cuello.

En ese momento, Vanessa reaccionó cogiéndolo de la cintura y lo empujó hacia atrás intentando tirarlo al suelo. ¿Por qué no se movía? Intentó volver a empujarlo pero nada, al contrario, su pecho subía y bajaba al compás de una carcajada.

—Joder —susurró ella, y elevó mirada hacia él, sin soltarlo, descubriendo que la miraba con una ceja enarcada y una divertida sonrisa en sus labios.

—Tú estás deseando que te detenga, ¿eh? —bromeó mientras con un movimiento acelerado volvía a cogerla del brazo.

—No, no... Miguel, para... —dijo mientras la cogía con fuerza del brazo. Aunque para sorpresa de ella la hizo girar, él se agachó y se la echó al hombro—. Ahhhh... ¿qué haces? —gritó asustada.

Miguel avanzó hasta el enorme sofá y la arrojó sin mucha delicadeza. Al menos el sofá era blandito. Vanessa se incorporó de inmediato y lo miró. Miguel se sacudía las manos como si nada.

—Fíjate, y sin ningún esfuerzo... —bromeó.

—Si pesase cien kilos ya veríamos... —susurró ella de malhumor mientras se sentaba de forma correcta en el sofá.

—Si vuelves a intentar algo así y no consigues tirarme al suelo te aseguro que te esposaré... estás advertida —Y se encogió tan pancho de hombros, como quien da el parte del tiempo.

Ella desencajó la mandíbula unos segundos, sabía que era capaz. No sabía si era porque comenzaba a perder la cabeza, pero sintió deseos de volver a intentarlo y fracasar.

—Bien —continuó él—, ahora que ya estamos más calmaditos...

—Habla por ti —comentó ella cruzándose de brazos.

—No te habrás enfadado, ¿verdad? —rio—. Vamos, si he sido muy delicado contigo... es solo un juego. —Ella puso los ojos en blanco—. Bueno,

como iba diciendo, vamos a hablar tranquilamente como me dijiste en el barco.

Vanessa suspiró.

—De acuerdo —contestó poniéndose en pie, aunque Miguel la empujó por el estómago obligándola a sentarse—. Me quiero poner de pie.

—Eres fácil de noquear... pero también eres rápida y un poco escurridiza, no me voy a exponer a que salgas corriendo del piso y tener que salir detrás de ti.

Ella puso cara de traviesa.

—¿Crees que no podrías atraparme?

Él chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—¿Quieres probar? —La retó. Ella borró la sonrisa de su rostro—. Veo que no. Bien —Se encogió de hombros—, vamos a dejar las cosas claras. La otra noche...

—¿Qué es lo que quieres? —Lo interrumpió ella. Miguel la miró fijamente, asombrado por lo directo de su pregunta—. ¿Quieres dejar las cosas claras? Por mí perfecto —intentó volver a levantarse pero Miguel volvió a empujarla al sofá. Ella resopló pero ya ni se quejó. Lo señaló con la mano—. ¿Esto es un juego para ti?

Cada vez estaba más sorprendido. No esperaba que fuese tan directa. Se cruzó de brazos.

—Sin duda es divertido... —comentó pensativo.

—Mira, seré muy clara... no quiero volver a ser el segundo plato de nadie.

—¿El segundo plato? —preguntó asombrado.

—Sí, así que si lo que quieres es pasar simplemente un buen rato conmigo, solo dímelo y ya está.

Miguel dio un paso hacia atrás y parpadeó varias veces.

—¿Y ya está?

—No quiero líos de cabeza, quiero las cosas claras. Ya sabes que vengo de una ruptura, así que... dilo clarito. De verdad, no pasa nada —Se encogió de hombros—. Solo quiero que las cosas estén muy claras entre los dos.

—Joder Vanessa, mmmm...

—Te recuerdo que la primera semana que estuve aquí escuché cómo estampabas a varias chicas contra la pared...

—Bueno, estampar, estampar...

—Como quieras llamarlo. —Se movió ágilmente hacia un lado y se

levantó aprovechando la sorpresa de sus palabras —. Je, je... —dijo poniéndose en pie.

Él enarcó una ceja.

—Tú quieres jaleó, ¿verdad? —preguntó de forma traviesa.

—No, lo que quería era levantarme. —Lo señaló dando unos pasos hacia atrás al ver que él avanzaba—. Vamos, contesta con sinceridad.

Miguel se detuvo y la miró enarcando una ceja, con cierta timidez.

—De acuerdo y, ¿si te dijese que de momento me gustaría divertirme y luego ya se verá?

Ella se encogió de hombros.

—Me parecería muy sincero por tu parte.

Él asintió no muy seguro, observando sus reacciones.

—Vaaaaleeee... —contestó lentamente—. Y... ¿y te parece bien? —preguntó totalmente anonadado.

Ella se encogió de hombros.

—Sí. ¿Por qué no? Estoy de vacaciones y estoy soltera. —Luego lo señaló con la mano—. Pero pondremos unas condiciones... —Lo señaló.

Pudo ver la cara de desconcierto de él.

—¿En serio? —preguntó—. Pensaba que tú no querrías...

—Oye, Miguel, que ya somos mayorcitos... —La cara de él era todo un poema—. Te lo he dicho, quiero las cosas claras, no quiero que me vendas la moto.

—Yo no te he vendido la moto—Se quedó callado. ¿Realmente aquello estaba ocurriendo?

—Las condiciones son las siguientes. —Dio un paso hacia él—. Los dos estamos solteros... —Se encogió de hombros—, así que podremos hacer nuestras vidas tan tranquilos.

—¿A qué te refieres?

—Pues que tú podrás seguir con tus ligues... y yo con los míos...

Miguel pestañeó y la miró confundido.

—¿Qué ligues tienes tú? —preguntó asombrado.

—Ah, ah... —Lo cortó—. Eso no es de tu incumbencia —sonrió—. Igual que no será incumbencia mía lo que tú hagas.

—Pero yo no estoy con ninguna chica desde que te conocí —Se defendió.

Ella se encogió de hombros como si aquello no tuviese importancia. Estuvo a punto de troncharse de la risa, pues la cara de Miguel era todo un poema. Si algo tenía claro era que lo había dejado noqueado. ¿Qué esperaba?

¿Que le pidiese una relación? No, sabía cómo era, así que no se andaría con tonterías. Si estaba realmente interesado en ella se lo haría saber tarde o temprano.

—Segunda y muy importante: si traes chicas al piso... —A Miguel se le iban a salir los ojos de las cuencas—. Nada de tener sexo contra la pared... las tiras al sofá como has hecho conmigo. No quiero tener que estar soportando los golpes.

—Mmmmmm...

—Tercera condición —apuntó elevando otro dedo más—, no le dirás a nadie lo que ocurra entre nosotros dos.

—No acostumbro a explicar estas cosas.

Ella lo miró extrañada.

—¿Recuerdas que escuché tu conversación con tus amigos?

Él apretó los labios.

—De acuerdo, rectifico... no le he explicado a nadie lo que ocurrió entre nosotros dos en el yate.

—Y que así siga... —Lo señaló con el dedo—. Y... cuarta y última condición —dijo dando un paso hacia él mirando a la habitación—. Tu habitación y... tu cama... solo serán de uso exclusivo para mí. Ninguna otra chica podrá entrar ahí, tienes el resto del piso para disfrutar —sentenció. Miguel la miraba fijamente con un aspecto serio—. ¿Algo que alegar?

Dio un paso hacia ella y la cogió por el brazo atrayéndola.

—Sí, solo una condición por mi parte... —Ella esperó atenta. Miguel miró sus labios—. Cuando pases la noche aquí no te irás sin avisar. Ya te lo dije, no me gusta despertarme solo tras pasar una noche con una chica.

Ella parpadeó varias veces.

—Eres un romántico empedernido —bromeó, lo que hizo que él sonriese.

Miguel se encogió de hombros sin soltarla.

—¿Qué quieres que le haga? Soy todo un Don Juan —ironizó.

Acto seguido, descendió sus labios hasta los suyos, devorándolos, aprisionándola entre sus brazos. Dio unos pasos hacia atrás conduciéndola hacia la pared, pero ella se separó de su beso y colocó las manos en su pecho.

—¡La pared no! —gritó ofuscada.

—¡No es esta pared! —Le devolvió el grito—. Era la otra —Señaló hacia la que daba a la habitación de ella.

—Pues ninguna pared —sentenció ella.

Miguel no se hizo esperar, la cogió por la cintura elevándola,

permitiéndole a Vanessa rodearlo con las piernas por las caderas y fue hasta su habitación.

La arrojó contra la cama.

—Ay... —Se quejó ella incorporándose. Luego lo miró ofuscada—. La delicadeza también es un requisito —gruñó entre dientes.

Miguel la obsequió con una leve sonrisa, aunque el verla sobre su cama le produjo una sensación diferente. Era la primera vez que llevaba a una chica a la cama precisamente para acostarse con ella. Dormir estaba bien, pero aquello lo desarmó en cierto modo y se sintió desubicado unos segundos. Aquel aturdimiento no duró mucho, pues enseguida se sacó los zapatos y se quitó la camiseta.

Cogió a Vanessa por los talones y la arrastró hasta el filo de la cama.

—Ehhh —rio ella mientras intentaba soltar sus pies de sus manos—. Que me haces cosquillas —Movié los pies de un lado a otro.

—Llevas mucha ropa —bromeó él mientras subía sus manos por las piernas hasta llegar a los botones de los pantalones de ella.

—Depende de para qué —contestó ella.

—Para lo que vamos a hacer sí —continuó divertido.

Le arrancó los pantalones y la ropa interior arrojándolos al suelo y se tiró sobre ella.

Aún le parecía increíble que Vanessa hubiese reaccionado así. Hasta ese momento había pensado que ella jamás estaría dispuesta a tener ese tipo de aventura, si bien le había mosqueado bastante el hecho de que le insinuase que tanto él como ella podían tener otras relaciones. ¿Con quién más estaba a parte de él?

Aquel pensamiento lo tuvo abstraído varios segundos hasta que finalmente notó cómo ella acariciaba su brazo.

Igualmente, ahora estaba en su cama y eso era lo que importaba.

La besó de una forma arrebatadora. El pensamiento de que ella pudiese estar con otros hombres le impidió mantener el control sobre sus actos, aunque no era solo ese pensamiento el que le afectaba en aquel momento. ¿Le daba igual que él estuviese con otras? ¡Ni se le pasaba por la cabeza en esos momentos!

Se distanció de sus labios y la observó, eran tan hermosa, tan divertida... Se encontró tragando saliva mientras la observaba hasta que volvió a buscar sus labios y esta vez la besaba de forma lenta y sosegada.

Introdujo su mano por debajo de su camiseta y la elevó acariciando su

piel. La ayudó a sacarse la camiseta por los brazos.

Vanessa se abrazó a él mientras sentía cómo se le erizaba la piel ante su contacto. Miguel abandonó sus labios y comenzó a bajar por su cuello, pasando su lengua con delicadeza y dándole algún mordisquito furtivo, lo que provocaba el gemido de ella.

—Aquí sí que puedes gritar —susurró contra su oído mientras notaba los dedos de ella internarse en su cabello.

Se echó a un lado levemente y se desabrochó los pantalones, quitándoselos. Cogió un preservativo con pasmosa agilidad y se lo colocó. Volvió sobre ella para besarla fundiéndose ambos en un abrazo. Se colocó entre sus piernas justo cuando Vanessa se movió hacia atrás y lo miró con una ceja enarcada. Aquel movimiento dejó a Miguel pensativo.

—¿Ocurre algo? —Vanessa lo miraba seriamente.

Se sentó sobre la cama haciendo que él se apartase, colocó una mano en su pecho y lo empujó tumbándolo. Se puso sobre él. Miguel enarcó una ceja y sonrió levemente ante su iniciativa, sujetándola por las caderas.

—Yo mando —pronunció ella colocando las manos en su pecho para apoyarse.

—Soy todo tuyo —contestó él en plan gracioso.

Inspiró con más fuerza cuando notó que entraba con delicadeza en su interior. Abrió los ojos y observó que ella los mantenía cerrados, disfrutando del contacto.

Vanessa comenzó a moverse lentamente mientras él la acompañaba con sus manos, intentando ayudarla.

Descendió los labios hasta los de él y Miguel soltó sus caderas para apartar su cabello largo y besarla.

La sujetó contra él, atrapando su labio inferior entre sus dientes, provocando un gemido en ella que no dejaba de moverse con lentitud.

Aquella sensación lo estaba enloqueciendo por momentos. La cogió por las caderas moviéndola con un ritmo más agitado.

Vanessa colocó su espalda recta y buscó apoyo con sus manos en el pecho de Miguel mientras su respiración comenzaba a acelerarse. Él era todo cuanto buscaba en un hombre: aquella mezcla de ternura, perversión y fortaleza.

Se dio cuenta de que él mantenía los ojos clavados en ella, observándola fijamente, hipnotizado. Acarició su pecho y cerró los ojos para disfrutar más de aquel contacto.

Miguel elevó la mano hasta la mejilla de ella, acariciándola, mientras la otra mano la mantenía en su cadera ayudándola en los movimientos, marcando un ritmo que comenzaba a ser frenético. Estaba totalmente hipnotizado con la imagen de ella cuando volvieron a su mente aquellas fatídicas palabras que había pronunciado hacía escasos minutos, casi sin inmutarse:

“—Tú podrás seguir con tus ligues... y yo con los míos...

—¿Qué ligues tienes tú?

—Ah, ah... —Lo cortó ella—. Eso no es de tu incumbencia. Igual que no será incumbencia mía lo que tú hagas”.

La idea de tener que compartirla con otro hombre lo trastocó. Se incorporó de inmediato sentándose, provocando que ella estuviese a punto de caer hacia atrás, pero la sujetó por la cintura con un brazo. La giró colocándola sobre el colchón y se situó sobre ella.

Ahí había un problema. Aquello era lo que siempre había hecho con todas las chicas. Él no se metía en sus vidas, pero tampoco permitía que ellas entrasen en la suya. Aquello estaba bien con las otras pero con Vanessa...

Se incorporó y entró en ella sin apenas controlarse, desbocado, iniciando así una marcha mucho más rápida que la que mantenía ella. Se apoyó en los brazos para no cargarla con su peso y comenzó a moverse a una velocidad inaudita.

Ella se agarró a sus hombros mientras sus gemidos brotaban de sus labios sin control aparente. Por mucho que no lo hubiese querido admitir ante él, lo de la noche en el yate había estado muy pero que muy bien, pero ahora aquella sesión maratónica superaba con creces todo cuanto había experimentado en su vida.

Llevó sus manos hasta su espalda y apretó provocando que él aumentase sus movimientos.

Miguel bajó hasta sus labios y se fundió en un beso con ella sin dejar de moverse apasionadamente.



28

Miguel tendió un billete de veinte euros al motorista que les había llevado la cena de un restaurante chino cercano. Cerró la puerta, avanzó hasta la mesa y comenzó a sacar tarrinas de la bolsa de plástico.

—Rollito de primavera para ti —dijo colocándolo al lado de Vanessa que estaba sentada a la mesa—. Rollito de primavera para mí.

—Ñam, ñam... —dijo Vanessa frotándose las manos.

—Pollo al limón para ti... —Lo colocó al lado de ella—. Y ternera picante para mí. Sonrió y se sentó al lado de ella mientras cogía los cubiertos. —Que aproveche.

—Igualmente —dijo echando la comida en su plato. Ambos se mantuvieron en silencio—. Hay hambre, ¿eh? —bromeó ella.

Él asintió.

—Como para no haberla —Miró su reloj de muñeca—. Son las diez de la noche y no he comido casi nada este mediodía.

—Ah, ¿no? —preguntó ella con curiosidad.

Negó mientras se llevaba un trozo de rollito de primavera a la boca.

—No. Es más, tengo que ir a comprar. Dejé la nevera casi vacía antes de irnos. —Señaló hacia ella—. Mañana iré.

—Yo también debería ir, me quedan aún unos cuantos días en el piso.

—Si quieres vamos mañana por la mañana —propuso él.

Ella se encogió de hombros.

—¿A qué hora?

—Mañana me levantaré pronto. Quiero ir a correr antes de que el sol pegue fuerte. —La miró con una sonrisa enigmática—. ¿Quieres acompañarme?

Ella enarcó una ceja.

—Creo recordar que esto ya lo hablamos una vez —bromeó—. Y no, no podría seguirte el ritmo. Prefiero dormir —Y le hizo un gesto de burla.

—Cobarde... En fin, supongo que iré a comprar sobre las once de la mañana.

—Me parece buena hora —dijo mientras partía un trozo de rollito.

—De acuerdo. —Se giró para observarla. Tenía el pelo un poco revuelto y las mejillas sonrosadas—. ¿Te quedas a dormir esta noche?

Vanessa casi se atragantó. ¿Por qué era tan directo siempre? Mataría por dormir aquella noche con él, pero si le daba todo desde un principio se engañaría a sí misma, no serviría de nada el acuerdo al que habían llegado. Debía ir despacio, marcar el ritmo y, sobre todo, hacerse de rogar, no iba a aceptar todo lo que dijese Miguel de buenas a primeras. Si sus amigas estaban en lo cierto, si él estaba realmente interesado, insistiría.

—Mejor me iré a mi piso —comentó encogiéndose de hombros—. Mañana quieres levantarte para correr y ya te he dicho que yo prefiero quedarme durmiendo —Gesticuló burlona sacándole la lengua.

Miguel asintió.

—De acuerdo. —Cogió el mando de la televisión y pulsó un botón. Comenzó a pasar canales.

—Oh, para, para —dijo colocando una mano en su hombro—. *Moulin Rouge*. Me encanta esta película.

Él soltó el mando y la miró con desagrado.

—¿En serio? No paran de cantar.

—¿La has visto?

Miguel se encogió de hombros.

—A medias. Sé que ella es una prostituta que se enamora de un escritor,

¿no?

—Bueno... más o menos —asintió ella.

Ambos miraron en la pantalla cómo interpretaban el baile del tango. Miguel volvió a observarla.

—En serio, ¿por qué te gustan tanto este tipo de películas?

—¿Qué tipo de películas? —preguntó asombrada.

—*El diario de Noah, Moulin Rouge...*

Vanessa hizo una O con la boca.

—*El diario de Noah* es preciosa... —respondió como si no comprendiese la pregunta—. Es una historia de amor increíble. Tú prefieres más otro tipo de películas, ¿verdad? *Loca academia de policía, Dos policías rebeldes...*

—Ja... —rio él pinchando otro trozo de rollito—. La verdad, de *Loca academia de policía* solo vi las dos primeras... el resto ya no. Prefiero las películas de acción y, mira, la de Will Smith reconozco que no estaba mal.

—Esas también me gustan —confirmó ella—. Excepto las de miedo. Esas no las aguanto. Luego me da miedo quedarme sola en casa.

Él sonrió.

—Si bajas a los calabozos de la comisaría se te pasaría la tontería...

—¿Qué tontería?

Él se encogió de hombros.

—Son solo películas. Si quieres ver algo que dé miedo de verdad vente conmigo un día.

Ella pestañeó varias veces.

—¿En serio? ¿Me llevarías a los calabozos?

Esta vez fue él quien enarcó una ceja.

—¿Qué? Ni de coña... —rechazó la idea—. Solo estaba bromeando —Y acabó riendo—. Te tendría el resto de la semana llamando a mi timbre por las noches y yo sin poder pegar ojo —Y le guiñó un ojo en plan bromista.

—Ya —contestó no muy segura. Acabó el rollito y cogió el pollo al limón echándose una parte en el plato—. ¿Has tenido alguna actuación muy complicada?

—¿A qué te refieres con complicada?

Ella se encogió de hombros.

—Del estilo de lo que me ocurrió a mí.

Miguel se quedó pensativo.

—Sí, he tenido unas cuantas —explicó—. Aunque la mayoría de las

veces son hurtos, borrachos, peleas... —comenzó a reír—. He tenido algunas muy divertidas también.

—¿Divertidas?

—Sí, hubo una vez que haciendo un control de alcoholemia uno dio una tasa de alcoholemia de 1,13 mg/l.

—¿Y eso es mucho?

Miguel abrió los ojos de par en par.

—¿Estás de coña? A partir de 0,6 mg por litro de aire espirado es delito penal, es decir, puedes ir a prisión, y este tío casi la duplicaba. Lo que no entiendo es cómo se mantenía en pie —dijo mientras cogía su ternera picante y se echaba en el plato—. Pues cuando dan positivo hay que hacer una segunda prueba de soplar pasados unos minutos —continuó explicando—, así que mi compañero le recomendó que se moviese para que al menos en la segunda determinación diese una tasa más baja. El hombre comenzó a correr...

—Ahhhh...

—Y tan borracho iba que cogió el desvío a la autopista y se metió en ella.

—¿Qué?

Miguel rio y negó con su cabeza como si todavía no diese crédito.

—Tuvimos que cortar la autopista. Y encima, cuando le seguíamos y le decíamos que se detuviese, él corría más. Huía de nosotros pidiéndonos unos minutos más para sudar el alcohol y después hacerse la prueba. Como si corriésemos detrás de él con el alcoholímetro —rio—. Ni se enteraba de la que estaba liando corriendo por la autopista.

Ella rio.

—Has tenido que ver cada cosa...

—Si yo te contase...

—Sin duda es más divertido que estar despachando en una farmacia —reconoció ella y se encogió de hombros.

—Eso seguro —respondió él. Se quedó observando la pantalla de la televisión y luego se giró hacia ella. Era realmente preciosa, y tenía una sonrisa de infarto.

Vanessa tuvo que darse cuenta de que se había quedado mirándola fijamente y lo observó de reojo. Notó que comenzaba a ponerse nerviosa cuando él soltó el tenedor lentamente y reclinó su cabeza a un lado, consciente de que ella se había dado cuenta de que la observaba.

Aquella muchacha había irrumpido en su vida sin esperarlo y, contra todo

pronóstico, se estaba enamorando. No iba a dejarla escapar fácilmente. Recordaba que le había dicho que era de Alicante capital. Estaba a media hora de distancia en coche, así que, aunque ella se marchase y no viviese a su lado, podían seguir en contacto y quedar fácilmente.

Vanessa tragó y finalmente se giró hacia él titubeante por aquella mirada.

—Estás preciosa... —Vanessa miró de un lado a otro sorprendida por aquel tono de voz tan aterciopelado.

—Mmmmm... gracias —susurró volviendo su atención hacia la tele, sin saber cómo reaccionar ante aquel brote de romanticismo que le había dado a Miguel.

Miguel llevó su mano hasta la de ella y la acarició. Vanessa, que iba a dar buena cuenta de otro trozo de pollo soltó el tenedor lentamente, sin perder el contacto visual con él.

—¿Seguro que no quieres quedarte a dormir esta noche? —volvió a insistir con una clara insinuación—. Mañana puedes quedarte durmiendo mientras yo voy a correr y luego vamos a comprar juntos.

—Esto... —pronunció intentando parecer calmada—. Soy de digestión difícil y estamos cenando mucho, así que de veras que te lo agradezco, pero...

—¿Quieres salir a pasear para bajar la cena?

—¿Pasear? —preguntó confundida.

Miguel enarcó una ceja.

—¿No? Bueno, vale... ¿mejor vamos a la cama? —Y alzó sus dos cejas haciendo un poco el payaso.

Vanessa resopló.

—¿De esa forma pretendes bajar la cena? —preguntó graciosa.

Él se encogió de hombros.

—No es mala idea.

—Noooooo —contestó ella volviendo su atención hacia la tele. Pudo escuchar el suspiro de Miguel como si se rindiese en ese momento.

—De acuerdo, pues, ¿qué quieres hacer?

Ella lo miró sonriente y señaló hacia la tele.

—Vamos a ver la peli —respondió con alegría.

Miguel resopló y se cruzó de brazos.

—Está bien, pero que sepas que eres muy sosa cuando quieres, ¿eh? —acabó pronunciando mientras cogía de nuevo el tenedor.

Se había despertado sobre las ocho de la mañana al escuchar que la

puerta de Miguel se cerraba. Durante unos segundos se había planteado levantarse y observar por la ventana cómo se alejaba, pero... se estaba tan a gusto que se había quedado dormida hasta que el despertador le había sonado a las nueve y cuarto.

Tras ducharse había ido a comprar con él y habían comido juntos en un bar cercano.

Volvió a pasarse la plancha por el pelo, alisándolo.

—Qué calor —susurró mientras iba hacia el comedor y encendía el aparato del aire acondicionado.

No sabía cuáles eran las intenciones de Miguel con ella y le daba miedo preguntarle directamente. Comenzaba a ilusionarse más de la cuenta, y más aún cuando veía la actitud que había adoptado con ella.

Era cierto lo que le había dicho: desde que sabía que tenía una vecina no habían vuelto a circular más chicas por su piso. Además, él había aceptado las condiciones que le había propuesto.

Se refrescó y volvió al aseo a acabar de alisarse el pelo.

Escuchó su móvil vibrar. Apagó la plancha del pelo y lo cogió mientras iba hacia la habitación.

Amaia: ¿Y qué vas a decirle?

Vanessa cogió el vestido verde colgado en la percha y lo observó. Era bonito, muy veraniego. Lo dejó sobre la cama y buscó sus chanclas blancas.

Tiró al suelo la toalla con la que cubría su cuerpo y se vistió.

Vanessa: No lo sé. Lo escucharé a ver qué es lo que quiere decirme.

Eso y nada más, dejaría que Fede hablase y, una vez supiese lo que quería, le contestaría. Había imaginado todas las opciones posibles y una posible respuesta para ellas.

Amaia: ¿Y el pichabrava? ¿Ha reaccionado ya?

Vanessa enarcó una ceja. Debía hablar seriamente con Amaia y Sonia y pedirles que dejarasen de apodarlo así.

Cogió el móvil mientras se calzaba las chanclas. Miró su reloj: las siete menos cuarto.

Vanessa: Deja de llamarle así.

Vanessa: He ido a comprar con él y hemos comido juntos.

Fue rápidamente al aseo y se puso un poco de colorete.

Amaia: Uoooo... como un matrimonio ya.

Vanessa: No digas tonterías.

Amaia: Entonces, la proposición indecente que le hiciste...

Vanessa: Pues aceptó.

Amaia: Pues qué cabrón.

Vanessa se quedó pensativa. Sí, Miguel se lo había dicho claramente, quería divertirse, pero también se comportaba con ella de forma que le daba a entender que no solo quería divertirse con ella.

Vanessa: Bueno, a ver qué pasa.

Amaia: Explicame todo lo que te diga Fede.

Fue hacia el comedor y cogió el bolso para asegurarse de que lo llevaba todo.

Vanessa: Claro, sabes que sí. 😊

Vanessa: Hasta luego.

Amaia: ¡Suerte! 😊

Vanessa se giró hacia la pared.

—¿Ya estás otra vez con los taconcitos? —Escuchó la voz de Miguel al otro lado. Aquello le hizo sonreír—. ¿Por qué no los dejas al lado de la puerta y te los pones cuando salgas?

—¿Tanto te molesta? —Le espetó.

Miguel acabó de abrocharse la camisa y se quedó contemplando la pared.

—Me desconcentran —admitió.

—Tampoco creo que eso sea un desastre —bromeó ella mientras se colocaba el bolso en el hombro.

—¿Te vas ya?

Ella miró la pared.

—Sí.

—¿Con quién has quedado? —preguntó Miguel mirando la pared fijamente.

Tragó saliva ante aquella pregunta. Se removió inquieta e inspiró con fuerza.

Vamos Vanessa, que no vea que te tiene segura. Haz que se lo curre si le interesas de verdad.

—Eso no es de tu incumbencia, ¿no crees? —acabó diciendo, aunque al final de la frase le salió un gallo por los nervios.

—Vaya, vaya —comentó Miguel mientras se ponía los zapatos—. ¿No me dices que vas con tus amigas? —ironizó.

Ella escudriñó la pared con la mirada, resopló y fue directa hacia la puerta, aunque lo que no esperaba era encontrar a Miguel abriendo también la

suya. Sus miradas coincidieron unos segundos. Vanessa fue la primera en reaccionar, se giró con la espalda tensa y cerró la puerta, aunque miró hacia atrás viendo que Miguel realizaba la misma acción que ella.

—¿Has quedado? —preguntó Vanessa sin dar importancia a la pregunta.

—Sí —respondió él guardando las llaves en su bolsillo y llamando al ascensor—, con mis amigos. —Le sonrió con una sonrisa de anuncio y se quedó observándola—. Vas muy guapa —continuó abriendo la puerta del ascensor para que pasase ella primero.

—Gracias —Entró y pulsó ella misma el botón de la planta baja.

Miguel se apoyó contra la pared metiendo las manos en los bolsillos de sus tejanos.

—¿Vas de cena?

Ella lo miró de reojo.

—Sí.

—Te noto tensa.

Vanessa lo miró fingiendo inocencia.

—¿Yo? ¿Tensa? Imaginaciones tuyas —respondió como si nada.

Él elevó una ceja.

—¿Y no vas a decirme con quién has quedado? —preguntó divertido cruzándose de brazos.

Ella se giró hacia él.

—¿Qué más te da? —preguntó encogiéndose de hombros—. No somos pareja, dijimos que tendríamos libertad...

—Ya... Uhmmm... —Él se acercó—. ¿Sabes lo que pasa? —La miró con una sonrisa tierna—. Que no te pega esta actitud. Tú no eres así...

—No me conoces.

—Te conozco lo suficiente...

Ella apretó los labios.

—Pues es lo que pactamos ayer y tú estabas de acuerdo... —Ella arqueó una ceja justo cuando las puertas del ascensor se abrieron—. ¿Acaso ya no estás de acuerdo? —preguntó ella colocando las manos en su cintura.

—Yo sí, ¿y tú? ¿Si ambos hemos llegado a un acuerdo por qué no me contestas? —Y la miró fijamente.

Vanessa le aguantó la mirada. Ni loca iba a contestar a aquella pregunta. No pensaba decirle a Miguel que había quedado con Fede, aunque solo fuese un amigo, que se quedase con las ganas y pensase en ello.

Resopló y salió del ascensor.

Ambos caminaron hacia la puerta del portal y se detuvieron nada más salir.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó Vanessa.

—A la derecha —indicó Miguel acompañándolo de un movimiento de cabeza—. ¿Y tú?

—A la izquierda —respondió de forma directa.

—Ya —sonrió Miguel. ¿Lo estaba esquivando? Estaba seguro de que había quedado con un chico, seguramente esa sería la razón por la que había dicho que habría libertad entre ellos. ¿Un presunto amante? Aquello le hizo apretar los labios, aunque intentó relajarse—. Bien, pues... —dio unos pasos hacia delante, Vanessa le acompañó—, no bebas mucho. —Y le guiñó un ojo—. Y si necesitas ayuda, ya sabes. Llámame. —Una última sonrisa y se giró para subir por la calle.

Vanessa se detuvo observando cómo se alejaba. Aquella última sonrisa la había dejado trastocada. ¿Por qué no podía admitir simplemente que no le hacía gracia que quedase con otro chico? ¿O quizá era que le daba igual? De esta forma él también tenía libertad para hacer lo que quisiese. “Esto te lo has buscado tú solita”, se dijo a sí misma.

Pudo ver que Miguel se giraba para observarla mientras seguía caminando. En ese momento se dio la vuelta dándole la espalda y caminó en dirección a la playa, donde había quedado con Fede. Igualmente volvió a girarse para mirarlo. Miguel ya iba muy avanzado y vio cómo giraba una esquina sin volverse ya hacia ella.

Resopló y siguió caminando calle abajo con los músculos cada vez más tensos.

Vanessa lo saludó con la mano al reconocerlo. Fede se encontraba sentado en una de las sillas del chiringuito de la playa. Se puso en pie para recibirla con una sonrisa tímida.

Realmente era encantador y atractivo, muy atractivo, aunque si algo tenía claro era que no superaba a Miguel. ¿Por qué no podía quitárselo de la cabeza ni un minuto?

No pudo evitar girarse y observar hacia atrás, asegurándose de que Miguel no estaba por allí, antes de darse un abrazo con Fede.

Sonrió y se distanció.

—¿Qué tal? —preguntó ella animada.

—Bien —respondió con una sonrisa, parecía que el efusivo recibimiento de ella lo había calmado bastante—. Vaya, qué morena estás —sonrió mientras se sentaba en la silla. Cogió un botellín de cerveza y se lo mostró—. Me he pedido una, ¿quieres?

Ella negó.

—Prefiero una Coca-Cola —respondió mirando hacia atrás mientras señalaba a un camarero para que le tomase nota.

—¿Qué desea? —preguntó la camarera acercándose.

—Una Coca-Cola, por favor.

—¿Algo más? —Y miró a Fede.

Fede se giró hacia Vanessa.

—¿Tienes hambre?

—Prefiero esperar un poco para cenar, si no te importa. Es muy pronto aún —contestó.

La camarera al escuchar aquello cerró el bloc de notas.

—Enseguida le traigo el refresco —pronunció alejándose.

—Gracias —respondió Vanessa. Se giró hacia Fede, el cual se encontraba reclinado sobre la silla adoptando una postura cómoda. —¿Cómo han ido estos días?

—Bien... sería mucho mejor si tuviese vacaciones, pero... —Y se encogió de hombros—, ya las disfruté en su día. Igualmente, este año no hay tanto movimiento como años atrás. —La miró sonriente—. Otros años era un no parar, las guardias se hacían pesadísimas. Al menos la semana pasada fue

bastante tranquila.

—Qué bien —contestó ella.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Bien, yo de vacaciones, aunque me quedan pocos días ya —acabó con un tono apenado. —En cuatro días tengo que volver a Alicante.

—Vaya... —comentó pensativo—, todo lo bueno se acaba.

—Sí —Le sonrió.

Fede se quedó observándola y finalmente tendió la mano hacia ella buscando algo de conversación.

—Me dijiste en el mensaje que estabas fuera.

Ella asintió.

—Sí, estuve con unos amigos en un yate. Lo tienen en el puerto de Marina —explicó sin dar más detalles—. Han sido tres días de relax.

—Me alegro. Vas a volver bien relajada de las vacaciones.

Ella se removió divertida en la silla.

—La verdad... me da una pereza increíble volver a trabajar. —La camarera dejó el refresco sobre la mesa—. Gracias. Me va a costar coger el ritmo después de casi un mes —admitió.

—Es normal. —Luego se encogió de hombros—. En unos cuantos meses vacaciones de Navidad y todo solucionado.

Vanessa sonrió ante la actitud positiva que mostraba Fede.

—Aún queda bastante.

—Yo sobrevivo a mi día a día pensando en eso —bromeó mientras cogía el botellín de cerveza y daba un sorbo.

Realmente era encantador y, seguramente, si no hubiese conocido a Miguel podría haberse enamorado de él.

Se removió en la silla un poco nerviosa y suspiró. Le daba un poco de vergüenza preguntar pero debía hacerlo. Se acercó a la mesa apoyando su codo en actitud desenfadada.

—El otro día, en el mensaje que me enviaste, me dijiste que querías hablar conmigo sobre algo.

Fede la observó durante unos segundos y dio otro sorbo a su cerveza. La depositó con cuidado sobre la mesa y asintió débilmente. Durante unos segundos paseó su mirada sobre la gente que se encontraba en aquella terraza tomando algo, como si meditase la forma de exponerle lo que tenía que contarle.

—Bueno, hay un par de cosas... —dijo apoyándose sobre la mesa. Vanessa tragó saliva algo más nerviosa. El cambio de actitud en él era patente —. Primera —dijo apartando la mirada de ella—, quería pedirte disculpas en persona por lo que ocurrió la última vez que nos vimos.

Supo a lo que se refería, cuando había intentado besarla.

—Eh, no... no pasa nada —susurró con ternura.

—Me extralimité un poco.

—No, oye... —dijo cogiendo su mano con cariño—. Ya lo hablamos, no pasa nada. —Luego le hizo un gesto gracioso—. Dudo que quisieses hacerme daño. Si me hubieses apuntado con un hacha aún podríamos discutir, pero... era un beso —dijo encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia—. No le des más vueltas.

Fede se quedó en silencio, pensativo.

—Ya, el problema es que... —elevó la mirada hacia ella y suspiró—, no puedo dejar de darle vueltas.

—Pues no te preocupes por...

—Me gustas mucho —La interrumpió. Vanessa se quedó callada y lo observó fijamente. Ya había valorado aquella opción, el hecho de que Fede le declarase su amor, pero no esperaba que fuese tan directo. ¿Qué les pasaba a los hombres últimamente?—. Sé... —dijo sacando su mano de debajo de la ella y colocándola por encima—, sé que nos conocemos hace poco, y... no te estoy pidiendo ninguna relación formal ni nada por el estilo —dijo rápidamente—. Pero me gustaría tener la posibilidad de conocerte mejor. —Soltó su mano y se apoyó en el respaldo de la silla, relajado, como si al confesar aquello se hubiese quitado un peso de encima—. Te irás en pocos días, pero vivimos bastante cerca —reaccionó rápidamente—. No sé qué te parecería quedar para cenar algún día, los fines de semana quedar para dar un paseo...

—Fede —Lo cortó bastante tímida. Tragó saliva y se apoyó en su silla—. Por supuesto que podemos vernos y quedar para cenar, para tomar algo, para pasear e incluso para hablar... —dejó la frase sin acabar.

—¿Pero...? —continuó él como si ya intuyese que existía un pero.

Ella suspiró.

—Me caes genial, eres... eres un tío increíble... —Fede chasqueó la lengua—, pero al menos, ahora, no tengo esas intenciones contigo.

Fede sonrió con una sonrisa apenas perceptible y ladeó su cabeza tímidamente.

—Ya, ya lo imaginaba —contestó con ternura—, por eso te digo esto. No quiero perder el contacto. —Sonrió con más fuerza—. Creo que es bastante lógico que me gustas y que esa es la razón por la que intenté besarte, no voy a negarte lo que es obvio. Pero también soy consciente de que nos conocemos hace poco y que no nos hemos visto mucho. Por eso —Se encogió de hombros—, solo te digo de quedar más adelante, que el hecho de que tú acabes las vacaciones y vuelvas a Alicante no sea una excusa para perder el contacto y no vernos nunca más. —Se echó hacia delante con una mueca graciosa—. Si lo recuerdas he comenzado diciendo que no te voy a pedir una relación formal —Y le hizo una mueca graciosa, lo que provocó que ella también se calmase—. Ni yo mismo querría iniciar una relación formal —confesó—. Creo que debemos conocernos mejor antes. Solo quería dejar claro eso: nada de perder el contacto —dijo divertido.

Ella le sonrió. En serio, Fede era como un osito de peluche al que solo daban ganas de estrujar y abrazar.

—Por supuesto —contestó sonriente—. Tengo tu móvil... así que no te vas a librar tan fácilmente de mí, además, es una buena zona para salir de fiesta los fines de semana —Y le sonrió.

—Siempre y cuando no me toque estar en la ambulancia... —puntualizó.

—Claro —remarcó ella—. Tendremos que cuadrar horarios para ver cuándo quedamos para salir de fiesta —continuó—. Yo también tengo guardias a veces.

Se sintió relajada al ver su sonrisa. Le había dejado claro que no quería nada serio con él, pero tampoco estaba dispuesta a perderlo como amigo.

—¿Te apetece dar un paseo cuando acabes tu consumición y cenamos en otro sitio? —preguntó señalando el vaso de tubo.

—Claro —respondió tras dar un sorbo. Se lo quedó mirando y enarcó una ceja—. Por cierto, la próxima vez que quedemos mejor lo hacemos en Alicante. Podrías venirte con mi grupo de amigos de allí.

Su compañera de farmacia estaba soltera y era una chica encantadora.

Él se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no? —contestó con una sonrisa.

Tras cenar habían caminado un rato.

—Mi coche está ahí —señaló Fede.

Ella miró hacia el vehículo y luego a la calle.

—No te preocupes, iré andando, así quemó la cena.

—No digas tonterías —Se apresuró a decir mientras el vehículo emitía unos destellos anaranjados indicando que el cierre centralizado se había abierto.

—Son diez minutos a pie, sobreviviré.

—En coche es uno —indicó mientras se acercaban—. Además, no te voy a dejar ir sola. Vamos, te acompaño.

Vanessa miró su reloj de muñeca. Marcaba casi las doce de la noche. Su piso no estaba lejos y además esa zona estaba bastante transitada, pero tras caminar durante más de hora y media con Fede comenzaban a dolerle los pies.

—¿Tienes que desviarte mucho? —preguntó aún indecisa.

—Qué va. Tu piso estaba en esa calle, ¿no? —preguntó señalando mientras se sentaba en el asiento del coche. Ella asintió—. Pues no, giro por esa calle y es todo recto, puedo empalmar con mi calle más adelante.

Ella asintió y rodeó el vehículo. En el interior olía extremadamente bien, a flores silvestres. Se fijó en la botellita que colgaba del retrovisor central.

—Qué bien huele —dijo cerrando la puerta y poniéndose el cinturón. Fede arrancó el motor y se internó en la carretera. La música de la radio inundó el vehículo. Se quedó observando por la ventana. Pese a la hora que era seguía habiendo mucha gente por la calle—. Hay mucha gente aún de vacaciones.

—Sobre todo extranjeros —explicó él. Vanessa se giró para observarlo—. De hecho, la mayoría de los servicios que hacemos son para atender a extranjeros. —Se encogió de hombros—. Supongo que en una semana o dos ya se calmará mucho más la cosa.

Vanessa se apoyó contra el respaldo.

—¿Y qué haces mientras no te sale un servicio? ¿Das vueltas con la ambulancia?

—No, qué va... —rio divertido—, estamos en la base hasta que nos llaman. Con suerte, si es una noche tranquila, puedo echarme a dormir en el sofá.

—¿Tenéis habitaciones?

—No, tanto no... pero el sofá es cómodo, y tenemos televisión, una cocina... —Se encogió de hombros—. Aprovecho para leer o vemos alguna serie o película.

—A mí cuando me toca guardia con mi compañera solemos ver alguna serie en el móvil. —Lo observó—. Mis guardias seguro que son más tranquilas que las tuyas.

—Claro, a ti como mucho te piden algún medicamento, ¡qué emoción! — bromeó.

Aquel comentario le hizo gracia y se incorporó en el asiento cuando Fede comenzó a frenar el vehículo. Observó directamente hacia su piso. Tres días y volvería a casa, a la rutina. Si por ella fuese se quedaría un par de semanas más.

Se giró hacia él y suspiró.

—Bueno, me lo he pasado genial, de verdad —dijo mientras se quitaba el cinturón.

—Yo también —respondió Fede imitándola—. El verano era más divertido sabiendo que podía quedar contigo. —Se quejó—. Ahora tendré que volver a mi monótona y aburrida vida como enfermero, salvando las vidas de todos aquellos que me requieran.

—Uooooo —rio ella—. Vuelves a tu vida como superhéroe.

—Exacto —continuó con su característica simpatía. Se quedó observándola y se reclinó hacia delante para abrazarla. Vanessa pasó los brazos por encima de sus hombros y lo abrazó—. Me alegro de haber quedado contigo, Vanessa. Estoy mucho más tranquilo ahora.

Ella se separó un poco y asintió.

—Yo también, y... —Lo señaló con el dedo y lo clavó en su pecho—, vamos hablando y nos vemos pronto. —Luego hizo un gesto gracioso.

—Por supuesto, en Alicante —confirmó él.

—Voy a presentarte a mis amigas.

Fede ladeó su cabeza y enarcó una ceja.

—No serás de esas que van emparejando a sus amigas con los...

—Luisa te caerá bien —Lo cortó divertida—. Es un encanto, es mi compañera de farmacia.

Fede suspiró y finalmente sonrió. Extendió los brazos hacia ella y se encogió de hombros.

—Está bien. Aunque el nombre no me gusta mucho...

—Eh, que tu nombre tampoco es para tirar cohetes —ironizó ella.

—Es verdad —acabó riendo Fede.

Vanessa abrió la puerta y se giró hacia él antes de salir.

—Envíame un mensaje cuando llegues a tu piso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Vanessa cerró la puerta y se reclinó hacia la ventana con una sonrisa—. Buenas noches, nos vemos pronto —canturreó.

—Buenas noches —Se despidió Fede con un movimiento de mano.

Arrancó y avanzó a poca velocidad hasta que al final giró en una esquina.

Un suspiro escapó de los labios de Vanessa. Todo había salido bien. Fede había sido muy considerado siempre con ella, la había tratado con amabilidad en todo momento y con ternura cuando había sufrido el atraco. Le sabía mal no corresponderle, pero al menos había aclarado la situación e incluso le había insinuado que le presentaría a una amiga. Él había aceptado. Estaba segura de que encontraría a alguien que le correspondiese como se merecía.

—Era un chico, ¿verdad? —preguntaron a su espalda mientras un brazo la rodeó por la cintura. Vanessa gritó e intentó deshacerse de aquel brazo golpeándolo. Solo se calmó cuando el rostro de Miguel se apoyó en su hombro —. ¿En serio? De verdad que vamos a tener que hacer algo para mejorar tu defensa personal.

Ella resopló y apartó el brazo de él.

—¿Estás loco? ¿Quieres que me dé un infarto? —preguntó llevándose la mano al corazón.

Miguel la observaba pensativo, incluso pudo ver cómo miraba hacia delante, por donde había desaparecido el coche de Fede. ¿Habría estado ahí todo el rato?

—Qué casualidad que llegamos los dos a la vez... —dijo con una gran sonrisa.

Ella resopló y se dirigió al portal seguida por Miguel mientras buscaba las llaves para abrir la puerta, pero él se adelantó cortándole el paso y la abrió antes. La dejó pasar primero y Vanessa fue quien pulsó el botón del ascensor.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Miguel situándose a su lado.

—Sí, muy bien —respondió con naturalidad—, ¿y tú?

—Muy bien. Un par de cervezas, hemos cenado un poco y... para casa —dijo abriendo la puerta del ascensor. Vanessa entró primero y pulsó el botón de la tercera planta. —No me has respondido a la pregunta...

—¿A qué?

—¿Era un amigo? —insistió.

Ella lo miró como si se tratase de un loco.

—Pues claro que es un amigo —dijo al final. Suspiró—. ¿Te acuerdas del día que me atracaron?

—Como para olvidarlo.

—Es mi amigo Fede. El enfermero que vino en la ambulancia del SAMU. Miguel asintió y abrió la puerta del ascensor para que ella saliese.

—Ya, ya lo recuerdo. Buen chaval —respondió Miguel buscando las llaves en su bolsillo. Alzó su mirada hacia Vanessa que buscaba las llaves en su bolso. Había sospechado que fuese a quedar con algún chico, de lo contrario le hubiese dicho claramente que quedaba con sus amigas. Aquello le estaba afectando más de la cuenta. Vanessa era preciosa, y parecía que estaba más solicitada de lo que había pensado en un principio—. Joder —susurró sin darse cuenta.

Vanessa lo miró descolocada.

—¿Joder? ¿Qué pasa? —preguntó sin comprender.

Miguel chasqueó la lengua y dio un paso hacia ella.

—¿Es solo tu amigo o...?

Ella lo miró sorprendida por la pregunta.

—O... —dijo indicándole con la mano para que siguiera la frase.

—¿O es algo más? —acabó la frase un poco desquiciado.

Ella dio un paso hacia atrás con una mirada divertida. Sí, Miguel se estaba dando cuenta de que ella era diferente al resto de chicas con las que había estado y, además, no la tenía tan segura, no como a las restantes que parecían hacer cola en su puerta. Daba la impresión de que aquello lo descolocaba y lo sacaba de su zona de confort.

Vanessa se encogió de hombros.

—Es solo un amigo... —confesó—, pero no porque él quiera.

—¿Qué quieres decir?

Vanessa se encogió de hombros con una sonrisa pilla y se giró dándole la espalda mientras introducía la llave en la cerradura y le daba la vuelta.

De nuevo notó cómo Miguel se arrimaba a su espalda y la rodeaba con el brazo por la cintura. Notó cómo su piel se erizaba cuando sintió que bajaba hasta su oído para susurrarle.

—Estás siendo una chica mala, y ya sabes lo que les pasa a las chicas malas.

Ella se giró con una mirada burlona.

—Recuerdo que los primeros días de estar aquí una de tus conquistas te dijo que estaba siendo mala y que tenías que castigarla... lo siguiente que escuché fueron los golpes contra la pared.

—Ya... —reaccionó sin moverse lo más mínimo de su lado—, pero esa no fue la advertencia que te hice a ti —dijo acariciando ya su cintura. Vanessa tragó saliva mientras notaba cómo los latidos de su corazón aumentaban. En un acto muy rápido Miguel acabó de abrir la puerta de ella y entró en el piso con

ella aún sujeta. Cerró la puerta ante ella que se encontraba perpleja, la soltó de la cintura y la sujetó por los dos brazos—. Ahora sí que estás detenida — dijo esta vez indignado—. ¡Y te lo mereces!



30

La soltó en el interior y tal y como la dejó libre se giró hacia él.

—¿Que me lo merezco?

Miguel la escudriñó de la cabeza a los pies.

—Por supuesto. ¿Crees que no sé lo que haces?

Ella puso la espalda tiesa como un palo y se cruzó de brazos.

—¿Y qué hago según tú?

—Me provocas —La señaló y resopló—. Ahora me hago la inocente, ahora me sueltas una burrada, luego me dices que no quieres ser el segundo plato de nadie y, sin embargo, tú misma te vas con un chico de cena y...

Ella pestañeó varias veces.

—Es un amigo —repitió—. Además, vuelvo a decírtelo... ¿desde cuándo tengo que darte explicaciones?

Miguel enarcó una ceja.

—Y lo peor de todo es que funciona —acabó rugiendo.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Que funciona el qué?

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó extendiendo los brazos hacia ella—. Está bien, pues yo tampoco seré bueno... —Cogió el móvil retándola con la mirada. Ella lo observó fijamente, se cruzó de brazos de nuevo y comenzó a dar golpecitos con el pie.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar a uno de mis ligues...

Ella se encogió de hombros.

—Vale, pues llama —respondió con indiferencia.

—Arrrrrrgggg —gritó alzando los brazos hacia el cielo. Volvió a guardar el móvil en su bolsillo como si se diese por vencido.

—¿Qué? ¿No estás de acuerdo con las condiciones? —preguntó mosqueada—. Ayer me dijiste que solo querías divertirme. Esto es lo que tú quisiste —Lo señaló, lo que hizo que Miguel tragase saliva—. ¿Solo puedes divertirme tú? —Lo retó—. Si lo que quieres es diversión... atente a las consecuencias.

Miguel estaba realmente nervioso, sin saber cómo actuar. Se las veía con delincuentes casi cada día y aquella chiquilla a la que sacaba una cabeza estaba haciendo que perdiese la compostura.

Se llevó las manos a la cintura y palpó.

—Mierda... —susurró—, tengo las esposas en mi piso.

—Jaaaaa... —dijo ella haciendo que se girase. Luego volvió a retarle—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Miguel la miró fijamente y, en ese momento, Vanessa comprendió que no se le estaba pasando nada bueno por la cabeza.

No tuvo tiempo de reaccionar. La cogió por el brazo, se inclinó y se la subió al hombro.

—¡Migueeeeeel! —gritó ella.

—Ya ves qué problema —dijo dirigiéndose a la puerta. Abrió y cruzó el descansillo—. Soy un hombre con muchos recursos.

—Nooooo —gritó ella mientras Miguel abría la puerta de su piso—, tú lo que eres es como el perro del hortelano, ¡que ni come ni deja comer! —gritó a pleno pulmón.

Hasta Miguel se sobresaltó con aquel grito.

—Ehhhh... rebaja el tono que es tarde —La avisó mientras la puerta se abría ante él.

—Mira Miguel, ¡que la vamos a tener! —Lo amenazó.

—Uhhhh... qué miedo —dijo cerrando la puerta con el pie. La soltó con delicadeza y ella directamente fue hacia la mesa colocándose al otro lado—. Sí, sí, huye ahora.

Le sorprendió que él fuese hacia la puerta, echase la llave y la guardase en su bolsillo. No había escapatoria. Lo miró furiosa.

—Esto es un secuestro —rugió.

—No te equivoques —bromeó él—. Ya te lo he dicho, es una detención —pronunció con paciencia—. Ven, ven... —dijo indicándole con la mano que se acercase—, que te voy a leer los derechos.

—Ni hablar —dijo rodeando la mesa para mantener una distancia prudencial—. ¿Te crees que soy tonta? ¿Para qué quieres que me acerque? ¿Para quemarme esposas?

Miguel se miró las manos.

—Es verdad... —dijo como si lo recordase—, las esposas... —Y fue hacia su habitación.

—Migueeeel —Y resopló al verlo entrar en su dormitorio.

Al momento, salió haciendo rodar las esposas con plumas rosas en un dedo.

—Mira, te han tocado las bonitas —bromeó.

—Qué ilusión—continuó Vanessa con tono burlón.

Dio unos pasos hacia ella colocándose al otro lado de la mesa.

—No me gusta el acuerdo al que llegamos ayer —admitió él.

—Pues sí que te duran poco los acuerdos, con lo bien que podrías pasártelo —acabó bromeando ella.

Miguel suspiró.

—Ya, pero es que no es lo que quiero —reconoció.

Ella arqueó una ceja.

—Pues mira que solo he quedado para tomar una copa y cenar con él, si llevo a hacer algo más... —dijo mirando hacia el techo.

—Ya, pero es que ese acuerdo no garantiza que tú estés solo conmigo. —Ella lo miró fijamente—. Ya te dije que me interesas y... —resopló—, no me gusta la idea de que puedas estar con otro.

—¿Ni tomando algo? —preguntó asombrada.

—Me refiero a compartirte y ¡noooo! —gritó él—. Por Dios, queda con quien quieras si solo es para tomar algo... El problema es que no sé qué esperar de ti. Ahora mismo, en este punto, no sé si puedes estar en la cama de otro, o contra la pared y... eso no me gusta. Me desquicia. Tú no quieres ser el

segundo plato de nadie, pero me he dado cuenta de que yo tampoco.

Ella tragó saliva.

—Y, ¿entonces?

Miguel se puso firme y comenzó a rodear la mesa.

—Vamos a reconsiderar las cláusulas... —Y sonrió. Ella se cruzó de brazos, aunque dio un paso atrás cuando él se colocó a su lado.

—Vale, pero suelta las esposas —Le dijo.

Miguel las depositó sobre la mesa.

—Vamos a intentar que esto funcione —comentó lentamente.

Ella se encogió de hombros.

—Pero si ya funciona —bromeó.

Miguel puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio —contestó borrando la sonrisa de su rostro.

Ella lo observó.

—¿Estás insinuando que no voy a escuchar más el sonido de los tambores, a media noche, tras estas paredes? —bromeó.

—Exacto, eso mismo estoy diciendo, siempre y cuando aceptes —Y alzó las dos cejas en plan bromista—. Pero tú tampoco puedes...

—¡Yo no hago eso! —Se defendió.

—Vale, vale... —Colocó las manos ante ella como si tratase de defenderse—. Vamos a probar a ver qué tal... ¿de acuerdo? —Y tendió la mano hacia ella como si de aquella forma quisiese formalizar su acuerdo.

¿En serio? Tragó saliva mientras lo observaba. Iba tan de duro y, sin embargo, solo le había costado quedar a tomar algo e ir a cenar con Fede una sola vez, hacer ciertas insinuaciones con él y... ¿de verdad Miguel quería intentar tener una relación seria con ella? Aquello era de locos, pero ¿por qué no? Estaba claro que Miguel también había sufrido lo suyo en cuestión de relaciones, ya sabía que había llegado a pedirle matrimonio a su ex antes de dejar la relación, así que se había montado una fachada a su alrededor solo para aparentar ser lo que no era.

Vanessa medio sonrió y tendió la mano hacia él.

—De acuerdo.

Miguel la acercó de golpe, lo que hizo que ella chocase contra él. Elevó la mirada sin soltar su mano.

—Vamos a ser buenos los dos, ¿eh? —pronunció divertido.

—Yo siempre lo he sido —contraatacó ella.

—Hoy no —dijo él—. Hoy has sido mala conmigo. ¿Sabes? —dijo sin

soltarla aún—. Creo que has sido muy lista queriendo ponerme a prueba... Lo has conseguido, ¡soy todo tuyo!

Ella se encogió de hombros.

—Sí, qué poco aguante, Miguel —continuó ella con la broma intentando soltarse de su mano, aunque no lo conseguía—. Yo lo que creo es que tú ibas muy de duro... —rio ella—, y luego no lo eres tanto como quieres hacer creer.

Él se encogió de hombros y directamente la besó. No pensaba dejarla escapar. Sabía que ella valía la pena.

—Entonces, ¿te quedas esta noche? —preguntó separándose levemente de ella.

Ella sonrió de una forma traviesa.

—Sí, pero...

Él enarcó una ceja.

—¿Qué pasa?

—Una vez me dijiste que sabías abrir una puerta con una radiografía, ¿verdad? —Él asintió—. Pues comienza por abrir la de mi piso. Cuando me has sacado de allí he dejado el bolso, las llaves, todo dentro...

Miguel chasqueó la lengua.

—Vaya...

—Sabes, ¿verdad? ¿O llamo a la propietaria? —preguntó preocupada—. Es muy tarde.

—No te preocupes... —dijo dirigiéndose a la estantería. Abrió un cajón y sacó un sobre blanco—. La abro en un momento —dijo mostrando la radiografía.

—¿Es tu rodilla? —preguntó interesada.

—Sí —Fue hacia la puerta, la abrió, cruzó el descansillo y se colocó frente a la puerta de ella—. No cierres la mía, ¿eh? —La avisó.

—Claro que no —dijo ella colocándose a su lado.

Miguel introdujo la radiografía y comenzó a moverla. Ella se cruzó de brazos y lo miró con una ceja enarcada.

—No sabes, ¿verdad? —Él la miró concentrado—. ¿Estabas chuleando?

En ese momento la puerta se abrió y Miguel la empujó un poco.

Ella lo miró sorprendida.

—Vaya...

—Chuleando, ¿eh? —La miró provocativo—. Conmigo no tendrás nunca problemas. Arreglo tuberías, abro puertas si se te olvidan las llaves dentro...

Ella puso los ojos en blanco y entró en su piso.

—Eres como una navaja suiza —susurró más para ella que para él.
Miguel la miró divertido.

Sí, sabía que aquello funcionaría. Vanessa conocía su pasado, lo aceptaba y estaba dispuesta a intentarlo con él. Por su parte, sabía que ella era tan sincera que jamás podría engañarlo.

Miguel dio un paso hacia delante y sonrió.

—¿Prefieres que nos quedemos en mi piso o en el tuyo?

Ella cogió el bolso y se giró hacia él.

—Ayer ya estuvimos en tu piso. Creo que lo justo es que esta noche te quedes tú aquí —E hizo un gesto gracioso.

Miguel dio un golpecito a la puerta con el pie y esta se cerró. Comenzó a desabrocharse la camisa pero ella lo interrumpió.

—Espera, ¿qué haces? —preguntó asombrada.

Miguel se quedó quieto y miró hacia los lados.

—Uhmhhh... pensaba que...

—¡Claro! Estoy bromeando —rio ella al ver su expresión. Luego se puso seria y señaló hacia la puerta del piso de Miguel—. Pero ve a buscar las esposas, ¡hombre!



31

Su señoría asintió y cerró el expediente.

—Visto para sentencia —pronunció. Esperó unos segundos hasta que la secretaria judicial detuvo la grabación del juicio y se dirigió a los asistentes—. Pueden abandonar la sala.

Vanessa, Amaia y Sonia se levantaron y salieron de la sala. El oficial les devolvió sus carnés de identidad y las tres se dirigieron a la salida del juzgado.

—Espero que lo condenen muchos años —dijo Amaia.

—Lo harán seguro. Miguel me dijo que cuando decretan la prisión provisional es porque van a dictar prisión seguramente —explicó.

—Eso me tranquiliza —contestó Amaia—. Por cierto, ¿dónde está?

—Me ha dicho que cuando acabase de declarar iría al bar con Toni y Roberto —recordó Vanessa.

—Estos no pierden una oportunidad —sonrió Amaia ahora más tranquila tras declarar en el juicio—. No entiendo que Miguel pueda declarar con tanta

tranquilidad. A mí pensaba que se me iba a salir el corazón.

Vanessa se encogió de hombros mientras salían ya por la puerta del juzgado.

—Está acostumbrado.

—Por cierto, ¿qué tal os va? —preguntó Sonia—. Estos últimos meses no has dado muchas señales de vida —bromeó.

Vanessa sonrió ya más relajada mientras se abrochaba la chaqueta. Aquel inicio de octubre estaba siendo bastante frío.

—Pero si hablamos casi cada día por *WhatsApp*—rio ella—. Lo que ahora al estar en Alicante y con el horario de trabajo que tengo es más difícil quedar entre semana, pero ya os lo he dicho, los fines de semana estoy libre. Necesito otro fin de semana de chicas como el de hace tres semanas.

Cruzaron la calle y se dirigieron al bar. En la terraza estaban los tres tomando un refresco.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Miguel soltando su copa en la mesa.

—Sí —dijo Amaia mientras se sentaba al lado de Toni.

Miguel colocó una silla a su lado donde Vanessa se sentó

—¿Ha ido bien? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí, pero ¿por qué te has ido cuando has declarado? Pensaba que te quedarías allí.

Miguel negó.

—Nunca nos quedamos —respondió—. Vamos, declaramos sobre lo que sucedió, explicamos la actuación, respondemos las preguntas de su señoría, el fiscal y la defensa nos preguntan tres tonterías y nos marchamos. —Luego miró a Vanessa con un gesto de desagrado—. No quedaría muy bien que me quedase allí —Y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tarda en salir una sentencia? —preguntó Sonia.

—Este juzgado creo que es rápido. Unas tres o cuatro semanas más o menos. Os llamarán para notificaros.

—Espero que le caigan muchos años de prisión —insistió Sonia.

—Le caerán —afirmó Miguel—. Además, tiene antecedentes, así que seguirá en prisión una buena temporada —Y acabó sonriente—. No se me merece otra cosa —Y cogió la mano de ella.

Roberto dio otro sorbo y llamó al camarero.

—¿Queréis algo de comer?

—Yo tengo hambre —dijo Amaia—. No he podido desayunar nada, tenía

el estómago cerrado esta mañana.

Vanessa se giró hacia Miguel.

—¿No deberíamos aprovechar para ir a tu piso? —Le preguntó.

Miguel se encogió de hombros.

—Tengo todo el día libre —Le recordó—. Ya seguiremos con el traslado luego. ¿No tienes hambre? —Le preguntó.

Ella asintió y miró a la camarera que tomaba nota de todo lo que pedían.

—Yo quiero un bocadillo de lomo con queso —informó a la camarera.

—Yo quiero lo mismo —Se apresuró Miguel.

Aquel último mes se habían visto cada día entre semana, excepto los días en que Miguel tenía turno de noche. Los fines de semana siempre los pasaban juntos y Vanessa solía irse al piso de Miguel, pero tras un mes de idas y venidas a San Juan de Alicante, habían decidido que Miguel se trasladase a Alicante, al piso de ella. ¿Para qué iban a estar yendo y viniendo cada día?

Que él se trasladase a Alicante era mucho más fácil que ella lo hiciese a San Juan, puesto que Vanessa tenía su trabajo más cerca y con los horarios de Miguel era mucho más fácil compaginárselo. De todas formas, la comisaría estaba solo a unos veinte minutos en coche, como mucho media hora si ese día había caravana, y ya tenía pensado, si todo iba bien, pedir para finales de año el traslado a la comisaría de Alicante, por lo que estaría a diez minutos caminando del piso de Vanessa.

—¿Te queda mucho por trasladar? —preguntó Toni.

—No, poca cosa. Quiero llevarme algo más de ropa y... la tele con el home cinema. —Y mostró una amplia sonrisa a Vanessa.

—La televisión es muy grande, Miguel —Le recordó ella que no veía claro lo de llevarse la televisión a su piso.

—La colgamos en la pared —remarcó Miguel como si aquella fuese la solución—. Me encanta esa tele y no pienso renunciar a ella. Donde va esa tele voy yo.

Ella suspiró.

—De acuerdo. —Luego miró a sus amigas—. Tengo tele nueva, chicas —bromeó.

Pocos minutos después todos comían su bocadillo y tras media hora pagaron la cuenta.

—Entonces, el próximo fin de semana cenamos en mi piso —recordó Vanessa.

—Claro, hay que darle la bienvenida a Miguel como se merece —

bromeó Roberto.

—Miedo me da —bromeó Sonia. Miró a su amiga mientras se alejaban—. Si necesitáis ayuda, avisadnos.

—Gracias.

Caminaron hasta el vehículo que estaba aparcado cerca de los juzgados y Vanessa cerró tras sentarse en el asiento del copiloto.

—Bien —dijo poniéndose el cinturón—, ¿vamos a tu piso y hacemos un par de maletas más?

Miguel arrancó y se incorporó a la carretera, internándose entre el tráfico de mediodía.

—Había pensado, si te parece bien y ya que es viernes y tengo el día libre, que nos podríamos quedar hoy en mi piso y ya mañana hacemos el traslado. —La miró de reajo y sonrió con malicia—. He tenido una semana muuuuy dura... —Se encogió de hombros—. De todas formas hasta dentro de cuatro meses no se me acaba el contrato de alquiler.

Ella lo miró divertida.

—Qué exagerado —rió ella—. Solo has trabajado tres días.

—Pero de turno de noche, sabes que eso me vuelve medio loco.

—Lo sé —confirmó ella. Se encogió de hombros—. Está bien, ¿qué propones?

Él enarcó una ceja.

—¿En serio me preguntas eso? Vamos... —bromeó—, que nos conocemos.

Ella comenzó a reír y puso los ojos en blanco.

—Habrá que ir a comprar algo para cenar.

—Pedimos a domicilio —confirmó él—. Hoy día de relax y que cocinen los chinos. —Se detuvo en un semáforo y se giró hacia ella—. También podemos dar otra clase de defensa personal.

Ella lo miró con sorna.

—¿No hemos quedado con Pablo para cenar?

Miguel se encogió de hombros.

—Luego le envío un mensaje y le digo de quedar mañana, no le importará, también ha estado estos días de noche. —Giró su cuello y la obsequió con una sonrisa malvada. —No te vas a librar de la clase de defensa personal —acabó con tono bravucón.

—Tus clases de defensa personal son poco instructivas, ya sabes cómo acaban siempre...

—Por eso mismo —reaccionó en plan gracioso—. Hoy pienso esposarte de verdad. Ya va siendo hora después del mes y pico que hace que te advertí...

—Oh, no, ni hablar...

—Por supuesto que sí —afirmó él mientras ponía primera y arrancaba—. De hoy no te libras.

—A ver si el que va a acabar esposado eres tú —bromeó ella.

—Dudo que puedas conmigo.

—Ponme a prueba —Lo retó.

Miguel rio y la miró de reojo mientras giraba a la derecha.

—En cuanto lleguemos... probamos —pronunció animado.

Aquel verano había sido increíble. Mucho mejor de lo que había esperado. No solo había aprendido a valorarse a sí misma, sino que, tras un desengaño amoroso, había logrado encontrar a una persona con la que se divertía y se sentía querida.

La vida siempre te daba segundas oportunidades y ella no pensaba desperdiciarla suya.

—Te vas a arrepentir de lo que estás diciendo... —canturreó ella.

—Lo dudo mucho —canturreó él—. Después de esta experiencia suplicarás que te detenga continuamente.

Así que, aunque la vida a veces nos asfixie y nos entren ganas de darnos por vencidos, hay que saber que esto es solo un aprendizaje, que un nuevo camino por recorrer empieza y que toca descubrir adónde nos lleva. Solo hay que ser conscientes de ello, aceptarlo y dejarse llevar por la vida. Finalmente, el destino siempre nos acaba conduciendo hasta el sitio exacto que debemos ocupar.

Vanessa lo miró y sonrió.

Puede que sí, puede que, al fin y al cabo, estuviese ansiosa porque la detuviese.

Y para los que os preguntáis qué ocurrió con Fede... sí, conoció a Luisa, la compañera de trabajo de Vanessa, y sí, saltaron chispas entre ambos, hasta el punto de que, finalmente, acabaron siendo pareja... pero eso ya es otra historia.

FIN



Agradecimientos

Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a las siguientes personas:

En primer lugar, a Marien F. Sabariego por la preciosa maquetación y la increíble portada que ha creado. Siempre es un placer trabajar contigo, no solo por tu fantástico trabajo, sino también por cómo me tratas.

En segundo lugar, a mi pareja, Raúl, por darme todo tu apoyo, estar dispuesto a ayudarme siempre y compartir esta ilusión conmigo en todo momento.

En tercer lugar, a unas personas muy importantes que hacen que seguir escribiendo siempre valga la pena: Anabel García, Nerea Álvarez, Pili Doria, Sheyla Herrera y su marido Paco, el mejor taxista de Madrid, Sandra (Dory Puchitas), Beatriz Isabel, Vanessa Lucas, Eve Romu, Arancha Eseverri, las hermanas Fani y Vero, Ester FG y, por último, María Rivera. Muchas gracias por estar siempre a mi lado disfrutando de mis locuras y compartir tantos buenos momentos conmigo.

En cuarto lugar, a todos los lectores que le habéis dado una oportunidad a la novela.

Espero que os haya hecho pasar un rato divertido y olvidaros así de esta oleada de calor asfixiante de 2019.

Sé que me dejo a mucha gente sin nombrar y tengo una buena razón para ello: seguiré escribiendo y todos tendréis vuestro huequecito en mis libros llegado el momento.

Un fuerte abrazo. **Mariah.**